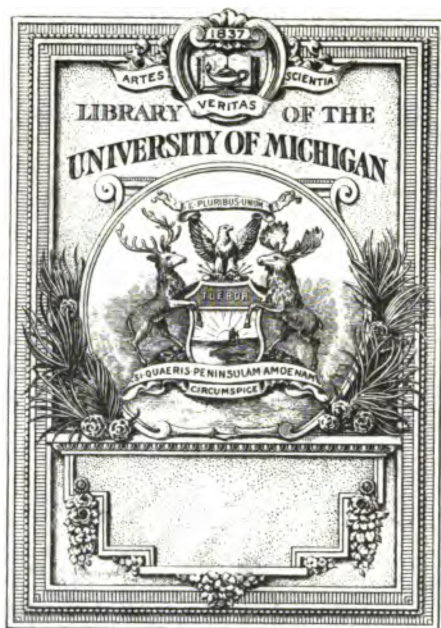

1837
ARTES
VERITAS
SCIENTIA
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
E PLURIBUS UNUM
TUEBOR
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE



ANTOLOGÍA

DE

POETAS LÍRICOS CASTELLANOS

BIBLIOTECA CLÁSICA

TOMO CCIX

ANTOLOGÍA
DE
POETAS LÍRICOS CASTELLANOS

(TOMO IX)

ROMANCES VIEJOS CASTELLANOS

(PRIMAVERA Y FLOR DE ROMANCES)

publicada con una introducción y notas

POR

D. FERNANDO JOSÉ WOLF Y D. CONRADO HOFMANN

SEGUNDA EDICIÓN CORREGIDA Y ADICIONADA POR

D. MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO

De la Real Academia Española.

Tomo II.

MADRID

LIBRERÍA DE HERNANDO Y COMPAÑÍA

Calle del Arenal, núm. 11.

1899

Imprenta de Hernando y Compañía, calle de Quintana, núm. 33.

ROMANCES CABALLERESCOS

DEL

CICLO CARLOVINGIO

POETAS LÍRICOS CASTELLANOS

164.

Síguense los romances que tratan historias francesas, y este primero es el Romance del conde Dirlos y de las grandes venturas que hubo (1).

Estábase el conde Dirlos,—sobrino de don Beltran,
asentado en sus tierras,—deleitándose en cazar,
cuando le vinieron cartas—de Cárlos el emperante.
De las cartas placer hubo,—de las palabras pesar,
de lo que las cartas dicen—á él parece muy mal.
«Rogar vos quiero, sobrino,—el buen fránces natural,
»llegueis vuestros caballeros,—los que comen vuestro pan;
»darles heis (2) doblado sueldo—del que les soledes dar,
»dobles armas y caballos,—que bien menester los (3) han:
»darles heis el campo franco—de todo lo que ganaren;
»partiros heis á los reinos—del rey moro Aliarde.
»Desafiamiento (4) me ha dado—á mi y á los doce pares:

(1) Este epígrafe es tomado de la *Silva*. Todas las ediciones del *Cancionero de Romances* comienzan con el de «Romance, etc.»—En la *Floresta* se dice siempre: «Conde de Irlos.»

(2) «Hais.» *Canc. de Rom.* de 1550.

(3) «Lo.» *Canc. de Rom.* s. a. y ed. de 1550. *Floresta*.

(4) «Deseximiento.» *Canc. de Rom.*, s. a. y eds. de 1550 y 1554; en la de 1555 y en la *Floresta* hay también «desafiamiento».

»grande mengua me seria—que todos hobiesen de andar.
»No veo caballero en Francia—que mejor pueda enviar,
»sino á vos, el conde Dirlos,—esforzado en pelear.»
El conde que esto oyó,—tomó tristeza y pesar,
no por miedo de los moros—ni miedo de pelear,
mas tiene mujer hermosa,—mochacha de poca edad.
Tres años anduvo en armas—para con ella casar,
y el año no era cumplido,—de ella lo mandan apartar.
De que esto él pensaba—tomó de ello gran pesar;
triste estaba y pensativo,—no cesa de sospirar:
despide los falconeros,—los monteros manda pagar,
despide todos aquellos—con quien solia deleitarse;
no burla con la condesa—como solia burlar;
mas muy triste y pensativo—siempre le veian andar.
La condesa que esto vido,—llorando empezó de hablar:
—¡Triste estades vos, el conde!—¡triste, lleno de pesar
de esta tan triste partida—para mí de tanto mal!
Partir vos quereis, el conde,—á los reinos de Aliarde,
dejáisme en tierras ajenas—sola y sin quien me acompañe.
¿Cuantos años, el buen conde,—haceis cuenta de tardar?
Yo volverme he á las tierras,—á las tierras de mi padre;
vestirme he de un paño negro,—ese (1) será mi llevar;
maldiré mi hermosura,—maldiré mi mocedad,
maldiré aquel triste dia—que con vos quise casar.
Mas si vos queredes, conde,—yo con vos querria andar:
mas quiero perder la vida,—que sin vos de ella gozar.—
El conde desque esto oyera—empezóla de mirar;
con una voz amorosa—presto tal respuesta hace:
—No lloredes vos, condesa,—de mi partida no hayais pesar;
no quedaréis (2) en tierra ajena,—sino en vuestra á vuestro [mandar.
que ántes que yo me parta—todo vos lo quiero dar.
Podeis vender cualquier villa,—y empeñar cualquier ciudad,

(1) «Esa.» *Canc. de Rom.* s. a. y ed. de 1550.
(2) «Quedais.» *Canc. de Rom.* s. a. y ed. de 1550.—*Floresta.*

como principal heredera—que nada vos puedan quitar.
Quedaréis encomendada—á mi tio don Beltran
y á mi primo Gaiferos,—señor de Paris la grande:
quedaréis encomendada—á Oliveros y á Roldan,
al emperador, y á los doce—que á una mesa comen pan:
porque los reinos son léjos—del rey moro Aliarde;
que son cerca la Casa Santa—allende del nuestro mar.
Siete años, la condesa,—todos siete me esperad;
si á los ocho no viniere,—á los nueve vos casad;
seréis de veinte y siete años—que es la mejor edad:
el que con vos casare, señora,—mis tierras tome en ajuar:
gozará de mujer hermosa,—rica y de gran linaje.
Bien es verdad, la condesa,—que comigo vos querria llevar;
mas yo voy para batallas,—y no cierto para holgar.
Caballero que va en armas—de mujer no debe curar,
porque con el bien que os quiero—la honra habria de olvi-
Mas aparejad, condesa,—mandad vos aparejar, [lar.
iréis comigo á las cortes,—á Paris esa ciudad.
Toquen, toquen mis trompetas,—manden luego cabalgar.—
Ya se parte el buen conde;—la condesa otro que tal:
la vuelta van de Paris—apriesa, no de vagar.
Cuando son á una jornada—de Paris esa ciudad,
el emperador que lo supo—á recebir se lo sale.
Con él sale Oliveros,—con él sale don Roldan,
con él Arderin de Ardeña (1),—y Urgel de la fuerza grande;
con él infante Guarinos,—almirante de la mar;
con él sale el esforzado—Renaldos de Montalvan,
con él van todos los doce—que á una mesa comen pan,
sino el infante Gaiferos—y el buen conde don Beltran,
que salieron tres jornadas—mas que todos adelante.
No quiso el emperador—que hubiesen de aposentar,
sino en sus reales palacios—posada les mandó dar.
Empiezan luego su partida—apriesa y no de vagar;
dale diez mil caballeros—de Francia mas principales,

(1) «Dardin Dardeña.» *Floresta*.

y con mucha otra gente—y gran ejército real.
El sueldo les paga junto—por siete años y mas.
Ya, tomadas buenas armas,—caballos otro que tal,
enderezan su partida,—empiezan de cabalgar;
cuando el buen conde Dirlos—ruega mucho al emperante
que él y todos los doce—se quisiesen ayuntar.
Cuando todos fuéron juntos—en la gran sala real,
entra el conde y la condesa,—mano por mano se van:
cuando son en medio de ellos,—el conde empezó de hablar:
—A vos lo digo, mi tio,—el buen viejo don Beltran,
y á vos, infante Gaiferos,—y á mi buen primo carnal,
y esto delante de todos—lo quiero mucho rogar,
y al muy alto emperador,—que sepa mi voluntad,
como villas y castillos,—y ciudades y lugares
los dejo á la condesa,—que nadie las pueda quitar;
mas como principal heredera—en ellas pueda mandar,
en vender cualquiera villa,—y empeñar cualquier ciudad:
de aquello que ella hiciere—todos se hayan de agradar.
Si por tiempo yo no viniere—vosotros la querais casar:
el marido que ella tome—mis tierras haya en ajuar;
y á vos la encomiendo, tio,—en lugar de marido y padre;
y á vos, mi primo Gaiferos,—por mí la querais honrar;
y encomiéndola á Oliveros,—y encomiéndola á Roldan,
y encomiéndola á los doce,—y á don Carlos el emperante.—
A todos les place mucho—de aquello que el conde hace.
Ya se parte el buen conde—de París esa ciudad:
la condesa que ir lo vido—jamas lo quiso dejar
fasta orillas de la mar—do se habia de embarcar.
Con ella va don Gaiferos,—con ella va don Beltran,
con ella va el esforzado—Renaldos de Montalvan,
sin otros muchos caballeros—de Francia mas principales.
Atan triste despedida—el uno del otro hacen,
que si el conde iba triste,—la condesa mucho mas.
Palabras (1) están diciendo—que era dolor de escuchar:

(1) «Palabras se» *Canc. de Rom*. s. a. y ed. de 1550.—*Floresta*.

el conorte que se daban—era contino llorar.
Con gran dolor manda el conde—hacer vela y navegar.
Como sin la condesa se vido—navegando por la mar,
movido de muy gran saña,—movido de gran pesar,
diciendo que por ningun tiempo—de ella lo harán apartar.
Sacramento (1) tiene hecho—sobre un libro misal
de jamas volver en Francia,—ni en ella comer pan,
ni que nunca enviará carta,—porque de él no sepan parte.
Siempre triste y pensativo,—puesto en pensamiento grande,
navegando en sus jornadas—por la tempestuosa mar,
llegado es á los reinos—del rey moro Aliarde.
Ese gran soldan de Persia,—con poderío muy grande
ya les estaba aguardando—á las orillas del mar.
Cuando vino cerca tierra—las naves mandó llegar;
con un esfuerzo esforzado—los empieza de esforzar.
—¡Oh esforzados caballeros!—¡oh mi compaña leal,
acuérdeseos que dejamos—nuestra tierra natural!
de ellos dejamos mujeres—de ellos hijos, de ellos padres
solo para ganar honra,—y no para ser cobardes.
Pues esforzados, caballeros,—esforzad en pelear:
yo llevaré la delantera,—y no me querais dejar.—
La morisma era tanta,—tierra no les dejan tomar.
El conde era esforzado—y discreto en pelear,
manda toda la (2) artillería—en las sus barcas posar.
Con el ingenio que traia—empiézales de tirar;
los tiros eran tan fuertes,—que (3) por fuerza hacen lugar.
Veréis sacar los caballos,—y muy apriesa cabalgar:
tan fuerte dan en los moros,—que tierra les hacen dejar.
En tres años que el buen conde—entendió en pelear,
ganados tiene los reinos—del rey moro Aliarde.
Con todos sus caballeros—parte por iguales partes;
tan grande parte da al chico,—tanto le da como al grande:

(1) «Juramento.» *Silva* y *Floresta*.

(2) «La» falta en el *Canc. de Rom.* s. a. y ed. de 1550.

(3) Falta en el *Canc. de Rom.* s. a. y ed. de 1550, y en la *Flor*.

solo él sè retraia—sin querer algo tomar (1).
Armado de armas blancas,—y cuentas para rezar,
¡tan triste vida hacia,—que no se puede contar!
El soldan le hace tributo,—y los reyes de allende el mar:
de los tributos que le daban—á todos hacia parte.
A todos hace mandamiento,—y á los mejores jurar,
ninguno sea osado—hombre á Francia enviar,
y al que cartas enviase—luego le hará matar.
Quince años el conde estuvo—siempre allende del mar,
que no escribió á la condesa,—ni á su tio don Beltran,
ni escribió á los doce,—ni menos al emperante.
Unos creian que era muerto,—otros anegado en mar.
Las barbas y los cabellos—nunca los quiso afeitar;
tiénelos fasta la cinta,—fasta la cinta, y aun mas:
la cara mucho quemada—del mucho sol y del aire,
con el gesto demudado—muy fiero y espantable.
Los quince años cumplidos,—deciseis querian entrar,
acostóse en su cama—con deseo de holgar.
Pensando estaba, pensando—la triste vida que hace,
pensando en aquel tiempo—que solia festejar,
cuando justas y torneos—por la condesa solia armar.
Dormióse con pensamiento,—y empezara de holgar,
cuando hace un triste sueño—para él de gran pesar:
que veia estar la condesa—en brazos de un infante.
Salto diera de la cama—con un pensamiento grande,
gritando con altas voces,—no cesando de hablar:
—¡Toquen, toquen mis trompetas,—mi gente manden lle- [gar!—
Pensando que habia moros—todos llegado (2) se han.
Desque todos son llegados,—llorando empezó á hablar:
—¡Oh esforzados caballeros!—¡oh mi compaña leal!

(1) Este verso falta en la *Silva*, en el *Canc. de Rom* s. a. y ed. de 1550, y está tomado de las ed. post. del *Canc. de Rom.*—En la *Flores.a* faltan los versos desde el que dice
«tan grande parte da al chico»
hasta el que dice
«tan triste vida hacia».

(2) «Llegados.» *Canc. de Rom.* s. a. y ed. de 1550.—*Flor.*

yo conozco aquel ejemplo—que dicen, y es (1) verdad,
que cualquier (2) hombre nacido—que es de hueso y de car-
el mayor deseo que tiene (3)—era en sus tierras holgar. [ne,
Ya cumplidos son quince años,—y en deciseis quiere entrar,
que somos en estos reinos—y estamos en soledad.
Quien dejó (4) mujer hermosa—vieja la ha de hallar;
el que dejó hijos pequeños—hallarlos ha hombres grandes;
ni el padre conocerá al hijo,—ni el hijo ménos al padre.
Hora es, mis caballeros,—de ir á Francia á holgar,
pues llevamos harta honra—y dineros mucho mas.
Lleguen, lleguen luego naves,—mándolas aparejar,
ordenemos capitanes—para las tierras guardar.—
Ya todo es aparejado,—ya empiezan á navegar.
Cuando todos son llegados—á las orillas del mar,
llorando de los sus ojos—el conde empieza de hablar (5):
—¡Oh esforzados caballeros!—¡oh mi compaña leal!
una cosa rogar vos quiero,—no me la querais negar;
quien secreto me tuviere—yo le he de galardonar,
que todos hagais juramento—sobre un libro misal,
que en parte ninguna que sea—no me hayais de nombrar,
porque con el gesto que traigo—ninguno me conocerá (6);
mas viéndome con tanta gente—y un ejército real,
si vos demandan quién soy—no les digais la verdad:
mas decid que soy mensajero—que vengo de allende el mar,
que voy con una embajada—á don Cárlos el emperante,
porque es hecho un mal suyo (7),—y quiero ver si es ver-
Con el alegría (8) que llevan—de á Francia se tornar, [dad.—

(1) «Es gran.» *Canc. de Rom.* s. a. y ed. de 1550.

(2) «Todo» *Canc. de Rom.* s. a. y ed de 1550.—*Flor.*

(3) «Tenia.» *Canc. de Rom.* s. a. y ed. de 1550.

(4) «Tenia.» *Canc. de Rom.* s. a. y ed. de 1550.

(5) «Llorando el conde de sus ojos les empieza de hablar.» *Canc. de Rom.* s. a. y ed. de 1550.

(6) «Ningunos me conocerán.» *Canc. de Rom.* s. a. y ed. de 1550. «Nadie me conocerá.» *Flor.*

(7) «Porque he hecho un mal sueño.» *Flor.*

(8) «Con el alegrir.» *Canc. de Rom.*, ediciones posteriores.—«En el alegría.» *Flor.*

todos hacen sacramento—de tenerle poridad.
Embárcanse muy alegres,—empiezan de navegar;
el viento tienen muy fresco—qué placer es de mirar.
Allegados son en Francia,—en sus tierras naturales.
Cuando el conde se vió en tierra,—empieza de caminar:
no va la vuelta de las cortes—de Cárlos el emperante,
mas va la vuelta de sus tierras—las que solia mandar.
Ya llegado que es á ellas,—por ellas empieza de andar.
Andando por su camino—una villa fué á hallar;
llegado se habia cerca—por con alguno hablar.
Alzó los ojos en alto—á la puerta del lugar,
llorando de los sus ojos—comenzara de hablar:
—¡Oh esforzados caballeros,—de mi dolor habed pesar,
armas que mi padre puso—mudadas las veo estar!
O es casada la condesa,—ó mis tierras van á mal.—
Allegóse á las puertas—con gran enojo y pesar,
y mirando por entre ellas—gentes de armas vido estar.
Llamando está uno de ellos—mas viejo en antigüedad;
de la mano él lo toma—y empiézale de hablar:
—Por Dios te ruego, el portero,—me digas una verdad.
¿De quién son aquellas (1) tierras?—¿Quién las solia mandar?
—Pláceme, dijo el portero,—de decir vos la verdad;
ellas eran del conde Dirlos,—señor de aqueste lugar,
agora son de Celinos,—de Celinos el infante.—
El conde desque esto oyera—vuelto se le ha la sangre;
con una voz demudada—otra vez le fué á hablar:
—Por Dios te ruego, hermano,—no te quieras enojar,
que esto que agora me dices—tiempo habrá que te lo pague
¿Díme si las heredó Celinos,—ó si las fué á mercar?
¿ó si en juego de dados—si las fuera á ganar?
¿ó si las tenia por fuerza—que no las quiere tornar?—
El portero que esto oyera—presto le fué á hablar:
—No las heredó, señor,—que no le vienen de linaje,
que hermanos tiene el conde—aunque se querian mal,

(1) «Aquestas.» *Canc. de Rom.* s. a. y ed. de 1550.—*Flor.*

y sobrinos tiene muchos—que las podrian (1) heredar,
ni ménos las ha mercado,—que no las basta á pagar,
que Irlos es muy grande ciudad,—y ha muchas villas y lu-
[gares.
Cartas hizo contrahechas,—que al conde muerto lo han,
por casar con la condesa—que era rica y de linaje;
y aun ella no casara,—cierto á su voluntad,
sino por fuerza de Oliveros,—y á porfía de Roldan,
y á ruego de Carlo (2) Magno,—de Francia rey emperante,
por casar bien á Celinos,—y ponerle en buen lugar;
mas el casamiento han hecho—con una condición tal,
que no allegase á la condesa,—ni á ella haya de llegar;
mas por él se desposara—ese paladin Roldan.
Ricas fiestas se hicieron—en Irlos esa ciudad;
gastos, galas y torneos—muchos, de los doce pares.—
El conde de que esto oyera—vuelto se le ha la sangre,
por mucho que disimula—no cesa de sospirar,
diciéndole está: —Hermano,—no te enojes de contar,
¿quién fué en aquellas bodas?—¿y quién no quiso estar?
—Señor, en ellas fué Oliveros—y el emperador y Roldan:
fué Belardos y Montesinos,—y el gran conde don Grimal-
[do (3),
y otros muchos caballeros—de aquellos de los doce pares.
Pesó mucho á Gaiferos,—pesó mucho á don Beltran,
más pesó á don Galvan—y al fuerte Merian.
Ya que eran desposados,—misa les quisieran (4) dar;
allegó un falconero—á don Cárlos (5) emperante,
que venia de aquellas tierras—de allá de allende (6) el mar,
dijo, que el conde era vivo,—y que traia señal.

(1) «Podian.» *Canc. de Rom.* s. a. y ed. de 1550.—*Flor.*

(2) «Carlos.» *Canc. de Rom.* s. a. y ed. de 1550.

(3) «Grimalde.» *Canc. de Rom.* s. a. y ed. de 1550. «Grimaldos.» *Flor.*

(4) «Querian.» *Canc. de Rom* s. a. y ed. de 1550. *Flor.*

(5) «Carlos el.» *Canc. de Rom.* s. a. y ed. de 1550. *Flor.*

(6) «De allende.» *Silva,* 1550.

Plugo mucho á la condesa,—pesó mucho al infante,
porque en las grandes fiestas—hubo grande desbarate (1).
Allá traen grandes pleitos—en las cortes del emperante,
por lo cual es vuelta Francia—y todos los doce pares.
Ella dice, que un año de tiempo—pidió antes de desposar,
por enviar mensajeros—muchos allende la mar;
si el conde era ya muerto,—el casamiento fuese adelante;
si era vivo, bien sabia—que ella no podia casar.
Por ella responde Gaiferos,—Gaiferos y don Beltran;
Por Celinos era Oliveros,—Oliveros y Roldan.
Creemos que es dada sentencia,—ó se queria ahora dar,
porque ayer hubimos cartas—de Cárlos el emperante,
que quitemos aquellas armas,—pongamos las naturales,
y que guardemos las tierras—por el Conde don Beltran;
que ninguno de Celinos—en ellas no pueda entrar.—
El conde desque esto oyera,—movido de gran pesar,
vuelve riendas al caballo,—en el lugar no quiso entrar;
mas allá en un verde prado—su gente mandó llegar.
Con una voz muy humilde—les empieza de hablar:
—¡Oh esforzados caballeros!—¡oh mi compañía leal!
el consejo que os pidiere—bueno me lo querais dar.
¿Si me consejais que vaya—á las cortes del emperante?
¿ó que mate á Celinos,—á Celinos el infante?
¿Volverémos en allende—do seguros podemos estar?
Caballeros que esto oyeron—presto tal respuesta hacen:
—¡Calledes, conde, calledes!—¡Conde, no digais atal!
No mireis á vuestra gana,—mas mirad á don Beltran,
y esos buenos caballeros—que tanta honra vos hacen.
Si vos matais á Celinos—dirán que fuístes cobarde:
sino que vais á las cortes—de Cárlos el emperante,
conoceréis quien bien os quiere—y quien vos queria mal.
Por bueno que es Celinos,—vos sois de tan buen linaje,
y teneis dos tantas tierras—y dineros que gastar.
Nosotros vos prometemos—con sacramento leal,

(1) «Grandes disparates.» *Flor.*

que somos diez mil caballeros—y franceses naturales,
de por vos perder la vida—y cuanto tenemos gastar,
quitando al emperador,—contra cualquier otro grande.—
El conde desque esto oyera—respuesta ninguna hace:
da de espuelas al caballo,—va por el camino adelante:
la vuelta va de París—como aquel que bien la sabe.
Cuando fué á una jornada—de las cortes del emperante,
otra vez llega á los suyos—y les empieza de hablar:
—Esforzados caballeros,—una cosa os quiero rogar:
siempre tomé vuestro consejo,—el mio querais tomar,
porque si entro en París—con ejército real
saldrá por mí el emperador—con todos los principales;
Si no me conoce de vista,—conocerme ha en el hablar
y así no sabré de cierto—todo mi bien y mi mal.
Al que no tiene dineros—yo le daré que gastar:
los unos vuelvan á zaga (1),—los otros pasen adelante,
los otros en derredor.—Posad (2) en villas y lugares:
yo solo con cient caballeros—entraré en la ciudad
de noche y escurecido—que nadie de mí sepa parte.
Vosotros en ocho dias—podreis (3) poco á poco entrar:
hallaréisme en los palacios—de mi tio don Beltran,
aparejarvos he posada—y dineros que gastar.—
Todos fuéron muy contentos,—pues al conde así le place.
Noche era escurecida—cerca diez horas ó mas,
cuando entró el conde Dirlos—en París esa ciudad.
Derecho va á los palacios—de su tio don Beltran,
á lo cual atravesaban—por medio de la ciudad:
vido asomar tantas hachas,—gente de armas mucho mas:
por do él pasar habia,—por allí van á pasar.

(1) «A caza.» *Canc. de Rom.* s. a. y ed. de 1550.

(2) «Pasad.» *Canc. de Rom.* s. a. y ed. de 1550.—«Por las villas.» Eds. post. del *Canc. de Rom.* En la *Floresta* este verso y el que le antecede son enteramente desfigurados, pues dicen:

«Otros al rededor poseen
(*sic*, l. posen).
en las villas y lugares.»

(3) «Podeis.» *Canc. de Rom.* s. a. y ed. de 1550. *Flor.*

El conde de que los vido—los suyos manda apartar;
desque todos son pasados—el postrero fué á llamar:
—Por Dios te ruego, escudero,—me digas una verdad:
¿quién son esta gente de armas—que agora van por ciudad?—
El escudero que esto oyera—tal respuesta le fué á dar:
—Señor, la condesa Dirlos—viene del palacio real,
sobre un pleito que traia—con Oliveros y Roldan.
Los que la llevan en medio—son Reinaldos (1) y don Beltran:
aquellos que van zagueros,—donde tautas lumbres van,
son el infante Gaiferos—y el fuerte Merian.—
El conde de que esto oyera—de la ciudad él se sale.
Debajo de una espesura—para cabe los adarves,
diciendo está á los suyos: —No es hora de entrar,
que desque sean apeados—tornarán á cabalgar.
Yo quiero entrar en hora—que de mí no sepan parte.—
Allí están razonando—de armas y de hechos grandes
hasta que era media noche,—los gallos querían cantar.
Vuelven riendas á los caballos,—y entran en la ciudad.
La vuelta van de los palacios—del buen conde don Beltran:
antès de llegar á ellos—de dos calles y aun mas,
tantas cadenas hay puestas—que ellos no pueden pasar.
Lanzas les ponen á los pechos,—no cesando de hablar:
—¡Vuelta, vuelta, caballeros,—que por aquí no hay pasaje!
que aquí están los palacios—del buen conde don Beltran,
enemigo de Oliveros,—enemigo de Roldan,
enemigo de Belardos,—y de Celinos el infante.—
El conde desque esto oyera—presto tal respuesta hace:
—Ruégote yo, caballero,—que me quieras escuchar:
anda, ve, y dile luego—á tu señor don Beltran,
que aquí está un mensajero—que viene de allende el mar:
cartas traigo del conde Dirlos,—su buen sobrino carnal.—
El caballero con placer—empieza de aguijar:
presto las nuevas le daba—al buen conde don Beltran,

(1) «Roldan.» *Canc. de Rom.* s. a. y ed. de 1550.—Claro está que la buena lección es la de la *Silva* y de la *Floresta*.

el cual ya se acostaba—en su cámara real.
Desque tal nueva oyera—tornóse á vestir y calzar:
caballeros al derredor—trescientos trae por guardarle;
hachas muchas encendidas—al patin hizo bajar;
mandó que al mensajero—solo lo dejen entrar.
Cuando fué en el patin—con la mucha claridad
mirándole está, mirando,—viéndole como salvaje.
Como el que está espantado—á él no se osa llegar:
bajito el conde le habla—dándole muchas señales.
Conocióle don Beltran—entónces en el hablar,
y con los brazos abiertos—corre para le abrazar;
diciéndole está: —¡Sobrino!—No cesando de sospirar;
el conde le está rogando—que nadie de él sepa parte.
Envían presto á las plazas,—carnecerías otro que tal,
para mercallés (1) de cena—y mándales aparejar.
Mandan que á sus caballeros—todos los dejen entrar;
que les tomen los caballos—y los hagan bien pensar.
Abren muy grandes estudios,—mándanlos aposentar.
Allí entra el conde y los suyos,—ninguno otro dejan entrar,
porque no conozcan el conde—ni de él supiesen parte.
Veréis todos los del palacio—unos con otros hablar,
si es este el conde Dirlos,—o quien otro puede estar,
segun el recibimiento—le ha hecho don Beltran.
Oídolo ha la condesa—á las voces que dan grandes:
mandó llamar sus doncellas—y encomienza de hablar:
—¿Qué es aquesto, mis doncellas,—no me lo querais negar,
que esta noche tanta gente—por el palacio siento andar?
Decidme, ¿dó es el señor—el mi tio don Beltran?
¿Si quizá dentro de mis tierras—Roldan ha hecho algún mal?
Las doncellas que lo oyeran—atal respuesta le hacen:
—Lo que vos sentís, señora,—no son nuevas do pesar,
es venido un caballero—así propio como salvajo,
muchos caballeros con él—¡gran acatamiento le hacen!

(1) «Mercarles.» *Canc. de Rom.* s. a. y ed. de 1550.—«Por mercarles.» *Flor.*

¡muy rica cena le guisa—el buen conde don Beltran!
Unos dicen que es mensajero—que viene de allende el mar;
otros que es el conde Dirlos,—nuestro señor natural.
Allá se han (1) encerrado,—que nadie no puede entrar;
segun veen el aparejo—creen todos que es verdad.—
La condesa qué esto oyera—de la cama fué á saltar:
apriesa demanda el vestido,—apriesa demanda el calzar,
muchas damas y doncellas—y empiezan de aguijar.
A las puertas de los estudios—grandes golpes manda dar,
llamando á don Beltran,—que dentro la mande entrar.
No queria el conde Dirlos—que la dejasen entrar:
don Beltran salió á la puerta—no cesando de hablar:
—¿Qué es esto, señora prima? —no tengais priesa tan grande,
que aun no sé bien las nuevas—que el mensajero me trae,
porque es de tierras ajenas—y no entiendo el lenguaje.—
Mas la condesa por esto—no quiere sino entrar;
que mensajero de su marido—ella le quiere honrar.
De la mano la entraba—ese conde de Beltran:
de que ella es de dentro—al mensajero empieza á mirar;
él mirar no la osaba,—y no cesa de sospirar,
meneando la cabeza—los cabellos ponia á la faz.
Desque la condesa oyera—á todos callar y no hablar,
con una voz muy humilde—empieza de razonar:
—¡Por Dios vos ruego, mi tio,—por Dios vos quiero rogar,
pues que este mensajero—viene de tan luengas partes,
que si no terná dineros,—ni tuviere que gastar,
decid, si algo (2) le falta—no cese de demandar!
Pagarle hemos su gente,—darle hemos que gastar:
pues viene por mi señor,—yo no le puedo faltar
á él y á todos los suyos,—aunque fuesen muchos mas.—
Estas palabras hablando—no cesaba de llorar.
Mancilla hubo su marido—con el amor que le tiene grande:
pensando de consolarla—acordó de la abrazar,

(1) «Ha.» *Canc. de Rom.* s. a. y ed. de 1550.
(2) «Nada. *Canc. de Rom.* s. a. y ed. de 1550.

y con los brazos abiertos—iba para la tomar.
La condesa espantada—púsose tras don Beltran:
el conde con grandes sospiros—comenzóle de hablar:
—¡No fuyades, la condesa,—ni os querais espantar,
que yo soy el conde Dirlos—vuestro marido carnal!
Estos son aquellos brazos—en que solíades holgar.—
Con las manos se aparta—los cabellos de la haz:
conociólo la condesa—entónces en el hablar;
en sus brazos ella se echa—no cesando de llorar.
—¿Qué es aquesto, mi señor?—¿quién vos hizo ser salvaje?
¡No es este aquel gesto—que vos teníades ante!
Quiten vos aquestas armas,—otras luego os quieran dar;
traigan de aquellos vestidos—que solíades llevar.—
Ya les paraban las mesas,—ya les daban á cenar,
cuando empezó la condesa—á decir y á hablar:
—¡Cierto parece, señor,—que lo hacemos muy mal,
que el conde está ya en sus tierras—y en la su heredad,
que no avisemos aquellos—que su honra quieren mirar!
No lo digo aun por Gaiferos,—ni por su hermano Merian,
sino por el esforzado—Renaldos de Montalvan.
¡Bien sabedes, señor tio,—cuánto se quiso mostrar,
siendo siempre con nosotros—contra el paladin Roldan!—
Llaman luego dos caballeros—de aquesos mas principales,
el uno envían á Gaiferos,—otro á Renaldos de Montalvan.
Apriesa viene Gaiferos,—apriesa y no de vagar:
desque vido la condesa—en brazos de aquel salvaje,
á ellos él se allega—y empezóles de hablar.
Desque el conde lo vido,—levantóse á abrazarle;
desque se han conocido—grande acatamiento se hacen.
Ya puestas eran las mesas,—ya les daban á cenar:
la condesa lo servia—y estaba siempre delante,
cuando llegó don Renaldos—Renaldos de Montalvan,
y desque el conde lo vido—hubo un placer muy grande.
Con una voz amorosa—le empezara de hablar:
—¡Oh esforzado conde Dirlos,—de vuestra venida me place,
aunque agora vuestos pleitos—mejor se podrán librar!

Mas si yo fuera creido,—fueran fechos ántes de vos llegar;
ó no me hallárdes vivo,—ó al paladin Roldan.—
El conde desque esto oyera—grandes mercedes le hace
diciendo: — Juramento ha hecho—sobre un libro misal
de jamas se quitar las armas,—ni con la condesa holgar,
hasta que haya complido—toda la su voluntad.—
El concierto que ellos tienen—por mejor y natural,
es que en el otro dia,—cuando yante el emperante,
vaya el conde á palacio—por la mano le besar.
Toda la noche pasaron—descansando, en hablar,
cuando vino el otro dia,—á la hora del yantar,
cabalgara el conde Dirlos:—¡muy lucidas armas trae!
y encima un collar de oro—y una ropa rozagante,
solo con cient caballeros,—que no quiere llevar mas:
á la parte izquierda Gaiferos,—á la derecha don Beltran;
viénense á los palacios—de Cárlos el emperante.
Cuantos grandes allí hallan—acatamiento le hacen
por honra de don Gaiferos,—que era suya la ciudad.
Cuando son á la gran sala,—hallan allí al emperante
asentado á la mesa,—que le daban á yantar.
Con él está Oliveros,—con él está don Roldan,
con él está Valdovinos—y Celinos el infante,
con él estaban muchos grandes—de Francia la natural.
Y entrando por la sala—grande reverencia hacen,
saludan al emperador—los tres juntos á la par.
Desque don Roldan los vido—presto se fué á levantar:
apriesa demanda á Celinos—no cesando de hablar:
—Cabalgad presto, Celinos,—no esteis mas en la ciudad,
que quiero perder la vida,—si bien mirais las señales,
si aquel no es el conde Dirlos—que viene como salvaje:
yo quedaré por vos, primo,—á lo que querrán demandar.—
Ya cabalgaba Celinos,—y sale de la ciudad:
con él va gran gente de armas—por haberlo de guardar.
El conde y don Gaiferos—lléganse al emperante,
la mano besar le quieren—y él no se la quiere dar;
mas está muy maravillado,—diciendo:—¿Quién puede estar?

El conde que así lo vido—empezóle de hablar:
—No se maraville vuestra Alteza,—que no es de maravillar,
que quien dijo que era muerto,—mentira dijo y no verdad.
Señor, yo soy el conde Dirlos,—vuestro servidor leal;
mas los malos caballeros—siempre presumen el mal.—
Conocídolo han todos—entónces en el hablar.
Levantóse el emperador—y empezó de abrazarle,
y mandó salir á todos—y las puertas bien cerrar.
Solo queda Oliveros—y el paladin Roldan,
el conde Dirlos y Gaiferos,—y el buen viejo don Beltrán.
Asentóse el emperador,—y á todos manda posar:
entónces con voz humilde—le empezó de hablar:
—Esforzado conde Dirlos,—de vuestra venida me place,
aunque de vuestro enojo—no es de tener pesar,
porque no hay cargo ninguno,—ni vergüenza otro que tal,
que si casó la condesa—no cierto á su voluntad,
sino á porfía mia—y á ruego de don Roldan,
y con tantas condiciones—que seria largo de contar;
por do siempre ha mostrado—teneros amor muy grande.
Si ha errado Celinos,—hízolo con mocedad,
en escribir que érades muerto—pues que no era verdad;
mas por eso nunca quise—á ella dejar tocar,
ni menos á los desposorios—á él no dejé estar;
mas por él fué presentado—ese paladin Roldan.
Mas la culpa, conde, es vuestra—y á vos os la debeis dar;
para ser vos tan discreto,—esforzado y de linaje,
dejastes mujer hermosa,—moza y de poca edad:
si de vista no la visitástes,—de cartas la debíades visitar.
Si supiera que á la partida—llevábades tan gran pesar,
no os enviara yo, el conde,—que otros pudiera enviar:
mas por ser buen (1) caballero—solo á vos quise enviar.—
El conde de que esto oyera—atal respuesta le hace:
—¡Calle, calle vuestra Alteza!—¡buen señor, no diga tal!
que no cale quejar de Celinos—por ser de tan poca edad,

(1) «Ser vos.» *Canc. de Rom.* s. a. y ed. de 1550.

que con tales caballeros—yo no me acostumbro (1) honrar;
mas por él está aquí Oliveros,—y por él está don Roldan,
que son buenos caballeros—y los tengo yo por tales.
¡Consentir ellos tal carta!—y ¡consentir tan gran maldad!
¿ó me tenian en poco,—ó me tienen por cobarde,
que sabiendo que era vivo—no se lo osaria demandar!
Por eso suplico á tu (2) Alteza—campo nos (3) quiera otorgar;
pues por él el pleito toman,—el campo pueden aceptar,
si quieren uno por uno,—ó los dos juntos á la par;
no perjudicando á los mios,—aunque haya hartos de linaje,
que á esto y mucha mas que esto—recaudo bastan á dar.
Porque conozcan que sin parientes,—amigos no me han de [faltar
tomaré al esforzado—Renaldos de Montalvan.—
Don Roldan que esto oyera—con gran enojo y pesar,
no por lo que el conde dijo,—que con razon lo veia estar,
mas en nombrarle Renaldos,—vuelto se le ha la sangre,
porque los que mal le (4) quieren,—cuando le quieren hacer [pesar
luego le dan por los ojos—Renaldos de Montalvan.
Movido de muy gran saña—luego habló don Roldan:
—Soy contento, el conde Dirlos,—y tomad este mi guante,
y agradeced que sois venido—tan presto sin mas tardar,
que á pesar de quien pesare—yo los hiciera casar,
sacando á don Gaiferos,—sobrino del emperante.
—Calledes, dijo Gaiferos,—Roldan, no digais atal;
por ser soberbio y descortes—mal vos quieren los doce pares,
que otros tan buenos como vos—defienden la otra parte,
que yo faltar no les puedo,—ni dejar pasar lo tal.
Aunque mi primo es Celinos,—hijo de hermana de madre,
bien sabeis que el conde Dirlos—es hijo de hermano de padre,
por ser hermano de padre,—no le tengo de faltar,
ni porque no pase la vuestra,—que á todos ventaja quereis [llevar.—

(1) «No me costumbro.» *Canc. de Rom.* s. a. y ed. de 1550.

(2) «Vuestra.» *Canc. de Rom.* s. a. y ed. de 1550.

(3) «Me.» *Canc. de Rom.* s. a. y ed. de 1550. *Flor.*

(4) «Se.» *Canc. de Rom.* s. a. y ed. de 1550.

El conde Dirlos el guante toma,—y de la sala se sale,
tras él iba (1) Gaiferos,—y tras él va don Beltran.
Triste está el emperador,—haciendo llantos muy grandes,
viendo á Francia revuelta—y á todos los doce pares.
Desque Renaldos lo supo—hubo de ello placer grande:
al conde palabras decia,—mostrando tener voluntad:
—Esforzado conde Dirlos,—de lo que habeis hecho me place,
y muy mucho más del campo—contra Oliveros y Roldan.
Una cosa rogar vos quiero,—no me la querais negar;
pues no es principal Oliveros,—ni ménos es don Roldan,
sin perjudicar vuestra honra—con cualquier podeis pelear:
tomad vos á Oliveros,—y dejadme á don Roldan.
—Pláceme, dijo el conde,—Renaldos, pues á vos place.—
Desque supieron las nuevas—los grandes y principales
que es venido el conde Dirlos,—y que está ya en la ciudad,
veréis parientes y amigos—que grandes fiestas le hacen.
Los que á Roldan mal quieren—al conde Dirlos hacen parte,
por lo cual toda la Francia—en armas veréis estar:
mas si los doce quisieran—bien los podian paciguar;
mas ninguno por paz se pone,—todos hacen parcialidad,
sino el arzobispo Turpin,—que es de Francia cardenal,
sobrino del emperador,—en esfuerzo principal,
que solo aquel se ponia—si los podia apaciguar;
mas ellos escuchar no quieren,—tanto se han mala voluntad.
Veréis ir dueñas y doncellas—á unos y á otros rogar:
ni por ruegos ni por cosas—no los pueden apaciguar.
Sobre todos mostraba saña—el esforzado Merian,
hermano del conde Dirlos—y hermano de Durandarte,
aunque por diferencias—no se solian hablar,
de que sabe lo que ha dicho—en el palacio real,
que si el conde mas tardara—el casamiento ficiera pasar
á pesar de todos ellos—y á pesar de don Beltran.
Por esto cartas envía—con palabras de pesar,
que aquello que él ha dicho—no lo basta hacer verdad,

(1) «Guia.» *Canc. de Rom.* s. a. y ed. de 1550.—«Aguijar.» *Flor.*

que aunque el conde no viniera,—habia quien lo demandar.
El emperador que lo supo—muy grandes llantos que hace :
por perdida dan á Francia—y á toda la cristiandad :
dicen que alguna de las partes—con moros se irá á juntar.
Triste iba y pensativo,—no cesando el sospirar;
mas los buenos consejeros—aprovechan á la necesidad.
Consejan al emperador—el remedio que ha de tomar,
que mande tocar las trompetas—y á todos mande juntar,
y al que luego no viniere—por traidor lo mande dar;
que le quitará las tierras—y le mandará desterrar;
mas todos son muy leales,—que todos juntado (1) se han.
El emperador en medio de ellos—llorando empezó de hablar :
—¡Esforzados caballeros!—¡y los mis primos carnales!
entre vosotros no hay diferencia,—vosotros la quereis buscar :
todos sois muy esforzados,—todos primos y de linaje,
acuérdeseos de morir—y que á Dios haceis pesar,
no solo en perder á vosotros,—mas á toda la cristiandad.
Una cosa rogar os quiero,—no vos querais enojar;
que sin mi licencia en Francia (2)—campo no se puede dar.
De tal campo no soy contento,—ni á mí cierto me place,
porque yo no veo causa—porque lo haya de dar,
ni hay vergüenza ninguna (3)—que á nadie (4) se pueda dar,
ni al conde han enojado—Oliveros ni Roldan,
ni el conde á ellos ménos—porque se hayan de matar,
de ayudar á sus amigos—ya usanza es atal.
Si Celinos ha errado—con amor y mocedad,
pues no ha tocado á la condesa,—no ha hecho tanto mal
que de ello merezca muerte,—ni se la deben de dar.
Ya sabemos que el conde Dirlos—es esforzado y de linaje,
y de los grandes señores—que en Francia comen pan,
que quien á él enojare—él le basta á enojar,

(1) «Juntos.» *Canc. de Rom.* s. a. y ed. de 1550.

(2) «Sin mis leyes de Francia.» *Canc. de Rom.* s. a. y ed. de 1550.

(3) «Ni injuria.» *Canc. de Rom.* s. a. y ed. de 1550.—«No hay agravio ni injuria.» *Flor.*

(4) «Ninguno.» *Canc. de Rom.* s. a. y ed. de 1550.

aunque fuese el mejor caballero—que en el mundo se hallase.
Mas porque sea escarmiento—á otros hombres de linaje,
que ninguno sea osado,—ni pueda hacer lo tal
si estimare (1) su honra—en esto no osara entrar,
que mengüemos á Celinos—por villano, y no de linaje;
que en el número de los doce—no se haya de contar,
ni cuando el conde fuere en cortes—Celinos no haya de (2) estar,
ni do fuere la condesa—él no pueda habitar.
Y esta honra, el conde Dirlos,—para siempre os la darán.—
Don Roldan desque esto oyera—presto tal respuesta hace:
—Más quiero perder la vida—que tal haya de pasar.—
El conde Dirlos que lo oyera—presto se fué á levantar,
y con una voz muy alta—empezara de hablar:
—Pues requiéroos, don Roldan,—por mí y el de Montalvan:
que de hoy en los tres dias—en campo hayais de estar;
si no, á vos y á Oliveros—daros hemos por cobardes.
—Pláceme, dijo Roldan,—y aun si queredes antes.—
Veréis llantos en el palacio,—que al cielo quieren llegar,
dueñas y grandes señoras—casadas y por casar,
á piés de maridos é hijos—las veréis arrodillar.
Gaiferos fué el primero—que ha mancilla de su madre,
asimesmo don Beltran—de su hermana carnal,
don Roldan de su esposa—que tan tristes llantos hace.
Retíranse entónces todos,—para irse aposentar,
los valedores hablando—á voz alta y sin parar:
—Mejor es, buenos caballeros,—vos hayamos apaciguar;
pues no hay cargo ninguno,—que todo se haya de dejar.—
Entónces dijo Roldan—que es contento y que le place,
con aquesta condicion,—y esto se quiere aturar:
porque Celinos es mochacho—de quince años y no mas,
y no es para las armas,—ni aun para pelear:
que fasta veinte y cinco años,—y fasta en aquella edad,
que en el número de los doce—no se haya de contar,

(1) «Estimara.» *Canc. de Rom.* s. a. y ed. de 1550.
(2) «Pueda.» *Canc. de Rom.* s. a. y ed. de 1550. *Flor.*

ni en la mesa redonda—ménos pueda comer pan:
ni donde fuere el conde y condesa—Celinos no pueda estar:
desque fuere de veinte años—ó puesto en mejor edad,
si estimare su honra—que lo pueda demandar,
y que entónces por las armas—cada cual defienda su parte,
porque no diga Celinos—que era de menor edad.—
Todos fuéron muy contentos,—y á ambas partes les place.
Entónces el emperador—á todos los hace abrazar,
todos quedan muy contentos,—todos quedan muy iguales.
Otro dia el emperador—muy real sala les hace:
á damas y caballeros—convídalos á yantar.
El conde se afeita las barbas,—los cabellos otro que tal,
la condesa en las fiestas—sale muy rica y triunfante.
Los mestrasalas que servian—de parte del emperante,
el uno es don Roldan,—y Renaldos de Montalvan,
por dar mas avinenteza (1)—que hubiesen de hablar.
Cuando hubieron yantado,—antes de bailar ni danzar,
se levantó el conde Dirlos—delante todos los grandes,
y al emperador entregó—de las villas y lugares
las llaves de lo ganado—del rey moro Aliarde;
por lo cual el emperador—de ello le da muy gran parte,
y él á sus caballeros—grandes mercedes les hace.
Los doce tenian en mucho—la gran victoria que trae.
De allí quedó con gran honra—y mayor prosperidad.

Silva, ed. de 1550, t. II, f. 66.—*Canc. de Rom.* s. a. f. 6.—*Canc. de Rom. ed. de 1550*, f. 6.—*Floresta de varios romances* (2).

(1) «Aviventeza. *Canc. de Rom.* s. a. y ed. de 1550. En la *Floresta* faltan los versos desde el que dice

Los mestrasalas que servian

hasta el que dice:

Que hubiesen de hablar.

(2) El asunto de éste romance tiene afinidad con aquellas leyendas de una peregrinación al Oriente, de las cuales bajo este epígrafe: «Die Fahrt in den Osten» ha tratado el erudito profesor D. Guillermo Müller en su obra intitulada: *Niedersächsische Sagen und Märchen* (Gotinga, 1855, pág 389 sig.).

165.

ROMANCES SOBRE EL MARQUES DE MANTUA. VALDOVINOS Y CARLOTO.

Romance del Marqués de Mantua. — I.

De Mantua salió el marques—Danés Urgel el leal:
allá va á buscar la caza—á las orillas del mar.
Con él van sus cazadores—con aves para volar;
con él van los sus monteros—con perros para cazar;
con él van sus caballeros—para haberlo de guardar.
Por la ribera del Pou—la caza buscando van.
El tiempo era caluroso,—víspera era de Sant Juan.
Métense en una arboleda—para refresco (1) tomar;
al derredor de una fuente—á todos mandó asentar.
Viandas aparejadas—traen, procuran yantar.
Desque hubieron yantado—comenzaron de hablar
solamente de la caza—cómo se ha de ordenar.
Al pié estan de una breña—que junto á la fuente está.
Oyeron un gran ruido—entre las ramas sonar:
todos estuvieron quedos—por ver qué cosa será;
por las mas espesas matas—veen un ciervo asomar;
de sed venia fatigado,—al agua se iba á lanzar;
los monteros á gran priesa—los perros van á soltar:
sueltan lebreles, sabuesos—para le haber de tomar.
El ciervo que los sintió—al monte se vuelve á entrar:
caballeros y monteros—comienzan de cabalgar;
siguiéndole iban el rastro—con gana de le alcanzar:
cada uno va corriendo—sin uno á otro esperar.

(1) «Refrescor.» *Canc. de Rom.* s. a. y 1550.

El que traia buen caballo—corria mas por le atajar:
apártanse unos de otros—sin al marques aguardar.
El ciervo era muy lijero,—mucho se fué adelantar;
al ladrido de los perros—los mas siguiendole van.
El monte era muy espeso,—todos perdidos se han.
El sol se queria poner,—la noche queria cerrar,
cuando el buen marques de Mántua—solo se fuera á fallar
en un bosque tan espeso—que no podia caminar.
Andando á un cabo y á otro,—mucho alejado se ha;
tantas vueltas iba dando—que no sabe donde está.
La noche era muy escura,—comenzó recio á tronar;
el cielo estaba nublado,—no cesa de relampaguear.
El marques que así se vido—su bocina fué á tomar,
á sus monteros llamando:—tres veces la fué á tocar.
Los monteros eran léjos,—por demas era el sonar,
el caballo iba cansado—de por las breñas saltar;
á cada paso caia,—no se podia menear.
El marques muy enojado—la rienda le fué á soltar;
por do el caballo queria—lo dejaba caminar.
El caballo era de casta,—esfuerzo fuera á tomar.
Diez millas ha caminado—sin un momento parar;
no va camino derecho—mas por do podia andar.
Caminando todavía—un camino va á topar;
siguiendo por el camino—va á dar en un pinar:
por él anduvo una pieza—sin poder dél se apartar.
Pensó reposar allí—ó adelante pasar;
mas por buscar á los suyos—adelante quiere andar.
Del pinar salió muy presto,—por un valle fuera á entrar,
cuando oyó dar un gran grito—temeroso y de pesar,
sin saber que de hombre fuese,—ó qué pudiese estar:
solo gran dolor mostraba,—otro no pudo notar,
de que se turbó el marques,—todo espeluzado se ha,
mas aunque viejo de dias—empiézase de esforzar.
Por su camino adelante—empieza de caminar:
á pié va que no á caballo;—el caballo va á dejar,
porque estaba muy cansado,—y no podia bien andar;

en un prado que allí estaba—allí lo fuera á dejar.
Cuando llegó á un rio,—en medio de un arenal
un caballo vido (1) muerto,—comenzóle de mirar.
Armado estaba de guerra—á guisa de pelear;
los brazos tenia cortados,—las piernas otro que tal;
un poco mas adelante—una voz sintió hablar:
—¡Oh Santa María Señora,—no me quieras olvidar!
¡A ti encomiendo mi alma,—plégate de la guardar!
En este trago de muerte—esfuerzo me quieras dar;
pues á los tristes consuelas—quieras á mí consolar,
y tu muy (2) precioso Hijo—por mí te plega rogar
que perdone mis pecados,—mi alma quiera salvar.—
Cuando aquesto oyó el marques—luego se fuera á apartar;
revolvióse el manto al brazo—la espada fuera á sacar:
apartado del camino—por el monte fuera á entrar;
hácia do sintió la voz—empieza de caminar.
Las ramas iba cortando—para la vuelta acertar;
á todas partes miraba—por ver qué cosa será;
el camino por do iba—cubierto de sangre está.
Vínole grande congoja,—todo se fué á demudar,
que el espíritu le daba—sobresalto de pesar.
De donde la voz oyera—muy cerca fuera á llegar:
al pié de unos altos robles—vido un caballero estar,
armado de todas armas—sin estoque ni puñal.
Tendido estaba en el suelo,—no cesa de se quejar;
las lástimas que decia—al marques hacen llorar:
por entender lo que dice—acordó de se acercar.
Atento estaba escuchando—sin bullir ni menearse: (3)
lo que decia el caballero—razon es de lo contar.
—¿Dónde estás, señora mia,—que no te pena mi mal?
De mis pequeñas heridas—compasion solias tomar,
¡agora de las mortales—no tienes ningun pesar!

(1) «Caballero.» *Canc. de Rom.* s. a. y 1550.
(2) «Y al tu.» *Canc. de Rom.* s. a. y 1550.
(3) «Meneare.» *Silva.*

No te doy culpa, señora,—que descanso en el hablar:
mi dolor que es muy sobrado—me hace desatinar.
Tú no sabes de mi mal (1)—ni de mi angustia mortal;
yo te pedí la licencia—para mi muerte buscar.
Pues yo la hallé, señora,—á nadie debo culpar,
cuanto mas á ti, mi bien,—que no me la querias dar;
mas cuando mas no podiste—bien sentí tu gran pesar
en la fe de tu querer,—segun te vi demostrar.
¡Esposa mia y señora!—no cures de me esperar;
fasta el dia del juicio—no nos podémos juntar.
Si viviendo me quisiste,—al morir lo has de mostrar,
no en hacer grandes extremos,—mas por el alma rogar.
¡Oh mi primo Montesinos!—¡Infante don Merian!
¡Deshecha es la compañía—en que solíamos andar!
¡Ya no esperéis mas de verme—no os cumple mas de buscar,
que en balde trabajaréis—pues no me podréis hallar!
¡Oh esforzado don Renaldos!—¡Oh buen paladin Roldan!
¡Oh valiente don Urgel!—¡Oh don Ricardo Normante!
¡Oh marques don Oliveros!—¡Oh Durandarte el galan!
¡Oh archiduque don Estolfo!—¡Oh gran duque de Milan!
¿Dónde soy todos vosotros?—¿No venís á me ayudar?
¡Oh emperador Cárlo Magno,—mi buen señor natural,
si supieses tú mi muerte—cómo la harias vengar!
Aunque me mató tu hijo—justicia querrias (2) guardar,
pues me mató á traicion—viniéndole acompañar.
¡Oh príncipe don Carloto!—¿que ira tan desigual
te movió sobre tal caso—á quererme así matar,
rogándome que viniese—contigo por te guardar? (3)
¡Oh desventurado yo,—cómo venia sin cuidar
que tan alto caballero—pudiese hacer tal maldad!
Pensando venir á caza—mi muerte vine á cazar.
No me pesa del morir—pues es cosa natural,

(1) «De mi bien.» *Silva.*
(2) «Querias.» *Canc. de Rom.* s. a. y 1550.
(3) «Aguardare.» *Canc. de Rom.* s. a. y 1550.

¡mas por morir como muero—sin merecer ningun mal,
y en tal parte donde nunca—la mi muerte se sabrá!
¡Oh alto Dios poderoso,—justiciero y de verdad,
sobre mi muerte inocente—justicia quieras mostrar!
¡De esta ánima pecadora—quieras haber piedad!
¡Oh triste reina mi madre,—Dios te quiera consolar,
que ya es quebrado el espejo—en que te solias mirar!
Siempre de mí recelaste—recibir algún pesar,
¡agora de aquí adelante—no te cumple recelar!
En las justas y torneos—consejo me solias dar,
¡agora triste en la muerte—aun no me puedes hablar!
¡Oh noble marques de Mantua,—mi señor tio carnal!
¿dónde estais que no ois—mi doloroso quejar?
¡Que nueva tan dolorosa—vos será de gran pesar,
cuando de mí no supierdes—ni me pudierdes hallar!
Hecísteme heredero—por vuestro Estado heredar,
¡mas vos lo habréis de ser mio—aunque sois de mas edad!
¡Oh mundo desventurado;—nadie debe en ti fiar;
al que mas subido tienes—mayor caida haces dar!—
Estas palabras diciendo—no cesa de sospirar
sospiros muy dolorosos—para el corazon quebrar.
Turbado estaba el marques,—no pudo mas escuchar:
el corazón se le aprieta,—la sangre vuelta se le ha.
A los piés del caballero—junto se fué á llegar;
con la voz muy alterada—empezóle de hablar:
—¿Qué mal teneis, caballero?—Querádesmelo contar.
¿Teneis heridas de muerte,—ó teneis otro algun mal?
Cuando lo oyó el caballero—la cabeza probó alzar:
pensó que era su escudero,—tal respuesta le fué á dar:
—¿Qué dices, amigo mio?—¿Traes con quien me confesar?
Que ya el alma se me sale;—la vida quiero acabar:
del cuerpo no tengo pena,—que el alma querría salvar.—
Luego le entendió el marques—por otro le fuera á tomar:
respondióle muy turbado—que apénas pudo hablar:
—Yo no soy vuestro criado,—nunca comí vuestro pan,
ántes soy un caballero—que por aquí acerté á pasar:

vuestras voces dolorosas—aquí me han hecho llegar
á saber qué mal teneis,—ó de qué es vuestro penar.
Pues que caballero sois—querades vos esforzar,
que para esto es este mundo—para bien y mal pasar.
Decidme, señor, quién sois—y de qué es vuestro mal,
que si remediarse puede—yo os prometo de ayudar :
no dudeis, buen caballero,—de decirme la verdad.—
Tornara en sí Valdovinos,—respuesta le fuera á dar :
—Muchas mercedes, señor,—por la buena voluntad;
mi mal es crudo y de muerte,—no se puede remediar.
Veinte y dos feridas tengo—que cada una es mortal;
el mayor dolor que siento,—es morir en tal lugar,
do no se sabrá mi muerte—para poderse vengar,
porque me han muerto á traición—sin merescer ningun mal.
A lo que habeis preguntado—por mi fe os digo verdad,
que á mí dicen Valdovinos,—que el Franco solian llamar :
hijo soy del rey de Dacia,—hijo soy suyo carnal,
uno de los doce pares—que á la mesa comen pan.
La reina doña Ermeline (1)—es mi madre natural,
el noble marques de Mantua—era mi tio carnal,
hermano era de mi padre—sin en nada discrepar;
la linda infanta Sevilla—es mi esposa sin dudar :
hame ferido Carloto—su hijo del emperante,
porque él requirió de amores—á mi esposa con maldad :
porque no le dió su amor—él en mí se fué á vengar
pensando que por mi muerte—con ella habia de casar.
Hame muerto á traicion—viniendo yo á le guardar,
porque él me rogó en Paris—le viniese acompañar
á dar fin á una aventura—en que se queria probar.
Quien quier que seais, caballero,—la nueva os plega llevar
de mi desastrada muerte—á Paris, esa ciudad,
y si hácia Paris no fuerdes—á Mántua la iréis á dar,
que el trabajo que ende habréis—muy bien vos lo pagarán,
y si no quisierdes paga—bien se vos agradecerá.—

(1) «Ermelina.» *Silva.*

Cuando aquesto oyó el marques—la habla perdido ha,
en el suelo dió consigo,—la espada fué arrojar,
las barbas de la su cara—empezólas de arrancar,
los sus cabellos muy canos—comiénzalos de mesar.
A cabo de una gran pieza—en pié se fué á levantar;
allegóse al caballero—por las armas le quitar.
Desque le quitó el almete—comenzóle de mirar:
estaba bañado en sangre,—con la color muy mortal;
estaba desfigurado,—no lo podia figurar,
ni le podia conoscer—en el gesto ni el hablar;
dudando estaba dudando—si era mentira ó verdad.
Con un paño que traia—la cara le fué á limpiar:
desque la hubo limpiado—luego conocido lo ha.
En la boca lo besaba—no cesando de llorar,
las palabras que decia—dolor es de las contar.
—¡Oh sobrino Valdovinos,—mi buen sobrino carnal!
¿Quién vos trató de tal suerte?—¿Quién vos trajo á tal lugar?
¿Quién es el que á vos mató—que á mí vivo fué á dejar?
¡Mas valiera la mi muerte—que la vuestra en tal edad!
¿No me conoceis, sobrino?—¡Por Dios me querais (1) hablar!
Yo soy el triste marques—que tio soliades (2) llamar,
yo soy el marques de Mántua—que debo de reventar
llorando la vuestra muerte—por con vida no quedar.
¡Oh desventurado viejo!—¿Quién me podrá conortar?
que pérdida tan crecida—mas dolor es consolar.
Yo la muerte de mis hijos—con vos podria olvidar.
Agora, mi buen señor (3),—de nuevo habré de llorar.
A vos tenia por sobrino (4)—para mi estado heredar,
agora por mi ventura—yo vos habré de enterrar.
Sobrino, de aquí adelante—yo no quiero vivir mas:
ven, muerte, cuando quisieres,—no te quieras detardar;

(1) «Queráisme.» *Canc. de Rom.* s. a y 1550.

(2) «Soleis.» *Silva.*

(3) «Agora de aquí adelante.» *Silva.*
«Agora, mi buen sobrino.» *Floresta.*

(4) «Hijo.» *Floresta.*

¡mas al que ménos te teme - le huyes por mas penar!
¿Quién le llevará las nuevas—amargas de gran pesar
á la triste madre vuestra?—¿Quién la podrá consolar?
Siempre lo oí decir,—agora veo ser (1) verdad,
que quien larga vida vive—mucho mal ha de pasar:
por un placer muy pequeño—pesares ha de gustar.—
De estas palabras y otras—no cesaba de hablar
llorando de los sus ojos—sin poderse conortar.
Esforzóse Valdovinos—con el angustia mortal;
desque conoció á su tio—alivio fuera á tomar:
tomóle entrambas las manos,—muy recio le fué apretar:
disimulando su pena—comenzó al marques hablar:
—No lloredes, señor tio,—por Dios no querais llorar,
que me dais doblada pena—y al alma haceis penar;
mas lo que vos encomiendo—es por mí querais rogar,
y no me desampareis—en este esquivo lugar;
fasta que yo haya espirado,—no me querades dejar.
Encomiéndoos á mi madre,—vos la querais consolar,
que bien creo que mi muerte—su vida habrá de acabar;
encomiéndoos á mi esposa,—por ella querais mirar;
el mayor dolor que siento—es no la poder hablar.—
Ellos estando en aquesto—su escudero fué á llegar:
un ermitaño traia—que en el bosque fué á hallar,
hombre de muy santa vida—de órden sacerdotal.
Cuando llegó el ermitaño—el alba queria quebrar.
Esforzando á Valdovinos—comenzóle amonestar
que olvidase aqueste mundo—y de Dios se quiera acordar.
Aparte se fué el marques—por dalles mejor lugar;
el escudero á otra parte—tambien se fuera apartar:
el marques de quebrantado—gran sueño le fué á tomar.
Confesóse Valdovinos—á toda su voluntad.
Estando en su confesion,—ya que queria acabar,
las angustias de la muerte—comienzan de le aquejar:
con el dolor que sentia—una gran voz fuera á dar:

(1) «Que es.» *Silva.*

llama á su tio el marques,—comenzó así de hablar :
—Adios, adios, mi buen tio,—adios vos querais quedar,
que yo me voy de este mundo—para la mi cuenta dar :
lo que vos ruego y encomiendo—no lo querais olvidar :
dadme vuestra bendición,—la mano para besar.—
Luego perdiera el sentido,—luego perdiera el hablar,
los dientes se le cerraron,—los ojos vuelto se le han.
Recordó luego el marques,—á él se fuera á llegar,
muchas veces lo bendice—no cesando de llorar.
Absolvióle el ermitaño;—por él comienza á rezar.
A cabo de poco rato—Valdovinos fué á espirar.
El marques de verlo así—amortecido se ha,
consuélalo el ermitaño,—muchos ejemplos le da :
el marques como discreto—acuerdo fuera á tomar,
pues remediar no se puede,—á haberse de conortar (1).
Lo que hacia el escudero—lástima era de mirar;
rescuñaba la su cara,—sus ropas rasgado ha,
sus barbas y sus cabellos—por tierra los va á lanzar.
A cabo de una gran pieza,—que ambos cansados están,
el marques al ermitaño—comienza de preguntar :
—Pídoos por Dios, padre honrado,—respuesta me querais dar :
¿dónde estamos, ó en qué reino,—en qué señorío ó lugar?
¿Cómo se llama esta tierra?—¿Cuya es, y á qué mandar?—
El ermitaño responde : —Pláceme de voluntad :
debeis de saber, señor,—que esta es tierra sin poblar;
otro tiempo fué poblada,—despoblóse por gran mal,
por batallas muy crueles—que hubo en la cristiandad :
á esta llaman la Floresta—sin ventura y de pesar,
porque nunca caballero—en ella se acaeció entrar
que saliese sin gran daño—ó desastre desigual.
Esta tierra es del marques—de Mántua, la gran ciudad :
fasta Mántua son cien millas,—sin poblado ni lugar,
sino sola una ermita—que á seis millas de aquí está,
donde yo hago mi vida—por del mundo me apartar.

(1) Cordura es se conortar. *Floresta.*

El mas cercano poblado—á veinte millas está;
es una villa cercada—del ducado de Milan.
Ved lo que quereis, señor,—en que yo os pueda ayudar,
que por servicio de Dios—lo haré de voluntad,
y por vuestro acatamiento,—y por hacer caridad.—
El marques que aquesto oyera—comenzóle de rogar
que no recibiese pena—de con el cuerpo quedar,
miéntra él y el escudero—el caballo van buscar
que allí cerca habia dejado—en un prado á descansar.
Plúgole al ermitaño—allí haberlos de esperar:
el marques y el escudero—el caballo van buscar:
por el camino do iban—comenzóle á preguntar:
—Dígasme, buen escudero,—si Dios te quiera guardar,
¿qué venia tu señor—por esta tierra buscar,
y por qué causa lo han muerto,—y quién le fuera á matar?—
Respondió el escudero,—tal respuesta le fué á dar:
—Por la fe que debo á Dios—yo no lo puedo pensar,
porque no lo sé, señor;—lo que ví os quiero contar.
Estando dentro en Paris—en cortes del emperante,
el príncipe don Carloto—á mi señor envió á llamar.
Estuvieron en secreto—todo el dia en su hablar;
cuando la noche cerró—ambos se fuéron armar.
Cabalgaron á caballo,—salieron de la ciudad
armados de todas armas—á guisa de pelear.
Yo salí con Valdovinos—y con Carloto un paje:
ayer hubo quince dias—salimos de la ciudad.
Luego cuando aquí llegamos—á este bosque de pesar,
mi señor y don Carloto—mandaron nos esperar.
Solos se entraron los dos—por aquel espeso valle;
el paje estaba cansado,—gran sueño le fué á tomar;
yo pensando en Valdovinos—no podia reposar.
Apartéme del camino—en un árbol fuí á pujar (1),
á todas partes miraba—cuando los veria tornar.
A cabo de un gran rato—caballos oí relinchar,

(1) «Puyare» *Silva. Floresta.*

vi venir tres caballeros,—mi señor no ví tornar.
Venian bañados en sangre,—luego vi mala señal;
el uno era don Carloto,—los dos no pude notar.
Con gran miedo que tenia—no les osé preguntar
dó quedaba Valdovinos,—do le fueran á dejar:
mas abajéme del árbol,—entré por aquel pinar:
desque los (1) ví trasponer—yo comencé de buscar
á mi señor Valdovinos,—mas no lo podia hallar:
el rastro de los caballos—no dejaba de mirar.
A la entrada de un llano,—al pasar de un arenal,
ví huella de otro caballo (2),—la cual me pareció mal;
ví mucha sangre por tierra,—de que me fuí á espantar;
en la orilla del rio - el caballo fuí á hallar,
mas adelante no mucho—á Valdovinos ví estar.
Boca abajo estaba en tierra,—y casi queria espirar,
todo cubierto de sangre—que apenas podia hablar.
Levantáralo de tierra,—comencéle de limpiar;
por señas me demandó—confesor fuese á buscar.
Esto es, noble señor,—lo que sé de este gran mal.—
En estas cosas hablando—el caballo van topar,
cabalgó en él el marques,—y á las ancas fuéle á tomar:
á do quedó el ermitaño—presto tornado se han.
Desque hablaron un rato—acuerdo van á tomar
que se fuesen á la ermita,—y el cuerpo allá lo llevar.
Pónenlo encima el caballo,—nadie quiso cabalgar.
El ermitaño los guia,—comienzan de caminar;
llevan via de la ermita—apriesa y no de vagar.
Deque allá hubieron llegado—el cuerpo van desarmar.
Quince lanzadas tenia,—cada una era mortal,
que de la menor de todas—ninguno podría escapar.
Cuando así lo vió el marques—traspasóse de pesar,
á cabo de una gran pieza—un gran suspiro fué á dar.

(1) «Lo.» *Canc. de Rom.* s. a. y 1550. *Floresta.*

(2) «De tres caballos.» *Silva.*—«De otros caballos.» *Canc. de Rom.* s. a.—«De los caballos.» *Floresta.*

Entró dentro en la capilla,—de rodillas se fué á hincar,
puso la mano en una ara—que estaba sobre el altar,
en los piés de un crucifijo—jurando, empezó de hablar:
—Juro por Dios poderoso,—por Santa María su Madre,
y al santo Sacramento—que aquí suelen celebrar,
de nunca peinar mis canas—ni las mis barbas cortar (1);
de no vestir otras ropas,—ni renovar mi calzar;
de no entrar en poblado,—ni las armas me quitar,
sino fuere una hora (2)—para mi cuerpo limpiar (3);
de no comer á manteles,—ni á mesa me asentar,
fasta matar á Carloto—por justicia ó pelear,
ó morir en la demanda—manteniendo la verdad:
y si justicia me niegan—sobre esta tan gran maldad,
de con mi Estado y persona—contra Francia guerrear,
y manteniendo la guerra—morir ó vencer sin paz (4).
Y por este juramento—prometo de no enterrar
el cuerpo de Valdovinos—fasta su muerte vengar.—
De que aquesto hubo jurado—mostró no sentir pesar;
rogando está al ermitaño—que le quisiese ayudar
para llevar aquel cuerpo—al mas cercano lugar.
El ermitaño piadoso—su bestia le fué á dejar;
amortajaron el cuerpo,—en ella lo van á posar:
con las armas de Valdovinos—el marques se fué armar:
cabalgara en su caballo,—comienza de caminar.
Camino llevan de la villa—que arriba oistes nombrar.
Con él iba el ermitaño—por el camino mostrar.
Antes que á la villa lleguen—una abadía van fallar [está,
de la órden de Sant Bernardo (5)—que en una montaña (6)
á la bajada de un puerto—y á la entrada de un lugar (7).

(1) «Ni las barbas me cortare.» «Ni de mis barbas cortar.» *Floresta.*

(2) «Por una hora.» *Silva.*—«Solo una hora.» *Floresta.*

(3) «Alimpiar.» *Canc. de Rom.* s. a. y 1550.

(4) «Sin pare.» *Canc. de Rom.* s. a. y 1550.—«Vencer, ó en ella acabar.» *Floresta.*

(5) «Benito.» *Floresta.*

(6) «Aspereza.» *Floresta.*

(7) «Que cerca de un valle hay.» *Floresta.*

Allá se fué el marques—y allí acordó quedar
por estar más encubierto,—y el cuerpo en guarda dejar,
por hacelle (1) un ataud—y habello de embalsamar.
Al ermitaño rogaba—dineros quiera tomar;
desque dineros no quiso—sus ricas (2) joyas le da:
no quiso ninguna cosa,—su bestia fué á demandar:
despidióse del marques,—á Dios le fué encomendar.
Después de ser despedido— para sù ermita se va;
por el camino do vuelve—á muchos topado ha
que el marqués iban buscando,—llorando por le (3) hallar.
Muchos por él preguntaban,—las señales ciertas dan,
por las señas que le dieron—él conocido lo ha,
á todos les respondia: —Yo vos digo de verdad,
que un hombre de tales señas,— que no sé quién es ni cuál,
dos dias ha que le acompaño (4) – sin saber adónde va;
dejélo en un abadía—que dicen de Flores Valle,
con un caballero muerto—que acaso fuera á fallar:
si allá quereis ir, señores,—fallaréislo de verdad (5).

(*Silva de 1550*. t. II. f. 122.—*Canc. s. a.* f. 29.—*Canc. 1550*. f. 29.—*Floresta de varios rom.*)

166.

(Del Marques de Mántua, Valdovinos y Carloto.—II.)

Romance de la embajada que envió Danes Urgel (6), marques de Mántua al Emperador.

De Mántua salen apriesa—sin tardanza ni vagar
ese noble conde Dirlos,—visorey de allende el mar,

(1) «Hacelle.» *Floresta.*
(2) «Algunas.» *Floresta.*
(3) «Por no lo.» *Floresta.*
(4) «Acompañé.» *Floresta.*
(5) «Hallaréisle sin dudar.—
Todos se van muy alegres,
para su señor hablar.»
Floresta.
(6) En este romance se llama, en el texto del *Canc. de Rom.* s. a. y

con el duque de Sanson (1)—de Picardía natural:
camino van de Paris,—aunque ninguno lo sabe,
que el marques Danes Urgero—los envía con mensaje
á ese alto emperador—que estaba en Paris la grande.
Llegados son á Paris—sin mucho tiempo tardar:
caballeros son de estima,—de grande estado y linaje,
de los doce que á la mesa—redonda comian pan.
Los grandes que lo supieron—salen por los acompañar.
Desque entraron en Paris—vanse al palacio real;
preguntan por el emperador—para habelle de hablar:
desque lo supo don Cárlos (2)—luego los mandó entrar;
desque son delante dél—las rodillas van hincar;
demandáronle las manos,—mas no se las quiso dar;
mandóles alzar de tierra,—comenzóles preguntar:
—¿De dónde venides, duque?—¿de qué parte ó qué lugar?
¿Dónde habeis estado, conde?—¿venis de allende la mar?—
Respondieron ambos juntos—presto tal respuesta dan:
—En Francia habemos estado,—en Mántua, esa ciudad,
con el marques Danes Urgero—por le haber de acompañar;
embajada vos traemos,—señor, queraisla escuchar:
mandad salir todos fuera,—no quede sino Roldan,
que después siendo contento,—bien se podrá publicar.—
Todos se salieron luego—de la cámara real,
todos cuatro quedan solos,—las puertas mandan cerrar.
De rodillas por el suelo—el conde comenzó á hablar:
—¡Oh muy alto emperador,—sacra real majestad!
tu vasallo soy, señor,—y de Francia natural;
pues vengo por mensajero—licencia me manda dar

1550, al marqués constantemente Urgeo; en la *Silva*, Urgero, lo que es más conforme á su original francés Ogier le Danois, mientras que las ediciones posteriores del *Canc. de rom.* y la *Floresta* han introducido la lección vulgar de Urgel.

(1) Así dicen todas las antiguas ediciones del *Canc. de Rom.*, de la *Silva* y de la *Floresta*; sólamente la ed. de la *Silva* de Barcelona de 1582 tiene una variante notable, poniendo:

con el duque de Soxonia.

El Sr. Durán enmienda con mucha probabilidad:

con el duque don Sanson.

(2) «Don Carloto.» *Floresta*.

para decir mi embajada,—si no recibes pesar.—
Respondió el emperador—sin el semblante mudar:
—Decid, conde, qué quereis,—no vos querais recelar (1);
bien sabeis que el mensajero—licencia tiene de hablar:
al amigo y enemigo—siempre se debe escuchar,
por amistad al amigo,—y al otro por se avisar.—
Levantóse luego el conde,—una carta fué á mostrar,
la cual era de creencia,—dióla en manos de Roldan:
comenzó de hacer su habla—con discreto razonar:
—Creyendo hacer mas servicio—á tu sacra majestad,
acepté, señor, el cargo—de este mensaje explicar,
porque sin pasion ninguna—la verdad podré contar,
según que vengo informado,—sin añadir ni quitar.
La embajada que yo traigo—es justicia demandar
del infante (2) don Carloto,—tu propio hijo carnal.
Dicen que él mató sin culpa (3)—á Valdovinos el infante,
hijo del buen rey de Dacia,—tu vasallo natural;
dicen que le mató con aleve,—con engaño y falsedad,
rogándole que se fuese—con él á le acompañar.
Por casarse con su esposa—dicen que le fué á matar:
de este delito se quejan—muchos hombres de linaje,
que son parientes del muerto,—y se sienten del tal mal (4).
El marques Danes Urgero—se muestra mas principal,
por ser tio de Valdovinos,—hermano del rey su padre.
Demas de ser su pariente,—tiene muy mayor pesar
porque lo falló herido,—casi á punto de espirar,
en un bosque muy esquivo,—apartado de lugar.
El mismo le contó el caso,—á él se fué encomendar,
en sus brazos espiró,—razon es no le olvidar:
y ese maestre de Rodas (5)—Urgel de la fuerza grande,

(1) «Pues no os cumple recelare.» Las ed. post. del *Canc. de Rom.* «Decid, conde, á vuestra guisa, no habeis de que recelar.» *Floresta.*

(2) «Príncipe.» *Floresta.*

(3) «Á traición.» *Floresta.*

(4) «Y sienten este desman.» *Floresta.*

(5) «Maestro de todos.» *Floresta.* Esta parece ser ser la mejor leccion, pues no puede haberse nombrado á

que es primo del marques,—tio tambien del infante:
y ese duque de Baviera—don Naimo el singular (1),
abuelo de Valdovinos,—padre carnal de su madre (2):
y ese rey de Sansueña,—tu vasallo natural,
padre de la infanta Sevilla—que cristiana fué á tornar
por amor de Valdovinos—para con él se casar;
y otros muchos caballeros—tambien se van á quejar,
los unos por parentesco,—los otros por amistad;
sobre todos esa reina—doña Ermeline (3), su madre.
Tus naturales y extraños—tambien te envían á suplicar
que si tu hijo los mata—¿quién los ha de defensar?
Si no mantienes justicia—dejarán su natural,
y se partirán de Francia—á otros reinos á morar.
El caso es abominable,—y terrible de contar;
si tal cosa es, señor,—bien lo debes castigar.
Acuérdate de Trajano—en la justicia guardar,
que no dejó sin castigo—su único hijo carnal;
aunque perdonó la parte,—él no quiso perdonar.
Si niegas, señor, justicia,—mucho te podrán culpar,
que tal caso como este—no es para dejar pasar.
¡Mira bien, señor, en ello!—Respuesta nos mandan dar.—
Turbóse el emperador,—que apénas pudo hablar:
la mano tenia en la barba,—muy pensativo ademas.
A cabo de una gran pieza—tal respuesta le fué á dar:
—¡Si lo que habeis dicho, conde,—se puede hacer verdad,
mas quisiera que mi hijo—fuera el muerto sin dudar!
El morir es una cosa—que á todos es natural,
la memoria queda viva—del que muere sin fealdad;
del que vive deshonrado—se debe tener pesar,
porque así viviendo muere—olvidado de bondad.
Decilde, conde, al marques—y á cuantos con él están;

Urgel, maestre de Rodas, hasta pasado el año de 1310. (Véase la nota de Clemencín al *Don Quijote*, tomo V, pág. 390.

(1) «Con Reyner el singular.» *Floresta*.

(2) «Padre.» *Floresta*.

(3) «Ermelina.» *Silva*.—«Ermelian.» *Floresta*.

que el pesar que de esto tengo—no lo puedo demostrar:
mas yo daré tal ejemplo—en esta muerte vengar,
que la pena del delito—sobrepuje á la maldad,
porque todos escarmienten—cuantos lo oyeren nombrar.
Vengan pedir su justicia—que yo la haré guardar
como es costumbre de Francia—usada de antigua edad (1);
si buena verdad trujeren—en mi corte se verá;
do mi persona estuviere—la justicia será igual,
así al pobre como al rico,—así al chico como al grande,
y tambien al extranjero,—como al propio natural.
Mas quiero dejar memoria—de grande riguridad,
que dejar sin dar castigo,—al que comete maldad,
aunque sea mi propio hijo—que me tenia de heredar.—
Cuando esto oyó el conde (2)—las manos le fué á besar;
alabando su respuesta,—el duque comenzó hablar:
—Siempre, señor, confiamos—de tu ínclita bondad
que por mantener justicia—tal respuesta habias de dar;
mas porque el caso requiere—en sí mesmo gravedad,
y por ser cosa de hijo—tú no lo debes juzgar,
el marques Danes Urgero—te envía á suplicar,
que porque él tiene jurado—de en poblado nunca entrar
fasta que alcance derecho—de Carloto el infante,
y él mismo tiene de ser—el que lo ha de acusar,
que no quieras ser presente—para haber de sentenciar;
mas que nombres caballeros—que puedan determinar,
segun costumbre de Francia,—entre hombres de linaje,
y que los que señalardes—para este caso mirar,
sean caballeros de estado—de tu consejo imperial,
y que hagan juramento—de administrar la verdad,
y tu majestad provea—de señalar un lugar
en el campo, sin poblado,—á do se haya de juzgar
para oir ambas las partes—fasta ejecución final:
y porque el marques trae gentes—para se haber de guardar

(1) «Antigüedade.» *Silva. Floresta.*

(2) «El conde Irlos.» *Floresta.*

de quien algo le quisiere—y le hubiere de enojar,
y sus parientes y amigos—vienen por le acompañar,
y entre ellos viene Renaldos,—el señor de Montalvan,
el cual está puesto en bandos—con tu sobrino Roldan;
porque no sabe el marques—si recibirás pesar,
no quiere venir con gentes—sin saber tu voluntad,
pues viene á pedir justicia—y no para guerrear:
que tú, señor, le asegures—y á cuantos con él vernán,
miéntra que el pleito durare—seguro les mandes dar
para venida y estada,—y despues para tornar,
no porque él tema á ninguno,—ni haya de quién se recelar;
mas por cumplir lo que debe—á tu sacra majestad.
De esta manera, señor,—el vendrá sin detardar,
que ya es partido de Mántua,—no cesa de caminar.
Don Renaldos le aposenta—sin hacer daño ni mal,
en tierras de señoríos—todos recaudo le dan,
pagando de sus dineros—lo acostumbrado pagar.
Para pasar por tus tierras—licencia les manda (1) dar,
y todos los bastimentos—que hubieren necesidad:
pagando lo que valiere—no se les debe negar.—
Al emperador le plugo,—todo lo fué así otorgar:
—El marques venga seguro—y cuantos con él vernán (2).
Venga siquiera de guerra,—ó como le placerá (3),
yo lo tomo so mi amparo,—so mi corona real.
Porque mas seguro venga—este mi anillo tomad;
todo lo que os prometo—siempre fallaréis verdad;
la licencia que pedís—soy contento de vos dar;
ordenaldo á vuestra guisa,—que así lo quiero firmar.—
Sacó un anillo de oro—con el sello imperial;
el duque le tomó luego,—las manos le fué á besar.
Del emperador se despiden,—á sus posadas se van.
Don Roldan quedó enojado,—mas no lo quiso mostrar.
Luego se supo en la corte—todo lo que fué á pasar,

(1) «Mandes.» *Floresta*.
(2) «Están.» *Floresta*.
(3) «Parecerá.» *Floresta*.

la embajada que traian,—lo que venian á demandar.
Mucho pesó á don Carloto,—quiérelo disimular;
fuése al emperador—á haberse de desculpar;
mas nunca lo quiso oir—sino en (1) consejo real.
La audiencia que le dió—fué mandarlo aprisionar
fasta ser determinada—por su corte la verdad.
Desque preso y á recado—en guarda lo fuera dar
á don Arnaldos de Belanda (2),—que Ayuelos suelen llamar,
gran condestable de Francia,—y en cortes gran senescal.
Mucho pesaba á los grandes—que le tenian amistad,
sobre todos le pesaba—á ese paladin Roldan.
Todos buscaban maneras - para le haber de soltar,
mas nunca el emperador—á nadie quiso escuchar:
cuanto mas por él le ruegan,—tanto mas lo hace guardar.
Cada dia entra en consejo,—las leyes hacia mirar,
quien tal crímen cometia—qué pena le habian de dar.
Estando en esto las cosas—el marques fuera á llegar
á tres millas de Paris—á vista de la ciudad:
no quiso pasar adelante,—mandó asentar su real.
Aposentóle Renaldos—ribera de un rio caudal,
do mejor le pareció—y más seguro lugar;
él se pasó adelante—una milla ó poco mas.
Armaron luego su tienda,—su bandera mandó alzar:
la gente de la ciudad—todos iban á mirar
el gran campo del marques,—su concierto singular,
la diversidad de gentes,—la órden que el marques trae (3).

(1) «Sin su.» *Silva.*

(2) «Renaldos de Belanda.» Todas las ed. del *Canc. de Rom.* La enmienda de la *Silva* que hemos acogido en el texto, prueba el conocimiento más exacto de su editor de la tradición original francesa: distingue siempre muy bien entre Arnaldos de Belanda y Renaldos de Montalbán. La *Floresta,* al contrario, lleva éstos y otros nombres propios aun más desfigurados; así dice en este lugar:

A don Reynaldos de Gulanda
que Añuelos suelen llamar.

(3) «Y el orden que en todos hay.» *Floresta.*

Muchos señores y grandes—al marques iban hablar
por probar a'gun concierto—y saber su voluntad.
El estábase en su tienda,—en aquel estado grande,
armado de todas armas,—y descubierta la faz,
el ataud allí delante—por mas dolor demostrar,
la madre de Valdovinos—y su esposa allí á la par
de aquella forma y manera—que arriba oistes nombrar.
Los que venian á la tienda—para el marques visitar,
desque le veian armado—y de aquella forma estar,
habian dél compasion,—llegaban por le hablar.
Recibíalos muy bien,—cabe él los hacía sentar;
el caso como pasara—á todos iba á contar.
Cuando algo le rogaban—mostraba mucho pesar;
rogaba con cortesía—le quisiesen perdonar
por no poder complacerlos—como era su voluntad,
porque él se había quitado—sobre esto la libertad.
El juramento que hizo—á todos hacia mostrar,
porque no tuviesen causa—sobre ello le importunar.
Los grandes que allí venian—no le querian fatigar,
ni querian sobre tal caso—su dolor le renovar.
Volvíanse para Paris—pensativos ademas,
diciendo tener razon—el marques de se vengar
de un tan grave delito,—y hacello bien castigar.
Cuando el emperador supo—que el marques fuera á llegar,
mandó llamar al consejo—en su palacio imperial.
Mandó cuando fuéron juntos—los embajadores llamar:
la embajada que trajeron—tornasen á recontar.
Levantóse el conde Dirlos—comenzóla de explicar:
desque la hubo acabado—tornóse luego asentar.
Todos se maravillaban—de oir tan gran maldad;
por amor del emperador—todos recebian pesar,
mirábanse unos á otros,—á todos parecia mal.
Antes que hablase ninguno—el emperador fué hablar:
—Lo que aqui pide el marques—por primero y principal,
es que yo nombre jueces—para esto determinar:
por ser caso de Carloto—presente no quiero estar;

para mejor señalarlos—y todo mi poder dar,
que administren la justicia—en su conciencia y verdad.—
A todos está mirando—y empiézales de hablar:
—Los jueces que yo nombro—para justicia guardar,
el uno es Dardin Dardeña—que el Delfin suelen llamar,
de tres estados de Francia,—el primero en consejar:
el otro el conde de Flándes,—don Alberto el singular,
uno de los tres estados,—y primero en el mandar;
otro el duque de Borgoña,—primero estado en juzgar,
riguroso y justiciero,—en mis reinos principal:
el otro el duque don Cárlos,—mi sargento general:
otro el duque de Borbon,—mi cuñado don Grimalte (1):
el otro el conde de Foy (2),—y el buen viejo don Beltran:
otro sea don Reyner—llamado duque de Aste,
y el conde don Galalon—de Alemaña principal:
otro el duque de Vibiano—de Agramonte natural,
asistente de mi corte—para los pleitos juzgar:
otro el duque de Saboya,—que venturas fué á buscar,
y en las mas partes del mundo—trances ha visto pasar (3)
otro el duque de Ferrara,—esa nombrada ciudad,
don Arnao el gran Bastardo,—así se hace intitular:
otro sea don Guarinos,—almirante de la mar,
de todas flotas y armadas—sobre todos general.
Y nombro por presidente—para en mi lugar estar
don Arnaldos de Belanda,—de Francia gran condestable.
Para ello le doy mi cetro,—poder soluto en mandar.
Todos estos juntos puedan—absolver y sentenciar
esto que pide el marques—como se debe juzgar,
si por prueba de testigos—ó trance de pelear.
Yo les doy mi comisión—con poder y facultad,
que la sentencia que dieren—la puedan ejecutar,
segun costumbre de Francia,—por su propia autoridad,

(1) «Grimaldos.» *Floresta.*
(2) «Fox.» *Silva.* «Foix.» *Floresta.*
(3) «Franceses vido pasar.» *Floresta.*

dando la pena y castigo—á quien la hubieren de dar,
así por via de justicia,—como por en campo entrar,
al cual puedan ser presentes,—y en mi nombre asegurar
al marqnes Danes Urgero—y á cuantos con él están,
mas que á mi persona propia—nadie le pueda demandar (1).—
Así como aquí lo dijo – á todos lo va á mandar,
so pena de ser traidor—quien lo osare quebrantar.

(*Silva de 1550*. t. II. f. 136.—*Canc. de Rom. s. a.* f. 42.
Canc. de Rom. 1550. f. 43.—*Floresta de varios rom.*)

167.

(Del marques de Mántua, Valdovinos y Carloto.—III.)

Sentencia dada á don Carloto (2).

En el nombre de Jesus—que todo el mundo ha formado,
y de la Vírgen su Madre,—que de niño lo (3) ha criado:
nosotros Dardin Dardeña (4),—Delfin en Francia llamado;
don Alberto y don Reyner,—de tres estados nombrado:
el conde de Flándes viejo,—consejero delegado,
con el duque de Borgoña,—el primero en el juzgado,
con el buen duque don Cárlos,—el regente, el sargentado;
con el duque de Borbon—don Grimalte (5), fiel cuñado
del muy alto emperador,—con su hermana casado;

(1) «Nadie le puede enojar.» *Floresta.*

(2) En pliegos sueltos (p. e. Burgos, 1562 y 1563), se dice en la portada de este romance: «Y otro ahora de nuevo añadido, que es de la sentencia que dieron á Carloto. Hecha por Jeronymo Temiño de Calatayud.» Por de contado, Jer. Temiño es, cuando más, autor ó reformador de esta nueva añadidura.

(3) «Lo» falta en las ed. del *Canc. de Rom.* s. a. y 1550.

(4) Con este verso el romance viene mencionado en la Tabla de la *Silva*.

(5) «Arnaldo.» *Floresta.*

el buen viejo don Beltran—con el conde de Foyxano (1),
y el conde don Galalon,—con el duque de Vibiano;
con el duque de Saboya,—que venturas ha buscado;
con el duque de Ferrara—don Narvan del bastardado (2);
el almirante Guarinos—en las mares estimado,
don Arnaldos (3) de Belanda,—condestable diputado
en el lugar y mandar—del sumo emperador Carlo:
todos juntos en consejo—y acuerdo deliberado,
vista la requisicion—que el buen marques nos ha dado;
vista tambien la demanda—que él mesmo ha procesado;
vistas todas las respuestas—que don Carloto (4) ha enviado,
el proceso por entero—con gran fe examinado,
lo que venia de justicia—y de derecho mirado,
ni al uno por el otro—el derecho no quitado;
teniendo á Dios en la piensa—y en los ojos presentado:
visto que claro paresce—por lo que es alegado,
que segun la ley divina—quien mata ha de ser matado,
con cuchillo ó sin cuchillo—á tal acto ejercitado;
y visto que traicion—don Carloto ha intentado
en matar á Valdovinos—en un bosque despoblado,
segun que claro se muestra—por la confesion que ha dado
don Carloto á la demanda—que el marques ha presentado;
visto que punto por punto—el delito ha confesado
por la pena del tormento,—aunque lo habia negado;
y visto que nada obsta—que él se haya sojuzgado
á la real audiencia,—pues que le han perdonado (5):
lo que viene de justicia,—nada otro no mirado,
por esta nuestra sentencia,—cada cual bien informado

(1) «Foxano.» *Silva.*—«Y el conde Foix esforzado.» *Flor.*

(2) «Con Arnaut, el gran Bastardo.» *Flor.*—«Don Arnao, el gran Bastardo.» Las ed. post. del *Canc. de Rom.*

(3) «Renaldos.» Todas las ed. del *Canc. de Rom.*—«Don Arnaldo de Berlanda.» *Floresta.*

(4) «Carlos.» *Silva.*

(5) «Que él se haya juzgado
á la audiencia real, | pues no le han perdonado.
Floresta.

del hecho de la verdad,—según que se ha confesado,
condenamos á Carloto : —primero, á ser arrastrado
por el campo y por la arena—por un rocin mal domado :
despues de lo cual queremos—que sea descabezado
en un alto cadahalso,—do pueda ser bien mirado
de fuera de la ciudad—por donde será llevado;
despues de lo cual cumplido,—y aquesto ser acabado,
le corten los piés y manos,—porque quede mas pagado,
despues de lo cual mandamos—que sea descuartizado :
lo cual cumplido, queremos—sea un edificio obrado
de piedra muy bien labrada—y de canto bien picado,
que sea en lo venidero—memoria de lo pasado
del caso de Valdovinos—y de cómo fué vengado.—
Don Carloto temeroso,—aunque era muy esforzado,
tremecióse cuando oyó—lo que se ha publicado.
Esforzóse cuanto pudo,—una pluma ha demandado;
diéronle tinta y papel,—una carta ha ordenado;
con un paje que allí estaba—á don Roldan la ha enviado.
Nadie sabe lo que envía,—para vello se ha apartado
don Roldan, leyó la carta (1),—todo se ha alterado :
él de cierto bien quisiera—dar remedio en lo rogado.
Doloroso y pensativo—un poco tiempo ha pensado,
duda si debe (2) hacer—lo que le fué suplicado,
ó si deba dar desvío—á lo que le es recitado.
Hallóse puesto en gran duda,—en gran estrecho y cuidado;
el amor dice que haga,—el temor teme el mandado
de ese sumo emperador—que al marques ha segurado :
mas al fin quiere la sangre—perder por la sangre estado.
Delibera hacer respuesta,—que no esté temorizado,
que con parientes y amigos—él saldrá al campo armado
con deseo de perder—la vida, o ser remediado.
Sin que gran rato pasase—fué don Carloto informado
de lo que ordena Roldan,—de que fué algo gozado.

(1) «A escribirla se ha apartado. Don Roldan leyó el papel.» *Flor.*

(2) «Podrá.» *Floresta.*

Quiérelo disimular;—mas no pudo ser celado,
allégase el condestable,—y el papel le ha tomado:
leido que fué el papel,—por Paris se ha divulgado
que don Roldan hace gente—y que ejército ha juntado.
El emperador lo sabe,—al marques ha avisado,
manda poner á Carloto—á percebido recaudo.
Pregonan por la ciudad—que nadie sea osado,
so pena de perder la vida,—de otro dia ir armado.
A Roldan envió á decir—que solo no sea osado
de mas estar en Paris—fasta un año pasado,
so pena de ser traidor—y por traidor publicado.
El marques que sintió el caso—á Reinaldos ha enviado
que otro dia en amaneciendo—sea sin falta llegado
á las puertas de Paris – con tres mil hombres de estado;
de á caballo lleve mil,—y que no sea mudado
fasta tanto que Carloto—en medio sea (1) tomado,
y puesto en el cadahalso—do ha de ser sentenciado,
y que cualquiera que venga—defienda lo encomendado.
Otro dia de mañana—todo así fué acabado.
Ya sacaban á Carloto—con hierros muy bien herrado,
los pregoneros delante—su gran maldad publicando.
Cuando fuéron á la puerta—don Renaldos lo ha tomado,
en medio de toda su gente—lo ha bien aposentado.
Cuando son en el lugar—do ha de ser sentenciado,
delante toda Paris—fué todo ejecutado,
segun que por la sentencia—fué proveido y mandado.
Así murió (2) don Carloto,—quedando alevosado,
y Valdovinos viviendo,—aunque murió, muy honrado.

(*Silva de 1550*. t. II. fol. 147.—*Canc. s. a.* fol. 51.—
Canc. 1550. fol. 52.—*Floresta de varios rom.* (3).

(1) «Será.» *Canc. de Rom.*, 1550.
(2) «Muerto.» *Silva.*
(3) Claro está que en estos romances de Urgero el danés y de Valdovinos se han confundido las tradiciones francesas, conservadas todavía en cantares de gesta, de Ogier de Danemarche, quien vengó la muerte de su hijo natural Baudouinet, matado de golpes de tablero por el infante don

168.

(Valdovinos.—IV.)

Romance que dicen: Nuño Vero.

—Nuño Vero, Nuño Vero,—buen caballero probado,
hinquedes la lanza en tierra—y arrendedes el caballo;
preguntaros he por nuevas—de Valdovinos el franco.
—Aquesas nuevas, señora,—yo vos las diré de grado.
Esta noche á media noche—entrámos en cabalgada,
y los muchos á los pocos—lleváronnos de arrancada:
herieron á Baldovinos—de una mala lanzada;
la lanza tenia dentro (1),—de fuera le tiembla el asta (2):
ó (3) esta noche morirá,—ó de buena madrugada.
Si te pluguiese, Sebilla,—fueses tú mi enamorada (4).—
—Nuño Vero, Nuño Vero,—mal caballero probado,
yo te pregunto por nuevas,—tú respóndesme al contrario,

Carloto, y de Baudouin, hermano de Roldán y amante de Sebilla (Sebile), esposa de Guiteclin (Widukind), rey de los saxones, cuya muerte, en batalla contra los últimos, se pinta, como el Sr. Durán ha muy bien observado, en todo igual á la de Roldán, su hermano, en Roncesvalles (véanse *La Chevalerie Ogier de Danemarche*, por Raimbert de Paris. París, 1842, y *La chanson des Saxons*, por Jean Bodel. París, 1839).

Existe sobre el mismo asunto una xácara portugesa, inserta en el *Romanceiro* del Sr. Almeida-Garrett (tomo III, págs. 195 y siguientes), la cual es, sin duda, una imitación vulgar y posterior á los romances castellanos, en forma más dramática.

(1) «El hierro tiene en el cuerpo.» *Silva*. Éste, y el verso que le sigue, ocurren también en el romance de Tristán que dice: «Herido está don Tristán.»

(2) Entre éste y el verso que le sigue intercala la ed. de 1550 del *Canc. de Rom.* los dos siguientes:

«Su tio el emperador
á penitencia le daba.»

(3) «O» falta en la *Silva*.

(4) Después de este verso, añade la ed. de 1550 del *Canc. de Rom.* los dos siguientes:

«Adamédesme, mi señora,
que en ello no perderéis nada.»

que aquesta noche pasada—conmigo durmiera el franco:
él me diera una sortija,—y yo le dí un pendon labrado.

(*Canc. de Rom.* s. a. f. 186.—*Canc. de Rom. 1550.* f. 196.
Silva de 1550, t. I. fol. 109 (1).

169.

(Valdovinos.—V.)

Romance de Valdovinos.

Tan claro hace la luna (2)—como el sol á mediodia,
cuando sale Valdovinos—de los caños de Sevilla.
Por encuentro se la hubo—una morica garrida,
y siete años la tuviera—Valdovinos por amiga.
Cumpliéndose sus (3) siete años—Valdovinos que sospira:
—¿Sospirastes, Valdovinos,—amigo que yo (4) mas queria?
ó vos habeis miedo á moros,—ó adamades otra amiga.
—Que no tengo miedo á moros,—ni ménos tengo otra amiga,
que vos mora, y yo cristiano—hacemos la mala vida,
y cómo la carne en viérnes—que mi ley lo defendia.
—Por tus amores (5), Valdovinos,—yo me tornaré cristiana (6),
si quisieres (7) por mujer,—si no, sea por amiga.—

(*Canc. de Rom., s. a.* fol. 194.)

Núm. 1.—Glosa de los romances que dicen: «Cata a Francia Montesinos» y la de «Sospirastes, Valdovinos.» Y ciertas coplas hechas por Juan del Enzina, s. l. n. a. (Pl. s. del siglo XVI.)
Núm. 2.—Idem: otra ed., en el *Rom. gen.* del Sr. Durán.

(1) La variación del asonante y la conservación de los nombres propios de la tradición primitiva (Baudouin y Sebile), así como su imitación en trovas más modernas (véase el romance entre los caballerescos sueltos que dice: «Caballero de lejas tierras»), son indicios de la grande antigüedad de este romance.

(2) «Tan clara hacia la luna.» Pl. s. núms. 1 y 2.

(3) «Los.» Pl. s. n.° 1.—«Cumpliendo los.» Pl. s. n.° 2.

(4) «Á quien.» Pl. s. n.° 2.

(5) «Por tu amor, mi.» Pl. s. n.° 2.

(6) «Cristiana me tornaría.» Pl. s. n.° 2 (si no es enmienda del Sr. Durán ?).

(7) «Si me quieres.» Pl. s. n.° 2.

170.

(Valdovinos.—VI.)

Romance de Valdovinos.

Atan alta va la luna—como el sol á mediodia,
cuando el buen conde aleman—ya (1) con la reina dormia.
No lo sabe hombre nascido—de cuantos en la corte habia,
sino era la infanta,—aquesa infanta su hija.
Su madre le hablaba,—de esta manera decia:
—Cuanto viéredes tú, infanta,—cuanto vierdes, encobrildo;
daros ha el conde aleman—un manto de oro fino.
—¡Mal fuego queme, madre,—el manto de oro fino,
cuando en vida de mi padre—tuviese padrastro vivo!—
De allí se fuera llorando:—el rey su padre la ha visto.
—¿Por qué llorais, la infanta?—deci ¿quién llorar os hizo?
—Yo me estaba aquí comiendo,—comiendo sopas en vino;
entró el conde aleman,—echómelas por el vestido.
—Calleis, mi hija, calleis;—no tomeis de eso pesar,
que el conde es niño y mochacho,—hazerlo ia por burlar.
—¡Mal fuego quemase, padre,—tal reir y tal burlar!
Cuando me tomó en sus brazos—conmigo quiso holgar.
—Si él os tomó en sus brazos—y con vos quiso holgar,
en ántes que el sol salga—yo lo mandaré matar.

(*Canc. de Rom., 1550.* fol. 205) (2).

(1) El texto del *Canc. de Rom.*, eds. de 1550 y posteriores, lleva: «y con» etc.; claro está que esto, no teniendo sentido, es yerro de imprenta. Que se ha de leer «ya», viene comprobado por la versión portuguesa que empieza así:

Ja lá vem o sol na serra,
ja lá vem o claro dia,
e índa o conde d'Allemanha
com a rainha dormia.

(2) De este romance hay una versión portuguesa muy linda y muy popular, publicada por el Sr. Almeida-Garret en su *Romanceiro*, tomo II, pág. 78, con el título de «O conde d'Allemanha» (Allamanha ó Aramenha). Esta versión tiene además una especie de epílogo entre la madre y la hija sobre el suplicio del conde alemán, acusándose recíprocamente de haberlo causado.

171.

ROMANCES DE GAIFEROS

Dos Romances de Gaiferos, en los cuales se contiene como mataron á don Galvan.—I.

Estábase la condesa—en su estrado asentada,
tisericas de oro en mano: —su hijo afeitando estaba.
Palabras le está diciendo,—palabras de gran pesar:
las palabras eran tales—que al niño hacen llorar.
—Dios te dé barbas en rostro,—y te haga barragan (1);
déte Dios ventura en armas,—como al paladin Roldan,
porque vengases, mi hijo,—la muerte de vuestro padre:
matáronlo á traicion—por casar con vuestra madre.
Ricas bodas me hicieron—en las cuales Dios no ha parte;
ricos paños me cortaron,—la reina no los ha tales.—
Magüera pequeño el niño—bien entendido lo ha.
Allí respondió Gaiferos,—bien oiréis lo que dirá:
—Así ruego á Dios del cielo—y á Santa María su Madre.—
Oídolo habia el conde—en los palacios do está:
—¡Calles, calles, la condesa,—boca mala sin verdad!
que yo no matara el conde,—ni lo hiciera matar;
mas tus palabras, condesa,—el niño las pagará.—
Mandó llamar escuderos,—criados son de su padre,
para que lleven al niño,—que lo lleven á matar.
La muerte que él les dijera—mancilla es de la escuchar:
—Córtenle el pié del estribo,—la mano del gavilan,

(1) Dios te deje crecer, hijo,
y llegar á barragan,
Dios te de barbas en rostro
y en el cuerpo fuerza grande.»
Pliego suelto.

sáquenle ambos los ojos—por más seguro andar;
y el dedo, y el corazon—traédmelo por señal.—
Ya lo llevan á Gaiferos,—ya lo llevan á matar;
hablaban los escuderos—con mancilla que dél han:
—¡Oh válasme Dios del cielo—y Santa María su Madre!
si este niño matamos—¿qué galardon nos darán?
Ellos en aquesto estando,—no sabiendo qué harán,
vieron venir una perrita—de la condesa su madre.
Allí habló el uno de ellos,—bien oiréis lo que dirá:
—Matemos esta perrita—por nuestra seguridad,
saquémosle el corazon—y llevémoslo á Galvan,
cortémosle el dedo al chico—por llevar mejor señal.—
Ya tomaban á Gaiferos,—para el dedo le cortar:
—Venid acá vos, Gaiferos,—y querednos escuchar;
vos íos de aquesta tierra—y en ella no parezcais mas.—
Ya le daban entre señas—el camino que hará:
—Irvos heis de tierra en tierra—á do vuestro tio está.—
Gaiferos desconsolado—por ese mundo se va:
los escuderos se volvieron—para do estaba Galvan.
Danle el dedo, y el corazon—y dicen que muerto lo han.
La condesa que esto oyera—empezara gritos dar:
lloraba de los sus ojos—que queria reventar.
Dejemos á la condesa,—que muy grande llanto hace,
y digamos de Gaiferos—del camino por do va,
que de dia ni de noche—no hace sino caminar,
fasta que llegó á la tierra—adonde su tio está.
Dícele de esta manera,—y empezóle de hablar:
—Manténgaos Dios, el mi tio.—Mi sobrino, bien vengais.
¿Qué buena venida es esta?—vos me la querais contar.
—La venida que yo vengo—triste es y con pesar,
que Galvan con grande enojo—mandado me habia matar:
mas lo que vos ruego, mi tio,—y lo que vos vengo á rogar,
vamos á vengar la muerte—de vuestro hermano, mi padre:
matáronlo á traicion—por casar con la mi madre.
—Sosegáos, el mi sobrino,—vos querais asosegar,
que la muerte de mi hermano—bien la iremos á vengar.—

Y ellos así estuvieron—dos años y aun mas,
fasta que dijo Gaiferos—y empezara de hablar.

(*Canc. de Rom. s. a.* fol. 103.—*Canc. de Rom.* 1550. fol. 103).
Síguense dos romances de don Gaiferos en que se contiene cómo mataron á don Galvan. Pliego suelto s. a. ni l. (del siglo XVI), en el Rom. gen. del señor Duran.

172.

(Gaiferos.—II.)

Síguese el segundo Romance.

—Vámonos, dijo, mi tio,—á Paris esa ciudad
en figura de romeros,—no nos conozca Galvan,
que si Galvan nos conoce—mandar nos hia matar.
Encima ropas de seda—vistamos las de sayal,
llevemos nuestras espadas—por mas seguros andar;
llevemos sendos bordones—por la gente asegurar.—
Ya se parten los romeros,—ya se parten, ya se van,
de noche por los caminos,—de dia por los jarales.
Andando por sus jornadas—á París llegado han;
las puertas hallan cerradas,—no hallan por donde entrar.
Siete vueltas la rodean—por ver si podrán entrar,
y al cabo de las ocho—un postigo van hallar.
Ellos que se vieron dentro—empiezan á demandar:
no preguntan por meson,—ni ménos por hospital,
preguntan por los palacios—donde la condesa está,
á las puertas del palacio—allí van á demandar.
Vieron estar la condesa,—y empezaron de hablar:
—Dios te salve, la condesa.—Los romeros, bien vengais.
—Mandedes nos dar limosna—por honor de caridad.
—Con Dios vades, los romeros,—que no os puedo nada dar,
que el conde me había mandado—á romeros no albergar.

—Dadnos limosna, señora,—que el conde no lo sabrá;
así la dén á Gaiferos—en la tierra donde está.—
Así como oyó Gaiferos—comenzó de sospirar:
mandábales dar del vino,—mandábales dar del pan.
Ellos en aquesto estando—el conde llegado ha:
—¿Qué es aquesto, la condesa?—aquesto ¿qué puede estar?
¿No os tenia yo mandado—á romeros no albergar?—
Y alzara la su mano (1),—puñada le fuera á dar,
que sus dientes menudicos—en tierra los fuera á echar.
Allí hablaran los romeros,—y empiezan (2) de hablar:
—¡Por hacer bien la condesa—cierto no merece mal!
—¡Calledes vos, los romeros,—no hayades vuestra parte!
Alzó Gaiferos su espada,—un golpe le fué á dar
que la cabeza de sus hombros—en tierra la fuera á echar:
allí habló la condesa—llorando con gran pesar:
—¿Quién érades, los romeros,—que al conde fuistes matar?—
Allí respondió el romero,—tal respuesta le fué á dar:
—Yo soy Gaiferos, señora,—vuestro hijo natural.
—Aquesto no puede ser,—ni era cosa de verdad,
que el dedo, y el corazon—yo lo tengo por señal.
—El corazon que vos teneis—en persona no fué á estar,
el dedo bien es aqueste,—que en esta mano me falta (3).—
La condesa que esto oyera—empezóle de abrazar:
la tristeza que tenia—en placer se fué á tornar.

(*Canc. de Rom. s. a.* fol. 105.—*Canc. de Rom.* 1550. fol. 105.—El pliego suelto citado al romance anterior en el Rom. gen. del señor Duran.)

(1) «Dijo y alzara su mano.» Pliego suelto.

(2) «Y empezáronle.» Pl. s.

(3) «Aqui lo vereis faltar.» Pl. s. (si no es enmienda de Durán ?).

173.

(Gaiferos.—III.)

Romance de don Gaiferos que trata de cómo sacó á su esposa que estaba en tierra de moros.

Asentado está Gaiferos—en el palacio real;
asentado al tablero—para las tablas jugar.
Los dados tiene en la mano,—que los quiere arrojar,
cuando entró por la sala—don Carlos el emperante.
Desque así jugar lo vído—empezóle de mirar;
hablándole está hablando—palabras de gran pesar:
—Si así fuésedes, Gaiferos,—para las armas tomar,
como sois para los dados,—y para las tablas jugar,
vuestra esposa tienen moros,—iríadesla á buscar:
pésame á mí por ello—por que es mi hija carnal.
De muchos fué demandada,—y á nadie quiso tomar:
pués con vos casó por amores,—amores la hayan de sacar;
si con otro fuera casada—no estuviera en catividad.—
Gaiferos desque esto vido,—movido de gran pesar
levantóse del tablero—no queriendo mas jugar,
y tomáralo en las manos—para haberlo de arrojar,
si no por él (1) que con él juega,—que era hombre de linaje:
jugaba con él Guarinos—almírante de la mar.
Voces da por el palacio,—que al cielo quíeren llegar;
preguntando va, preguntando—por su tío don Roldan.
Halláralo en el patin,—que queria cabalgar:
con él era (2) Oliveros—y Durandarte el galan,
con él muchos caballeros—de aquellos de los doce pares (3):

(1) «Sino por quien.» *Silva*; *Cod. del Sr. Durán*; *Floresta*.
(2) «Iba.» *Silva*.

(3) «Con él muchos de los doce
que á una mesa comen pan.»
Flor.

Gaiferos desque lo vido—empezóle de hablar:
—Por Dios vos ruego, mi tío,—por Dios vos quiero rogar,
vuestras armas y caballo—vos me las (1) querais prestar,
que mi tio el emperante—tan mal me quiso tratar,
diciendo que soy para juego (2) – y no para las armas tomar.
Bien lo sabeis vos, mi tio,—bien sabeis vos la verdad,
que pues busqué á mi esposa—culpa no me deben dar (3).
Tres años anduve triste—por los montes y los valles
comiendo la carne cruda,—bebiendo la roja sangre,
trayendo los piés descalzos,—las uñas corriendo sangre.
Nunca yo hallarla pude—en cuanto pude buscar:
agora sé que está en Sansueña,—en Sansueña, esa ciudad.
Sabeis que estoy sin caballo,—sin armas otro que tal,
que las tiene Montesinos,—que es ido á festejar
allá á los reinos de Hungría—para torneos armar,
pues sin armas y caballo—mal la podré yo sacar;
por esto vos ruego, tio,—las vuestras me querais dar.—
Don Roldan de que esto oyó—tal respuesta le fué á dar:
—Calledes, sobrino Gaiferos,—no querades hablar tal;
siete años ha que vuestra esposa—ella está en captividad;
siempre os he visto armas —y caballo otro que tal,
agora que no las teneis—la quereis ir á buscar.
Sacramento tengo hecho—allá en Sant Juan de Letran
á ninguno prestar mis armas,—no me las hagan cobardes:
mi caballo está bien vezado,—mal vezo no le quieran dar (4).—
Gaiferos que esto oyó—la espada fué á sacar;
con una voz muy sañosa—empezara de hablar:
—¡Bien parece, don Roldan,—que siempre me quesistes mal!
Si otro me lo dijera—mostrárale si soy cobarde;
mas quien á mí ha injuriado—no lo vais por mí á vengar;
si vos tio no me fuésedes—con vos querría pelear.—

(1) «La.» *Canc. de Rom.* s. a. y 1550.—«Lo.» *Cod.* del Sr. Durán.

(2) «Dice que soy para poco.» *Floresta.*

(3) «Si no busqué á mi esposa culpa no me pueden dar.» *Flor.*

(4) «No lo querria mal vezar.» *Cod.* de Durán.—«Mal no le quieran vezar.» *Floresta.*

Los grandes que allí se hallan—entre los dos puesto se han;
hablado le ha don Roldan,—empezóle de hablar :
—¡Bien parece, don Gaiferos,—que sois de muy poca edad!
Bien oistes un ejemplo,—que conoceis ser verdad,
que aquel que bien os quiere—aquel vos quiere castigar.
Si fuérades mal caballero—no vos dijera esto tal;
mas porque sé que sois bueno—por esto vos quise castigar (1),
que mis armas y caballo—á vos no se han de negar,
y si quereis compañía—yo vos quiero acompañar.
—Mercedes, dijo Gaiferos,—de la buena voluntad;
solo me quiero ir, solo,—para haberla de sacar :
nunca me dirá ninguno—que me vido ser cobarde.—
Luego mandó don Roldan—sus armas aparejar;
él encubierta el caballo—por mejor lo encubertar;
él mesmo le pone las armas—y le ayudaba á armar (2).
Luego cabalgó (3) Gaiferos—con enojo y con pesar.
Pésale á don Roldan,—tambien á los doce pares,
y mas al emperador—desque solo le vido andar;
y desque ya se salia—del gran palacio real,
con una voz amorosa—llamáralo don Roldan :
—Esperad un poco, sobrino;—pues solo quereis andar,
dejédesme vuestra espada,—la mia querais tomar,
y aunque vengan dos mil moros—nunca les volvais la haz :
al caballo dalde rienda—y haga á su voluntad,
que si él vee la suya—bien vos sabrá ayudar,
y si vee demasía—de ella vos sabrá sacar.—
Ya le daba su espada,—y toma la de don Roldan;
da de espuelas al caballo,—sálese de la ciudad.
Don Beltran que ir lo vido—empezóle de hablar :
—Tornad acá, hijo Gaiferos,—pues que me teneis por padre,
tan solamente vos vea—la condesa vuestra madre,
tomará con vos consuelo,—que tan tristes llantos hace,

(1) «Asi hablar.» *Cod.* de Durán.
(2) «Y le ayuda á cabalgar.» *Silva, Flor.*
(3) «Cabalga.» *Silva.*

dar vos hia caballeros—los que hayais necesidad.
—Consolalda vos, mi tio,—vos la querais consolar,
acuérdese que me perdió—chiquito y de poca edad;
haga cuenta que de entónces—no me ha visto jamas,
que ya sabeis que en los doce—corren malas voluntades, [de,
no dirán, que vuelvo por ruego,—mas que vuelvo por cobar-
que yo no volveré en Francia—sin Melisenda (1) tornar.—
Don Beltran desque lo oyera—tan enojado hablar,
vuelve riendas al caballo—y entróse en la ciudad.
Gaiferos en (2) tierra de moros—empieza de caminar;
jornada de quince dias—en ocho la fué á andar.
Por las sierras de Sansueña—Gaiferos mal airado va;
las voces que iba dando,—al cielo quieren llegar.
Maldiciendo iba el vino,—maldiciendo iba el pan,
el pan que comian los moros,—mas no de la cristiandad:
maldiciendo iba la dueña—que tan solo un hijo pare;
si enemigos se lo matan—no tiene quien lo vengar:
maldiciendo iba al caballero—que cabalgaba sin paje;
si se le cae el (3) espuela—no tiene quien se la calce:
maldiciendo iba el árbol—que solo en el campo nasce,
que todas las aves del mundo—en él van á quebrantar,
que de rama ni de hoja—al triste no dejan gozar.
Dando estas voces y otras—á Sansueña fué á llegar.
Viérnes era en aquel dia,—los moros hacen solenidad (4):
el rey Almanzor va á la mezquita (5)—para la zalá rezar,
con todos sus caballeros—cuantos él pudo llevar.
Cuando allegó Gaiferos—á Sansueña, esa ciudad,

(1) «Melisenda» dicen siempre la *Silva* y la *Floresta*, y esta leccíón, por ser más conforme á la original francesa (Belissent), es de preferir á Melisendra, como la dan todas las ed. del *Canc. de Rom.* y los editores de las colecciones modernas.

(2) «Á.» *Silva. Floresta.*

(3) «La.» *Silva. Flor. Cod.* del Sr. Durán.

(4) «Los moros su fiesta hacen.» *Cod.* de Durán.—«Gran fiesta los moros hacen.» *Flor.*

(5) «El rey iba á la mezquita.» *Cod.* de Durán. Las eds. posts. del *Canc. de Rom.*

«Almanzor á la mezquita
va para hacer la zalá.» *Flor.*

mirabas si veria alguno—á quien pudiese (1) demandar:
vido un cativo cristiano—que andaba por los adarbes;
desque lo vido Gaiferos—empezóle de hablar:
—Dios te salve, el cristiano,—y te torne en libertad,
nuevas que pedirte quiero—no me las quieras negar.
Tú que andas con los moros,—¿si les oiste hablar
si hay aquí alguna cristiana,—que sea de alto linaje?—
El cativo que lo oyera—empezara de llorar:
—¡Tantos tengo de mis duelos,—que de otros non puedo cu- [rar!
que todo el dia los caballos—del rey me hacen pensar (2),
y de noche en honda sima—me hacen aprisionar.
Bien sé que hay muchas cativas—cristianas de gran linaje,
especialmente una—que es de Francia natural:
el rey Almanzor la trata—como á su hija carnal:
sé que muchos reyes moros—con ella quieren casar:
por eso idvos, caballero,—por esa calle adelante,
verlas heis á las ventanas—del gran palacio real.
Derecho se va á la plaza (3),—á la plaza la más grande.
Allí estaban los palacios—donde el rey solia estar:
alzó los ojos en alto—por los palacios mirar,
vido estar á Melisenda—en una ventana grande
con otras damas cristianas,—que estaban en captividad.
Melisenda que lo vido—empezara de llorar,
no por que lo conociese—en el jesto ni en el traje (4),
mas en verlo con armas blancas—recordóse de los doce pa- [res,
recordóse de los palacios—del emperador su padre,
de justas, galas, torneos,—que por ella solian armar.
Con una voz triste, llorosa—le empezara de llamar:

(1) «Poder.» *Cod.* de Durán. Las ed. post. del *Canc. de Rom.* y la *Floresta*.

(2) «Peinar.» *Floresta*.

(3) «Derecho se va Gaiferos
do los palacios están.
Desque estuvo cerca de ellos
comenzólas de mirar,
vió gallarda á Melisenda
en una ventana estar,
con otras damas cristianas, etc.
Floresta.

(4) «En el jesto, ni en el hablar:
mas en verle con armas blancas
en los doce fué á pensar.»
Floresta.

—Por Dios os ruego, caballero,—á mí vos querais llegar (1);
si sois cristiano ó moro—no me lo querais negar (2),
darvos he unas encomiendas,—bien pagadas vos serán:
caballero, si á Francia ides—por Gaiferos preguntad (3),
decilde que la su esposa—se le envía á encomendar,
que ya me parece tiempo—que la debia sacar.
Si no me deja por miedo—de con los moros pelear,
debe tener otros amores,—de mí no lo dejan recordar:
¡los ausentes por los presentes—lijeros son de olvidar!
Aun le direis, caballero,—por darle mayor señal,
que sus justas y torneos—bien las supimos acá;
y si estas encomiendas—no recibe con solaz,
darlas heis á Oliveros,—darlas heis á don Roldan,
darlas heis á mi señor—el emperador mi padre:
diréis como estó en Sansueña,—en Sansueña esa ciudad;
que si presto no me sacan—mora me quieren tornar:
casarme han con el rey moro—que está allende la mar:
de siete reyes de moros—reina me hacen coronar;
segun los reyes que me traen (4)—mora me harán tornar;
mas amores de Gaiferos—no los puedo yo olvidar.—
Gaiferos que esto oyera—tal respuesta le fué á dar:
—No lloreis vos, mi señora,—no querais así llorar,
porque esas encomiendas—vos mesma las podeis dar,
que á mí allá dentro en Francia—Gaiferos me suelen nombrar.
Yo soy el infante Gaiferos—señor de París la grande,
primo hermano de Oliveros,—sobrino de don Roldan,
amores de Melisenda—son los que acá me traen.—
Melisenda que esto vido—conocióle en el hablar,
tiróse de la ventana,—la escalera fué á tomar,

(1) «Queraisos á mi llegar.» *Cod. de Durán*.—«Á mi no os querais negar.» *Floresta*.

(2) «Decidme ahora la verdad.» *Floresta*.

(3) Véase la nota del romance que dice:

Caballero, si á Francia ides,
por mi señor preguntad.

(4) «Reyes me acuitan.» *Cod. de Durán*.—«Según los ruegos me hacen.» *Floresta*.

salióse para la plaza—donde lo vido estar.
Gaiferos que venir la vido (1)—presto la fué á tomar;
abrázala con sus brazos—para haberla de besar.
Allí estaba un perro moro—para los cristianos (2) guardar;
las voces daba tan altas—que al cielo querian llegar.
Al gran alarido del moro—la ciudad mandan cerrar:
siete veces la rodea Gaiferos,—no halla por donde andar (3).
Presto sale el rey Almanzor—de la mezquita y el rezar (4):
veréis tocar las trompetas—apriesa y no de vagar,
veréis armar caballeros—y en caballos cabalgar:
tantos se arman de los moros—que gran cosa es de mirar.
Melisenda que lo vido—en una priesa tan grande
con una voz delicada—le empezara de hablar:
—Esforzado don Gaiferos,—no querades desmayar,
que los buenos caballeros—son para necesidad:
¡si de esta escapais, Gaiferos,—harto terneis que contar!
¡Ya quisiese Dios del cielo—y Santa María su Madre
fuese tal vuestro caballo—como el de don Roldan!
Muchas veces le oí decir—en palacio del emperante,
que si se hallaba cercado—de moros en algun lugar (5),
al caballo aprieta la cincha,—y aflojábale el petral;
hincábale las espuelas—sin ninguna piedad:
el caballo es esforzado,—de otra parte va á saltar.—
Gaiferos de que esto oyó—presto se fuera á apear;
al caballo aprieta la cincha,—y aflójale el petral;
sin poner pié en el estribo—encima fué á cabalgar,
y Melisenda á las ancas,—que presto las fué tomar.
El cuerpo le da por la cintura—por que le pueda abrazar,

(1) «Cuando la vido.» *Cod.* de Durán.—«Y Gaiferos que la vido.» *Floresta.*

(2) «Las cristianas.» *Floresta.*

(3) «Siete veces la rodean,
no hallan por do escapar.»
Cod. de Durán.
«Siete veces la rodean,
no hallando por donde andar.»
Floresta.

(4) «Mezquita rezar.» *Cod.* de Durán.—«Mezquita á rezar.» Las ed. post. del *Canc. de Rom.*
«Mezquita no está.» *Floresta.*

(5) «Que mil veces de entre moros—lo sacó sin peligrar.» *Floresta.*

al caballo hinca las espuelas—sin ninguna piedad.
Corriendo venian los moros—apriesa y no de vagar;
las grandes voces que daban—al caballo hacen saltar.
Cuando fuéron cerca los moros—la rienda le fué á largar:
el caballo era lijero,—púsolo de la otra parte.
El rey Almanzor que esto vido—mandó abrir la ciudad;
siete batallas de moros—todos de zaga le van.
Volviéndose iba Gaiferos,—mirando á todas partes (1);
desque vido que los moros—le empezaban de cercar,
volvióse á Melisenda,—empezóle de hablar:
—No os enojeis vos, mi señora,—fuerza vos será apear,
y en esta grande espesura—podeis, señora, aguardar,
que los moros son tan cerca,—de fuerza nos han de alcanzar,
vos, señora, no traeis armas—para haber de pelear;
yo, pues que las traigo buenas,—quiérolas ejercitar.—
Apeóse Melisenda—no cesando de rezar,
las rodillas puso en tierra,—las manos fué á levantar,
los ojos puestos al cielo—no cesando de rezar:
sin que Gaiferos volviese—el caballo fué á aguijar.
Cuando huia de los moros—parece que no puede andar,
y cuando iba hácia ellos—iba con furor tan grande,
que del rigor que llevaba—la tierra hacia temblar.
Donde vido la morisma—entre ellos fuera á entrar:
si bien pelea Gaiferos,—el caballo mucho mas.
Tantos mata de los moros—que no hay cuento ni par;
de la sangre que de ellos salia—el campo cubierto se ha (2).
El rey Almanzor que esto vido—empezara de hablar:
—¡Oh válasme tú, Alá!—¿esto qué podia estar?
¡que tal fuerza de caballero—en pocos se puede hallar!
Debe ser el encantado (3)—ese paladin Roldan,
ó si es (4) el esforzado—Renaldos de Montalvan,

(1) «No cesaba de mirar.» *Cod.* de Durán y las ed. post. del *Canc. de Rom.*—«Por ver qué cosa será.» *Floresta.*

(2) «Está.» *Silva.*

(3) «Estè debe ser encantado.» *Canc. de Rom.* s. a. y 1550.

(4) «Este debe ser.» *Canc. de Rom.* s. a. y 1550.—«O debe ser.» *Cod.* de Durán.

ó es Urgel (1) de la Marcha—esforzado singular (2);
no hay ninguno de los doce—que bastase hacer tal.—
Gaiferos que esto oyó—tal respuesta le fué á dar:
—Calles, calles, el rey moro,—calles, y no digas tal,
muchos otros hay en Francia,—que tanto como estos valen;
yo no soy ninguno de ellos,—mas yo me quiero nombrar:
yo soy el infante Gaiferos,—señor de Paris la grande,
primo hermano de Oliveros,—sobrino de don Roldan.—
El rey Almanzor que lo oyera—con tal esfuerzo hablar,
con los mas moros que pudo—se entrara en la ciudad.
Solo quedaba Gaiferos,—no halló con quien pelear;
volvió riendas al caballo—para Melisenda buscar:
Melisenda desque lo vido—á recebirselo sale:
vídole las armas blancas,—tintas en color de sangre.
Con una voz triste y llorosa—le empezó de preguntar:
—Por Dios os ruego, Gaiferos,—por Dios vos quiero rogar,
si traeis alguna herida—queráismela vos mostrar;
que los moros eran tantos—quizá vos han hecho mal.
Con las mangas de mi camisa—vos las quiero yo apretar,
con la toca que es mas grande (3)—yo os las entiendo sanar.
—Calledes, dijo Gaiferos,—infanta, no digades tal,
por mas que fueran los moros—no me podian hacer mal,
que estas armas y caballo—son de mi tio don Roldan;
caballero que las trae—no podia peligrar.
Cabalgad presto, señora,—que no es tiempo de aquí estar;
antes que los moros tornen—los puertos hemos de pasar.—
Ya cabalga Melisenda—en un caballo alazan;
razonando van de amores,—de amores, que no de al;
ni de los moros han miedo—ni de ellos nada se dan:
con el placer de ambos juntos—no cesan de caminar,
de noche por los caminos,—de dia por los jarales,

(1) «Este es Ogel.» *Canc. de Rom.* s. a. y 1550.

(2) «El esforzado singular.» *Cancionero de Rom.* s. a. y 1550.—«Esforzado y singular.» *Cod.* de Durán. «Esforzado en pelear.» *Floresta.*

(3) «Y con la mi rica toca.» *Cod.* de Durán.—«Con la toca que es mayor.» *Floresta.*

comiendo de las yerbas verdes—y agua si pueden hallar,
hasta que entraron en Francia—y en tierra de cristiandad:
si hasta allí alegres fuéron,—mucho mas de allí adelante.
A la entrada de un monte,—y á la salida de un valle,
caballero de armas blancas—de léjos vieron asomar:
Gaiferos desque lo vido—la sangre vuelto se le ha,
diciendo á su señora:—¡Esto es mas de recelar,
que aquel caballero que asoma—gran esfuerzo es el que trae!
Si era cristiano ó moro,—forzado me será pelear (1):
apeáos vos, mi señora,—y venidme á la par.—
De la mano la traia—no cesando de llorar,
y desque se vieron juntos—comiénzanse aparejar (2),
las lanzas y los escudos—en son de bien pelear.
Los caballos ya de cerca—comienzan de relinchar,
conoció su caballo Gaiferos—y empezara de hablar:
—Perded cuidado, señora,—y tornad á cabalgar,
que el caballo que allí viene—mio es en la verdad;
yo le dí mucha cebada—y mas le entiendo de dar;
las armas segun que veo—mias son otro que tal,
y aquel es Montesinos—que me viene á buscar,
que cuando yo me partí—no estaba en la ciudad.—
Plugo mucho á Melisenda—aquello si (3) fuese verdad.
Ya que se van acercando—cuasi juntos á la par,
con voz alta y crecida—empiézanse de interrogar.
Conóscense los dos primos—entónces en el hablar;
apeáronse á gran priesa,—muy grandes fiestas se hacen:
desque hubieron hablado—tornaron á cabalgar:
razonando van de amores,—de otro no quieren hablar.
Andando por sus jornadas—á tierra de cristiandad,
cuantos caballeros hallan—todos los van acompañar,

(1) «Que sea cristiano ó moro,
fuerza será pelear.»
Cod. de Durán.

(2) «Lléganse los caballeros,
comienzan aparejar.»
Cod. de Durán.
«Desque el uno es cerca al otro
comiénzanse á aparejar.»
Floresta.

(3) «Que aquello.» *Cod.* de Durán y *Floresta*.

y dueñas á Melisenda,—doncellas otro que tal.
Al cabo de pocos dias—á Paris van á llegar:
á siete leguas de la ciudad (1)—el emperador á recebirlos sale (2);
con él sale Oliveros,—con él sale don Roldan,
con él el infante Guarinos,—almirante de la mar,
con él sale don Belmudez—y el buen viejo don Beltran,
con él muchos de los doce—que á su mesa comen pan,
y con él iba doña Alda,—la esposica de Roldan;
con él iba Juliana (3),—la hija del rey Julian;
dueñas, damas y doncellas—las mas altas de linaje.
El emperador abraza su hija—no cesando de llorar;
palabras que le decia—dolor eran de escuchar.
Los doce á don Gaiferos—gran acatamiento le hacen,
tiénenlo por esforzado—mucho mas de allí adelante,
pues que sacó á su esposa—de muy gran catividad:
las fiestas que le hacian—no tienen cuento ni par.

(*Silva de 1550*. t. II. f. 150.—*Canc. de Rom. s. a.* f. 55.—*Canc. de Rom. 1550*. f. 55.—*Códice* del siglo XVI en el *Romancero general* del señor Duran.—*Floresta de varios rom.* (4).

174.

(Gaiferos.—IV.)

Romance de don Gaiferos.

Media noche era por filo,—los gallos querian cantar,
cuando el infante Gaiferos—salió de captividad;

(1) «De Paris.» *Silva*.

(2) «El emperador les sale.» *Cod.* de Durán y las ed. post. del *Canc. de Rom.*—«El emperador que lo supo—á recibir se los sale.» *Floresta*.

(3) «Julianesa.» *Cod.* de Durán y *Floresta*.

(4) En el *Romanceiro* del Sr. Almeida-Garret (tomo II, págs. 250 y siguientes), hay un romance portugués de «Dom Gaiferos», el cual es más corto y aun más popular que el castellano, pero es muy posterior á él, faltando ya en el portugués algunos de los más bellos rasgos.

muerto deja al carcelero—y á cuantos con él están:
vase por una calle ayuso—como hombre mundanal,
hablando en algarabía—como aquel que bien la sabe.
Ibase para la puerta,—la puerta de la ciudad;
halla las puertas cerradas,—no halla por do botar.
Desque se vido perdido—empezara de llamar:
—¡Ábrasme la puerta, el moro,—si Alá te guarde de mal!
Mensajero soy del rey,—cartas llevo de mensaje.—
Allí hablara el moro,—bien oiréis lo que dirá:
—Si eres mensajero, amigo,—y cartas llevas de mensaje,
esperases tú al dia,—y con los otros saldrás.—
Desque esto oyera Gaiferos—bien oiréis lo que dirá:
—¡Ábrasme la puerta, el moro,—si Alá te guarde de mal!
Darte he tres pesantes de oro,—que aqui no traia mas.—
Oido lo habia una morica—que en altas torres está,
dícele de esta manera,—empezóle de hablar:
—Toma los pesantes, moro,—que menester te serán,
la mujer tienes moza,—hijos chicos de criar.—
Desque esto oyó el moro—recio se fué á levantar,
las puertas que están cerradas—abriólas de par en par.
Acordósele á Gaiferos—de una espada que trae,
la cabeza de los hombros—derribado se la ha.
Muerto cae el morico,—en el suelo muerto cae.
Desque esto vió la morica—empieza de gritos dar,
ella los daba tan grandes—que al cielo quieren llegar:
—¡Abrasmonte, Abrasmonte,—el señor de este lugar!—
Cuando acuerdan por Gaiferos,—ya estaba en la cristiandad.

(*Romance de don Roldan y de la traycion de Galalon. Con el romance de Gayferos.*—Pliego suelto del siglo XVI.)

175.

ROMANCES DE MONTESINOS

Aquí comienzan dos romances del conde Grimaltos y su hijo Montesinos (1).—I.

Muchas veces oí decir—y á los antiguos contar,
que ninguno por riqueza—no se debe de ensalzar,
ni por pobreza que tenga—se debe menospreciar.
Miren bien, tomando ejemplo (2),—do buenos suelen mirar,
cómo el conde, á quien (3) Grimaltos—en (4) Francia suelen [llamar,
llegó en las cortes (5) del rey—pequeño y de poca edad.
Fué luego paje del rey—del mas secreto lugar;
porqué él era muy discreto (6),—y de él se podía fiar:
y después de algunos tiempos,—cuando más entró en edad,
le mandó ser camarero—y secretario real:
y despues le dió un condado,—por mayor honra le dar (7);
y por darle mayor honra—y estado en Francia sin par
lo hizo gobernador,—que el reino pueda mandar.
Por su virtud y nobleza,—y grande esfuerzo sin par
le quiso tomar por hijo,—y con su hija le casar.
Celebráronse las fiestas—con placer y sin pesar.
Ya despues de algunos dias—de sus honras y holgar,
el rey le mandó al conde (8)—que le (9) fuese á gobernar
y poner cobro en las tierras—que le fuera á encomendar.

(1) Pliego suelto. La *Silva* y la *Floresta* dicen solamente: «Romance de Grimaltos».
(2) «Mirad bien, tomad ejemplo.» *Silva*.
(3) «Que el conde don.» *Silva* y *Flor*.
(4) «Qu'en.» *Silva* y *Flor*.
(5) «Que llegó en cortes.» *Silva* y *Flor*.
(6) «Secreto.» *Silva*.
(7) «El que ya oistes nombrar.» *Silva*.
(8) «Buen conde.» *Silva*.
(9) «Se.» *Silva* y *Flor*.

Pláceme, dijera el conde,—pues no se puede excusar.—
Ya se ordena la partida,—y el rey manda aparejar
sus caballeros y damas—para haber (1) de acompañar.
Ya se partia el buen conde—con la condesa á la par,
y caballeros y damas—que no le quieren (2) dejar.
Por la gran virtud del conde—no se pueden apartar:
de Paris hasta Leon—le fueron acompañar.
Vuélvense para Paris—después de placer tomar:
las nuevas que dan al rey—es descanso de escuchar,
de cómo rige á Leon—y le tiene á su mandar,
y el estado de su Alteza—cómo lo hacia acatar.
De tales nuevas el rey—gran placer fuera (3) á tomar,
No prosigo mas del rey,—sino que lo dejo estar.
Tornemos á don Grimaltos—cómo empieza á gobernar,
bien querido de los grandes,—sin la justicia negar,
trata á todos de tal suerte,—que á ninguno da pesar.
Cinco años él (4) estuvo—sin al buen rey ir (5) á hablar,
ni del conde á él ir (6) quejas,—ni de sentencia apelar;
mas fortuna que es mudable,—y no puede sosegar,
quiso serle tan contraria—por su estado le quitar.
Fué el caso que don (7) Tomillas—quiso en traicion tocar:
revolvióle con el rey—por mas le escandalizar,
diciéndole que su yerno—se le quiere rebelar,
y que en villas y ciudades—sus armas hace pintar,
y por señor absoluto—él se manda intitular,
y en las villas y lugares—guarnicion quiere dejar.
Cuando el rey aquesto oyera—tuvo de ello (8) gran pesar,
pensando en las mercedes (9)—que al conde le fuera á dar (10).
¡Solo por buenos servicios—le pusiera en tal lugar,
y despues por galardon—tal traicion le ordenar!
Él ha determinado—de hacerle justiciar.

(1) «Haberle.» *Silva* y *Flor*.
(2) «Los querian.» *Silva.*
(3) «Mucho placer fué.» *Silva*.
(4) «Cuatro ó cinco años.» *Silva*.
(5) «Sin ir al rey.» *Silva.*
(6) «Ir al rey.» *Silva*.
(7) «Fué que el falso de.» *Silva*.
(8) «De ello tuvo.» *Silva.*
(9) «En los beneficios.» *Silva*.
(10) «Dió sin pesar.» *Silva.*

Dejemos lo de la corte,—y al conde quiero tornar,
que estando con la condesa—una noche á bel folgar,
adurmióse el buen conde,—recordara con pesar;
las palabras que decia—son de dolor y pesar:
—¿Qué te hice, vil (1) fortuna?—¿Por qué te quieres mudar
y quitarme de mi silla,—en que el rey me fué á sentar?
¡Por falsedad de traidores—causarme tanto de mal! (2).
Que segun yo creo y pienso—no lo puede otro causar.—
A las voces que da el conde—su mujer fué á despertar (3);
recordó muy espantada—de verle así hablar,
y hacer lo que no solia,—y de condicion mudar.
—¿Qué habeis, mi señor el conde?—¿En qué podeis vos pen- [sai?
—No pienso en otro (4), señora,—sino en cosa de pesar,
porque un triste y mal sueño (5) - alterado (6) me hace estar.
Aunque en sueños (7) no fiemos,—no sé á qué parte lo echar,
que parecia muy cierto—que ví una águila volar,
siete halcones tras ella—mal aquejándola van,
y ella por guardarse de ellos—retrújose á mi ciudad;
encima de una alta torre—allí se fuera á asentar;
por el pico echaba fuego,—por las alas alquitran;
el fuego que de ella sale—la ciudad hace quemar;
á mí quemaba las barbas,—y á vos quemaba (8) el brial.
¡Cierto tal sueño como este—no puede ser sino mal!
Esta es la causa, condesa,—que me sentiste (9) quejar.
—Bien lo mereceis, buen conde,—si de ello os viene algun [mal,
que bien ha los (10) cinco años,—que en corte no os ven estar,
y sabeis vos bien, el conde,—quién allí (11) os quiere mal,
que es el traidor de Tomillas (12)—que no suele reposar:

(1) «Yo.» *Silva.*
(2) «Tanto pesar.» *Silva.*
(3) «La condesa hace despertar.» *Silva.*
(4) «Nada.» *Silva.*
(5) «Sino triste soñé un sueño.» *Silva.*
(6) «Que alterado.» *Silva.*
(7) «En ellos.» *Silva.*
(8) «Y á vos, señora.» *Silva.*
(9) «De que me sentía.» *Silva.*
(10) «Cerca.» *Silva.*
(11) «Que allí hay quien.» *Silva.*
(12) «Y el traidor de don Tomillas.» *Silva.*

yo no lo tengo á mucho—que ordene (1) alguna maldad.
Mas, señor, si me creeis,—mañana ántes de yantar
mandad hacer un pregon—por toda esa ciudad,
que vengan los caballeros—que están á vuestro mandar,
y por todas vuestras tierras—tambien los mandeis llamar,
que para cierta jornada (2)—todos se hayan de juntar.
Desque todos estén juntos—decirles heis la verdad,
que quereis ir á Paris—para con el rey hablar,
y que se aperciban todos—para en tal caso os honrar.
Segun de ellos sois querido,—creo no os podrán faltar:
iros heis con todos ellos—á Paris, esa ciudad,
besaréis la mano al rey—como la soleis besar,
y entonces sabréis, señor (3),—lo que él os quiere mandar;
que si enojo de vos tiene—luego os lo demostrará (4),
y viendo vuestra venida—bien se le podrá quitar.
—Pláceme, dijo, señora,—vuestro consejo tomar.—
Pártese el conde Grimaltos—á Paris, esa ciudad,
con todos sus caballeros—y otros que él pudo juntar.
Desque fué cerca Paris—bien quince millas ó mas,
mandó parar á su gente,—sus tiendas mandó armar,
hizo aposentar los suyos—cada cual en su lugar.
Luego el rey de él hubo cartas,—respuesta no quiso dar.
Cuando el conde aquesto vido—en Paris se fué á entrar;
fuérase para el palacio—donde el rey solia estar;
saludó á todos los grandes,—la mano al rey fué á besar (5):
el rey de muy enojado—nunca se la quiso dar,
ántes mas le amenazaba—por su muy sobrado osar,
que habiendo hecho tal traicion—en Paris osase entrar;
jurando que por su vida—se debia maravillar
cómo, visto lo presente,—no lo hacia degollar;
y si no hubiera mirado—su hija no deshonrar,

(1) «Os urda.» *Silva.*
(2) «Por una jornada cierta.» *Silva y Flor.*
(3) «Señor, entonces vereis.» *Silva.*
(4) «Lo ha de mostrar.» *Silva.*
(5) «Tomar.» *Silva.*

que ántes que el dia pasara—lo hiciera justiciar:
mas por dar á él castigo,—y á otros escarmentar
le mandó salir del reino—y que en él no pueda estar.
Plazo le dan de tres dias—para el reino vaciar (1)
y el destierro es de esta suerte: —que gente no ha de llevar,
caballeros, ni criados—no le hayan de acompañar,
ni lleve caballo ó mula—en que pueda cabalgar:
moneda de plata y oro—deje, y aun la de metal.
Cuando el conde esto oyera—¡ved cuál podia estar! (2)
Con voz alta y rigurosa,—cercado de gran pesar,
como hombre desesperado—tal respuesta le fué á dar:
—Por desterrarme tu Alteza—consiento en mi desterrar;
mas quien de mí tal ha dicho (3),—miente y no dice verdad,
que nunca hice traicion,—ni pensé en maldad usar;
mas si Dios me da la vida—yo haré ver la verdad.—
Ya se sale de palacio—con doloroso pesar;
fuése á casa de Oliveros,—y allí halló á don Roldan.
Contábales las palabras—que con el rey fué á pasar;
despidiéndose está de ellos,—pues les dijo la verdad,
jurando que nunca en Francia—lo verian asomar,
si no fuese castigado—quien tal cosa fué á ordenar.
Ya se despedia de ellos;—por Paris comienza á andar
despidiéndose de todos—con quien solia conversar:
despidióse de Valdovinos—y del romano Fincan,
y del gaston (4) Angeleros,—y del viejo don Beltran,
y del duque don Estolfo,—de Malgesí otro que tal,
y de aquel solo invencible—Reinaldos de Montalvan.
Ya se despide de todos—para su viaje tomar.
La condesa fué avisada,—no tardó en Paris entrar:
derecha fué para el rey,—sin con el conde hablar,
diciendo que de su Alteza—se queria maravillar,
cómo al buen conde Grimaltos—lo quisiese asi tratar;

(1) «Para del reino botar.» *Silva.*
(2) «¡Ved que tal podia quedar!» *Silva.*
(3) «Mal te dijo.» *Silva.*
(4) «Y de Gaston.» *Silva.*

que sus obras nunca han sido—de tan mal galardonar,
y que suplica á su Alteza—que en ello mande mirar,
y si el conde no es culpado—que al traidor haga pagar
lo que el conde merecia—si aquello fuese verdad,
y asi será castigado—quien lo tal fué á ordenar (1).
Cuando el rey aquesto oyera (2)—luego la mandó callar,
diciendo que si mas habla (3)—como á él la ha de tratar,
y que le es muy excusado—por el conde le rogar,
pues quien por traidores ruega—traidor se pueda llamar.
La condesa que esto oyera (4)—llorando con gran pesar,
descendióse del palacio—para al conde ir á buscar.
Viéndose ya con el conde (5)—se llegó á lo (6) abrazar;
lo que el uno y otro dicen—lástima era de escuchar:
—¿Este es el descanso, conde,—que me habiades de dar?
¡No pensé que mis placeres—tan poco habian de durar!
Mas en ver que sin razon—por placer nos dan pesar,
quiero que cuando vais, conde,—cuenta de ello sepais dar.
Yo os demando una merced,—no me la querais negar,
porque cuando nos casamos—hartas (7) me habíades de dar.
Yo nunca las he habido,—aun las tengo de cobrar,
ahora es tiempo, buen conde,—de haberlas de demandar.
—Excusado es, la condesa,—eso ahora demandar,
porque jamas tuve cosa—fuera de (8) vuestro mandar,
que cuanto vos demandeis—por (9) mi fe de lo otorgar.
—Es, señor, que donde fuéredes—con vos me hayais de llevar.
—Por la fe que yo os he dado—no se os puede (10) negar;
mas de las penas que siento—esta es la mas principal,
porque perderme yo solo—este perder es (11) ganar,

(1) «Quien tal quiere ordenar.» *Silva.*

(2) Después de este verso se hallan en la *Silva* los dos siguientes:
Con enojo y con pesar,
con gran saña muy airado.

(3) «Y si más en ello le habla.» *Silva.*

(4) «Viera.» *Silva.*

(5) «Viendo asi ir al conde.» *Silva.*

(6) «Llegado le ha.» *Silva.*

(7) «Arras.» *Silva* y *Floresta.*

(8) «No fuese á.» *Silva.*

(9) «Doy.» *Silva.*

(10) «No lo vos puedo.» *Silva.*

(11) «Al perder llamo.» *Silva* y *Floresta.*

y en perderos vos, señora,—es perder sin mas cobrar;
mas pues asi lo quereis,—no queramos dilatar.
¡Mucho me pesa, condesa,—porque no podais andar,
que siendo niña y preñada—podríades peligrar!
Mas pues fortuna lo quiere (1)—recibidlo sin pesar,
que los corazones fuertes—se muestran en tal lugar.—
Tómanse mano por mano,—sálense de la ciudad;
con ellos sale Oliveros,—y ese paladin Roldan,
tambien el Dardin Dardeña,—y ese romano Fincan,
y ese gaston Angeleros,—y el fuerte Meridan (2):
con ellos va don Reinaldos,—y Valdovinos el galan,
y ese duque don Estolfo,—y Malgesí otro que tal (3);
las dueñas y las (4) doncellas—tambien con ellos se van:
cinco millas de Paris—los hubieron de dejar.
El conde y condesa solos—tristes se habian de quedar:
cuando partirse tenian—no se podian hablar.
Llora el conde y la condesa,—sin nadie les consolar,
porque no hay grande ni chico—que estuviese sin llorar.
¡Pues las damas y doncellas,—que allí hubieron de llegar,
hacen llantos tan extraños,—que no los oso contar,
porque mientras pienso en ellos—nunca me puedo ale- [grar!
Mas el conde y la condesa—vanse sin nada hablar:
los otros caen en tierra—con la sobra del pesar:
otros crecen mas sus lloros—viendo cuán tristes se van.
Dejo de los caballeros—que á Paris quieren tornar;
vuelvo al conde y la condesa,—que van con gran soledad
por los yermos y asperezas—do gente no suele andar.
Llegado el tercero dia,—en un áspero boscaje
la condesa de cansada—triste no podia andar.
Rasgáronse sus servillas,—no tiene ya que calzar:

(1) «Fortuna os convida.» *Silva.*
(2) «Merian.» *Silva.*
(3) Después de este verso pone la *Silva* los dos siguientes:

Cien caballeros de salva
los salen acompañar.

(4) «Damas, dueñas y.» *Silva.*

de la aspereza del monte (1)—los piés no podia alzar (2);
do quiera que el pié ponia—bien quedaba la señal.
Cuando el conde aquesto vido,—queriéndola consolar,
con gesto muy amoroso—la comenzó de hablar:
—No desmayedes, condesa,—mi bien, querais (3) esforzar,
que aquí está una fresca fuente—do el agua muy fria está (4)
reposarémos, condesa,—y podrémos refrescar.—
La condesa que esto oyera—algo el paso fué á alargar,
y en llegando á la fuente—las rodillas fué á hincar.
Dió gracias á Dios del cielo,—que la trujo en tal lugar,
diciendo: —¡Buen agua es esta—para quien tuviese pan!—
Estando en estas razones—el parto le fué á tomar,
y allí pariera un hijo,—que es lástima de mirar
la pobreza en que se hallan—sin poderse (5) remediar.
El conde cuando vió el hijo—comenzóse de esforzar;
con el sayo que traia—al niño fué á cobijar;
tambien se quitó la capa—por á la madre abrigar (6);
la condesa tomó el niño—para darle de mamar.
El conde estaba pensando—qué remedio le buscar,
que pan ni vino no tienen,—ni cosa con que pasar.
La condesa con el parto—no se puede levantar;
tomóla el conde en los brazos—sin ella el niño dejar,
súbelos á una alta sierra—para mas lejos mirar.
En unas breñas muy hondas—grande humo vió estar (7),
tomó su mujer y hijo,—para allá les fué á llevar.
Entrando en la espesura—luego al encuentro le sale
un virtuoso ermitaño—de reverencia muy grande;
el ermitaño que los vido—comenzóles de hablar:
—¡Oh válgame Dios del cielo!—¿Quién aquí os fué á aportar?
Porque en tierra tan extraña—gente no suele habitar,
sino yo que por penitencia—hago vida en este valle.—

(1) «Camino.» *Silva.*

(2) «Van los pies corriendo sangre.» *Silva.*

(3) «Bien os querais.» *Silva.*

(4) «Agua fresca sale.» *Silva.*

(5) «No se puede.» *Silva.*

(6) «Por cobijar á su madre.» *Silva.*

(7) «Vido que gran humo sale.» *Silva.*

El conde le respondió—con angustia y con pesar:
—Por Dios te ruego, ermitaño,—que uses de caridad,
que despues habrémos tiempo—de cómo vengo, á contar:
mas para esta triste dueña—dame que le pueda dar,
que tres dias con sus noches—ha que no ha comido pan,
que allá en esa fuente fria—el parto le fué á tomar.—
El ermitaño que esto oyera,—movido de gran piedad,
llevóles para la ermita—do él solia habitar.
Dióles del pan que tenia,—y agua, que vino no hay:
recobró algo la condesa—de su flaqueza muy grande.
Allí le rogó el conde—quiera el niño bautizar (1).
—Pláceme, dijo, de grado;—¿mas cómo le llamarán?
—Como quisiéredes, Padre,—el nombre le podréis dar.
—Pues nació en ásperos montes—Montesinos le dirán (2).—
Pasando y viniendo dias,—todos vida santa hacen;
bien pasaron quince años,—que el conde de allí no parte (3).
Mucho trabajó el buen conde—en haberle de enseñar (4)
á su hijo Montesinos (5)—todo el arte militar,
la vida de caballero—cómo la habia de usar,
cómo ha de jugar (6) las armas,—y qué honra ha de ganar,
cómo vengará el enojo (7)—que al padre fuéron á dar.
Muéstrale en leer y escribir—lo que le puede enseñar,
muéstrale jugar á tablas,—y cebar un gavilan.
A veinte y cuatro de junio,—dia (8) era de San Juan,
padre y hijo paseando—de la ermita se van (9);
encima de una alta sierra—se suben á razonar.

(1) «Allí le suplicó el conde
que huviese de bautizar
al triste niño nacido
con tribulación tan grande.» *Silva.*

(2) «Le llamad.» *Silva.*

(3) En la *Silva* se hallan después de este verso los dos siguientes:
«Do se crió Montesinos,
el su hijo natural.»

(4) «Mostrar.» *Silva.*

(5) Éste, y el verso que le sigue, faltan en la *Silva.*

(6) «Y en exercitar.» *Silva.*

(7) En vez de éste y del verso que le sigue lleva la *Silva* los siguientes:
«Él mira bien el consejo
que le daba el conde su padre.»

(8) «Mañana.» *Silva.*

(9) «Se salen.» *Silva.*

Cuando el conde alto se vido—vido á Paris la ciudad.
Tomó al hijo por la mano,—comenzóle de hablar,
con lágrimas y sollozos—no deja de suspirar.

(*Aquí comienzan dos rom. del conde Grimaltos y su hijo Montesinos* (vale decir este romance, y el que le sigue). Pliego suelto del siglo XVI, en el *Rom. gen.* del señor Duran.—*Silva de var. rom.* ed. de Barcelona, 1582.—*Floresta de var. rom.* ed. de Madrid, 1674 (1).

176.

(Montesinos.—II.)

Romance de Montesinos (2).

—Cata Francia, Montesinos,—cata Paris la ciudad,
cata las aguas de Duero,—do van á dar en la mar;
cata palacios del rey,—cata los de don Beltran,
y aquella que ves mas alta—y que está en mejor lugar
es la casa de Tomillas,—mi enemigo mortal.
Por su lengua difamada—me mandó el rey desterrar,
y he pasado á causa de esto—mucha sed, calor y hambre,
trayendo los pies descalzos,—las uñas corriendo sangre.
A la triste madre tuya—por testigo puedo dar,
que te parió en una fuente—sin tener en que te echar.
Yo triste quité mi sayo—para haber de cobijarte;
ella me dijo llorando—por te ver tan mal pasar:
—Tomes este niño, conde,—y llévesle á cristianar;
llamédesle Montesinos,—Montesinos le llamad.—
Montesinos que lo oyera—los ojos volvió á su padre;

(1) No habiendo estado á nuestro alcance el pliego suelto arriba citado, de que se ha aprovechado el Sr. Durán al publicar este romance en su *Romancero general,* hemos juzgado lo mejor el copiar literalmente su texto, anotando todavía las variantes de la *Silva* y las más importantes de la *Floresta.*

(2) *Canc. de Rom.* s. a. y 1550.

las rodillas por el suelo—empezóle de rogar
le quisiese dar licencia,—que en Paris quiere pasar,
y tomar sueldo del rey—si se lo quisiere dar,
por vengarse de Tomillas,—su enemigo mortal;
que si sueldo del rey toma—todo se puede vengar.
Ya que despedirse quieren—á su padre fué á rogar
que á la triste de su madre—él la quiera consolar,
y de su parte le diga—que á Tomillas va buscar (1).
—Pláceme, dijera el conde,—hijo, por te contentar.—
Ya se parte Montesinos—para en Paris entrar,
y en entrando por las puertas—luego quiso preguntar

(1) Con este verso acaba el romance en todas las ed. del *Canc. de Rom.*; lo que sigue se ha tomado de la *Silva* de varios romances, ed. de Barcelona de 1582, donde también la parte que antecede es tan diferente del texto del *Canc. de Rom.*, que la ponemos aquí entera; el texto de la *Floresta* de varios romances está en un todo conforme con el de la *Silva*, teniendo tan sólo algunas ligeras variaciones ó enmiendas más bien posteriormente hechas con arreglo á los preceptos de la poesía artistica.

—Cata Francia, Montesinos,
y París esa ciudad,
cata palacios del Rey
tu abuelo natural,
cata casa de Tomillas
mi enemigo mortal:
por su inicua y mala lengua
me mandaron desterrar,
do he pasado á causa de esto
mucha sed, calor y hambre,
aguas, nieves y ventiscos
por estos ásperos valles,
y la triste madre tuya
por testigo puedo dar,
que te parió en una fuente
sin tener cosa en que echarte:
yo triste quité mi sayo
para haber de cobijarte.
Otras mil angustias tristes
que yo no querria contar;
y el traidor de don Tomillas
todo esto quiso ordenar;
mas si Dios me da la vida
yo lo entiendo de vengar.—
Montesinos que esto oyera
los ojos volvió á su padre,
las rodillas puso en tierra
por la mano le besar,
pidió le diese licencia
que á París quiere llegar:
porque él ha oido decir
que sueldo acostumbran dar
á los buenos caballeros
que lo quisieren tomar:
—por eso, señor, vos ruego,
de ello no tomeis pesar,
que si sueldo del rey tomo
todo se podrá vengar.—
Viendo el conde su deseo,
la bendición le fué á dar.
Partiéndose Montesinos
volvió á rogar á su padre,
que haya por encomendada
á la condesa su madre,
y de su parte le diga,
que á Tomillas va á buscar.

por los palacios del rey—que se los quieran mostrar.
Los que se lo oian decir—dél se empiezan á burlar;
viéndolo tan mal vestido—piensan que es loco, ó truhan;
en fin, muéstranle el palacio,—por ver que quiere buscar:
sube alto en el palacio,—entró en la sala real,
halló que comia el rey,—don Tomillas á la par.
Mucha gente está en la sala,—por él no quieren mirar.
Desque hubieron ya comido—al ajedrez van á jugar
solos el rey y Tomillas—sin nadie á ellos hablar,
si no fuera Montesinos—que llegó á los mirar;
mas el falso de Tomillas,—en quien nunca hubo verdad,
jugara una treta falsa,—donde no pudo callar
el noble de Montesinos,—y publica su maldad.
Don Tomillas que esto oyera,—con muy gran riguridad
levantara la su mano,—un bofeton le fué á dar.
Montesinos con el brazo—el golpe le fué á tomar,
y echó mano al tablero,—y á don Tomillas fué á dar
un tal golpe en la cabeza,—que le hubo de matar.
Murió el perverso dañado,—sin valerle su maldad.
Alborótanse los grandes—cuantos en la sala están:
prendieron á Montesinos—y querianlo matar,
sino que el rey mandó á todos—que no le hiciesen mal,
porque él queria saber—quien le dió tan gran osar;
que no sin algun misterio—él no osara tal pensar.
Cuando el rey le interrogara—él dijera la verdad.
—Sepa tu real Alteza—soy tu nieto natural;
hijo soy de vuestra hija,—la que hicisteis desterrar
con el conde don Grimaltos,—vuesfro servidor leal,
y por falsa invención—le quisiste maltratar:
mas agora vuestra Alteza—de ello se puede informar;
que el falso de don Tomillas—sepan si dijo verdad,
y si pena yo merezco,—buen rey, mandádmela dar,
y también si no la tengo—que me mandásedes soltar,
y al buen conde y la condesa—los mandeis ir á buscar,
y les torneis á sus tierras—como solia gobernar.—
Cuando el rey aquesto oyera—no quiso mas escuchar.

Aunque veia ser él su nieto—quiso saber la verdad:
supo que don Tomillas—ordenó aquella maldad,
porque tuvo envidia—viéndole en prosperidad.
Cuando el rey la verdad supo—al conde hizo ir á buscar:
gente de á pié y de á caballo—iban para le acompañar,
y damas por la condesa—como solia llevar.
Llegado junto á Paris—dentro no quiéren entrar,
porque cuando dél salieron—los dos fuéron á jurar
que las puertas de Paris—nunca las vieran pasar.
Cuando el rey aquello supo—luego mandó derribar
un pedazo de la cerca—por do pudiesen pasar
sin quebrar el juramento—que ellos fuéron á jurar:
llevéronlos al palacio—con mucha solemnidad,
hácenlos muy ricas fiestas—cuantos en la corte están.
Caballeros, dueñas, damas—los vienen á visitar,
y el rey delante de todos—por mayor honra les dar,
les dijo que habia sabido—como era todo maldad,
lo que dijo don Tomillas—cuando lo hizo desterrar:
y porque sea mas creido—allí les tornó á afirmar
todo lo que ántes tenian,—y el gobierno general,
y que despues de sus dias—el reino haya de heredar
el noble de Montesinos,—y así lo mandó firmar.

(*Canc. de Rom. s. a.* f. 193.—*Canc. de Rom. 1550.* f. 205.
Silva de var. rom. ed. de Barcelona del año de 1582.

177.

(Montesinos.—III.)

Romance: el cual cuenta el desafío que hizo Montesinos á Oliveros en las salas de París: hecho por Juan del Campo.

En las salas de Paris,—en un palacio sagrado
ado está el emperador—con los pares razonando,

acabando de comer,—un rumor se ha levantado.
Oliveros y Montesinos—mal se quieren en celado.
Oliveros fué el primero—que se habia desmesurado:
—Dicho os he, Montesinos,—dias ha que os he rogado,
que de amores de Aliarda—no tuviésedes cuidado,
que no sois para servilla,—ni para ser su criado;
si no fuese por el emperador—yo os habria castigado.—
Montesinos que esto oyera,—la color se le ha mudado,
así le tiemblan las carnes—como á hombre sentenciado;
echó mano á la su espada,—su rico manto abajado,
tiró un golpe á Oliveros;—mas no le habia acertado.
Oliveros no tenia armas,—dos saltos atras ha dado.
Metióse la gente en medio;—otra cosa no ha pasado.
Ellos en aquesto estando—don Roldan habia llegado,
á grandes voces diciendo:—¡Viva, viva el emperador, y el [que vive á su mandado!
—¡Viva! dijo Montesinos,—mas no de ser ultrajado;
que si de esto no me vengo,—no entraré mas en poblado,
ni comeré pan á mesa,—ni oiré misa en sagrado,
ni me vestiré loriga,—ni cabalgaré en caballo,
ni me llamarán en Francia—hijo del conde Grimaldo.
Abájase del escala—con pasión muy lastimado,
fuérase al meson de Burgo—ado estaba aposentado,
armóse de una loriga—y de un arnes tranzado,
echóse un escudo al cuello:—de todas armas armado,
sin poner pié en el estribo,—en el caballo habia saltado.
Sale por la puerta afuera—muy honesto y mesurado,
por las calles que habia gente—íbase muy sosegado,
por do via que no estaba—va corriendo como un gamo.
En saliendo de Paris—topara con don Reinaldo (1),
primo suyo carnal,—en amor mas que hermano.
—¿Adónde vais, Montesinos,—adó vais tan bien armado?
O vais con mensaje á moros,—ó venís desafiado.

(1) El texto lleva por equivocación «Roldán», mientras la asonancia y el sentido piden «Reinaldo».

—No voy á nada de aqueso,—ni de ello tengo cuidado;
mas Oliveros en palacio—de palabras me ha ultrajado,
respondiérale yo á ellas;—mas no quedé bien pagado.
Por Dios os ruego, mi primo,—que vais á desafiarlo,
que le digais de mi parte—que le espero en el campo,
en el campo de san Dionís,—bien armado y á caballo.
—Pláceme, dijo Reinaldo,—pláceme de muy buen grado,
decírselo he de boca,—aunque esté muy ocupado,
sino quisiere uno por uno—seremos dos por cuatro,
aunque viniese con ellos—don Roldan el encantado.—
Ellos en aquesto estando—Oliveros que ha llegado
con la sobrevista verde.—¡Oh cuán bien parece armado!
El gesto trae descubierto,—blanco es y colorado,
á grandes voces diciendo: —Tiráos afuera, Reinaldo,
lo que ha dicho Montesinos—presto le costará caro.
—Pláceme, le dijo él,—pláceme de muy buen grado.—
Volvió riendas al caballo,—en Paris se habia lanzado.
Mejor fuera para ellos—no habellos él dejado.
Pocas palabras se dicen,—metido se han en un prado.
Apartóse el uno del otro—cuanto un tiro de dardo.
De los muy recios encuentros—á tierra se han derrocado.
Herido fué Montesinos—en el su izquierdo lado;
asi quedara Oliveros—por medio de su costado,
que el hierro de Montesinos—en el cuerpo le ha quedado.
Levántanse ambos en pié,—las espadas han sacado;
entre los dos caballeros—cruel batalla se ha trabado.
Ellos en aquesto estando—Baldovinos que ha llegado
con sus perras de trailla—y su halcon en la mano.
Rogado les ha por la paz;—dél nada no se han curado.
Batió piernas al caballo,—y él así los ha dejado.
Fuése al emperador—muy triste, desconsolado.
—¿Qué haceis aquí, señor,—con tan pequeño cuidado?
Que hoy pierdes dos caballeros,—los mejores de tu estado,
en el campo de san Dionís,—cada uno mal llagado.
Si presto no socorréis—el campo será acabado.—
Don Carlos cuando lo oyera—temblaba como azogado,

cabalgó en un palafren—por no esperar á caballo.
Con él iba en compañía—ese conde don Grimaldo,
con él iban caballeros,—todos eran hijos-dalgo.
En llegando á san Dionisio—véenlos estar en lo llano;
cada cual caido en tierra,—que no bullen pié ni mano.
Cuando así los vido el conde,—de su boca habia hablado :
—¡Qué tal estais, mi hijo,—el mi hijo mucho amado,
por las tierras do yo voy—por vos fuera muy honrado!
Si habeis herida de muerte—de vuestra alma habed cuidado.
Aunque vos murais, mi hijo,—de mí no seréis llorado,
que ni moris por mesones,—ni por tableros jugando;
moris como caballero—en el campo peleando.
—Que no moriré, señor,—de lo que estoy agora llagado;
mas socorred á Oliveros,—ved si está peor tratado.
—Con él está acá, mi hijo,—el emperador don Carlos;
mucho estaba mal herido,—vos no estais muy bien librado.—
Alli llegó el emperador,—su rostro todo mojado
de lágrimas de sus ojos—que por ellos ha llorado.
—Si sois vivo, Montesinos,—yo quedaré consolado.—
—Cuál me hallardes, señor,—estoy á vuestro mandado.—
Con igual honra en Paris—ambos los han lanzado;
con la vida de los dos—el pueblo se ha holgado.
Mucho mas se holgó el conde,—y asi hiciera Reinaldo,
que del bien de Montesinos—él estaba muy pagado.

(*Síguese un romance: el cual cuenta el desafío que hizo Montesinos á Oliveros en las salas de Paris*, etc. Pliego suelto del siglo XVI.)

---

177 a.

(Montesinos. — IV.)

(Al mismo asunto.)

Romance de un desafío que se hizo en París de dos caballeros principales de la tabla redonda, los cuales son Montesinos y Oliveros. Fué el desafío por amores de una dama llamada Aliarda.

En las salas de Paris,—en el palacio sagrado
donde está el emperador—con su imperial estado,
tambien estaban los doce—que á una mesa se han juntado,
obispos y arzobispos—y un patriarca honrado.
Despues que hubieron comido—y las mesas se han alzado,
ya se levanta la gente,—todcs iban paseando
por una sala muy grande,—unos con otros hablando.
Unos hablan de batallas,—los que las han acostumbrado;
otros hablan de amores,—los que son enamorados.
Montesinos y Oliveros—mal se quieren en celado;
con palabras injuriosas—Oliveros ha hablado.
Las palabras fuéron tales,—que de está suerte ha empezado:
—Montesinos, Montesinos,—¿cuánto ha que os he rogado
que de amores de Aliarda—no tuviésedes cuidado,
que no sois para servirla,—ni para ser su criado?
¡Si no, por el emperador,—yo os hubiera castigado!—
Montesinos que esto oyera—túvose por injuriado;
la respuesta que le dió—fué como de hombre esforzado.
—¡Buen caballero Oliveros,—mucho estoy maravillado,
siendo hombre de buen linaje—siempre entre buenos criado,
que vos á mí deshonrar—bien debia ser excusado;
que si tuviera yo (1) espada—como vos teneis al lado,

(1) «Yo tuviera.» *Silva. Floresta*

las palabras que dijistes—bien las hubiérades pagado!—
Oliveros que esto oyera—en la espada puso mano:
fuése para Montesinos—como hombre muy airado.
Montesinos no tiene armas,—descendióse del palacio.
Los ojos puestos en el cielo—juramento iba echando (1)
de nunca vestir loriga,—ni cabalgar en caballo,
ni comer pan á manteles,—ni nunca entrar en poblado
y de no rapar sus barbas,—ni de oir misa en sagrado,
ni llamarse Montesinos—hijo del conde Grimaltos,
hasta que vengue la mengua—que Oliveros le ha dado.
En llegando á su posada—fué muy prestamente armado:
pone el yelmo en su cabeza,—vístese un arnés tranzado;
mandó sacar una lanza—que él tenia en apartado:
que la lanza era muy fuerte,—y el hierro bien acerado.
Ya es armado Montesinos,—ya cabalga en su caballo:
las cartas que tiene escritas—á un paje las habia dado,
que las lleve á Oliveros—y se las diese en su mano,
y le diga que le aguarda—Montesinos en el campo,
armado de todas armas—y el caballo encubertado.
Ya se parte el mensajero—con las cartas que le ha dado;
en casa del emperador—á Oliveros ha hallado,
con muy grande reverencia—el paje lo ha llamado.
Oliveros es discreto,—y hombre muy bien criado,
apartóse con el paje—en un lugar apartado:
preguntó lo que queria,—ó quién le habia enviado.
El paje cuando esto oyó—las cartas le hubo mostrado,
Oliveros que las vido—dijo que él daria recaudo.
Ya se parte el pajecico,—ya se sale del palacio.
El plazo que Montesinos—á Oliveros hubo dado,
cuatro horas le da de tiempo—que le aguardaria en el campo,
y si al plazo no viniese—por traidor seria llamado.
El acudió de tal suerte,—que seis horas habian pasado.
Tanto aguardó Montesinos,—que ya estaba enojado.
Miéntra que en el campo andaba—á Oliveros esperando,

(1) «Juramentos.» *Silva.*

vió allí un caballero—que llamaban don Reinaldos, [mano.
que de linaje era su primo,—y en el voluntad más que her-
Las palabras que le dijo,—de esta manera ha hablado:
—Montesinos, Montesinos,—¿qué faceis, mi primo hermano,
que segun del modo os veo—vos estais mal enojado?
Alguno os desafió—y vos lo estais esperando,
porque no siento otra cosa—por qué estuviésedes armado (1).
Montesinos que esto oyera—tal respuesta le hubo dado:
—La causa que ansí me hallais—vos la contaré de grado:
un presente hoy me trujeron,—y en él vino este caballo;
mas vos sabeis mi costumbre,—que si caballo me han dado,
el primer dia que á mí viene—ha de ser muy bien probado:
yo por ver qué tal es este—he subido en él armado.—
Don Reinaldos que esto oyera—esta respuesta le ha dado:
—Montesinos, Montesinos,—vuestro hablar es excusado;
vos á mí no me negueis—por qué estáis desafiado.—
Montesinos que esto vido—que lo sabia don Reinaldos,
luego sin mas dilacion—la verdad hubo contado.
—Vos sabeis, mi señor primo,—que hoy dentro en el palacio
yo y vuestro primo Oliveros—andábamos paseando:
de unas razones en otras—él me ha mal injuriado,
diciendo que de Aliarda—yo no tuviese cuidado,
que no era para servirla—ni para ser su criado;
que si mirado no hubiese—al gran emperador Cárlos,
por el enojo que le hice—ya me hubiera castigado.
Yo le dije que hablaba—mal, y muy desmesurado,
y él echó mano á la espada—y embrazóse de su manto.
Yo hallándome sin armas—descendíme del palacio;
fuíme para mi posada—muy triste y muy enojado;
arméme con estas armas—que vos me hallais armado;
cartas envié á Oliveros—que le aguardaba en el campo:
cuatro horas le dí de tiempo—que le estaria esperando,
y si en estas no viniese—por traidor seria llamado.

(1) «Para que así estéis armado.» *Flor.*—«Pues os detuviese aquí armado.» Las eds. posts. del *Canc. de Rom.*

Desque pasan las (1) cuatro horas,—otras dos habian pasa-
Don Reinaldos que esto oyó—esta respuesta le ha dado: [do.
—Si quereis vos, Montesinos,—yo iré presto á llamarlo,
si no quiere oirlo de lengua,—decírselo he por las manos;
y si él no quiere venir,—para vos y mí, sean cuatro.—
Ellos estando en aquesto—Oliveros ha llegado,
no como hombre de pelea,—sino como enamorado. [do.
Él viene muy gentil hombre,—mas tambien muy bien arma-
En llegando á Montesinos—de esta suerte le hubo hablado:
—Montesinos, Montesinos,—¿qué es esto, traidor malvado?
que la fe que tú me diste—¡hásmela muy mal guardado!
dijiste que estarias solo,—y hállote acompañado.—
Montesinos que esto oyó—tal respuesta le hubo dado:
—Oliveros, Oliveros,—de esto no estéis enojado,
que si compañía tengo—cierto vos lo habeis causado,
que si viniérades á tiempo—del plazo que os hube dado,
la compañía que tengo—no la hubiérades hallado,
que por causa de desdicha—él me halló aquí armado;
él me preguntó qué habia,—yo bien me hube excusado;
mas por importunacion—sabed que yo le he contado
lo que está entre vos y mí,—y lo que yo hube pasado:
mas yo os haré juramento—donde vos querais tomallo,
que por esta compañía—no seréis perjudicado,
sino que él se irá á Paris—quedando nos en el campo.
—Pláceme, dijo Oliveros,—de eso que habeis hablado.—
Reinaldos se entró en Paris—y ellos quedan en el campo.
Íbanse de par en par,—y juntos lado con lado,
hasta llegar á la huerta—donde el campo se habia dado.
Despues que dentro se vieron—Montesinos ha hablado:
—Agora es tiempo, Oliveros,—que se vea el mas esforzado.—
Vanse el uno para el otro,—recios encuentros se han dado,
los golpes han sido tales—que entrambos se han derribado:
media hora y mas estuvieron—que ninguno ha hablado.
Ya despues que esto pasó—el uno se ha levantado (2);

(1) «Pasadas son.» *Floresta.* (2) «Montesinos levantado.» *Floresta.*

fuése para Oliveros,—de esta suerte le ha hablado:
—Buen caballero, no estéis—por tan poco desmayado,
echemos mano á las hachas,—pues las lanzas se han quebra-
Oliveros que esto oyera—muy presto fué levantado: [do.—
danse tan terribles golpes—que presto se han desarmado;
las piezas de los arneses—veréis rodar por el campo.
Oliveros que esto vido—de esta suerte le ha hablado:
—Echá mano por la espada—pues que ya estais desarmado.—
Montesinos que esto oyera—presto la espada ha sacado:
fiérense de tales golpes—que se han mal aparejado.
Ellos estando en aquesto—un cazador ha llegado;
quísose poner entre ellos,—hanle mal amenazado,
que si entre ellos se pone—que él será muy mal tratado.
El cazador que esto oyera—medio muerto y espantado
se partió para Paris,—grandes voces iba dando:
—¿Qué es de ti, el emperador,—que hoy pierdes todo tu Es-
¡Hoy entre los docê pares—veo gran ruido armado, [tado?
y el imperio de Paris—todo escandalizado!—
Oyólo el emperador,—donde estaba en el palacio:
mandó luego que le llamen—al que tal iba hablando.
Ya es llegado el cazador—do está el emperador Cárlos.
Las palabras que le dice—con temor demasiado (1):
—Señor, sepa vuestra Alteza—que hoy andando cazando
en la huerta de Sant Dionis,—dentro en ella yo he hallado
á Montesinos y á Oliveros—que se habian desafiado:
la sangre que de ellos corria—teñia las yerbas del campo,
que si ellos ya no son muertos,—estarán muy mal tratados.—
El emperador que esto oyera—muy presto hubo cabalgado
con todos los caballeros—los que allí hubo hallado.
De Oliveros iba un primo,—y tambien iba un su hermano,
y el padre de Montesinos,—ese conde don Grimaltos.
Cada uno tiene parientes,—iban escandalizados.
El emperador, que esto vido,—pregonar luego ha mandado:
que de manos ni de lengua—ninguno sea osado

(1) «Con gran temor las ha hablado.» *Floresta.*

de decir descortesía,—ni quistion hayan buscado (1),
y quien quistion revolviese—fuese luego degollado.
Por miedo de aquel pregon—todo hombre va limitado.
En allegando á la huerta—el emperador hubo entrado.
Por el rastro de la sangre—los caballeros han hallado,
el uno caido á una parte,—otro caido á otro lado.
Llamó (2) á sus caballeros—los que le han acompañado:
cuando la gente los vió—veráis hacer un gran llanto:
unos dicen: ¡Ay mi primo!—otros dicen: ¡Ay mi hermano!—
El conde Grimaltos dice: —¡Ay mi hijo mal logrado!—
Cuando el emperador vido—su pueblo escandalizado,
mandó traer unas andas—en que hubiesen llevado
aquellos dos caballeros—que se habian maltratado,
que los lleven á Paris—dentro del real palacio:
doctores y bachilleres (3)—que viniesen á curarlos.
Fué la voluntad divina—que á poco tiempo pasado
les hallan gran mejoría,—que se han mucho remediado.
Ya sanos los caballeros,—y Dios que (4) les ha ayudado,
mandóles el emperador,—que amigos hayan quedado.
Cásanlos con sendas damas—las mas lindas del palacio,
y púsoles grandes penas—que ninguno sea osado
de hablar con Aliarda,—ni de ser su enamorado (5),
y quien esto quebrantase—de la vida sea privado.
Así quedaron amigos—y el imperio asosegado.
Luego Aliarda casó—con un caballero honrado;
quedaron todos contentos—y el romance fué acabado (6).

(*Canc. de Rom. s. a.* f. 65.—*Canc. de Rom. 1550.* f. 65.—
Silva de 1550. t. II. f. 162.—*Floresta de var. rom.* (7).

(1) «Ni hacer desaguisado.» *Floresta.*

(2) «Llama.» *Silva.*

(3) «Cirujanos.» *Floresta.*

(4) «Porque Dios.» *Floresta.*

(5) «En público, ni en celado.» *Floresta.*

(6) «Es acabado.» *Silva.*—«Con mucha paz en su estado.» *Flor.*

(7) Claro está que este romance es ya una reformación algo más artística del anterior, del que repite versos y trozos enteros, dándole, empero, una catástrofe mucho más prosaica y á modo de las comedias.

178.

(Montesinos.—V.)

Romance de Guiomar y del emperador Cárlos: que trata de cómo libró al rey Jafar su padre y á sus reinos del emperador: y de cómo se tornó cristiana y casó con Montesinos.

Ya se sale Guiomar—de los baños de bañar
colorada como la rosa,—su rostro como cristal.
Cien damas salen con ella—que á su servicio están,
eran todas fijas-dalgo,—muy fermosas en verdad,
ricamente ataviadas—que era gloria de mirar.
Preguntando va Guiomar—por el rey Jafar su padre:
Respondiera un caballero—que le estaba delante:
—Retraido está, señora,—en su palacio real,
de dentro de siete puertas—allá se fuera á encerrar,
y mandó á los porteros,—que á nadie dejen entrar
sino á sus caballeros,—los del consejo real;
llorando está de sus ojos—que es dolor de lo mirar,
mesábase los cabellos,—sus barbas otro que tal.
La causa del lloro tan grande—yo no la sabré contar;
mas sé que le han venido cartas—de Cárlos el emperante,
lo que contienen aquellas—yo no lo sabré contar.—
Guiomar que esto oyera—corriendo va á mas andar,
que ni atiende á sus damas,—ni á nadie quiso esperar;
ántes se fué al palacio—donde estaba el rey su padre.
No hay portero que la detenga—ni la osase hablar.
Allegara á la gran sala—donde su padre está,
vió á sus caballeros—que le estaban delante,
puestos en tan gran silencio—que á nadie oyó hablar,
y allí vido estar al rey—en la su silla real,
su mano tenia en el rostro—con un pensamiento grande.

Allegóse Guiomar,—y humillósele delante,
tomándolo por la mano—por habérgela de besar.
El rey Jafar que la viera—la fué luego á levantar,
y besándola en el rostro—no pudo estar de llorar;
fízole dar una silla,—y cabo él se fué á sentar.
Alli fabló Guiomar—y empezara de hablar:
—Por Dios vos ruego, el rey,—me digades la verdad,
¿qué es la causa del enojo?—¿quién vos ha hecho pesar?
y acordáos que las mujeres—son para bien y para mal.—
Respondiérale el rey—con gran tristeza y pesar:
—Sabréis, fija Guiomar,—la causa de nuestro mal:
que ha dos horas ó poco menos—cartas me fuéron llegar,
las cuales envió don Carlos,—capitan de la cristiandad,
en que me envía las treguas,—y me tornara las paces,
y me suelta los tributos,—que ya no los quiere mas;
mas demándame mis reinos—que se los haya de dejar:
y si no lo hago, hija,—los meterá á huego y sangre.
Treinta dias me dió de plazo,—que mas no me quiso dar,
y la peor señal que veo,—y que á mi da mayor pesar,
es ver que en riberas de Ebro—tiene asentado su real;
y si hago resistencia—serme hia mayor mal;
aunque sesenta mil combatientes—bien los puedo yo allegar
de Aragon y de Castilla,—y Valencia esa ciudad;
mas ¿qué aprovecha?, mi hija,—que será doblar mis males,
que tiene otros tantos,—y con ellos los doce pares,
y si más gente quisiere,—á toda la cristiandad.
Y de todo aquesto, fija,—á vos toca el mayor mal,
que de mí ya no me pesa,—que soy viejo y de gran edad;
mas recibo de vos pena—que sois niña y de poca edad:
porque agora venia el tiempo—que habíades de reinar.
¿Quién gobernará mis reinos,—mis villas y mis ciudades?
¿Quién manterná mis caballeros,—los de mi corte real?
¿Y vos, y yo, la mi fija,—dónde iremos á parar?—
Guiomar era discreta—si en el mundo habia su par,
y cuanto le dijo el rey—lo fué muy bien á escuchar,
respondióle con gran tiento—y empezara de hablar:

—No desmayes, el buen rey,—no quieras tomar pesar,
que si Alá me da la vida —yo lo entiendo remediar,
si vos, rey, me dais licencia—que haga á mi voluntad,
y que lo que yo hiciere—por hecho lo hayais de dar.—
El rey Jafar que esto oyera—tal respuesta le fué á dar:
—Por Dios vos ruego, mi fija,—vos me lo querais contar,
de qué suerte lo haredes,—ó cómo pensais remediar.—
Guiomar como obediente—le diera respuesta tal:
—Que de grado lo diría—por servir su Majestad.
Acordáos, rey, de Celinos—que tovistes en catividad,
que siete años ó mas—estuvo sin libertad,
y sin decillo á vuestra Alteza—licencia le fuera á dar,
que se tornase en Francia,—á su tierra natural:
pues estando él en el campo—en algo me ha de ayudar,
y cuando él no me ayudase,—otro mayor pienso fallar;
que allí será Montesinos,—ese esclarecido infante,
que mucho tiempo me ha servido—en vuestra corte real,
por mí ha hecho torneos,—por mí en campo fué á entrar;
y tambien sé que don Cárlos,—aquel alto emperante,
nadie le pidió merced—que él no se la otorgase.
Y por esto os ruego, padre,—licencia me querais dar,
que delante dél yo vaya—para merced le demandar:
que él es tan magnífico hombre—que no me la negará.—
El rey Jafar que esto oyera—luego se fuera á turbar,
maldiciendo la fortuna—empezara de llorar,
diciendo estas palabras—con dolor y sospirar:
—¡Oh desventurado rey—que en el mundo no hay su par!
¡Oh mi hija Guiomar,—espejo de mi mirar!
¡Oh descanso de mi vida,—reposo de mi pesar!
¿Quién vos dará tal licencia,—quién vos la osará dar?
¿Quién vos asegura, fija,—á vos en la cristiandad,
que no os sea hecha deshonra,—ó vos hayan de avergonzar?—
Guiomar que aquesto oyera—tal respuesta le fué á dar:
—Yo suplico á vuestra Alteza—que no quiera tal hablar,
que nunca en campo ninguno—se usó tal platicar:
que á nadie que fuese de grado—se le oviese de hacer mal:

cuanto mas do está el gran Cárlos—y aquellos doce sin par;
así que por ese cabo—bien os podréis segurar.—
Y envía por las trompetas—cuantas en la tierra están,
manda hacer un pregon—por su reino general:
que cualquier dama hermosa—se haya de aparejar,
y otro dia de mañana—sea al palacio real.
Viendo el rey que mas no pudo—el pregon mandara dar:
que obedezcan á Guiomar,—que hagan á su voluntad.
Viérades la barahunda—que habia en la ciudad,
de atavíos de las damas—cuál saldria mas galana.
Pues decir de Guiomar—seria largo de contar,
que toda la noche en peso—jamas se quiso acostar;
mas puesta en invenciones—y en vestidos se ensayar.
Y no era venido el dia—cuando ella en punto está;
mandó abrir las sus salas—y su palacio real,
Viérades entrar las damas—que es placer de lo mirar,
cada una de su atavío—quién mas linda puede andar.
Y cuando estuvieron juntas—en su palacio real,
fablárales Guiomar—á todas en general:
—Bien sabeis, hermanas mias,—nuestra gran nesesidad,
y sabeis todas las cosas—que ha escrito el emperante,
y para remediar tal daño—es de gran necesidad,
que vais todas conmigo—á la su tienda real
á suplícar á su Alteza,—merced nos quiera otorgar,
que nos delibre las tierras,—y que nos torne la paz.—
Las damas que esto oyeron—le dieron respuesta tal:
que eran todas muy contentas—por servir su Majestad.
Levantóse en pié Guiomar,—agradecióles su voluntad,
y escogió cien damas de ellas—que mas le fuéron agradar,
aunque no fuesen fijas-dalgo,—ni de muy alto linaje,
y las que no eran tan vestidas—de sus ropas les hacía dar;
mandó traer cabalgaduras - para ellas cabalgar,
ricamente guarnecidas—que era cosa de mirar;
con ellas cien caballeros—por mas honestas andar.
Mandó allegar las trompetas—y atabales otro que tal,
hizo venir los instrumentos—que se pudieron hallar.

Desque todo fué á punto—mandó á todos cabalgar.
Viérades cabalgar damas,—caballeros otro que tal;
ver cuál iba Guiomar—nadie lo sabría contar :
encima de una hacanea blanca—que en Francia no la habia [tal,
un brial vestido blanco—de chapado singular,
mongil de blanco brocado,—enforrado en blanco cendal,
bordado de pedrería—que no se puede apreciar,
una cadena á su cuello —que valia una ciudad,
cabellos de su cabeza—sueltos los quiere llevar,
que parecen oro fino—en medio de un cristal,
una guirlanda en su cabeza,—que su padre le fué á dar,
de muy rica pedrería—que en el mundo no hay su par.
Ya se parte Guiomar,—ya empieza de caminar,
con ella sale el rey Jafar—fasta la puerta de la ciudad.
Desque fuéron á la puerta—Guiomar le fué á hablar,
tomándolo de las manos—que se las quiere besar,
rogándolo mucho de grado—no recibiese pesar.
El rey Jafar, que la oyera—no pudo estar de llorar,
diciéndole : —Fija mia,—no me querais olvidar,
cuando seréis entre cristianos,—de mí os querais acordar;
mirad como quedo solo—con una angustia mortal.—
Dándole su bendicion —licencia le fuera á dar.
Ya se parte Guiomar —para do está el emperante.
Siesta era de mediodia,—tiempo de calor muy grande,
cuando el emperador Cárlos—se levanta de yantar,
y con él todos los doce—que á su mesa comen pan;
cada uno se va á su tienda—á dormir y á folgar :
cuando llegó Guiomar—al real del emperante.
Desque fué cerca las tiendas—las trompetas mandó llamar,
que desparasen todos juntos—cuantos instrumentos hay.
Ya desparan las trompetas,—atabales otro que tal,
hacian tan grande estruendo—que la tierra hacen temblar.
Viérades los franceses—voces que empiezan á dar,
diciendo : —¡Al arma, al arma,—todo hombre á cabalgar!
que este era el rey Jafar,—ó alguna traicion grande.—
Mas presto llega la guarda—que tenia el emperante,

y vieron ser Guiomar,—que venia tan triunfante.
Presto se tornan las guardas—por la gente asegurar,
y dieron presto las nuevas—á Cárlos el empèrante:
cómo era Guiomar—que venia le hablar,
y le demanda licencia—si la dejaría entrar.
El emperador muy contento—de grado se la fué á dar.
Ya entraba Guiomar—por medio de aquel real.
Treinta pasos de la tienda—donde estaba el emperante
descabalgó Guiomar,—sus damas mandó apear
por hacer acatamiento—á la corona real;
pasó por medio la guarda—que tenia el emperante,
que eran mas de dos mil hombres—los que le suelen guar-[dar.
Y cuando llegó á la puerta—de aquella tienda real,
viera estar á don Cárlos,—aquel alto emperante,
conocióIo Guiomar—segun dél tenia señal:
ccn aquellas barbas blancas—que tenia por la su faz,
que jamas pelo en su vida—de la barba fuera á cortar.
Guiomar como discreta—ante él se fué á arrodillar,
tomándolo por las manos—por habérselas de besar.
El emperador que la mira—le fué tanto á contentar,
que la tomó por los brazos,—y la hizo levantar,
besándola en el carrillo,—las manos no le quiso dar,
antes la tomó del brazo,—y en la tienda la hizo entrar,
hízole dar una silla,—cabo él la mandó asentar,
fablándole muchas palabras—que era placer de escuchar,
dícele que le pesaba,—por ser de tan gran edad,
para ser su caballero,—y de ella se enamorar.
Hablando de estos placeres—en que los dos están,
viérades los caballeros—atavíos ensayar,
cuál iria mas polido,—cuál iria mas galan,
y el que mas presto se viste—se va á la tienda real
á ver la gran fermosura,—por ver aquella beldad
de Guiomar la linda—que en lindeza no hay su par.
Allí vino Oliveros,—allí vino don Roldan,
y vienen los doce pares—de Francia la natural.
A todos hace dar sillas—aquella real Majestad.

Ellos en aquesto estando—vieron por la puerta entrar
ese infante Montesinos,—sobrino del emperante,
con una ropa de brocado—que al suelo quiere llegar,
una cadena á su cuello—que mil marcos de oro vale.
Guiomar desque lo viera—al emperador fué suplicar,
le quisiese dar licencia—para habelle de hablar.
El emperador de buen grado—luego se la fuera á dar.
Salió á la puerta de la tienda,—y fuéraselo á abrazar.
Montesinos que la viera—cuasi se fuéra á turbar,
la color toda mudada,—le empezara de hablar:
—Bien sea venida vuestra Alteza,—bueno sea vuestro llegar.—
Y tomábale las manos—que se las queria besar;
mas Guiomar no quiso,—nunca se las quisò dar.
Montesinos de turbado—no se le fué á acordar,
que habìa andado diez pasos—sin la cabeza se cobijar.
Guiomar que lo viera—el bonete le hizo tornar.
El emperador que los viera—luego los hace sentar,
desque todos fuéron posados—empezaron de hablar
de aquella gran fermosura,—que Dios habia querido dar
á la infanta Guiomar—y á las damas que con ella van.
Allí fabló el emperador—á todos en general:
—Yo tal fermosura de dama—nunca ví en la cristiandad;
mas por ser ella tan hermosa—una merced le quiero dar:
que yo he dado treinta dias—á su padre el rey Jafar
demandándole las tierras,—y tornándole la paz,
por amor de Guiomar—le quiero dar mucho mas,
yo le doy mas cuatro meses,—y estos le quiero dar.—
Guiomar que esto oyera—en pié se fué á levantar,
las rodillas por el suelo—le comenzó de hablar,
haciéndole muchas gracias—de la merced que le fué á dar:
—Mas suplico á vuestra Alteza,—no se quiera enojar,
de recebir una merced—la cual yo le quiero dar:
que tome todos los reinos—que hoy son del rey mi padre,
y esto sin hacer guerra,—sino de muy buena voluntad.—
El emperador que esto oyera—fuérase á maravillar,
diciendo estas palabras—con un placer atan grande:

que jamas fallara á nadie—que le llevase ventaja
de hacer siempre mercedes,—y dar de contino á grandes,
sino era Guiomar—que con él se quiso igualar;
mas que él no consiente,—ni lo queria otorgar,
que antes le torna las tierras,—y le volvia las paces,
y le suelta los tributos,—que no los queria mas,
y le hacia seguro—de nunca lo enojar:
—Mas yo vos pido una gracia,—nunca me la querais negar,
que se tornase cristiana,—y con Montesinos casar.—
Guiomar que esto oyera—mucho se fuera á turbar,
estuvo pensando un rato—sin respuesta le tornar;
mas Dios todopoderoso—en su corazon fué á entrar,
y dijo, que le placia—de cristiana se tornar,
por hacer servicio á su Alteza,—con Montesinos casar:
—y esto muy secretamente—que no lo sepa mi padre,
pues que era ya tan viejo—y puesto en la postrera edad;
que desque será muerto—yo lo haré publicar.—
Mandó venir un arzobispo—y un perlado cardenal,
que la hiciesen cristiana,—y la quieran desposar.
Esto hecho entre ellos—licencia fué á demandar
á aquel gran emperador,—que luego se la fué á dar.
Y así se fué Guiomar—con muy gran solemnidad.
Gran fiesta le hizo su padre—cuando la vido tornar.

(*Romance de Guiomar y del emperador Carlos*, etc. Pliego suelto del siglo XVI.)

179.

(Montesinos.—VI.)

Romance de Rosaflorida.

En Castilla está un castillo,—que se llama Rocafrida;
al castillo llaman Roca,—y á la fonte llaman Frida.
El pié tenia de oro,—y almenas de plata fina;

entre almena y almena—está una piedra zafira;
tanto relumbra de noche—como el sol á mediodia.
Dentro estaba una doncella—que llaman Rosaflorida:
siete condes la demandan,—tres duques de Lombardía;
á todos les desdeñaba,—tanta es su lozanía.
Enamoróse de Montesinos—de oidas, que no de vista,
Una noche èstando así,—gritos da Rosaflorida:
oyérala un camarero,—que en su cámara dormia.
¿Qué es aquesto, mi señora?—¿qué es esto, Rosaflorida?
ó tenedes mal de amores,—ó estáis loca sandía.
—Ni yo tengo mal de amores,—ni estoy loca sandía,
mas llevásesme estas cartas—á Francia la bien guarnida;
diéseslas á Montesinos,—la cosa que yo mas queria;
dile que me venga á ver—para la Pascua Florida;
darle he yo este mi cuerpo,—el mas lindo que hay en Casti-
si no es él de mi hermana,—que de fuego sea ardida; [lla,
y si de mí mas quisiere—yo mucho mas le daria:
darle he siete castillos—los mejores que hay en Castilla.

(*Canc. de Rom. s. a.* f. 190.—*Canc. de Rom. 1550.* f. 201.)

180.

ROMANCES DE DURANDARTE.

Romance de Durandarte.—I.

Durandarte, Durandarte,—buen caballero probado,
yo te ruego que hablemos—en aquel tiempo pasado,
y dime si se te acuerda—cuando fuiste enamorado,
cuando en galas é invenciones—publicabas tu cuidado,
cuando venciste á los moros—en campo por mí aplazado:
agora, desconocido,—di, ¿por qué me has olvidado?
—Palabras son lisonjeras,—señora, de vuestro grado,
que si yo mudanza hice—vos lo habeis todo causado,
pues amastes á Gaiferos,—cuando yo fuí desterrado;
que si amor quereis comigo—tenéislo muy mal pensado;
que por no sufrir ultraje—moriré desesperado.—

(*Canc. de Constantina*, f. 63.—*Canc. general de 1511*. f. 137.—*Canc. de Rom. s. a.* f. 237.—*Canc. de Rom. 1550*. f. 251.—*Silva de 550*. t. I. f. 161.)

181.

(Durandarte.—II.)

Romance de Oh Belerma.

¡Oh Belerma! oh Belerma!—por mi mal fuiste engendrada,
que siete años te serví—sin de ti alcanzar nada;
agora que me querias—muero yo en esta batalla.
No me pesa de mi muerte—aunque temprano me llama;
mas pésame que de verte—y de servirte dejaba.
¡Oh mi primo Montesinos!—lo que agora yo os rogaba,

que cuando yo fuere muerto—y mi ánima arrancada,
vos lleveis mi corazon—adonde Belerma estaba,
y servilda de mi parte,—como de vos yo esperaba,
y traelde á la memoria—dos veces cada semana;
y diréisle que se acuerde—cuán cara que me costaba;
y dalde todas mis tierras—las que yo señoreaba;
pues que yo á ella pierdo,—todo el bien con ella vaya.
¡Montesinos, Montesinos!—¡mal me aqueja esta lanzada!
el brazo traigo cansado,—y la mano del espada:
traigo grandes las heridas,—mucha sangre derramada,
los extremos tengo frios,—y el corazón me desmaya,
los ojos que nos vieron ir—nunca nos verán en Francia.
Abracéisme, Montesinos,—que ya se me sale el alma.
De mis ojos ya no veo,—la lengua tengo turbada;
yo vos doy todos mis cargos,—en vos yo los traspasaba.
—El Señor en quien creeis—él oiga vuestra palabra (1).—
Muerto yace Durandarte—al pié de una alta montaña,
llorábalo Montesinos,—que á su muerte se hallara:
quitándole está el almete,—desciñéndole el espada;
hácele la sepultura—con una pequeña daga;
sacábale el corazon,—como él se lo jurara,
para llevar á Belerma,—como él se lo mandara.
Las palabras que le dice—de allá le salen del alma:
—¡Oh mi primo Durandarte!—¡primo mio de mi alma!
¡espada nunca vencida!—¡esfuerzo do (2) esfuerzo estaba!
¡quien á vos mató, mi primo,—no sé por qué me dejara!

(*Canc. de Rom. s. a.* f. 254.—*Canc. de Rom. 1550.* f. 269.)

(1) Con este verso acaba el romance en el *Canc. de Rom.* s. a.
(2) «De.» *Canc.* de 1550.

182.

Romance de Durandarte.—III.

Muerto yace Durandarte—debajo (1) de una verde haya,
con él está Montesinos—que en la muerte se hallara (2):
la fuesa le está haciendo (3)—con una pequeña daga (4).
Desenlázale el arnes (5),—el pecho le desarmaba;
por el costado siniestro—el corazon le sacaba,
volviéndolo (6) en un cendal,—de mirarlo no cesaba.
Con palabras dolorosas—la vista solemnizaba:
—¡Corazon del mas valiente,—que en Francia ceñia espada,
ahora seréis llevado—adonde Belerma estaba!
Para dar clara señal (7)—de la verdadera llaga
será hecho el sacrificio—que ella tanto deseaba
del amador mas leal,—á la mas cruel y brava.
Use clemencia en la muerte,—pues en vida os la robaba (8).
¡Si vuestra muerte le duele,—dichosa será la paga
á quien está aguardando (9)—el contento de su dama,
que hasta ver la licencia—el cuerpo muerto acompaña!
Allegando Montesinos (10)—adonde Belerma estaba,
le dice (11) con el semblante—que el dolor le convidaba:
—Si la potencia de amor (12)—te ha rendido en su batalla,

(1) «Al pié.» Timoneda, *Rosa de amores*.
(2) «Que en la su muerte se halla.» Tim.
(3) «Haciéndole está la fuesa.» Tim.
(4) «Con la punta de su daga.» Tim.
(5) «El arnes le está quitando.» Tim.
(6) «Envolvióle.» Tim.
(7) Éste, y los cinco versos que le siguen, faltan en el texto de Timoneda.
(8) «Vida la negaba.» Tim.
(9) También éste y los tres versos que le siguen faltan en el texto de Timoneda.
(10) «Llegó en esto Monteainos.» Tim.
(11) «Díjole.» Tim.
(12) Este verso y el que le sigue faltan en el texto de Timoneda.

muéstralo en saber que es muerto (1)—el que más que á sí te [amaba.
Belerma con estas nuevas (2)—no menos que muerta estaba;
mas despues que ya tornó,—entre sí se razonaba:
—¡Mi buen señor Durandarte,—Dios perdone la tu alma,
que según queda la mia,—presto te tendrá compañía! (3).

(Aquí comiençan dos rom. con sus glosas. El primero de Durandarte, etc. Pliego suelto del siglo XVI.—Timoneda, *Rosa de amores* (4).

(1) «Sepas, señora, que es muerto.» Tim.

(2) «Cata aquí su corazon
que ante ti se presentaba.—
Belerma con estas nuevas
estas palabras hablaba:
—¡Mi buen señor Durandarte,
Dios perdone la tu alma!»
Timoneda.

(3) Los dos últimos versos faltan en el texto de Timoneda.

(4) En la *Floresta de var. rom.* hay la versión siguiente (que es la vulgar) de una parte de este romance:

Muerto yace Durandarte
debajo una verde haya:
con él está Montesinos,
que en la su muerte se halla.
Haciéndole está la fosa
con una pequeña daga:
quitándole está el almete,
desciñéndole la espada;
por el costado siniestro
el corazón le sacara.
Así hablara con él
como cuando vivo estaba:
—¡Corazon del más valiente
que en Francia ceñía espada
ahora seréis llevado
adonde Belerma estaba!—
Envolvióle en un cendal,
y consigo lo llevaba.
Entierra primero al primo;
con gran llanto lamentaba
la su tan temprana muerte
y su suerte desdichada.
Torna á subir en la yegua,
su cara en agua bañada;
pónese luego el almete
y muy recio le enlazaba.
No quiere ser conocido
hasta hacer su embajada,
y presentarle á Belerma,
según que se le encargara,
el sangriento corazon
que á Durandarte sacara.
Camina triste y penoso,
ninguna cosa le agrada;
por do quiere andar la yegua
por allí deja que vaya;
hasta que entró por París
no sabe en qué parte estaba.
Derecho va á los palacios
adonde Belerma estaba.

183.

ROMANCES DE LA BATALLA DE RONCESVALLES

Romance que dice: Domingo era de Ramos.—I.

Domingo era de Ramos,—la Pasion quieren decir,
cuando moros y cristianos—todos entran en la lid.
Ya desmayan los franceses,—ya comienzan de huir.
¡Oh cuán bien los esforzaba—ese Roldan paladin!
—¡Vuelta, vuelta, los franceses,—con corazon, á la lid!
¡mas vale morir por buenos,—que deshonrados vivir!—
Ya volvian los franceses—con corazon á la lid;
á los encuentros primeros—mataron sesenta mil.
Por las sierras de Altamira—huyendo va el rey Marsin,
caballero en una cebra,—no por mengua de rocin.
La sangre que dél corria—las yerbas hace teñir;
las voces que iba dando—al cielo quieren subir.
—¡Reniego de tí, Mahoma,—y de cuanto hice en tí!
Hícete cuerpo de plata,—piés y manos de un marfil;
hícete casa de Meca—donde adorasen en tí,
y por mas te honrar, Mahoma,—cabeza de oro te fiz.
Sesenta mil caballeros—á tí te los ofrecí;
mi mujer la reina mora—te ofreció treinta mil.

(*Canc. de Rom. s. a.* f. 229.—*Canc. de Rom. 1550.* f. 244.)

184.

(La batalla de Roncesvalles.—II.)

Romance de doña Alda.

En Paris está doña Alda—la esposa de don Roldan,
trescientas damas con ella—para la acompañar:
todas visten un vestido,—todas calzan un calzar,
todas comen á una mesa,—todas comian de un pan,
sino era doña Alda,—que era la mayoral.
Las ciento hilaban oro,—las ciento tejen cendal,
las ciento tañen instrumentos—para doña Alda holgar.
Al son de los instrumentos—doña Alda adormido se ha:
ensoñado habia un sueño,—un sueño de gran pesar.
Recordó despavorida—y con un pavor muy grande,
los gritos daba tan grandes,—que se oian en la ciudad.
Allí hablaron sus doncellas,—bien oiréis lo que dirán:
—¿Qué es aquesto, mi señora?—¿quién es el que os hizo mal?
—Un sueño soñé, doncellas,—que me ha dado gran pesar;
que me veía en un monte—en un desierto lugar:
de so los montes muy altos—un azor vide volar,
tras dél viene una aguililla—que lo ahinca muy mal.
El azor con grande cuita—metióse so mi brial;
el aguililla con grande ira—de allí lo iba á sacar;
con las uñas lo despluma,—con el pico lo deshace.—
Allí habló su camarera,—bien oiréis lo que dirá:
—Aquese sueño, señora,—bien os lo entiendo soltar:
el azor es vuestro esposo,—que viene de allen la mar;
el águila sedes vos,—con la cual ha de casar,
y aquel monte es la iglesia—donde os han de velar.
—Si así es, mi camarera,—bien te lo entiendo pagar.—
Otro dia de mañana—cartas de fuera le traen;
tintas venian de dentro,—de fuera escritas con sangre,
que su Roldan era muerto—en la caza de Roncesvalles.

(*Canc. de Rom.* 1550. f. 102.)

185.

(La batalla de Roncesvalles.—III.)

Romance que dicen: Por la matanza va el viejo.

Por la matanza va el viejo (1),—por la matanza adelante;
los brazos lleva cansados—de los muertos rodear:
vido á todos los franceses—y no vido á don Beltran.
Siete veces echan suertes—quién le volverá á buscar;
echan las tres con malicia,—las cuatro con gran maldad:
todas siete le cupieron—al buen viejo de su padre (2).
Vuelve riendas al caballo,—y él se lo vuelve á buscar,
de noche por el camino,—de dia por el jaral.
En (3) la entrada de un prado,—saliendo de un arenal,
vido estar en esto un moro—que velaba en un (4) adarve:
hablóle en algarabía,—como aquel que bien la sabe (5):
—Caballero de armas blancas,—¿si lo viste acá pasar?
si le tienes preso, moro,—á oro te le pesarán,
y si tú le tienes muerto—désmelo para enterrar,
porque el cuerpo sin el alma—muy pocos dineros vale (6).
—Ese caballero, amigo,—díme tú, ¿qué señas ha?
—Armas blancas son las suyas,—y el caballo es alazan,
y en el carrillo derecho—él tenia una señal,
que siendo niño pequeño—se la hizo un gavilan.
—Ese caballero, amigo,—muerto está en aquel pradal;

(1) Que por este verso empezó el romance primitivo, confirma el otro, «contrahaciéndolo», que dice:
«Por la dolencia va el viejo».

(2) «Á su buen padre carnal.» *Floresta*.

(3) «Á.» *Silva*.

(4) «El.» *Silva*.

(5) En la *Silva* van intercalados después de este verso los dos siguientes:
«—Dígasme tú, el morico,
lo que quiero preguntar.»

(6) «Muy poco debe costar.» *Floresta*.

dentro del (1) agua los piés,—y el cuerpo en un arenal:
siete lanzadas tenia,—pásanle de parte á parte (2).

(*Canc. de Rom. s. a. f.* 188.—*Silva de 1550.* t. I. f. 112. *Floresta de var. rom.*)

---

185 a.

(La batalla de Roncesvalles.—IV.)

(Al mismo asunto.)

En los campos de Alventosa—mataron á don Beltran,
nunca lo echaron ménos—hasta los puertos pasar.
Siete veces echan suertes—quién lo volverá á buscar;
todas siete le cupieron—al buen viejo de su padre;
las tres fueron por malicia,—y las cuatro con maldad.
Vuelve riendas al caballo,—y vuélveselo á buscar
de noche por el camino,—de dia por el jaral.
Por la matanza va el viejo,—por la matanza adelante;
los brazos lleva cansados—de los muertos rodear:
no hallaba al que busca,—ni ménos la su señal;
vido todos los franceses—y no vido á don Beltran.
Maldiciendo iba el vino (3),—maldiciendo iba el pan,
el que comian los moros,—que no el de la cristiandad:
maldiciendo iba el árbol—que solo en el campo nasce,
que todas las aves del cielo—allí se vienen á asentar,
que de rama ni de hoja—no la dejaban gozar:
maldiciendo iba el caballero,—que cabalgaba sin paje;
si se le cae la lanza—no tiene quien se la alce,
y si se le cae la espuela—no tiene quien se la calce:
maldiciendo iba la mujer—que tan solo un hijo pare;
si enemigos se lo matan—no tiene quien lo vengar.

(1) «Dentro en el.» *Silva. Floresta.*
(2) «Cada una era mortal.» *Floresta.*

(3) Desde aquí hasta «No tiene quien lo vengar», es un trozo copiado del que dice: «Asentado está Gaiferos».

A la entrada de un puerto,—saliendo de un arenal,
vido en esto estar un moro—que velaba en un adarve:
hablóle en algarabía,—como aquel que bien la sabe:
—Por Dios te ruego, el moro,—me digas una verdad:
caballero de armas blancas—si lo viste acá pasar,
y si tú lo tienes preso,—á oro te lo pesarán,
y si tú lo tienes muerto—désmelo para enterrar,
pues que el cuerpo sin el alma—solo un dinero no vale.
—Ese caballero, amigo,—dime tú qué señas trae.
—Blancas armas son las suyas,—y el caballo es alazan,
y en el carrillo derecho—él tenia una señal,
que siendo niño pequeño—se la hizo un gavilan.
—Este caballero, amigo,—muerto está en aquel pradal;
las piernas tiene en el agua,—y el cuerpo en el arenal:
siete lanzadas tenia—desde el hombro al carcañal,
y otras tantas su caballo—desde la cincha al pretal.
No le dés culpa al caballo,—que no se la puedes dar;
que siete veces lo sacó—sin herida y sin señal,
y otras tantas lo volvió—con gana de pelear.

(Canc. de Rom. 1550. f. 198 (1).

(1) De este romance hay también una versión portuguesa, que con el título de «Dom Beltrão», ha publicado el Sr. Almeida-Garrett en su *Romanceiro* (tomo II, pág. 284). Notable es la conclusión de esta versión, desde la respuesta del moro:

—Esse cavalleiro, amigo,
morto está n'esse pragal,
com as pernas dentro d'agua,
o corpo no areal
Sette feridas no peito
a qual será mais mortal:
por uma lhe entra o sol,
por outra lhe entra o luar,
pela mais pequena d'ellas
um gavião a voar.
—Não tórno culpa a meu filho,
nem aos moiros de o mattar;
tórno a culpa ao seu cavallo
de o não saber retirar.—

Milagre! quem tal diria,
quem tal poderá contar!
O cavallo meio morto
alli se pôs a fallar:
—Não me tornes essa culpa,
que m'a não podes tornar:
tres vezes o retirei,
tres vezes para o salvar:
tres me deu de espora e redea
co'a sanha do pelejar.
Tres vezes me apertou cilhas,
me alargou o peitoral...
á terceira fui a terra
d'esta ferida mortal.

186.

(La batalla de Roncesvalles.—V.)

Romance del conde Guarinos Almirante de la mar: trata cómo lo cativaron los moros.

¡Mala la vistes, franceses,—la caza de Roncesvalles!
Don Cárlos perdió la honra,—murieron los doce pares,
cativaron á Guarinos—almirante de las mares:
los siete reyes de moros—fuéron en su cativar.
Siete veces echan suertes—cuál de ellos lo ha de llevar;
todas siete le cupieron—á Marlotes el infante.
Más lo preciara Marlotes—que Arabia con su ciudad.
Dícele de esta manera,—y empezóle de hablar:
—Por Alá te ruego, Guarinos,—moro te quieras tornar;
de los bienes de este mundo—yo te quiero dar asaz.
Las dos hijas que yo tengo—ambas te las quiero dar,
la una para el vestir,—para vestir y calzar,
la otra para tu mujer,—tu mujer la natural.
Darte he en arras y dote—Arabia con su ciudad;
si mas quisieses, Guarinos,—mucho mas te quiero dar.—
Allí hablara Guarinos,—bien oiréis lo que dirá:
—¡No lo mande Dios del cielo—ni Santa María su Madre,
que deje la fe de Cristo—por la de Mahoma tomar,
que esposica tengo en Francia,—con ella entiendo casar!—
Marlotes con gran enojo—en cárceles lo manda echar
con esposas á las manos—porque pierda el pelear;
el agua fasta la cinta—porque pierda el cabalgar;
siete quintales de fierro—desde el hombro al calcañar.
En tres fiestas que hay en el año—le mandaba justiciar;
la una Pascua de Mayo,—la otra por Navidad,
la otra Pascua de Flores,—esa fiesta general.
Vanse dias, vienen dias,—venido era el de Sant Juan,
donde cristianos y moros—hacen gran solemnidad.

Los cristianos echan juncia,—y los moros arrayan;
los judíos echan eneas—por la fiesta más honrar.
Marlotes con alegría—un tablado mandó armar,
ni mas chico ni mas grande,—que al cielo quiere llegar.
Los moros con alegría—empiézanle de tirar:
tira el uno, tira el otro,—no llegan á la mitad.
Marlotes con enconía—un plegon mandara dar,
que los chicos no mamasen,—ni los grandes coman pan,
fasta que aquel tablado—en tierra haya de estar.
Oyó el estruendo Guarinos—en las cárceles do está:
—¡Oh válasme Dios del cielo—y Santa María su Madre!
ó casan hija de rey,—ó la quieren desposar,
ó era venido el dia—que me suelen justiciar.—
Oídolo ha el carcelero—que cerca se fué á hallar:
—No casan hija de rey,—ni la quieren desposar,
ni es venida la Pascua—que te suelen azotar;
mas era venido un dia,—el cual llaman de Sant Juan,
cuando los que están contentos—con placer comen su pan.
Marlotes de gran placer—un tablado mandó armar;
el altura que tenia—al cielo quiere allegar.
Hanle tirado los moros,—no le pueden derribar;
Marlotes de enojado—un plegon mandara dar,
que ninguno no comiese—fasta habello de derribar.—
Allí respondió Guarinos,—bien oiréis qué fué á hablar:
—Si vos me dais mi caballo,—en que solia cabalgar,
y me diésedes mis armas,—las que yo solia armar,
y me diésedes mi lanza,—la que solia llevar,
aquellos tablados altos—yo los entiendo derribar,
y si no los derribase—que me mandasen matar.—
El carcelero que esto oyera—comenzóle de hablar:
—¡Siete años habia, siete,—que estás en este lugar,
que no siento hombre del mundo—que un año pudiese estar,
y aun dices que tienes fuerza—para el tablado derribar!
Mas espera tú, Guarinos,—que yo lo iré á contar
á Marlotes el infante—por ver lo que me dirá.—
Ya se parte el carcelero,—ya se parte, ya se va;

como fué cerca del tablado—á Marlotes fué á hablar:
—Unas nuevas vos traia—queraismelas escuchar:
sabé que aquel prisionero—aquesto dicho me ha:
que si le diesen su caballo,—el qué solia cabalgar,
y le diesen las sus armas,—que él se solia armar,
que aquestos tablados altos—él los entiende derribar.—
Marlotes de que esto oyera—de allí lo mandó sacar;
por mirar si en caballo—él podria cabalgar,
mandó buscar su caballo,—y mandáraselo dar,
que siete años son pasados—que andaba llevando cal.
Armáronlo de sus armas,—que bien mohosas están.
Marlotes desque lo vido—con reir y con burlar
dice que vaya al tablado—y lo quiera derribar.
Guarinos con grande furia—un encuentro le fué á dar,
que mas de la mitad dél—en el suelo fué á echar.
Los moros de que esto vieron—todos le quieren matar;
Guarinos como esforzado—comenzó de pelear
con los moros, que eran tantos,—que el sol querian quitar.
Peleara de tal suerte—que él se hubo de soltar,
y se fuera á su tierra—á Francia la natural:
grandes honras le hicieron—cuando le vieron llegar.

(*Canc. de Rom. s. a.* f. 100.—*Canc. de Rom. 1550.* f. 99)

187.

ROMANCES DE REINALDOS

Romance de don Roldan de cómo el emperador Carlos lo desterró de Francia, porque volvia por la honra de su primo don Reinaldos.—I.

Dia era de Sant Jorge,—dia de gran festividad;
aquel dia por mas honor—los doce se van á armar

para ir con el emperador—y haberle de acompañar.
Todos vinieron de grado—con un placer singular,
sino el bueno de Reinaldos,—que se estaba en Montalvan,
y no se halló al presente—en la tal festividad.
Allí todos los caballeros—por traidor le van reptar.
Esto causó Galalon,—porque le queria mal;
revolvióle con el emperador,—con los doce otro que tal.
Mucho le pesó á Roldan—de vello así maltratar,
fuése para el emperador—de priesa y no de vagar,
habló con voz enojada,—al emperador fué á hablar:
—¡Mucho me pesa, señor,—de ello tengo gran pesar,
que á Reinaldos en ausencia—tan mal le quieran tratar;
y si tal cosa pasase—la vida me ha de costar!—
El emperador con gran enojo—qué habia de lo escuchar,
alzó la mano con saña,—un bofeton le fuera dar,
porque otra vez no fuese osado—al emperador así hablar.
Mucho se enojó de aquesto—el bueno de don Roldan;
allí hizo juramento—encima de un altar,
en los dias que viviese—en Francia jamas entrar,
hasta que de todos los doce—él se hubiese de vengar.
Ya se parte don Roldan,—ya se parte, ya se va
solo con un pajecico—que le solia acompañar.
A sus jornadas contadas—á España fuera llegar.
Andando por sus caminos—á su ventura buscar,
encontró un moro valiente,—cerca estaba de la mar.
Guarda era de una puente—que á nadie deja pasar,
sino por fuerza ó por grado—con él había de pelear,
porque su señor el rey—así se lo fuera á mandar:
que hombre que viniese armado—no lo dejase pasar:
ó que dejase las armas,—ó en el reino no habia de entrar.
Don Roldan con gran enojo—que habia de lo escuchar,
hablóle muy mesurado,—tal respuesta le fué á dar:
—Que ántes las defenderia—que no habellas de dejar,
porque nadie fuese osado—de las armas le quitar,
que no le costase la vida—al ménos, ménos costar.—
Allí le hablara el moro—bien oiréis lo que dirá:

—Pues así quereis (1), caballero,—luego se haya de librar,
que ó vos las (2) dejaréis,—ó yo quedaré con mal.—
Luego abajaron las lanzas,—fuéronse ambos á encontrar.
A los primeros encuentros—las lanzas quebrado han:
echan mano á las espadas—de priesa y no de vagar:
¡tan fuertes golpes se daban—que era cosa de mirar!
Alzó el moro su espada,—á don Roldan fué acertar
encima de la cabeza,—que lo hizo arodillar:
don Roldan que aquesto vido—tal golpe le fuera á dar,
que de la grande herida—luego fué á desmayar.
—Dí, moro, ¿qué has sentido?—¿Ya no curas de hablar?
—He sentido un airecito (3)—que por medio me fué á pasar.
Don Roldan le dijo luego,—bien oiréis lo que dirá:
—Que maldito fuese el hombre—que no sentia su mal.
Cálzate ya esa espuela—que se te quiere quitar.—
Abajóse á mirar la espuela—no se pudo levantar:
murió luego prestamente—sin mas un punto pasar.
Quitóle luego las armas—el bueno de don Roldan,
tambien le quitó los vestidos,—los suyos le fué á dejar (4),
un sayo de cuatro cuartos—con que solia caminar,
y con un su pajecico—á Francia lo fué enviar.
Armado y con sus vestidos—parecia á don Roldan:
díjole que lo llevase—adonde doña Alda está,
y dijese que era su esposo,—que le hiciese enterrar.
Desque el paje fué llegado—á Paris esa ciudad,
mostráraselo á doña Alda—con gran angustia y pesar.
Desque vido el cuerpo muerto—pensó que era don Roldan;
los llantos que ella hacia—dolor era de mirar.
Por él lloraban los doce,—el emperador otro que tal,
llórale toda la corte,—el comun en general.
Arzobispos y perlados,—cuantos en la corte están,

(1) «Querais.» *Canc. de Rom.* s. a. y 1550.
(2) «La.» *Canc. de Rom.* s. a. y 1550.
(3) «Acerito.» *Canc. de Rom.* s. a. y 1550.
(4) «Dar.» *Silva.*

con mucho pesar y tristeza—lo llevaron á enterrar.
Don Roldan muy bien armado—con las armas que fué á to-
fuérase para las tiendas—do el rey moro suele estar. [mar,
Era el rey moro mancebo—ganoso de pelear:
de los doce pares de Francia—él se queria vengar.
Recibióle con mucha honra—allí amor le fué á mostrar,
pensando que era el moro valiente—que los reinos solia guar-
Díjole cómo en la puente—habia muerto á don Roldan. [dar.
El rey luego en aquel dia—á Francia lo fué á enviar:
dióle luego mucha gente,—hízole su capitan
para ir á buscar los doce—y con ellos pelear.
Ya se parte don Roldan—á Paris á la cercar:
los moros que van con él—pensaban en su pensar
que era el moro valiente—que los reinos solia guardar.
Envían luego mensajeros—á Paris, esa ciudad,
ya despues de allegados,—asentado su real,
que presto y sin dilacion—se le diese la ciudad,
ó los doce salgan luego—si por armas se ha de librar.
Respondió el emperador,—bien oiréis lo que dirá:
—Que le placia (1) de buen grado—de los doce allá enviar.—
Para un dia señalado—concertaron el pelear:
aquel dia salieron los doce—al campo para lidiar.
Los caballos llevan holgados,—no se hartan de relinchar;
con una furia muy grande—en los moros se van lanzar.
Hácese una batalla—muy cruel en la verdad;
mas los moros eran muchos—todos los fuéron captivar,
y tambien á Galalon,—así mesme otro que tal.
¡Gran deshonra es de los doce—en dejarse así tomar!
Visto lo ha el emperador—desde su palacio real,
mandó llamar sus caballeros—para su consejo tomar.
—Ya sabeis que don Reinaldos—es buen vasallo real,
y es uno de los doce,—de los buenos el principal;
siempre miró por mi honra,—por mi corona imperial;
pues los doce le han reptado,—yo le quiero perdonar.—

(1) «Place.» *Silva.*

Todos holgaron muy mucho—de lo que el emperador fué á
[fablar.
Envían luego á don Reinaldos—á do estaba Montalvan,
que viniese luego á Paris—para con el moro pelear,
porque era cosa que cumplia—á su alta Majestad,
y tambien porque en Francia—no le hay mas singular.
Ya se parte don Reinaldos—donde los moros están:
con aquel moro valiente,—con él iba á pelear.
Consigo lleva á doña Alda—la esposica de Roldan;
mas bien sabia don Reinaldos—bien sabia la verdad,
que aquel moro valiente—era su primo don Roldan,
que un tio que tenia—le dijera la verdad;
que por arte de nigromancía—él lo fuera á hallar,
que don Roldan era vivo,—y como estaba en el real,
el cuerpo que á París trajeron—era un moro que fué á matar:
y andando por sus jornadas—al campo fuéron á llegar,
armóse luego don Reinaldos—para con el moro pelear:
á los primeros encuentros—los primos conocido se han.
Conociéronse entrambos—en el aire del pelear:
cuando iban á encontrarse,—las lanzas desviado han;
dejado han caer las armas,—al suelo las fuéron á echar;
vanse con mucho amor—el uno al otro abrazar;
allí hubieron gran placer,—olvidado han el pesar.
Mandó llamar á los moros—á todos hizo juntar
para dalles la razon—de lo que queria hablar:
—Vosotros teneis á los doce,—yo los fuera á captivar;
yo no siento ninguno—con quien haya de pelear,
si no con este hombre solo,—pues vergüenza me será.—
Don Roldan y don Reinaldos—comienzan á pelear;
tantos matan de los moros,—¡maravilla es de mirar!
Despues de muertos los moros,—y de todos los matar,
fué Roldan á su esposica—con ella placer tomar.
Cuando lo vido doña Alda,—de placer quería llorar,
las alegrías que hacen—no se podrian contar.
Vanse luego á Paris—al emperador consolar;
cuando el emperador supo—que venia don Roldan,

con toda la caballería—salió fuera de la ciudad. [gar (1);
—¡Bien vengais vos, mi sobrino,—¡bueno sea vuestro lle-
gran placer tengo de veros—vivo y sano en verdad!—
Grandes fiestas se hacian—que no se pueden contar:
allí iban todos los doce - que á la mesa comen pan:
todos hubieron placer—de la venida de don Roldan.

(*Canc. de Rom. s. a.* f. 78.—*Canc. de Rom. 1550.* f. 77.
Silva de 1550, t. II. fol. 177 (2).

188.

(Reinaldos.—II.)

Romance de don Reinaldos de Montalvan.

Estábase don Reinaldos—en Paris, esa ciudad,
con su primo Malgesí—que bien sabe adevinar.
Estábale preguntando,—él le queria demandar:
—Primo mio, primo mio,—primo mio natural,
mucho os ruego de mi parte—me lo querais otorgar,
pues que de nigromancía—es vuestro saber y alcanzar,
que me digais una cosa—que vos quiero demandar·
la mas linda mujer del mundo—¿adónde la podria hallar?
—Pláceme, dijo, mi primo,—pláceme de voluntad.—
Luego mandó á un espírito (3)—que le dijese la verdad,

(1) «Buena sea vuestra llegada.» *Silva.*

(2) Al mismo asunto se halla en las ediciones posteriores de la *Silva* y en la *Floresta* otro romance que dice: «En Francia la noblecida». Este romance no es más que una imitación del nuestro, hecha con un tanto más de cuidado y artificio, y probablemente ya por un poeta artístico, ó que aspiraba á serlo, el cual se ha permitido interpolaciones, para hacer alarde de su conocimiento de los poemas épicos italianos. Así ha añadido una larga introducción y de diferente asonancia (hasta el verso que dice: «guarda era de una puente», con el asonante en a o), al paso que ha copiado trozos enteros de nuestro romance.

(3) «Espíritu.» *Silva.*

se la trajese delante—presto sin mas detardar.
El, como era apremiado,—hizo luego su mandar,
que el rey moro Aliarde—tenia una hija de poca edad,
que en el mundo no habia otra—que fuese con ella igual.
Tiene su reino muy lejos,—tiénelo allende la mar,
en tierras muy apartadas—que no eran para conquistar.
Reinaldos desque esto supo—no quiso mas aguardar;
pidió licencia al emperador,—él se la fué luego á dar:
no se la diera de grado,—mas contra su voluntad,
que se queria ir á los reinos,—que estaban allende el mar,
del rey moro Aliarde,—para con su hija hablar.
Despidióse del emperador,—de los doce otro que tal.
Ya se parte don Reinaldos,—ya se parte, ya se va,
íbase para los reinos—que están allende la mar:
con él iba un pajecico—que lo solia acompañar.
Andando por sus jornadas—al reino fué á llegar;
fuérase para la villa—do el rey moro suele estar:
hallólo en sus palacios—que se queria armar,
porque así lo acostumbraba—por mas se asegurar,
y luego que hubo llegado—el rey le fué saludar:
—¿De dónde es vuestra venida?—¿O cómo os soledes nombrar?
—Señor, soy un caballero,—de Francia es mi natural:
desterróme el emperador;—de Francia no puedo entrar;
por eso vengo á servir—á tu Alteza real.
—Pues que venís muy cansado—de tan largo caminar,
reposad en mi palacio,—que podréis (1) bien descansar.—
Don Reinaldos pidió un laud,—que lo sabia bien tocar,
ya comienza de tañer,—muy dulcemente á cantar,
que todo (2) hombre que lo oía—parecia celestial.
Bien lo oia la infanta,—y holgaba de lo escuchar.
Desque lo vió tan gracioso—de gracias muy singular,
el amor que nunca cesa—en ella fué aposentar.
Tales fuéron sus amores—que no los podia encelar:

(1) «Podeis.» *Silva*.
(2) «Á todo.» Las eds. posts. del *Canc. de Rom*.

amores de don Reinaldos—no la dejan reposar.
También se enamoró él de ella,—¡tanta era su beldad!
Envióle á llamar la infanta—que viniese á le hablar;
muy cortés y mesurado—las manos le fué á besar;
la infanta era discreta—y no ge las quiso dar;
mas ántes sus corazones—eran de una conformidad,
que de verse el uno al otro—luego se fuéron á desmayar:
desmayaron los corazones,—no desmayó la voluntad.
Despues que fuéron recordados—comenzaron de llorar,
el uno y el otro decian—palabras de grande amar.
—Por tus amores, señora,—vine de allende la mar;
por venir á vos servir—dejara mi natural.
He dejado yo mis tierras,—al emperador quise dejar,
he dejado muchos amigos,—que me solian honrar,
he dejado á los doce, que de ellos era principal.—
Allí habló la infanta—bien oiréis lo que dirá;
—Si por mí os desterrastes,—y quesistes acá llegar,
tened confiànza en mí—que lo entiendo bien pagar:
por eso, amigo mio,—comenzáos de alegrar;
mucho os ruego que esta noche—que no querades faltar,
que vengais solo en mi cámara—adonde yo suelo estar,
porque allí solos entrambos—placer nos podamos dar.
—¡Nunca quiera Dios, señora,—ni la santa Trinidad,
que yo tocase en la honra—á la corona real,
pues me tiene vuestro padre—por caballero leal!—
Respondiole la infanta—enojada de le escuchar:
—¿Lo que habeis de rogar á mí—os tengo yo á vos (1) de ro
Yo vos juro por mi ley,—por la ley de Mahomad, [gar?
que si no haceis lo que digo—que luego os mande matar.—
Don Reinaldos con esfuerzo—tal respuesta le fué á dar:
—Que le costase la vida,—que mas no podia aventurar,
y que sin falta vernia—por hacer su voluntad.—
Aquella noche siguiente—gran placer se fuéron dar;
otro dia de mañana—á su posada se va.

(1) «Á vos» falta en la *Silva*.

No pasaron muchos dias,—pocos fuéron á pasar,
que el traidor de Galalon,—aquel traidor desleal,
envió cartas á Aliarde,—cartas para le avisar
que en su corte tenia—á don Reinaldos (1) de Montalvan,
que á otra cosa ho habia ido—sino á le deshonrar:
que guardase bien su hija,—no se la quisiese fiar,
que no fué por otra cosa—sino por amores tomar.
El rey que vido las cartas—los suyos mandó llamar,
para que tomen á Reinaldos—y lo hayan de aprisionar.
Tomólo gran gente de armas—por mas seguro le tomar;
echanle en una prision—de muy grande escuridad.
Aconsejóse con los suyos,—tomó consejo real,
qué debian hacer al triste,—ó qué castigo le pueden (2) dar.
Hallaron por sus derechos,—por la razon natural,
pues habia sido traidor—á la corona real,
que era digno de la muerte—y se la hubiesen de dar.
Todos firman la sentencia,—el rey la fué á firmar:
la sentencia ya era dada—para habello de degollar.
Allí estaba un pajecico—que la infanta fué á criar,
va corriendo á la infanta—de priesa y no de vagar.
Sola estaba la infanta,—á nadie queria escuchar;
entra el paje por la puerta,—comiénzale de hablar:
—Por amor de vos, señora,—hoy se hace gran crueldad,
que aquel caballero extraño—por vos le quieren degollar.—
De lo que dijo el pajecico—ella tuvo gran pesar:
vase por el palacio—donde el rey solia estar:
tal entraba por la puerta—que á todos queria matar.
—¿Qué es aquesto, señor padre?—aquesto ¿qué puede estar?
¿Sin saber cierto las cosas,—al cabo las quereis llevar (3)?
La sentencia que habeis dado—vos la querais (4) revocar,
que si don Reinaldos muere—á mí primero habeis de matar.
No sabiendo la verdad—no me querais disfamar.

(1) «Á Reinaldos.» *Silva.*
(2) «Puedan.» *Silva.*
(3) «Llegar.» *Canc. de Rom* s. a. y 1550.
(4) «Quereis.» *Canc. de Rom.* s. a. y 1550.

Las cartas de Galalon,—que él vos fué á enviar,
son por volveros con él,—para hacelle matar,
por envidia que dél tiene (1),—porque en vuestra corte está (2),
que en Paris ni en toda Francia—nadie se le puede igualar.
Por eso os ruego, señor,—la vida le queraís dar.
—Pláceme, dijera el rey,—pláceme de voluntad;
mas con una condicion:—que en mis reinos no ha de estar.—
Allí luego la infanta—las manos le fué á besar:
mándanle quitar los grillos—y de la prision sacar,
y entónces el buen rey—le mandara desterrar.
Ya se parte de la corte—con dolor y gran pesar
por dejar á su señora,—con ella no poder quedar.
Maldecia su ventura,—no cesaba de llorar;
á sus jornadas contadas—en Francia fué á llegar:
y vase luego derecho—á la villa de Montalvan.
El rey quedaba pensoso,—á su hija queria casar,
mas no sabia con quién—á su honra la pudiese dar.
Envió cartas por todo el mundo,—todo el mundo en general,
que quien quisiere heredar su reino,—y con su hija casar,
que dentro de treinta dias—viniese á su corte real
para hacer un torneo—para mas honra ganar,
y el que mejor lo hiciese—con la infanta haya de casar.
Don Reinaldos cuando lo supo—mucho se fué á alegrar,
porque si él allá iba—el campo entiende de ganar.
Luego pidió su caballo,—las armas otro que tal,
mucho rogó á su primo,—á su primo don Roldan,
que se quisiese ir con él—por mayor honra llevar.
Ya se parte don Reinaldos;—con él iba don Roldan,
á sus jornadas contadas—al reino de moros llegado han.
Sabido lo ha Galalon—que á tierra de moros van,
luego envió un mensajero—para al rey moro avisar,
que su criado don Reinaldos,—y su primo don Roldan
eran idos á su reino—para habello de matar.

(1) «Tiene dél.» *Canc. de Rom.* s. a. y 1550.

(2) «Quiere estar.» *Canc. de Rom.* s. a. y 1550.—«Por querer con vos estar.» Las eds. posts. del *Canc. de Rom.*

Cuando el rey supo tal nueva—de ello se fué á maravillar:
envió á hombres de armas—que los fuesen á buscar.
Allí habló un caballero,—bien oiréis lo que dirá:
—¡Vergüenza es de tanta gente—á dos solos ir á buscar!
Dédesme licencia á mí—que yo solo me quiero andar.—
El rey dijo que (1) le placia—de muy buena voluntad.
Ya se parte aquel moro,—ya se va á los buscar;
vase para una posada—adonde él solia posar:
en entrando por la puerta—con ellos fuera á encontrar:
conoció á don Reinaldos—que con él solia holgar.
—Pésame mucho de vosotros,—en mí tengo gran pesar,
que el rey sabe que estáis aquí—haos mandado matar:
ruego vos mucho, señores,—que me digais la verdad,
porque el rey tenia cartas—que Galalon le fué á enviar
avisándole de cierto—que le queríades matar.—
Respondiera don Reinaldos:—¡Nunca Dios quiera tal!
El rey no es mi enemigo,—ni yo lo queria mal;
mas hemos venido al campo—que el rey mandó (2) pregonar.—
Mucho se holgó el moro - de tal razon (3) escuchar,
que viniesen en hora buena—para al campo á pelear.
Otro dia de mañana—comiénzase de aparejar,
y sálense luego al campo—donde habian de tornear.
Mataron tantos de moros—que no hay cuento ni par.
Bien veia la infanta—á Reinaldos y á Roldan (4):
lloraba de los sus ojos—que no les podia ayudar.
Envióles un pajecico,—que fuesen á le hablar,
que se lleguen al castillo—por ver si les podría hablar.
Ellos rompiendo entre la gente—al castillo llegado han:
la infanta cuando los vido—de allí se dejó colgar:
tomándola don Reinaldos—en su caballo la fué á tomar.
Mataron tantos de moros—que no tienen cuento ni par;

(1) «Dijo el rey.» *Silva.*
(2) «Mandara.» *Canc. de Rom.* s. a. y 1550.
(3) «De tales razones.» *Canc. de Rom.* s. a. y 1550.
(4) «Don Roldan.» *Canc. de Rom.* s. a. y 1550.

por muchos moros que vinieron—no se la pudieron quitar (1):
á sus jornadas contadas—á Paris fuéron llegar.
El emperador cuando lo supo—á recebírselos sale,
con él salen los doce pares—y toda la corte real.
Si hásta allí eran esforzados,—agora lo eran mucho mas.

(*Canc. de Rom. s. a.* f. 72.—*Canc. de Rom. 1550.* f. 71.—*Silva de 1550.* t. II. f. 170 (2).

189.

(Reinaldos.—III.)

Romance de la prision y destierro de don Reinaldos y de cómo estando desterrado vino á ser Emperador de Trapisonda.

Ya que estaba don Reinaldos—fuertemente aprisionado,
para haberlo de sacar—á luego ser ahorcado,
porque el gran emperador—ansí lo habia mandado,
cuando llegó don Roldan—de todas armas armado,
en el fuerte Briador—su poderoso caballo,
y la fuerte Durlindana—muy bien ceñida á su lado,
la lanza como una entena,—el fuerte escudo embrazado,
vestido de fuertes armas—y él con ellas encantado.
Por la visera del yelmo—fuego venia lanzando;
retemblando va la lanza—como un junco muy delgado,

(1) «Por mas moros que vinieron
no se la pueden quitar.»
Las ed. post. del *Canc. de Rom.*

«Por mas moros que vinieran
no se la pudieron quitar.»
Silva, ed. de 1582.

(2) En la *Silva*, ed. de 1582, y en la *Floresta* hay otro romance al mismo asunto, que dice: «Cuando aquel claro lucero», pero ya contrahecho de éste por un poeta artístico, como se echa de ver por el mismo título que lleva en un pliego suelto del siglo XVI, donde dice: «(Romance) hecho por un gentilhombre. Agora de nuevo muy fuera del propósito de los otros, como por él parecerá».

y á toda la hueste junta—fieramente amenazando:
—¡Nadie toque en don Renaldos—si quiere ser bien librado!
¡quien otra cosa hiciere—él será tan bien pagado,
que todo el resto del mundo—no le escape de su mano,
sin quedar hecho pedazos,—ó muy bien escarmentado!
Serenos estaban todos—hasta ver en qué ha parado;
nadie no se removia—contra tan buen abogado.
Allí el fuerte don Roldan—junto á Cárlos se ha llegado
diciendo de esta manera,—de encima de su caballo:
—No es cosa de emperador—lo que tienes ordenado;
el caballero que se viene—de su voluntad y grado;
¿cómo es esto, señor,—que ansí ha de ser tratado?
Endemas la flor del mundo,—como claro está probado,
siendo de tu propia sangre,—tan cercano emparentado,
manso como un corderico—ante tí se ha presentado,
sabiendo tu Majestad,—que nadie hubiera bastado,
ni el mundo todo junto—á prendello ni á matallo,
y mas agora, señor,—que estaba tan prosperado,
pudiera correr tus tierras—y mas conquistar tu Estado,
como otras veces solia—tenerte en Paris cercado,
y tú ni nadie por ti—le osaba salir al campo.
¿Quieres tú quitar la vida—á quien á ti te la ha dado?
No una vez sino ciento—de peligros te ha sacado,
poniéndose á la muerte—por acrecentar tu Estado.
¿Y este pago le tenias,—di, señor, aparejado?
¡Si á todos pagas así,—tú serás harto afamado!
¡De excelente pagador—rica fama habrás ganado!—
Respondió el emperador—como mal aconsejado:
—¡Oh cómo hablas, sobrino,—con rostro tan enojado!
¿no sabeis que este traidor—muchas veces ha robado?
por caminos y carreras—las gentes ha despojado,
y muchos piden justicia—de los que él ha salteado,
y si agora lo soltamos,—volverá á lo regostado.—
Allí dijo don Roldan:——Eso tú lo has causado;
diérasle tú en que viviera—de cuanto te ha acrescentado.
¿Y por qué razon, señor,—jamas te has acordado?

que á otros menores que él,—y que ménos te han honrado
muy muchas villas y tierras—de tu mano les has dado,
y aqueste que es el mejor—siempre fué de ti olvidado.
¿De qué habia de vivir—andando de contino armado?
Con sus vigorosos brazos—muchas veces ha librado
la cristiandad de peligro—del cruel pueblo pagano.
Bien sabeis que ya los moros—todos dél están temblando,
y que por su miedo dél—contigo se han concertado.
Por estar seguros dél—las parias te han enviado,
y agora si ellos tuviesen—el seguro de su mano,
yo sé bien que no tardasen—en haberse levantado,
por donde la cristiandad—harto mal habria ganado.
Digo que no es de perder—en tus reinos tal vasallo;
tristes serán los cristianos—por tal brazo que han cobrado:
si lo perdiesen agora—no volverán á cobrallo,
porque ya no vuelven todos—por su vida, honra y estado,
que hoy todo junto lo pierde,—si de Dios no es remediado
¡Oh caballeros de Francia!—decí, ¿habeis olvidado
de cuántas graves afrentas—Renaldos vos ha sacado?
¿Por qué agora consentis—ante vos ser tal tratado
vuestro fuerte capitan,—de todos primo y hermano?
No consienta nadie, no,—tan gran tuerto ser pasado,
que juro por Sant Dionis,—y al Eterno soberano,
que en lo tal yo no consienta,—ni tal será ejecutado,
ó todo el mundo se guarde—de mi espada y de mi mano;
que si tal se ejecutare—será de mí tan bien vengado,
que toda Francia lo llore—por no habello remediado,
y tírense todos afuera,—no sea nadie tan osado
de querer luego estrenar—lo que yo tengo jurado.
¡Sus de presto, Maganceses!—¡afuera, afuera, priado!
No me pare mas ninguno,—buscá veredas temprano.—
Viérades á Galalon—con su Maganza ciscado,
y tanto, que él no quisiera—ser allí entónces hallado.
Y tornando luego á Cárlos,—prosiguiendo en su hablado,
dijo:—¿Qué quieres, señor,—que persigues á Renaldos?
Di, ¿no sabes tú, señor,—y está muy claro probado,

que lo mas que él tenia—haberlo á moros ganado?
Debríate ya bastar—que á perder lo has echado
destruyéndole una villa—sola, que Dios le habia dado.
Si la cabeza do sale—todo aquestc en que has andado
ella fuese ya cortada—quedaria sosegado
todo el tú gran imperio—que no te cantase gallo.—
Respondió el emperador—algun tanto ya amansado:
¡Oh mi querido sobrino,—no te tornes tan airado,
ni pase mas adelante—lo que llevas comenzado!
Hágase como quisieres—y sea luego soltado;
mas con esta condición:—que lo doy por desterrado
con gran pleitomenage,—que ante mí haya jurado,
que solo y sin compañía—á Jerusalem, descalzo
en hábito de romero—sea luego encaminado,
y que mas aquí no pare—del tercero dia pasado,
y jamas no torne en Francia—sin mi licencia y mandado;
y que su mujer é hijos—acá se hayan quedado,
y sus hermanos tambien,—todos á muy buen recaudo,
porque si él algo hiciere—en ellos seré yo vengado.—
Lo cual así se cumplió,—segun de suso contado,
que luego al tercero dia—Reinaldos se ha aparejado
de esclavina y de bordon,—y una maleta á su lado,
para echar las limosnas—que por Dios le hubiesen dado.
Vistió una gruesa camisa,—como penitente armado,
llorando de los sus ojos—con corazon traspasado.
Despidiéndose á la corte—de cuantos le han amado,
y á todos los doce pares—mucho les ha encomendado
la su mujer é hijitos—que por ellos hayan mirado,
y tambien por sus hermanos—que en prision les ha dejado,
diciendo que por ventura—jamas seria tornado;
mas quizá en algun tiempo—les seria bien pagado
á todos los que miraren—por las prendas que ha dejado.
Sus lágrimas eran tantas—que á todos han convidado
á quebrar sus corazones—de le ver tan lastimado.
Ya se va el nuevo romero—del todo desconsolado:
de toda la cristiandad—iba ya desamparado,

aunque él por muchas veces—la habia bien abrigado,
defendiéndola de moros—con corazon esforzado.
Capitan de los cristianos—por el mundo era llamado;
tal fuerza contra paganos—por jamas se ha hallado.
Mas al cabo de tres dias—que ansí desnudo y descalzo
caminaba con paciencia—con su bordon en la mano,
y con espesos gemidos—y sospiros que iba dando,
don Roldan fué en pos de él—en su lijero caballo,
y alcanzólo á una montaña—saliendo por un atajo.
Desque lo vido Renaldos—á mal lo hubo tomado;
mas el leal don Roldan—otro llevaba pensado,
pues le dijo luego ansí—al momento y en llegando:
—¡Oh flor de caballería!—¿dónde vas tan desmayado?
¿qué es de tus caballerías?—¿dónde las has ya dejado?
¿qué es de las tus fuertes armas?—¿qué es de tu fuerte caballo?
Ves aquí tu buena espada,—cata aquí do te la traigo;
torna, torna, señor primo,—que yo haré ser alzado
el destierro, que te fué—tan á tuerto sentenciado;
y no me tengan por Roldan—si no fuere ansí acabado,
que yo sacaré del mundo—á quien quisiere estorballo,
porque tan buen caballero—no sea en Francia faltado:
que mas vales tú que todos—cuantos allá han quedado.—
Mas por mas que le rogó—nada le fué otorgado,
ni jamas volvió con él—á lo que le era rogado,
por no dejar su camino—á cumplir lo que ha jurado;
que entre buenos caballeros,—así es acostumbrado,
de perder ántes la vida—que no hacer quebrantado
el homenaje que hacen—donde les es demandado.
Mas tomó su rica espada—que Roldan le habia llevado,
para la llevar secreta—debajo su pobre hato,
por si algo le viniere—que tenga de que echar mano;
y ansí se despiden los dos—harto gimiendo y llorando,
que peor les fué el partir,—que no morir peleando.
Mas aquel noble guerrero—mucho se va encomendando
al muy alto Jesucristo,—por el cual él fué guiado
á las tierras del gran Can,—do fué muy maravillado

por tan alto caballero—cómo ante él era llegado
tan descalzo y tan desnudo,—tan hambriento y fatigado.
Mas como quiera que fuesen—en el tiempo ya pasado
ambos hermanos en armas,—gran fiesta le ha ordenado,
y despues que le contó—todo su hecho pasado,
el gran Can le respondió:—¡Oh mi buen señor y hermano!
pídeme lo que quisieres—para volver contra Carlo.
Ves aquí do tengo junto—nuestro gran poder pagano,
que no hay cosa que no hagan—por mi servicio y mandado:
irán conmigo y contigo—á hacerte bien vengado,
y segun, señor, tú eres—en armas tan estimado,
con este tan gran poder—que de acá hayas llevado,
muy de presto podrás ser—en cristianos coronado,
á pesar de quien pesare—sin poder ser estorbado,
que mas pertenece á ti—que no aquel falso de Cárlos,
pues tan mal ha conoscido—cuanto le has administrado.
—No lo mande Dios del cielo,—le responde don Renaldos,
que yo quiebre el homenaje,—que en Francia hube jurado,
que yo ni otro por mí—no vuelva contra cristianos.—
Vista ya su voluntad—el gran Can, fué acordado
por complacer á Renaldos—y subirlo en alto estado,
que seria bueno ir—con treinta mil de caballo
sobre aquel emperador—de Trapisonda nombrado,
que muy mucho mal hacia—á todos sus comarcanos,
usurpándoles las tierras—por fuerza, que no de grado.
Renaldos que tal oyó—presto fué aparejado,
no de esclavina y bordon,—ni ménos maleta al lado,
mas de buen caballo y armas,—en lo que era acostumbrado.
Tomando los treinta mil—tales mañas se ha dado,
como aquel que en ellas era—maestro bien afamado.
Halló al emperador—que tenia puesto campo
sobre una gran ciudad,—cient mil y mas de caballos:
pegó con ellos de noche—al mejor sueño tomando:
recordólos de tal suerte—que pocos han escapado;
porque el triste campo estaba—durmiendo, tan descuidado,
que cuando el alba rompió—los mas se han abajado

con su señor al infierno,—que los estaba esperando,
salvo aquellos que se dieron—á merced de don Renaldos,
por do luego presto fué—emperador coronado,
sojuzgando muchos reyes—y señores de alto grado,
de lo cual luego escribió—á su enemigo Carlo-Magno.
Con riquisimos presentes—mensajes le ha despachado
pidiéndole de merced,—que allá le haya enviado
alguna gente cristiana,—que no hay mas de un cristiano,
que es el mesmo don Renaldos,—el valiente y esforzado,
y noble en toda virtud,—hermoso y muy agraciado.
Mas tal odio le tenia—el ya dicho Carlo-Magno,
que en lugar de socorrer—á la hora ha pregonado
que no vaya nadie allá,—so pena de su mandado,
ni tampoco le enviasen—la mujer, hijos y hermanos.
Mas Roma y Costantinopla—le enviaron tal recáudo,
que sin ir nadie de Francia—cristianos le han sobrado.

(*Canc. de Rom. s. a.* f. 115.—*Canc. de Rom. 1550.* f. 114.)

190.

ROMANCES DEL CONDE CLAROS.

Romance del conde Claros de Montalvan.—I.

Media doche era por filo,—los gallos querian cantar,
conde Claros con amores—no podia reposar:
dando (1) muy grandes sospiros—que el amor le hacia dar,
por (2) amor de Claraniña—no le deja (3) sosegar.

(1) «Tirando.» Las ed. posts. del *Canc. de Rom.*

(2) «Porque.» Las ed. posts. del *Canc de Rom.*—«Que amores.» *Floresta.*

(3) «Dejan.» *Floresta.*

Cuando vino la mañana—que queria alborear,
salto diera de la cama—que parece un gavilan.
Voces da por el palacio,—y empezara de llamar:
—Levantá (1), mi camarero,—dáme (2) vestir y calzar.—
Presto estaba el camarero—para habérselo de dar:
diérale calzas de grana,—borceguís de cordoban;
diérale jubon de seda—aforrado en zarzahan (3);
diérale un manto rico—que no se puede apreciar;
trescientas piedras preciosas—al derredor del collar;
tráele un rico caballo—que en la corte no hay su par,
que la silla con el freno—bien valia una ciudad,
con trescientos cascabeles—al rededor del petral;
los ciento eran de oro,—y los ciento de metal,
y los ciento son de plata—por los sones concordar;
y vase para el palacio—para el palacio real.
Á la infanta Claraniña—allí la fuera hallar,
trescientas damas con ella—que la van acompañar.
Tan linda va Claraniña,—que á todos hace penar.
Conde Claros que la vido—luego va descabalgar;
las rodillas por el suelo—le comenzó de hablar:
—Mantenga Dios á tu Alteza.—Conde Claros, bien vengais.—
Las palabras que prosiguè—eran para enamorar:
—Conde Claros, conde Claros,—el señor de Montalvan,
¡cómo habeis hermoso cuerpo—para con moros lidiar!—
Respondiera el conde Claros,—tal respuesta le fué á dar:
—Mi cuerpo (4) tengo, señora,—para con damas holgar:
si yo os tuviese esta noche,—señora á mi mandar,
otro dia en la mañana (5)—con cient moros pelear (6),
si á todos no los venciese—que me mandase (7) matar.

(1) «Levantáos.» Las ed. posts. del *Canc. de Rom. Floresta.*

(2) «Dadme.» Las ed. post. del *Canc. de Rom. Floresta.*

(3) «Gorgoran.» *Floresta.*

(4) «Mejor lo.» Las ed. post. del *Canc. de Rom.*

(5) «Querria la otra mañana» Las ed. post. del *Canc. de Rom.*—«Y otro día de mañana.» *Floresta.*

(6) ¿Diría «peleare»?

(7) «Mandasen.» Las ed. post. del *Canc. de Rom.*—«Mandásedesme.» *Floresta.*

—Calledes, conde, calledes,—y no os querais alabar:
el que quiere servir damas—así lo suele hablar,
y al entrar en las batallas—bien se saben excusar.
—Si no lo creeis, señora,—por las obras se verá:
siete años son pasados—que os empecé de amar,
que de noche yo no duermo,—ni de dia puedo holgar.
—Siempre os preciastes, conde,—de las damas os burlar;
mas dejáme ir á los baños,—á los baños á bañar;
cuando yo sea bañada—estoy á vuestro mandar.—
Respondiérale el buen conde,—tal respuesta le fué á dar:
—Bien sabedes vos, señora,—que soy cazador real;
caza que tengo en la mano—nunca la puedo dejar.—
Tomárala por la mano,—para un vergel se van;
á la sombra de un acipres (1),—debajo de un rosal,
de la cintura arriba (2)—tan dulces besos se dan,
de la cintura abajo—como hombre y mujer se han (3).
Mas la fortuna adversa—que á placeres da pesar (4),
por ahí pasó un cazador,—que no debia de (5) pasar,
detras de una podenca (6),—que rabia debia matar.
Vido estar al conde Claros—con la infanta á bel (7) holgar.
El conde cuando le vido—empezóle de llamar:
—Ven acá tú, el cazador,—así Dios te guarde de mal:
de todo lo que has visto—tú nos tengas poridad.
Darte he yo mil marcos de oro,—y si más quisieres, más;
casarte he con una doncella—que era mi prima carnal;
darte he en arras y en dote—la villa de Montalvan:

(1) «Cipres,» *Silva.*—«Limon.» *Floresta.*

(2) «Con grande contentamiento.» *Flor.*

(3) «Muy dulces besos se dan
con el amor que se tienen,
que era cosa de admirar.»
Floresta.

(4) «Mas la fortuna que es adversa—que á placeres ó á pesar.» *Canc. de Rom.* s. a. y 1550.
«Mas fortuna que es adversa
á placeres, y á pesar.»
Las ed. post. del *Canc.*
«Mas fortuna que es adversa
que á placeres da pesar.» *Flor.*

(5) «Debiera.» *Silva.*

(6) «En busca de una podenca.» *Silva.*—«En busca va de un azor.» *Flor.*

(7) «Á lindo.» Las ed. posts. del *Canc.*—«Á más.» *Floresta.*

de otra parte la infanta—mucho mas te puede dar (1)—
El cazador sin ventura—no les quiso escuchar:
vase por los palacios—ado (2) el buen rey está.
—Manténgate Dios, el rey,—y á tu corona real:
una nueva yo te traigo—dolorosa y de pesar,
que no os cumple (3) traer corona—ni en caballo cabalgar.
La corona de la cabeza—bien la podeis vos (4) quitar,
si tal deshonra como esta—la hubieseis de comportar;
que he hallado la infanta—con Claros de Montalvan,
besándola y abrazando—en vuestro huerto real:
de la cintura abajo—como hombre y mujer se han (5)—
El rey con muy grande enojo—al cazador mandó matar,
porque habia sido osado—de tales nuevas llevar (6).
Mandó llamar sus alguaciles—apriesa, no de vagar,
mandó armar quinientos hombres—que le hayan (7) de acompañar,
para que prendan al conde—y le hayan de tomar (8)
y mandó cerrar las puertas,—las puertas de la ciudad.
A las puertas del palacio—allá le fuéron á hallar,
preso llevan al buen conde—con mucha seguridad (9),
unos grillos á los piés,—que bien pesan un quintal;
las esposas á las manos,—que era dolor de mirar;
una cadena á su cuello,—que de hierro era el collar.
Cabálganle en una mula—por mas deshonra le dar;
metiéronle en una torre—de muy gran escuridad:
las llaves de la prisión—el rey las quiso llevar,
porque sin licencia suya—nadie le pueda hablar.
Por él rogaban los grandes—cuantos en la corte están,
por él rogaba Oliveros,—por él rogaba Roldan,

(1) «De otra parte del'infanta
mucho mas te puedo dar.»
Canc. de Rom. s. a. y 1550.

(2) «Adonde.» *Silva, Flor* y las ed. post. del *Canc.*

(3) «No te cumple.» Las ed. posteriores del *Canc.*

(4) «Bien te la puedes.» Las ed. post del *Canc.*—«Bien os la podeis.» *Flor.*

(5) «De lo cual dolor yo tuve
y no quisiera ver tal.» *Flor.*

(6) «Le dar.» *Silva.*

(7) «Los.» *Silva.*—«Les.» *Flor*

(8) «Ó le hayan de matar.» *Flor.*

(9) riguridad.» *Flor.*

y ruegan los doce pares—de Francia la natural;
y las monjas de Sant Ana—con las de la Trinidad
llevaban un crucifijo—para al buen rey (1) rogar.
Con ellas (2) va un arzobispo—y un perlado y cardenal;
mas el rey con grande enojo—á nadie quiso escuchar,
antes de muy enojado—sus grandes mandó llamar.
Cuando ya los tuvo juntos—empezóles de hablar:
—Amigos y hijos mios,—á lo que vos hice llamar,
ya sabeis que el Conde Claros,—el señor de Montalvan,
de cómo (3) le he criado—fasta ponello en edad,
y le he guardado su tierra,—que su padre le fué á dar,
el que morir no debiera,—Reinaldos de Montalvan,
y por facelle yo mas grande,—de lo mio le quise dar;
hicele gobernador—de mi reino natural.
Él por darme galardón,—mirad, en qué fué á tocar,
que quiso forzar la infanta,—hija mia natural.
Hombre que lo tal comete—¿qué sentencia le han de dar?—
Todos dicen á una voz—que lo hayan de degollar,
y así la sentencia dada—el buen rey la fué á firmar.
El arzobispo que esto viera—al buen rey fué á hablar,
pidiéndole por merced—licencia le quiera dar
para ir á ver al conde—y su muerte le denunciar.
—Pláceme, dijo el buen rey,—pláceme de voluntad;
mas con esta condición:—que solo habeis de andar
con aqueste pajecico—de quien puedo bien fiar.—
Ya se parte el arzobispo—y á las cárceles se va.
Las guardas desque lo vieron—luego le dejan entrar;
con él iba el pajecico—que le va á acompañar.
Cuando vido estar al conde—en su prisión y pesar,
las palabras que le dice—dolor eran de escuchar.
—Pésame de vos, el conde (4),—cuanto me puede pesar,

(1) «Para al rey poder.» Las ed. post. del *Canc.*
(2) «Ellos.» *Canc. de Rom.* s. a. y 1550.
(3) «De niño.» Las ed. post. del *Canc.*
(4) Desde este verso hasta el que dice: «Por ellas quiero gastar», hay otra versión antigua que va por romance separado en el *Cancionero gen*-

que los yerros por amores—dignos son de perdonar.
Por vos he rogado al rey,—nunca me quiso escuchar,
antes ha dado sentencia—que os hayan de degollar.
Yo vos lo dije, sobrino,—que vos dejásedes de amar,
que el que las mujeres ama—atal galardon le dan,
que haya de morir por ellas—y en las cárceles penar.—
Respondiera el buen conde—con esfuerzo singular:
—Calledes por Dios, mi tio,—no me querais enojar;
quien no ama las mujeres—no se puede hombre llamar;
mas la vida que yo tengo—por ellas quiero gastar.—
Respondió el pajecico,—tal respuesta le fué á dar:
—Conde, bienaventurado—siempre os deben de llamar,

ral y en el de *Romances*, y en el primero ha servido de tema á una glosa de Francisco de León.—Daremos aquella versión en la nota al fin de nuestro texto, no habiendo tenido por bien de sustituirla á la nuestra, porque en aquella versión dice el arzobispo, que el rey no le quiso escuchar:

«que la sentencia era dada,—no se podia revocar;

lo que no va en todo conforme con la narración que antecede en nuestro texto.—Empero, hemos purificado éste, suprimiendo, como interpolación manifiesta, la glosa en dos décimas intercalada entre el verso que dice: «dignos son de perdonar» y el de «por vos he rogado al rey», aunque la llevan ya las ediciones más antiguas de la *Silva*. y del *Canc. de Rom.*—Se echa de ver por aquellas versiones diferentes é interpolaciones, que este pasaje había servido ya muy temprano de tema favorito á los glosadores, y que las dos versiones conocidas, purificadas de las interpolaciones manifiestas, tienen todavía apariencia de refundiciones y amplificaciones, en oposición con la sencillez de lo restante.—Queda, pues, libre el campo á la conjetura, y séanos lícito, sacando de las dos versiones antiguas los versos que tenemos por genuinos, aventurar un texto un tanto más aproximado al primitivo que diría así:

—Pésame de vos, el conde,
cuanto me puede pesar,
que los yerros por amores
dignos son de perdonar.
Supliqué por vos al rey,
nunca me quiso escuchar,
antes ha dado sentencia
que os hayan de degollar.
Más os valiera, sobrino,
de las damas no curar,
que firmeza de mujeres
no puede mucho durar.
—Calledes, por Dios, mi tio,
no me querais enojar,
que tales palabras, tio,
no las puedo comportar;
quiero más morir por ellas
que vivir sin las mirar.—

porque muerte tan honrada—por vos habia de pasar;
mas envidia he de vos, conde (1),—que mancilla ni pesar:
mas querria ser vos, conde,—que el rey que os manda matar,
porque muerte tan honrada—por mi hubiese de pasar.
Llaman (2) *yerro la fortuna—quien no la sabe gozar*,
la priesa del cadahalso—vos, conde, la debeis dar;
si no es dada la sentencia—vos la debeis de firmar.—
El conde que esto oyera—tal respuesta le fué á dar:
—Por Dios te ruego, el paje,—en amor de caridad,
que vayas á la princesa—de mi parte á le rogar,
que suplico á su Alteza—que ella me salga á mirar,
que en la hora de mi muerte—yo la pueda contemplar,
que si mis ojos la veen—mi alma no penará (3).—
Ya se parte el pajecico,—ya se parte, ya se va,
llorando de los sus ojos—que queria reventar.
Topara con la princesa,—bien oiréis lo que dirá:
—Agora es tiempo, señora,—que hayais de remediar,
que á vuestro querido el conde—lo lleven á degollar.—
La infanta que esto oyera—en tierra muerta se cae (4);
damas, dueñas y doncellas—no la pueden retornar (5),
hasta que llegó su aya—la que la fué á criar.
—¿Qué es aquesto, la infanta?—aquesto, ¿qué puede estar?
—¡Ay triste de mí, mezquina,—que no sé qué puede estar!
¡que si al conde me matan—yo me habré desesperar! (6)

(1) También desde este verso hasta el de «vos la debeis de firmar», debía ser un tema favorito de los trovadores; así hay en el *Canc. gen.* y en el de *Rom.* un romance contrahecho por Lope de Sosa, con villancico, que Soria ha glosado; y también en este pasaje se deja sentir en nuestro texto ya la mano artística, pues tiene su puntita de afectado. Serían ya interpolados los versos que hemos impreso en letra cursiva.—De haber contrahecho Lope de Sosa un trozo de nuestro romance, se puede concluir que éste ya á mediados del siglo XV, cuando aquel trovador vivió, corría en mano de todos. (Véase Clemencín, notas al *Quijote*, tomo V, pág. 391).

(2) «Llama.» *Floresta.*

(3) «Mi alma no ha de penar.» Las ed. posts. del *Canc. de Rom.*

(4) «Fué á dar.» *Flor.*

(5) «Recordar.» *Silva.*

(6) «Yo habré desesperar.» Las ed. post. del *Canc.*—«Yo me iré á desesperar.» *Flor.*

—Saliésedes vos, mi hija,—saliésedes á lo quitar (1).—
Ya se parte la infanta,—ya se parte, ya se va:
fuése para el mercado—donde lo han de sacar.
Vido estar el cadahalso—en que lo han de degollar,
damas, dueñas y doncellas—que lo salen á mirar.
Vió venir la gente de armas—que lo traen á matar,
los pregoneros delante—por su yerro publicar.
Con el poder de la gente—ella no podia pasar.
—Apartádvos, gente de armas,—todos me haced lugar,
¡si no!... ¡por vida del rey,—á todos mande matar!—
La gente que la conoce—luego le hace lugar,
hasta que llegó el conde—y le empezara de hablar:
—Esforzá, esforzá, el buen conde,—y no querais desmayar,
que aunque yo pierda la vida,—la vuestra se ha de salvar.—
El aguacil (2) que esto oyera—comenzó de caminar;
vase para los palacios—adonde el buen rey está.
—Cabalgue la vuestra Alteza,—apriesa, no de vagar,
que salida es la infanta—para el conde nos quitar.
Los unos manda que maten,—y los otros enforcar:
si vuestra (3) Alteza no socorre,—yo no puedo remediar.—
El buen rey de que esto oyera—comenzó de caminar,
y fuése para el mercado—ado el conde fué á hallar.
—¿Qué es esto, la infanta?—aquesto, ¿qué puede estar?
¿La sentencia que yo he dado—vos la quereis revocar?
Yo juro por mi corona,—por mi corona real,
que si heredero tuviese—que me hubiese de heredar,
que á vos y al conde Claros—vivos vos haria quemar.
—Que vos me mateis, mi padre,—muy bien me podeis matar,
mas suplico á vuestra Alteza,—que se quiera él acordar
de los servicios pasados—de Reinaldos de Montalvan,
que murió en las batallas,—por tu corona ensalzar:
por los servicios del padre—al hijo debes galardonar;

(1) «Saliésedeslo quitar.» *Canc. de Rom.* s. a. y 1550.—«Saliésedes lo á quitar.» *Silva* y las ed. posts del *Canc. Flor.*

(2) «El alcalde.» *Flor.*

(3) «Si tu.» *Silva.*

por malquerer de traidores—vos no le debeis matar,
que su muerte será causa—que me hayais de disfamar.
Mas suplico á vuestra Alteza—que se quiera consejar,
que los reyes con furor—no deben de sentenciar,
porque el conde es de linaje—del reino mas principal,
porque él era de los doce—que á tu mesa comen pan.
Sus amigos y parientes—todos te querrian mal,
revolver te hian guerra,—tus reinos se perderán.—
El buen rey que esto oyera—comenzara á demandar:
—Consejo os pido, los mios,—que me querais consejar.—
Luego todos se apartaron—por su consejo tomar.
El consejo que le dieron,—que le haya de perdonar
por quitar males y bregas,—y por la princesa afamar.
Todos firman el perdon,—el buen rey fué á firmar:
tambien le aconsejaron,—consejo le fueron dar,
pues la infanta queria al conde,—con él haya de casar.
Ya desfierran al buen conde,—ya lo mandan desferrar:
descabalga de una mula,—el arzobispo á desposár.
Él tomóles de las manos,—así los hubo de juntar (1).
Los enojos y pesares—en placer hubieron de tornar (2).

(*Canc. de Rom. s. a.* f. 83.—*Canc. de Rom. 1550.* f. 82.—
Silva de 1550. t. II. f. 182.—*Floresta de varios rom.*) (3)

(1) «Jurar.» *Silva.*

(2) «Placeres se han de tornar.» Las ed. posts. del *Canc.*—«En placer van á tornar.» *Flor.*

(3) Siguen en las ediciones posteriores del *Canc. de Rom.* y en la *Floresta* dos décimas glosando otra vez el diálogo entre el arzobispo («Su tio al conde») y el conde («Respuesta y fin») en la cárcel. Luego viene en el *Canc. de Rom.* la otra versión que hemos mencionado al mismo pasaje de nuestro texto desde el verso que dice: «Pésame de vos, el conde» y que anotamos aquí:

Otro romance del conde Claros.

Pésame de vos, el conde,
porque así os quieren matar,
porque el yerro que hecistes
no fué mucho de culpar;
que los yerros por amores
dignos son de perdonar.
Supliqué por vos al rey,
que os mandase delibrar,
mas el rey con gran enojo
no me quisiera escuchar;

191.

(Conde Claros.—II.)

A caza va el emperador—á Sant Juan de Montiña;
con él iba el conde Claros—por le tener compañía.
Contándole iba, contando—el gran menester que tenia.
—No me lo digais, el conde,—hasta después á la venida.
—Mis armas tengo empeñadas—por mil marcos de oro y mas,
otros tantos debo en Francia—sobre mi buena verdad.
—Llámenme mi camarero—de mi cámara real;
dad mil marcos de oro al conde—para sus armas quitar;
dad mil marcos de oro al conde—para mantener verdad;
dalde otros tantos al conde—para vestir y calzar;
dalde otros tantos al conde—para las tablas jugar;
dalde otros tantos al conde—para torneos armar;
dalde otros tantos al conde—para con damas folgar.
—Muchas mercedes, señor,—por esto y por mucho mas.
A la infanta Claraniña—vos por mujer me la dad.
—Tarde acordastes, el conde,—que mandada la tengo ya.
—Vos me la dareis, señor,—acabo que no querais,

que la sentencia era dada
no se podia * revocar,
pues dormistes con la infanta
habiéndola de guardar.
Mas os valiera, sobrino,
de las damas no curar,
que quien más hace por ellas
tal espera de alcanzar,
que de muerto ó de perdido
ninguno puede escapar;

(*) «Podria.» *Canc. de Constantina.*

que firmeza de mujeres
no puede mucho durar.
—Que tales palabras, tio,
no las puedo comportar,
quiero más morir por ellas
que vivir ** sin las mirar.

(*Canc de Constantina*, f. 56.—*Canc. gen.*, ed. de 1511, f. 131.—*Canc. de Rom.* s. a. f. 90.—*Canc. de Rom.* 1550, f. 90.)

(**) «Morir.» *Canc. de Rom.* s. a. y 1550.

Hay, en fin, también una versión portuguesa muy popular de este romance del conde Claros, la cual lleva inserta con el títule de «Claralinda« el Sr. Almeida-Garrett en su *Romanceiro*, tomo II, pág. 213.

porque preñada la tengo—de los seis meses ó mas.—
El emperador que esto oyera—tomó de ello gran pesar:
vuelve riendas al caballo,—y tornóse á la ciudad:
mandó llamar las parteras—para la infanta mirar.
Allí habló la partera,—bien veréis lo que dirá:
—Preñada está la infanta—de los seis meses ó mas.—
Mandóla prender su padre—y meter en escuridad,
el agua hasta la cinta—porque pudriese la carne,
y perezca la criatura,—que no viva de tal padre.
Los caballeros de su casa—se la iban á mirar.
—Pésanos de vos, señora,—cuanto nos puede pesar,
que de hoy en quince dias—el emperador os manda quemar.
—No me pesa de mi muerte—porque es cosa natural,
pésame de la criatura,—porque es hijo de buen padre;
mas si hay aquí alguno—que haya comido mi pan,
que me llavase una carta—á don Claros de Montalvan.—
Allí habló un paje suyo,—tal respuesta le fué á dar:
—Escribilda, vos, señora,—que yo se la iré á llevar.—
Ya las cartas son escritas,—el paje les va á llevar;
jornada de quince días—en ocho la fuera á andar.
Llegado habia á los palacios—adonde el buen conde está.
—Bien vengais, el pajecico,—de Francia la natural,
¿qué nuevas me traeis—de la infanta? ¿cómo está?
—Leed las cartas, señor,—que en ellas os lo dirá.—
Desque las hubo leido—tal repuesta le fué á dar:
—Uno me da que la quemen,—otro (1) me da que la maten —
Ya se partia el conde,—ya se parte, ya se va,
jornada de quince dias—en ocho la fuera á andar.
Fuérase á un monasterio—donde los frailes están;
quitóse paños de seda,—vistió hábitos de fraile:
fuérase á los palacios—de Cárlos el emperante.
—Mercedes, señor, mercedes,—queráismelas otorgar,
que á mi señora la infanta—vos me la dejais confesar.—
Ya lo llevaban al fraile—á la infanta confesar.

(1) «Uno.» *Canc.* de 1550.

En lugar de confesarla (1)—de amores le fué á hablar.
—Tate, tate, dijo, fraile,—que á mí no llegarás,
que nunca llegó á mí hombre—que fuese vivo en carne,
sino solo aquel don Claros,—don Claros de Montalvan,
que por mis grandes pecados—por él me quieren quemar.
No doy nada por mi muerte—pues que es cosa natural,
mas pésame de la criatura—porque es hijo de buen padre.—
Ya se iba el confesor—al emperador hablar:
—Mercedes, señor, mercedes,—queráismelas otorgar,
que mi señora la infanta—sin ningún pecado está.—
—¡Ay!, habló el caballero—que con ella quería casar,
—Mentides, fraile, mentides,—que no decis la verdad.—
Desafíanse los dos,—al campo van á lidiar;
al apretar de las cinchas—conociólo el emperante:
dijo que el es don Claros,—don Claros de Montalvan.
Mató el fraile al caballero,—la infanta librado ha,
en ancas de su caballo—consigo la fué á llevar.

(*Canc. de Rom. 1550.* f. 293.) (2).

192.

(Conde Claros.—III.)

Romance de don Claros de Montalban, el cual trata de las diferencias que hubo con el emperador por los amores de la princesa su hija.

A misa va el emperador—á san Juan de la Montiña,
con él iba el conde Claros—por le tener compañía;
contándole iba contando—el menester que tenia,
dícele de esta manera,—de esta manera decia:

(1) «El cuando se vió con ella.» Las ed. posts. del *Canc. de Rom.*
(2) Véase la versión portuguesa, más moderna que la castellana, pero no menos popular, en el *Romanceiro* del Sr. Almeida-Garret, tomo II, página 192: «Dom Claros d'Alem-Mar».

—Dísteme, el emperador,—el castillo de Montalban,
dístesmelo por mi bien,—yo tomélo por mi mal:
los moros me lo han cercado—la mañana de San Júan,
tiénenlo tan bien cercado—que no lo basto á descercar.
Por mi gran desaventura—y por mi gran necesidad
mis armas tengo empeñadas—por mil doblas de oro y mas,
otras tantas debo en Francia—sobre mi buena verdad;
mis caballeros, el rey,—no hé con que los gobernar,
y una hermana que tengo,—no hé con que la casar:
que en todos mis palacios—no entiendo que hay un pan;
si yo me lo como, el rey,—¿los mios qué comerán?
Si vuestra Alteza no socorre,—yo me iré moro á tornar:
que mas quiero perder la vida—que yo tal vida pasar.—
Respondió el emperador—movido de piedad:
—No desmayeis, el buen conde,—no querades desmayar,
que para esto son los hombres—para pasar bien y mal;
mas Dios os lo perdone, conde,—que antes debierais hablar.
Mandó llamar á su tesorero,—su tesorero real,
dícele de esta manera,—empezóle de mandar:
—Da mil doblas de oro al conde—para su verdad guardar,
y darle has otras mil—para sus armas quitar,
—dale tambien otras mil—para con damas holgar.—
A Oliveros y Montesinos—mandara luego llamar,
y también al esforzado—ese paladin Roldan,
y á Urgel de las Marchas,—y al fuerte Merian,
y que tomasen la gente,—y fuesen luego á Montalban.
Desque esto oyera el conde—tal respuesta la fué á dar:
—Muchas gracias, el buen rey,—por la buena voluntad,
que yo tengo tantos tesoros—que puedo bien emprestar;
mas una merced os pido,—esta no me habeis de negar,
que me caseis con la infanta—vuestra hija natural.—
Respondiera el buen rey,—tal respuesta le fué á dar:
—Ya no es tiempo, el conde Claros,—de aqueso vos hablar,
que la tengo prometida—al honrado don Beltran,
y por esto, el buen conde,—á vos no la puedo dar:
que vos sois niño y mochacho—para tal mujer tomar.

—Yo os beso las manos, rey,—pues me quereis deshonrar.—
Y fuérase para su casa—para haber de reposar.
Ya se retrae el buen conde—la siesta por descansar,
porque la noche pasada—no la pudo reposar
por amores de la infanta—se señora natural.
Congojas le congojaban,—sospiros no dan lugar,
viéndose en tal agonía—comenzara de hablar:
—¡Oh maldito seas, Cupido!—¡y Vénus otro que tal!
porque así me habeis metido—en este fuego infernal,
que de noche yo no duermo,—ni de dia puedo holgar,
que si la causa tal no fuese—me iria á desesperar;
mas en ser quien es la causa—es dicha poder penar,
si de ello ha de ser servida—ella, pues no tiene par;
que, aunque mil veces muriese,—es nada por alcanzar
de conocer ser querido—por obras ó por pensar:
porque solo su favor—es mas que se puede dar.—
Dió voces al camarero—que se quiere levantar.
Vístese un jubon chapado—que no se puede estimar,
y de oro de martillo (1)—un mote bien de notar
en su brazo, que decia:—«¡Gran dolor es desear!»
y unas calzas bigarradas—de perlas ricas sin par
con un mote, que decía:—«No tiene nombre mi mal.»
Y unos zapatos franceses—de un carmesí singular,
con unas llamas de fuego,—relumbran como un cristal,
el mote que tiene escripto—es este que oiréis nombrar:
«Aunque de contino arden—no se acaban de quemar.»
Y una ropa rozagante,—sobre ella un rico collar,
el mote de ella decia:—«Es un dolor desigual.»
Y una gorra en la cabeza—que no se puede estimar,
con tres letras coronada,—y el mote muy singular:
«¡Es tan alto mi deseo—que no hay mas que desear!»

(1) Este verso, omitido en nuestro texto, lo hemos tomado de la versión de este romance, hecha por Antonio Pansac, que dice:

«Durmiendo está el conde Claros».

(Véase el *Rom. gen.* del Sr. Durán. Tomo 1, pág. 222).

Cabalgó en una hacanea,—la cual hizo ataviar
de una guarnición muy rica,—y las riendas, y el petral
lleno de unas campanillas—que de oro era el metal,
y unas lágrimas sembradas,—y el mote no de olvidar:
«Sin doleros vos, señora,—no se pueden acabar.»
Con doce mozos de espuelas—para le acompañar,
vestidos de la librea—de aquella dama sin par:
los jubones del morado,—sayos de desesperar,
todas las mangas derechas—les hizo el conde bordar
de unas matas de ruda,—que querian ya granar,
el mote de ellas decia:—«¡Mas amargo es esperar!»
Envía delante un paje—por su Alteza avisar,
que el conde la quiere ver—por las manos le besar.
Antes que el paje tornase—el conde fuera á llegar;
los porteros que lo veen—las puertas abierto le han.
La princesa estaba sola,—retraida por rezar,
entrara el conde con ella,—y empiézale de contar
lo que el rey le habia dicho—sin un punto le faltar:
—Por eso os cumple ir conmigo—al castillo de Montalban:
que quiero ir á vuestro padre—á todo se lo contar.
Irnos hemos en mis tierras,—poneros hé en libertad:
allí podréis, señora, parir,—allí podréis, señora, criar;
que sabé que vuestro padre—á don Beltran os quiere dar.—
Mandó armar trescientos hombres—que la hubiesen de llevar,
mandó poner en armas su tierra,—si quieren nada demandar.
Vase á hablar con el rey,—y apartólo en puridad,
dícele de esta manera,—y empezóle de hablar:
—Ya sabedes, el buen rey,—lo que os fuera á rogar,
que me diésedes la infanta—por mi mujer natural.
Decis que yo soy mochacho—para tal mujer tomar:
ahora sabed de cierto,—y en esto no hay que dubdar,
que si yo la quiero mucho,—ella á mí mucho mas;
y aun de mí está preñada—que en el mes queria entrar.—
Estas palabras diciendo—á huir empezó andar.
El rey á muy grandes voces—mandábalo ir á tomar.
Ya es salido del palacio—en un caballo alazan,

por las calles de Paris—lleva muy grande aguijar.
Caballeros que lo veen,—sálenlo á acompañar:
con él iba Oliveros,—con él iba don Roldan.
Desque son por el camino—empiézanlo á interrogar:
—¿Para dónde vais, buen conde?—digádesnos la verdad,
que ya sabeis que de nosotros—no vos debeis de guardar.—
Allí les habló el buen conde—lo que el rey fuera á hablar,
y como envió la infanta—á tierras de Montalban.
Don Roldan que lo oyera—empezóle á maravillar:
cómo habia sido osado—de tal empresa tomar.
El consejo que le dieron,—y que le fuéron á dar:
que se fuese en sus tierras,—y se pusiese en libertad,
y que ellos tornarian—al buen rey á le rogar
os la diese por mujer,—pues que allá así le place.
Ya se torna Oliveros,—ya se torna don Roldan;
á las puertas de Paris—gran gente vieron estar,
dícenles de esta manera,—y empiézanles á demandar:
—Esforzados caballeros,—¿qué tierras vais conquistar?—
Allí habló el mayor de ellos—que se dice don Beltran:
—Vamos á prender al conde—don Claros de Montalban,
que el rey tiene jurado—de hacerlo degollar.—
Respondiera Oliveros, y ese paladin Roldan:
—Esperá un poco, señor,—esforzado don Beltran,
iria por mi caballo,—mis armas me iria armar,
y yo me iria con vos—para haberos de ayudar:
prenderemos al conde Claros,—y á la infanta otro que tal,
haréis degollar al conde,—y con la infanta vos casarán,
pues que os la ha prometido,—y que no os la ha de quitar.—
Y despidiéronse dél—apriesa y no de vagar.
Todo esto hacian ellos—por hacerlos esperar,
y que el conde hubiese tiempo—de á sus tierras llegar.
Ibanse á rienda suelta—donde al rey han de hallar:
dícenle de esta manera,—comiénzanle de hablar:
—De vuestro enojo nos pesa—cuanto nos puede pesar;
venimos á daros consejo—si lo quisiéredes tomar:
que casedes á la infanta—con don Claros de Montalban.—

El rey, pues que mas nò pudo,—fuéraselo á otorgar.
Enviaban por la infanta,—y por el conde otro que tal:
ricas bodas le hicieran—en Paris esa ciudad.

(Aquí se contienen quatro rom. viejos. Y este primero es de don Claros de Montalvan etc. Pliego suelto del siglo XVI (1).

(1) Existe, como queda dicho, también en un pliego suelto una versión de este romance, trobada, según el ejemplar de que se ha aprovechado el Sr. Durán (l. c.), por Antonio Pansac, y según el ejemplar del British Museum, fecha por Juan de Burgos (s. l. n. a.); esta versión, aunque diferente en el principio y fin de nuestro texto, contiene todavía trozos enteros de él.—El autor de este romance contrahecho es en verdad, como dice el señor Durán, «sólo refundidor de otro más antiguo», vale decir del nuestro.

193.

ROMANCES DE CALAINOS

Romance del moro Calainos de cómo requería de amores á la infanta Sebilla, y ella le demandó en arras tres cabezas de los docé pares de Francia.—I.

Ya cabalga Calainos—á la sombra de una oliva,
el pié tiene en el estribo,—cabalga de gallardía.
Mirando estaba á Sansueña,—al arrabal (1) con la villa,
por ver si veria algun moro—á quien preguntar podria.
Por los palacios venia—la linda infanta Sevilla (2);
vido estar un moro viejo—que á ella guardar solia.
Calainos que lo vido—llegado allá se habia;
las palabras que le dijo—con amor y cortesía:
—Por Alá (3) te ruego, moro,—así te alargue la vida,
que me muestres los palacios—donde mi vida vivia (4),
de quien triste soy cautivo,—y por quien pena tenia,
que cierto por sus amores—creo yo perder la vida;
mas si por ella la pierdo—no se llamará perdida,
que quien muere por tal dama—desque muerto tiene vida (5).
Mas porque me entiendas, moro,—por quien preguntado habia,
es la mas hermosa dama—de toda la Morería,
sepas que á ella la llaman—la grande (6) infanta Sevilla.—
Las razones que pasaban—Sevilla bien las oia:
púsose á una ventana,—hermosa á maravilla,

(1) «Su gran torre» *Floresta.*

(2) «O quien preguntar podria
donde estaban los palacios
á do Sevilla vivia.» *Floresta.*

(3) «Por Dios.» *Floresta.*

(4) «Do está la infanta Sevilla.» *Floresta.*

(5) «Buena fortuna le guía.» *Floresta.*

(6) «Linda.» *Floresta.*

con muy ricos atavios,—los mejores que tenia.
Ella era tan hermosa,—otra su par no la habia (1).
Calainos que la vido—de esta suerte le decia:
—Cartas te traigo, señora,—de un señor á quien servia:
creo que es el rey tu padre—porque Almanzor se decia:
desciende de la ventana—sabrás la mensajería (2).—
Sevilla cuando lo oyera—presto de allí descendia:
apeóse Calainos,—gran reverencia le hacia.
La dama cuando esto vido—tal pregunta le hacia:
—¿Quién sois vos el caballero,—que mi padre acá os envía?
—Calainos soy, señora,—Calainos el de Arabía,
señor de los Montes Claros.—De Constantina la llana,
y de las tierras del Turco—yo gran tributo llevaba,
y el Preste Juan de las Indias—siempre parias me enviaba,
y el Soldan de Babilonia—á mi mandar siempre estaba:
reyes y principes moros—siempre señor me llamaban,
sino es el rey vuestro padre,—que yo á su mandado estaba,
no porque le he menester (3),—mas por nuevas que me daban
que tenia una hija—á quien Sevilla llamaban,
que era mas linda mujer—que cuantas moras se hallan (4).
Por vos le serví cinco (5) años—sin sueldo (6) ni sin soldada;
él á mí no me la dió,—ni yo se la demandaba.
Por tus amores, Sevilla,—pasé yo la mar salada,
porque he de perder la vida—ó has de ser mi enamorada.—
Cuando Sevilla esto oyera—esta respuesta le daba:
—Calainos, Calainos,—de aqueso yo no sé nada (7),
que siete amas me criaron,—seis moras y una cristiana.
Las moras me daban leche,—la otra me aconsejaba;

(1) «Era mujer muy hermosa,
y acabada en demasía.»
Floresta.

(2) «Si bajais de la ventana
sabréis la mensajería.»
Floresta.

(3) «No porque yo se lo debo.»
Flor.

(4) «Y que era la más hermosa
de cuantas moras se hallan.»
Flor.

(5) «Siete.» *Flor.*

(6) «Interés.» *Flor.*

(7) «De eso yo no soy vezada.»
Flor.

segun que me aconsejaba—bien mostraba ser cristiana.
Diérame muy buen consejo,—y á mí bien se me acordaba (1)
que jamás yo prometiese (2)—de nadie ser enamorada,
hasta que primero hubiese—algun buen dote ó arras (3).—
Calainos que esto oyera—esta respuesta le daba:
—Bien podeis pedir, señora,—que no se os negará nada:
si quereis castillos fuertes,—ciudades en tierra llana,
ó si quereis plata ú oro—ó moneda amonedada.—
Y Sevilla, aquestos dones,—como no los estimaba,
respondióle: —Si queria (4)—tenella por namorada,
que vaya dentro á Paris,—que en medio de Francia estaba (5),
y le traiga tres cabezas—cuales ella demandaba,
y que si aquesto hiciese—seria su enamorada.—
Calainos cuando oyó—lo que ella le demandaba
respondióle muy alegre,—aunque (6) él se maravillaba
dejar villas y castillos—y los dones que le daba
por pedirle tres cabezas—que no le costarán nada:
dijo que las señalase,—ó diga cómo se llaman (7).
Luego la infanta Sevilla—se las empezó á nombrar:
la una es de Oliveros,—la otra de don Roldan,
la otra del esforzado—Reinaldos de Montalvan.
Ya señalados los hombres (8)—á (9) quien habia de buscar,
despídese Calainos—con muy cortes hablar:
—Déme la mano tu Alteza,—que se la quiero besar,
y la fe y prometimiento—de comigo te casar,
cuando traiga las cabezas—que quesiste demandar.
—Pláceme, dijo, de grado—y de buena voluntad.—

(1) «Esta me dió un consejo
de que bien me acordaba.»
Flor.

(2) «Permitiese.» *Floresta.*

(3) «Dél algún dote ó arra.»
Floresta.

(4) «Sevilla oyendo estos dones
todos se los desechaba,
sino que si él quería.»
Floresta.

(5) «Que era ciudad en la Francia.» *Flor.*

(6) «Que él.» *Floresta.*

(7) «Ó cómo se llamarán.» *Floresta.*

(8) «Nombres.» *Floresta.*

(9) «Y á.» *Floresta.*

Allí se toman las manos,—la fe se hubieron de dar
que el uno ni el otro (1).—no se pudiesen casar
hasta que el buen Calainos—de allá hubiese de tornar,
y que si otra cosa fuese—la enviaria avisar.
Ya se parte Calainos,—ya se parte, ya se va:
hace broslar (2) sus pendones—y en todos una señal;
cubiertos de ricas lunas,—teñidas en sangre van (3).
En camino es Calainos—á los franceses buscar (4):
andando jornadas ciertas—á Paris llegado ha.
En la guardia de Paris—cabe San Juan de Letran,
allí levantó su seña—y empezara de hablar:
—Tañan luego esas trompetas—como quien va á cabalgar,
porque me (5) sientan los doce—que dentro en Paris están.—
El emperador aquel dia—habia salido á cazar:
con él iba Oliveros,—con él iba don Roldan,
con él iba el esforzado—Reinaldos de Montalvan;
también el Dardin Dardeña;—y el buen viejo don Beltrán,
y ese Gaston y Claros (6)—con el romano Final (7):
también iba Valdovinos,—y Urgel en fuerzas sin par (8),
y también iba Guarinos—almirante de la mar.
El emperador entre ellos—empezara de hablar:
—Escuchad, mis caballeros,—que tañen á cabalgar (9).—
Ellos estando escuchando—vieron un moro pasar;
armado va á la morisca,—empiézanle de llamar,
y ya que es llegado el moro—do el emperador está,
el emperador que lo vido—empezóle á preguntar:
—Di, ¿adonde vas tú, el moro?—¿cómo en Francia osaste entrar?

(1) «Que ni el uno ni el otro.» *Flor.*

(2) «Bordar.» *Floresta.*

(3) «De color de sangre están.» *Floresta.*

(4) «Ya camina Calainos, camino de Francia va.» *Floresta.*

(5) «Lo.» *Floresta.*

(6) «Gaston de Claros.» *Floresta.*

(7) «Y aquel romano Fincan.» *Floresta.*

(8) «De la fuerza grande.» *Floresta.*

(9) «Que tañen en la ciudad.» *Floresta.*

¡Grande osadía tuviste—de hasta Paris llegar!—
El moro cuando esto oyó—tal respuesta le fué á dar:
—Vo á buscar al emperante (1)—de Francia la natural,
que le traigo una embajada—de un moro principal,
á quien sirvo de trompeta,—y tengo por capitán.—
El emperador que esto oyó—luego lo fué á demandar
que dijese qué queria,—por qué á él iba á buscar (2);
que él es el emperador Cárlos (3)—de Francia la natural.
El moro cuando lo supo—empezóle de hablar:
—Señor, sepa tu Alteza (4)—y tu corona (5) imperial,
que ese moro Calainos,—señor, me ha enviado acá,
desafiando á tu Alteza—y á todos los doce pares (6),
que salgan lanza por lanza—para con él pelear.
Señor, veis allí su seña,—donde los ha (7) de aguardar;
perdóneme vuestra Alteza,—que respuesta le vo á dar.—
Cuando fué partido el moro—el emperador fué á hablar:
—¡Cuando yo era mancebo,—que armas solia llevar,
nunca moro fué osado—de en toda Francia asomar;
mas agora que soy viejo—á Paris los veo llegar!
No es mengua de mí solo—pues no puedo pelear,
mas es mengua de Oliveros,—y asimesmo de Roldan;
mengua de todos los doce,—y de cuantos aquí estan.
Por Dios á Roldan me llamen—porque se vaya á pelear (8)
con el moro de la enguardia (9)—y lo haga de allí quitar:
que lo traiga muerto ó preso,—porque se haya de acordar
de cómo viene á Paris—para me desafiar.—
Don Roldan cuando esto oyera—empiézale de hablar:
—Excusado es, señor,—de enviarme á pelear,

(1) «Busco al emperador.» *Floresta.*

(2) «Qué era lo que queria
que así lo iba á buscar.»
Floresta.

(3) «Yo soy el emperador.» *Floresta.*

(4) «Tu Majestad sepa.» *Floresta.*

(5) «Cetro.» *Floresta.*

(6) «Y á cuantos contigo están.»
Flor.

(7) «Donde tiene.» *Floresta.*

(8) «Que lo quiero enviar.» *Floresta.*

(9) «Á aquel moro de la guardia.» *Flor.*

porque teneis caballeros—á quien podeis enviar,
que cuando son entre damas—bien se saben alabar,
que aunque vengan dos mil moros—uno los esperará (1),
cuando son en la batalla—véolos tornar atrás.—
Todos los doce callaron—si no el menor de edad,
al cual llaman Valdovinos,—en el esfuerzo muy grande (2);
las palabras que dijera—eran con riguridad (3):
—Mucho estoy maravillado—de vos, señor don Roldan,
que amengüeis todos los doce (4)—vos que los habíades de [honrar:
si no fuérades mi tio—con vos me fuera á matar,
porque entre todos los doce—ninguno podeis nombrar,
que lo que dice de boca—no lo sepa hacer verdad.—
Levantóse con enojo—ese paladin Roldan;
Valdovinos que esto vido—tambien se fué á levantar,
el emperador entre ellos—por el enojo quitar.
Ellos en aquesto estando,—Valdovinos fué á llamar
á los mozos que traia;—por las armas fué á enviar.
El emperador que esto vido—empezóle de rogar
que le hiciese un placer,—que no fuese á pelear,
porque el moro era esforzado,—podriale maltratar,
—que aunque ánimo tengais—la fuerza os podria faltar,
y el moro es diestro en armas,—vezado á pelear (5).—
Valdovinos que esto oyó—empezóse á desviar
diciendo al emperador—licencia le fuese á dar,
y que si él no se la diese—que él se la queria tomar.
Cuando el emperador vido—que no lo podia excusar,
cuando llegaron sus armas—él mesmo le ayudó á armar:
dióle licencia que fuese—con el moro á pelear.
Ya se parte Valdovinos,—ya se parte, ya se va,
ya es llegado á la guardia—do Calainos está.

(1) «Los osarán guardar.» *Floresta.*
(2) «De ánimo principal.» *Floresta.*
(3) «Cierto fueron de notar.» *Floresta.*
(4) «Que menosprecies los doce.» *Flor.*
(5) «Era diestro el moro en armas,—muy vezado á pelear.» *Floresta.*

Calainos que lo vido—empezóle así de hablar:
—Bien vengais el francesico (1),—de Francia la natural,
si quereis vivir (2) comigo—por paje os quiero llevar (3);
llevaros he á mis tierras—do placer podais tomar.—
Valdovinos que esto oyera—tal respuesta le fué á dar:
—Calainos, Calainos,—no debíades así de hablar,
que ántes que de aquí me vaya—yo os lo tengo de mostrar
que aquí moriréis primero—que por paje me tomar (4).—
Cuando el moro aquesto oyera—empezó así de hablar:
—Tórnate, el francesico,—á Paris, esa ciudad,
que si esa porfía tienes—caro te habrá de costar,
porque quien entra en mis manos (5)—nunca puede bien librar.—
Cuando el mancebo esto oyera—tornóle á porfiar
que se aparejase presto—que con él se ha de matar.
Cuando el moro vió al mancebo—de tal suerte porfiar,
díjole:—Vente, cristiano,—presto para me encontrar,
que ántes que de aquí te vayas—conocerás la verdad,
que te fuera muy mejor—comigo no pelear.—
Vanse el uno para el otro,—tan recio que es de espantar (6).
A los primeros encuentros—el mancebo en tierra está.
El moro cuando esto vido (7)—luego se fué apear:
sacó un alfanje muy rico—para habelle de matar;
mas ántes que le hiriese—le empezó de preguntar
quién ó cómo se llamaba,—y si es de los doce pares.
El mancebo estando en esto—luego dijo la verdad,
que le llaman Valdovinos,—sobrino de don Roldan.
Cuando el moro tal oyó—empezóle de hablar:
—Por ser de tan pocos dias,—y de esfuerzo singular (8)
yo te quiero dar la vida,—y no te quiero matar;

(1) «El caballero.» *Floresta.*
(2) «Venir.» *Floresta.*
(3) «Tomar.» *Floresta.*
(4) «Vengo á matarme contigo, no para contigo estar.» *Floresta.*
(5) «Hombre que á mis manos viene.» *Flor.*
(6) «Con un ánimo sin par.» *Floresta.*
(7) «El moro muy diligente.» *Floresta.*
(8) «Principal.» *Floresta.*

mas quiérote llevar preso—porque te venga á buscar
tu buen pariente Oliveros,—y ese tu tio don Roldan,
y ese otro muy esforzado—Reinaldos de Montalvan,
que por esos tres ha sido—mi venida á pelear.—
Don Roldan allá do estaba—no hace sino sospirar,
viendo que el moro ha vencido—á Valdovinos el infante.
Sin mas hablar con ninguno—don Roldan luego se parte (1)
íbase para la guardia—para aquel moro matar (2).
El moro cuando lo vido—empezóle á preguntar
quién es ó cómo se llama,—ó si era de los doce pares.
Don Roldan cuando esto oyó—respondiérale muy mal:
—Esa razón, perro moro,—tú no me la has de tomar (3),
por que á ese á quien tú tienes (4)—yo te lo haré soltar:
presto aparéjate, moro,—y empieza de pelear.—
Vanse el uno para el otro—con un esfuerzo muy grande (5):
danse tan recios encuentros—que el moro caido ha;
Roldan que al moro vió en tierra—luego se fué apear:
—Dime tú, traidor de moro (6),—no me lo quieras negar (7):
¿cómo tú fuiste (8) osado—de en toda Francia parar,
ni al buen viejo emperador,—ni á los doce desafiar? (9)
¿Cuál diablo te engañó—cerca de Paris llegar?—
El moro cuando esto oyera—tal respuesta le fué á dar:
—Tengo una cativa mora,—mujer de muy gran linaje (10):
requeríla yo de amores,—y ella me fué á demandar
que le diese tres cabezas—de Paris, esa ciudad;
que si estas yo le llevo—comigo habia de casar;
la una es de Oliveros,—la otra de don Roldan,

(1) «Don Roldan se fué á armar.» *Flor.*

(2) «Por del moro se vengar.» *Floresta.*

(3) «Tú no lo has de preguntar.» *Flor.*

(4) «Y ese á quien tienes preso» *Flor.*

(5) «Con ánimo general.» *Floresta.*

(6) «Cuitado moro.» *Floresta.*

(7) «Tú me lo quieras contar. *Flor.*

(8) «Quién te hizo tan.» *Floresta.*

(9) «Y desafiar los doce,
y aquí poner tu señal?» *Floresta.*

(10) «De linaje principal.» *Flor.*

la otra del esforzado—Reinaldos de Montalvan.—
Don Roldan cuando esto oyera—así le empezó de hablar:
—¡Mujer que tal te pedia—cierto te queria mal,
porque esas no son cabezas—que tú las puedes cortar!
mas porque á ti sea castigo,—y otro se haya de guardar
de desafiar á los doce,—ni venirlos á buscar,—
echó mano á un estoque (1)—para el moro matar (2).—
La cabeza de los hombros—luego se la fué á cortar:
llevóla al emperador—y fuésela á presentar.
Los doce cuando esto vieron—toman placer singular (3)
en ver así (4) muerto al moro,—y por tal mengua le dar (5).
También trajo á Valdovinos—que él mismo lo fué á soltar.
Así murió Calainos—en Francia la natural,
por manos del esforzado—el buen paladin Roldan.

(*Canc. de Rom.* s. a. f. 92.—*Canc. de Rom.* *1550*. f. 91.—*Floresta de varios rom.*)

194.

(Calainos (6).—II.)

Romance de los doce pares de Francia.

En misa está el emperador—allá en san Juan de Letran,
con él está Baldovinos,—y Urgel (7) de la fuerza grande,
y con él Dardin Dardeña (8),—y don Cárlos de Montalban,
con él está Oliveros,—con él estaba Roldan,
con él infante Gaiferos—salido de captividad,

(1) «A la su espada.» *Floresta*.
(2) «Degollar.» *Floresta*.
(3) «Los doce de muy alegres todos le van á abrazar.» *Floresta*.
(4) «Había.» *Floresta*.
(5) «Cosa de maravillar.» *Floresta*.

(6) Aunque en este romance el moro es llamado «Bramante» ó «Bravante», no cabe duda que se refiere al mismo asunto que el anterior.
(7) «Oger.» Pl. s. n.º 2.
(8) «Con él Endordin Dordeña.» Pl. s. n.º 2.

con él estaban los doce—que á su mesa comen pan;
la misa dice un arzobispo,—respóndele un cardenal.
La misa es cuasi acabada,—que la paz querian dar:
por las enguardas (1) de Francia—vieron moros asomar.
Subióse (2) el emperador—en altas torres á mirar,
y vido un moro esforzado—bien cerca de la ciudad:
el moro en un pendon—traia una rica señal
broslada de ricas lunas—vueltas en color de sangre
(moro que tal seña trae—gana trae (3) de pelear).
Envió cuatro moros suyos—á don Cárlos el emperante
mandándole desafíos—á él y á los doce pares:
que salgan lanza por lanza—para con él se matar (4).
Allí habló el emperador—una razón singular:
—Llamédesme á mi sobrino—el esforzado don Roldan,
aquel moro de la guardia—de allí me lo haga apartar,
y que arrastre su pendon—por el suelo y su señal,
por que moro no se alabe—que en Francia osase entrar.—
Bien lo oyera don Roldan—que cerca se fuera á hallar,
la respuesta que le dió—era para lastimar:
—No me place, el emperador,—ni es de mi voluntad;
no porque tenga temor—ni vergüenza en pelear;
mas caballeros conozco—que haceis servir y honrar,
y les dais el mesmo sueldo—que dais á mí don Roldan,
y cuando son entre damas—sábense bien alabar;
mas si vergüenza tuviesen—á vos no cumpliera hablar.—
Allí habló Baldovinos,—niño de poca edad,
mozo era de quince años,—en diez y seis quiere entrar:
—Dadme licencia, emperador,—si no, yo me la iré á tomar.
Aquel moro de la guardia—de allí lo haré apartar (5),
yo le traeré aquí preso (6)—y le podréis hacer matar;
pues mi tio don Roldan—á todos quiso deshonrar,
no deshonró á mí solo,—mas á cuantos aquí están:

(1) «Enguardias.» Pl. s. 2.
(2) «Subido se ha.» Pl. s. 2.
(3) «Tiene.» Pl. s. 2.
(4) «Con él se ha de matar.» Pl. s. 2.
(5) «Quitar.» Pl. s. 2.
(6) «Presto.» Pl. s. 2.

que si mi tio no fuera—respuesta le fuera á dar.
—Calledes vos, el mi hijo,—sangre mia natural,
que aquel moro que allí viene—esforzado le veis (1) estar,
y vos sois niño y mochacho—para las armas tomar.—
Ya se parte Baldovinos,—ya se parte para armar,
armóse de todas armas—las que solia llevar:
hacha de cuarenta y cinco,—y el peso de su pesar,
y fuése por su camino—donde el moro ha de hallar.
Desque fué cerca del moro—empezóle de hablar:
—¡Oh moro tan esforzado!—yo te quiero ahora rogar,
que quites tú el pendon,—que quites aquella señal,
si no lo haces de grado (2).—por fuerza te lo haré quitar.
—¡Bien vengas, el cristianillo (3),—el cristianillo (3)¡ bien
Cierto de tales como vos—para pajes querria tomar; [vengais!
si quereis vivir conmigo—á Turquía os he de enviar.
—Calla, moro esforzado,—no quieras tú tal hablar; [dar.—
mas echa mano á la lanza—que esta es la que os ha de ayu-
Echáron mano á las lanzas,—comezáronse á encontrar.
Mientras las lanzas duraron—á Baldovinos bien le va;
mas ya quebradas las lanzas—de hachas fueron á (4) jugar:
dado le ha el moro un golpe—que en el suelo le fué á echar.
Allí descabalgó el moro—por la cabeza le cortar;
desque le vido sin barbas—no le quiso degollar;
diciendo iba, diciendo:—Barbas ando yo á buscar.—
Mas atóle pies y manos,—manos y pies le fué á atar.
Allí habló Baldovinos—palabras de lastimar:
—¡Oh moro tan esforzado!—yo te quiero ahora rogar,
que me acortes la vida,—no me la quieras alargar;
que mas vale morir con honra—que con vergüenza quedar.—
Bien se lo vió don Roldan—allá en san Juan de Letran,
lágrimas de los sus ojos—corrian por la su faz.
Presto se hizo dar sus armas,—y luego se hizo armar,

(1) «Lo veo.» Pl. s. 2.
(2) «Si no lo quieres hacer.» Pl. s. 2.
(3) «El cristiano.» Pl. s. 2.
(4) «Ovieron de.» Pl. s. 2.

armóse de todas armas,—las piernas no pudo armar,
con una mano lleva la silla,—y con la otra el petral;
con los dientes lleva el freno—por mas presto despachar,
y fuése á rienda suelta—donde el moro ha de hallar.
—¡Oh buen moro esforzado!—yo te quiero ahora rogar,
que me cuentes tu ventura,—la mia te quiero contar.
—Pláceme, dijo el moro,—pláceme de voluntad.
Yo soy el moro Bramante (1),—que así me hacen llamar,
de siete reyes de moros—yo era el capitan.
Tengo una cristiana captiva—que es de Francia natural,
estoy enamorado de ella—que de amores quiero finar;
mil veces la he requerido—que conmigo quiera (2) casar;
por ninguna razon de estas—no me lo quiso otorgar,
sino con una condicion—que en arras le hubiese de dar:
que trajese tres cabezas—de Francia la natural,
la una de Oliveros,—la otra de don Roldan,
la otra de Urgel (3) de las Marchas,—esforzado singular:
y con estas tres cabezas—mora se ha de tornar.
—Calledes, moro esforzado,—y no querais mas hablar, [tar.
que no hay cabeza de esas—que la vuestra (4) no haya de cos-
Mas yo soy escudero de ellos,—quiero con vos (5) mi lanza [probar.—
Echaron mano á las lanzas,—de hachas van á jugar (6);
dió Roldan un golpe al moro—que en el suelo fuera á dar (7).
Desque el moro fué en el suelo—Roldan empezó de hablar:
—¡Oh buen moro esforzado!—torna presto á cabalgar,
que por derribarte una vez,—por eso no te he de matar (8),
que cuantas veces quisieres—tantas te he yo de esperar;

(1) «Bravante.» Pl. s. 2.
(2) «Haya de.» Pl. s. 2.
(3) «Ogel.» Pl. s. 2.
(4) «Tuya.» Pl. s. 2.
(5) «En ti.» Pl. s. 2.
(6) Echaron mano á las lanzas,
comiénzanse á encontrar,
mas ya quebradas las lanzas
de hachas ovieron de jugar.»
Pl. s. 2.
(7) «Que en el suelo le fué á derribar.» Pl. s. 2.
(8) «No pienses que por
derribarte una vez,
por eso te haya de matar.»
Pl. s. 2.

que yo soy aquel Roldan—al que querias la cabeza cortar.—
Cuando aquesto (1) oyera el moro—no quiso mas pelear;
mas diósele á merced,—á merced se le fué á dar.
—Pues desátame á Baldovinos—apriesa y no de vagar,
y hágasme juramento (2),—juramento me quieras prestar:
en las tierras do te halles—nunca te hayas de alabar (3),
que á ninguno de los doce—tú lo hubieses de atar.
—Pláceme, dijo el moro,—pláceme de voluntad;
mas con una condicion—que os quiero demandar:
que cuando seamos en Roma—delante del emperante,
que ninguno de los doce—no me haya de (4) maltratar.
—Pláceme, dijo Roldan,—pláceme de voluntad;
mas los doce son corteses,—no te han de (5) enojar,
que si á ti hacen deshonra (6)—á mí tocará el pesar.—
Todos tres fuéron á Roma—donde estaba el emperante,
y llegado don Roldan—comenzó así de hablar:
—¡Oh señor emperador!—yo os quiero ahora rogar,
que este moro que aquí viene—le hagais servir y honrar,
y le deis el mesmo sueldo—que dais á mí don Roldan (7).—
Allí estuvo muchos dias—á su placer y holgar.
Lleváronlo en Turquía,—pusiéronlo en libertad.
Honráronlo todos los moros—desque lo vieron llegar,
grandes fiestas le hicieron—con mucha solemnidad.

1) *Romance nuevamente trobado de los doze pares de Francia, etc.*
2) *Siguese un romance: el qual cuenta el desafio que hizo Montesinos á Oliveros, etc.* Pliegos sueltos del siglo XVI.

(1) «Desque esto.» Pl. s. 2.
(2) «Á merced se le fué á dar,
y Roldan desque lo oyera
que comienza á desmayar,
de ésta manera le dice
y le empezó de hablar:
—Suelta, moro, á Baldovinos,
comiénzalo á desatar,
(ya lo desataba el moro
apriesa y no de vagar)
y hazme luego juramento.»
Pl. s. 2.

(3) «No te quieras alabar.» Pl. s. 2.
(4) «No me quieran.» Pl. s. 2.
(5) «No te quieran.» Pl. s. 2.
(6) «Mas si alguno te enojase
mal contado le será,
y si á ti hacen deshonra.»
Pl. s. 2.
(7) «Que á mí me soleis dar.»
Pl. s. 2.

195

Romance del palmero (1).

De Mérida sale el palmero,—de Mérida, esa ciudad:
los piés llevaba descalzos,—las uñas corriendo sangre.
Una esclavina trae rota,—que no valía (2) un real,
y debajo traia (3) otra,—¡bien valia (4) una ciudad!
que ni rey ni emperador—no alcanzaba (5) otra tal.
Camino lleva derecho (6)—de Paris, esa ciudad;
ni pregunta por meson—ni ménos por hospital:
pregunta por los palacios—del rey Cárlos do está (7).
Un portero está á la puerta,—empezóle (8) de hablar:
—Dijésesme tú, el portero,—el rey Cárlos ¿dónde está?—
El portero que lo vido,—mucho (9) maravillado se ha,
cómo un romero tan pobre—por el rey va á preguntar.
—Digádesmelo, señor,—de eso no tengais pesar.
—En misa estaba, palmero (10),—allá en San Juan de Letran,
que dice misa un arzobispo,—y la oficia (11) un cardenal.—
El palmero que lo oyera—íbase (12) para Sant Juan:
en entrando por la puerta—bien veréis (13) lo que hará.
Humillóse (14) á Dios del cielo—y á Santa María su Madre,
humillóse (15) al arzobispo,—humillóse (16) al cardenal

(1) «Romance de Mérida sale el palmero.» *Canc. de Rom.* s. a. y 1550.

(2) «Vale.» *Silva. Floresta.*

(3) «Trae.» *Silva. Floresta.*

(4) «Que valia.» *Silva.* — «Que bien vale.» *Floresta.*

(5) «Alcanzaban.» *Silva. Floresta.*

(6) «El camino que llevaba.» *Silva.*

(7) «Donde están.» *Silva. Floresta.*

(8) «Comenzóle.» *Silva. Floresta.*

(9) «Mucho» falta en la *Silva.*

(10) «El palmero.» *Silva. Floresta.*

(11) «Y predica.» *Floresta.*

(12) «Fuérase.» *Silva.*

(13) «Oiréis.» *Silva. Floresta.*

(14) «Humíllome.» *Silva.*

(15) «Humíllome.» *Silva.*

(16) «Humíllome.» *Silva.*

porque decia la misa—no porque merecia mas (1):
humillóse (2) al emperador—y á su corona real,
humillóse (3) á los doce—que á una mesa comen pan.
No se humilla (4) á Oliveros,—ni ménos á don Roldan,
porque un sobrino que tienen—en poder de moros está,
y pudiéndolo hacer—no le van á rescatar.
Desque aquesto vió Oliveros,—desque aquesto vió Roldan,
sacan ambos las espadas (5)—para el palmero se van.
El palmero con su bordon—su cuerpo va á mamparar (6).
Allí hablara el buen rey (7)—bien oiréis lo que dirá:
—Tate, tate, Oliveros,—tate, tate, don Roldan,
ó este palmero es loco,—ó viene de sangre real.—
Tomárale por la mano,—y empiézale de hablar:
—Dígasme tú, el palmero,—no me niegues la verdad,
¿en qué año y en qué mes—pasaste aguas de la mar?
—En el mes de mayo, señor,—yo las fuera (8) á pasar.
Porque yo me estaba un dia—á orillas de la mar
en el huerto de mi padre—por haberme de holgar:
captiváronme los moros,—pasáronme allende el mar,
á la infanta de Sansueña—me fuéron á presentar (9);
la infanta desque me vido—de mí se fué á enamorar.
La vida que yo tenia,—rey, quiero vos la contar.
En la su mesa comia,—y en su cama me iba á echar.—
Allí hablara el buen rey,—bien oiréis lo que dirá:
—Tal captividad como esa—quien quiera la tomará.

(1) «Sacrificio celestial.» *Floresta.*

(2) «Humíllome.» *Silva.*

(3) «Humíllome.» *Silva.*

(4) «No me humillo.» *Silva.*

(5) «Cuando esta razón oyeron
Oliveros y Roldan,
las espadas arrancadas.»
Silva.

«Como aquesto oyó
y el buen paladin Roldan,
sacan ambos las espadas.»
Floresta.

(6) «Muy bien se fué á defensar.» *Silva.*

«Con su bordón el palmero
su cuerpo fuera á guardar.»
Flor.

(7) «Habló el emperador.» *Floresta.*

(8) «Las fuera yo.» *Silva. Floresta.*

(9) «Empresentar.» *Silva.*

Dígasme tú, el palmerico (1),—¿si la iria yo á ganar?
—No vades allá, el buen rey,—buen rey, no vades allá,
porque Mérida es muy fuerte,—bien se vos defenderá.
Trescientos castillos tiene,—que es cosa de los mirar,
que el menor de todos ellos—bien se os defenderá.—
Allí hablara Oliveros,—allí habló don Roldan:
—Miente, señor, el palmero,—miente y no dice verdad (2),
que en Mérida no hay cien castillos,—ni noventa á mi pensar,
y estos que Mérida tiene—no tiene (3) quien los defensar,
que ni tenian (4) señor,—ni ménos quien los guardar.—
Desque aquesto oyó (5) el palmero—movido con gran pesar,
alzó su mano derecha,—dió un bofeton á Roldan (6).
Allí hablara el rey—con furia y con gran pesar (7):
—Tomalde, la mi justicia,—y llevédeslo (8) ahorcar.—
Tomádolo ha la justicia (9)—para habello de justiciar;
y aun allá al pié de la horca—el palmero fuera hablar:
—¡Oh mal hubieses, rey Cárlos!—Dios te quiera hacer mal,
que en un hijo solo que tienes—tú le mandas ahorcar.—
Oídolo habia la reina—que se le paró á mirar:
—Dejédeslo, la justicia,—no le querais hacer mal,
que si él era mi hijo—encubrir no se podrá,
que un lado ha de tener—un extremado lunar.—
Ya le llevan á la reina,—ya se lo van á llevar:

(1) «Palmero.» *Silva. Floresta.*

(2) «Que non dice la verdad.» *Silva.*

«Porque no dice verdad.» *Floresta.*

(3) «Hay.» *Silva. Floresta.*

(4) «No tenia.» *Silva.*—«Que ni ellos tienen.» *Floresta.*

(5) «Vió.» *Silva.*—«El palmero que esto oyó.» *Floresta.*

(6) «Por herir á don Roldan.» *Floresta.*

(7) «Allí habló el buen rey
con ira y con pesar.» *Silva.*
«Allí hablara el buen rey,
bien oiréis lo que dirá.» *Floresta.*

(8) «Y llevámelo.» *Silva.* — «Y llevadlo á.» *Floresta.*

(9) «Cuando fué al pie de la horca
el palmero fué hablar:
—¡Mal hobieses, el rey Carlos!» *Silva.*

«Ya lo toma la justicia,
ya lo van á justiciar,
allá al pie de la horca
el palmero fué á hablar:
—Oh mal hubieses, rey Carlos!» *Floresta.*

desnúdanle una esclaviná—que no valia un real;
ya le desnudaban otra (1)—que valia una ciudad:
halládole han al infante,—halládole han la señal.
Alegrías se hicieron—no hay quien las pueda contar (2).

(Canc. de Rom. s. a. f. 172.—Canc. de Rom. 1550. f. 179.—Silva de 1550. t. II. fol. 201.—Floresta de varios rom.)

196.

(Del conde Almerique de Narbona.—I.)

Del Soldan de Babilonia,—de ese os quiero decir,
que le dé Dios mala vida—y á la postre peor fin.
Armó naves y galeras,—pasan de sesenta mil,
para ir á combatir—á Narbona la gentil.
Allá van á echar áncoras,—allá al puerto de Sant Gil,
cativado han al conde,—al conde Benalmenique (3).
Desciéndenlo de una torre,—cabálganlo en un rocin,
la cola le dan por riendas—por mas deshonrado ir.
Cient azotes dan al conde—y otros tantos al rocin;
al rocin porque anduviese,—y al conde por lo rendir.
La condesa desque lo supo—sáleselo á recibir:
—Pésame de vos, señor—conde, de veros así,

(1) «Ya le desnudan la otra.» *Silva.*
(2) «No tienen cuento ni par.» *Floresta.*
(3) *Sic.* Háse de entender bajo este nombre desfigurado, por haberse ya ofuscado la tradición original de los poemas provenzales, el harto conocido héroe de algunos de ellos, «En Aimeric, conde de Narbona», y se trata en este romance del cerco de la ciudad de Narbona, la cual defendía su mujer la condesa.—En el romance que dice:

«Durmiendo está el rey Almanzor»

este conde se halla nombrado también «Almenique».

Empero hasta la asonancia ha conservado en algún modo el nombre original, pues se tiene que decir «Almeniqu'».—Véase Fauriel, *Histoire de la poésie provençale*, tomo II, págs. 409-411.

daré yo por vos, el conde,—las doblas sesenta mil,
y si no bastaren, conde,—á Narbona la gentil.
Si esto no bastare, el conde,—á tres hijas que yo parí:
yo las pariera, buen conde,—y vos las hubistes en mí;
y si no bastare, conde,—señor, védesme aquí á mí.
—Muchas mercedes, condesa,—por vuestro tan buen decir:
no dedes por mí, señora,—tan solo un maravedí,
heridas tengo de muerte,—de ellas no puedo guarir:
adios, adios, la condesa,—que ya me mandan ir de aquí.
—Váyades con Dios, el conde,—y con la gracia de Sant Gil:
Dios os lo eche en suerte—á ese Roldan (1) paladin.

(*Canc. de Rom. de 1550*, fol. 289.)

197.

(Del conde Almerique de Narbona.—II.)

Durmiendo está el rey Almanzor—á un sabor atan grande;
los siete reyes de moros—no lo osaban acordar.
Recordólo Bobalias,—Bobalias el infante.
—Si dormides, el mi tio,—si dormides, recordad:
mandadme dar las escalas—que fuéron del rey mi padre,
y dadme los siete mulos—que las habían de llevar;
y me deis los siete moros—que las habian de armar,
que amores de la condesa—yo no los puedo olvidar.
—Malas mañas habeis sobrino,—no las podeis olvidar (2):
al mejor sueño que duermo—luego me vais á (3) recordar.—
Ya le dan (4) las escalas—que fuéron del rey su padre;
ya le dan los siete mulos,—que las habian de llevar;

(1) Esta es la lección auténtica y verdadera de todas las ediciones del *Canc. de Rom.*, y no la de «Soldan», que llevan la mayor parte de las colecciones modernas, desfigurándola en lugar de corregirla.

(2) «No las puedes ya dejar.» Eds. posts. del *Canc. de Rom.*

(3) «Has de.» *Ibíd.*

(4) «Daban.» *Ibíd.*

ya le dan los siete moros—que las habian de armar.
A paredes de la condesa—allá las fuéron á echar:
allá al pié de una torre,—y arriba subido han.
En brazos del conde Almenique (1)—la condesa van hallar:
el infante la tomó,—y con ella ido se han.

(*Canc. de Rom. de* 1550. f. 290.)

198.

Romance de la linda Melisenda (2).

Todas las gentes dormian—en las que Dios tiene parte,
mas no duerme Melisenda—la hija del emperante;
que amores del conde Ayruelo—no la dejan reposar.
Salto diera de la cama—como la parió su madre,
vistiérase una alcandora—no hallando su brial;
vase para los palacios—donde sus damas están;
dando palmadas en ellas—las empezó de llamar:
—Si dormis, las mis doncellas,—si dormides, recordad;
las que sabedes de amores—consejo me querais dar;
las que de amor non sabedes—tengádesme poridad:
amores del conde Ayruelo—no me dejan reposar.—
Allí hablara una vieja;—vieja es de antigua edad (3):
—Agora es tiempo, señora,—de los placeres tomar,
que si esperais á vejez—no vos querrá un rapaz (4).—

(1) Véase la nota del romance anterior.

(2) Que la tradición en que está fundado este romance pertenece al ciclo carlovingio, y que todavía tiene rasgos comunes con el cantar de gesta francés de «Amis y Amiles», va probado en la edicion de este último poema, por C. Hofmann (*Amis et Amiles und Jourdains de Blavies*. Erlangen, 1852, in-8.º, pág. VI.)

(3) «Que es vieja de antigüedad.» *Glosa* nuevamente hecha por Francisco de Lora.

(4) Despues de este verso lleva el texto entresacado de la *Glosa de Lora* los cuatro siguientes:

Esto aprendí siendo niña,
y no lo puedo olvidar,
el tiempo que fuí criada
en casa de vuestro padre.—

Desque esto oyó Melisenda—no quiso mas esperar (1),
y vase á buscar al conde—á los palacios do está.
Topara con Hernandillo—un alguacil de su padre.
—¿Qué es aquesto, Melisenda?—¿Esto qué podia estar?
¡O vos teneis mal de amores,—ó os quereis loca tornar!
—Que no tengo mal de amores,—ni tengo por quien penar,
mas cuando fué (2) pequeña—tuve una enfermedad.
Prometí tener novenas—allá en San Juan de Letran:
las dueñas iban de dia,—doncellas agora van.—
Desque esto oyera Hernando—puso fin á su hablar;
la infanta mal enojada—queriendo dél se vengar:
—Prestásesme, dijo á (3) Hernando,—prestásesme tu puñal,
que miedo me tengo, miedo—de los perros de la calle.—
Tomó el puñal por la punta,—los cabos le fué á dar:
diérale tal puñalada—que en el suelo muerto cae.
Y vase para el (4) palacio—ado el conde Ayruelo está;
las puertas halló cerradas,—no sabe por do entrar (5):
con arte de encantamento—las abrió de par en par.
Al estruendo el conde Ayruelo—empezara de llamar:
—Socorred, mis caballeros,—socorred sin mas tardar;
creo son mis enemigos,—que me vienen á matar.—
La Melisenda discreta—le empezara de hablar:
—No te congojes, señor,—no quieras pavor tomar,
que yo soy una morica—venida de allende el mar.—
Desque esto oyera el conde—luego conocido la ha:
fuése el conde para ella, las manos le fué á tomar,
y á la sombra de un laurel—de Vénus es su jugar.

(*Romance de la linda Melisenda glosado por Francisco de Lora.* Pliego suelto s. l. n. a.—*Glosa nuevamente hecha por Francisco de Lora* Pliego suelto s. l. n. a.)

(1) «Escuchar.» *Glosa de Lora.*
(2) «Yo era.» *Glosa de Lora.*
(3) «Hora Hernando.» *Glosa de Lora.*
(4) «Ibase para.» *Glosa de Lora.*
(5) «Pasar.» *Glosa de Lora.*

INDICACIÓN POR NÚMEROS

DE LOS ROMANCES ORDENADOS SEGÚN LAS TRES CLASES CARACTERÍSTICAS EN QUE SE HAN INTENTADO ESTABLECER

Clase 1.ª, ó romances primitivos ó tradicionales.

Á ella pertenecen los núms. 2, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 13 a, 15, 16, 17, 19, 20, 23, 24, 26, 29, 30, 30 a, 30 b, 31, 33, 35, 36, 37, 39, 40, 41, 42, 43, 45, 47, 47 a, 50 a, 51, 52, 54, 55, 57, 58, 59, 60, 61, 62, 64, 69, 69 a, 71, 73, 73 a, 74, 75, 77, 78, 79, 80, 81, 82, 83, 84, 84 a, 85, 86, 88, 88 a, 88 b, 89, 91, 95, 96, 96 a, 96 b, 98, 99, 101, 102, 107, 109, 113, 114, 116, 117, 118, 119, 120, 121, 122, 123, 124, 129, 130, 131, 132, 133, 135, 136, 136 a, 137, 138, 139, 140, 141, 142, 143, 144, 146, 146 a, 147, 150, 151, 153, 154, 157, 158, 159, 161, 168, 169, 170, 179, 183, 185, 186, 196, 197, 198.

Clase 2.ª, ó romances primitivos refundidos por los eruditos ó poetas artísticos.

Á ella pertenecen los núms. 1, 3, 3 a, 3 b, 5 a, 14, 18, 21, 22, 27, 28, 32, 34, 38, 42 a, 44, 46, 47 b, 48, 49, 50, 56, 61 a, 63, 65, 66, 66 a, 67, 67 a, 68, 70, 71 a, 72, 76, 78 a, 82 a, 85 a, 85 b, 87, 90, 92, 92 a, 93, 94, 95 a, 97, 100, 101 a, 102 a, 102 b, 103, 104, 105, 106, 107 a, 108, 110, 111, 112, 114 a, 115, 125, 126, 127, 128, 134, 145, 148, 149, 152, 155, 156, 160, 161 a, 182, 191.

Clase 3.ª, ó romances juglarescos.

Á ella pertenecen los núms. 25, 53, 154 a, 162, 163, 164, 165, 166, 167, 171, 172, 173, 174, 175, 176, 177, 177 a, 178, 180, 181, 184, 185 a, 187, 188, 189, 190, 192, 193, 194, 195.

APÉNDICES

Á LA

PRIMAVERA Y FLOR DE ROMANCES

ADVERTENCIA

Para dar el orden debido á las numerosas adiciones que voy á hacer á la *Primavera* de Wolf, he distribuído los romances en dos clases, incluyendo en la primera, que subdivido en dos grupos, los que se derivan de la tradición escrita (ya en los libros, ya en el teatro), y en el segundo los que proceden de la tradición oral. Unos pocos de los romances incluídos en la primera clase fueron ya conocidos por Wolf, pero no los admitió en su colección por razones que no me parecen de gran fuerza, puesto que reimprimió otros análogos y todavía menos primitivos. Los restantes proceden, casi todos, de la *Tercera Parte de la Silva de Romances* (Zaragoza, 1551), que Wolf no llegó á ver, y cuyo único ejemplar conocido fué rescatado para España, á peso de oro, en 1888, por el Marqués de Jerez de los Caballeros, poseedor en Sevilla de la más rica y selecta biblioteca de libros de poesía castellana que puede imaginarse. Á la generosidad bien conocida de tan inteligente y apasionado bibliófilo, y á la buena amistad con que me honra, debo el que aquí figuren todos los romances nuevos de dicha *Tercera Parte,* y las variantes de los ya conocidos. Excluyo, por supuesto,

los que son meramente eruditos y literarios, pero haré de ellos mención en la nota biográfica que va al fin de este primer apéndice. Los demás romances añadidos proceden de pliegos sueltos, ó de otras fuentes que se especificarán en cada uno. En cuanto á su colocación, seguiremos un orden análogo al de la *Primavera*.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

APÉNDICE I

Romances procedentes de manuscritos, de pliegos sueltos ó de colecciones antiguas.

SECCIÓN DE ROMANCES

RELATIVOS Á LA HISTORIA Y TRADICIONES DE ESPAÑA

1.

ROMANCES DEL REY DON RODRIGO.—I

Romance del conde don Julián.

Ya se sale de Toledo—el conde don Julián,
él y su hija la Cava—muy mal enojados van,
el conde está muy sañudo—cuanto no puede ser más,
piensa de vender á España—con falsía y con maldad,
porque pague todo el reino—lo que el rey fuera á pecar
en deshonrar á la Cava—la su hija natural.
Por hacer mejor su hecho—y su traición ordenar,
fuérase al rey don Rodrigo,—dice le va á aconsejar,
las palabras que le dice—son fundadas en gran mal:
—«Rey Rodrigo, rey Rodrigo,—mi buen señor natural,

sé que estais muy alcanzado—de moneda y de cabal,
vos dais muy grande partido,—no lo habeis menester dar,
á mucha gente de guerra—que en las fronteras están,
sesenta mil caballeros—todos comen vuestro pan,
mas de cuatro mil castillos—tenedes que sustentar,
sin habello menester—ni habello necesidad;
si tomas, rey, mi consejo—muchos haberes tendrás,
tendrás tantos de tesoros—que en el mundo no haya más,
mandareis á los soldados—que se vayan sin tardar
á sus tierras y lugares—que no les querais dar mas,
y tambien porque las gentes—no se quieran guerrear,
mandad deshacer las armas—cuantas en el reino hay,
y que nadie sea osado—ningunas armas guardar,
y así estareis en sosiego—y así vivireis en paz.»—
Al rey le paresce bien,—ansi lo fué á mandar,
que nadie de allí en un mes—pueda más armas tomar
so pena que por traidor—le mandarán ahorcar.
Todos maldicen al rey—y al que el consejo fué á dar,
porque bien veen que no pueden—sino en gran mal redundar,
mas como son apremiados—no podían hacer mas,
todos deshacen las armas,—nadie las osa guardar,
las espadas hacen sierras—para madera cortar,
los yelmos y los escudos—hacen rejas para arar,
de las otras armas hacen—azadas para cavar,
unas echan en los pozos,—otras lanzan en la mar.
¡Qué mal consejo que diste,—oh maldito don Julián!
maldito fuera aquel día—en que te fuiste á engendrar,
mas valiera que en nasciendo—te lanzaran en la mar,
que no echaras á perder—á toda la cristiandad.

(Tercera parte de la *Silva*, Zaragoza, 1551, fol. 149 vuelto.)

2.

(Del rey don Rodrigo.—II.)

Romance de la destrucción de España.

Cuán triste queda Castilla—sin ventura desdichada,
despues que el rey don Rodrigo—se perdió en la gran batalla,
no quedó bandera enhiesta,—la noble gente asolada;
que el traidor don Julián—con don Opas se acordaba
en hacer gran traición—á bándera desplegada,
muy grandes daños se hacen—cruda cosa es lo que pasa,
que á cuantos pueden haber—pasan á filo de espada,
matan mujeres y niños,—que ninguno les quedaba,
las sin ventura doncellas—cada cual se las forzaba,
muchas reniegan la fé,—cualquier mora se tornaba,
y lo que más se sintió—y que más pena causaba
era ver cualquier iglesia—de moros vituperada,
allí ensalzan á Mahoma—y la su secta malvada,
un martirizar obispos—y otra gente consagrada,
ver de tanta cristiandad—tanta sangre derramada,
daban gritos y gemidos—cada cual segun estaba.

(Tercera parte de la *Silva*, fol. 151 vuelto.)

3.

(Del rey don Rodrigo.—III.)

Romance de la Cava.

Gran llanto *hace* (1) la Cava—con gran dolor y amargura
desque *vió* (2) la perdición—y la crueldad tan dura
y que fué ocasión dello—la su grande hermosura,

(1) «Hacía». (2) «Vido».

á grandes voces decía:—«Oh mujer de gran locura,
nunca hobieras nascido,—ni se viera tu figura
pues que tanto mal causaste—y tanta mala ventura.»
Todos pasan á cuchillo—que no queda criatura,
hasta á las monjas sagradas—les vino su desventura:
tú eres perdición de España,—fuego que todo lo apura,
de tí quedará memoria—para siempre en escriptura,
unos te llamarán diablo,—otros te llamarán (*sic*) diablura,
otros te llamarán (*sic*) demonio (1),—otros que eres su hechura,
yo *soy* (2) mal aconsejada—y lo hice sin cordura:
Oh día para mí tan triste—mucho más que noche (3) escura,
oh tú gran rey don Rodrigo,—grande fué tu desventura,
el día que tal heciste (4)—hobo fin tu gran altura,
asáz pagas con setenas—tu osadía y travesura,
mucha ponzoña gustaste—con muy poquita holgura (5).

(Tercera parte de la *Silva*, 1551, fol. 152 vuelto. — Las variantes son de un pliego suelto de Praga, Wolf, *Sammlung*, 203.)

(1) «Dimonio».
(2) «Fuí».
(3) «Que más que la noche».
(4) «Hiciste».
(5) En el *Cancionero Musical de los siglos* XV *y* XVI publicado por don Francisco Asenjo Barbieri (núm. 323), hay dos versos de un romance desconocido del rey D. Rodrigo:

Rómpase la sepoltura—porque más penes contigo,
el mayor y sin ventura—d'España rey don Rodrigo.

4.

ROMANCES DEL CONDE DE CASTILLA FERNAN GONZALEZ.

(Del conde Fernan Gonzalez. — I.)

«Buen conde Hernan Gonzalez—el rey envia por vos,
que vades á las sus cortes—que se hacen en Leon;
que si vos allá vais, conde,—dar os han buen galardon:
daros han á Palenzuela—y á Palencia la mayor,
daros han á Torquemada—la torre de Mormojón,
os dará las nuevas villas—con ellas á Carrión;
buen conde, si allá no ides—dar os ían por traidor.»
—Alli hablara el buen conde—y dixera esta razón:
«Mensajero eres, amigo,—no mereces culpa, no;
que yo no he miedo al rey—ni á cuantos con él son:
villas y castillos tengo—todos á mi mandar son,
dellos me dexó mi padre—dellos me tenía yo;
las que me dexó mi padre—poblélas de ricos hombres,
las que me ganara yo—poblélas de labradores;
quien no tenía mas de un buey—dábale otro, que eran dos;
todos los días del mundo—por mí hacen oración:
no lo hacen por el rey,—que no lo merece, nó.»

(Síguense dos glosas, la una sobre el romance que dizen *Buen conde Fernan Gonçalez...* Y la otra sobre el romance de *Yo me levantara, madre, mañanica de Sant Jvan...* Hechas agora nuevamente por Alonso de Alcaudete. Sin l. ni a. (hácia 1530). Pliego suelto gótico que perteneció á Salvá, y pertenece ahora á la riquísima biblioteca que en Sevilla posee el duque de T'Serclaes) (1).

(1) Este romance es sustancialmente el mismo que tiene en la *Primavera* el número 17, pero se reproduce aquí porque el texto glosado por Alcaudete tiene algunas variantes, y es más antiguo que el del *Canc. de Rom.* y el de la *Silva* de Zaragoza.

5.

(Del conde Fernan Gonzalez.—II.)

El conde Fernan Gonzalez—cabe la villa de Lara,
mientra la gente se junta—sálese á buscar la caza.
Dentro en los robles del monte—un puerco se levantara,
tras él arremete el conde—de los suyos se alejaba.
Como el puerco corre mucho—el conde le va de zaga.
En la mayor espesura—con una ermita topara:
cubierta estaba de yedra,—de muy gran tiempo olvidada.
Por una pequeña puerta—el puerco dentro se entraba.
No puede el conde seguirlo—que el caballo le estorbaba;
era tan espeso el monte—que apenas se meneaba.
Saltando el conde en el suelo—metió la mano en la espada,
revolvió su manto al brazo—dentró en la ermita se entraba;
mas el puerco se acoge—cabe un altar que allí estaba.
No quiso el conde ferirlo,—mas de hinoyos se fincaba.
Estando oración haciendo,—un monje viejo asomaba
con un rosario en la mano,—y una vestidura blanca;
la barba tiene crecida,—pelada tiene la calva,
descalzos lleva los pies,—y arrimado á una cayada.
Palabras que el conde dice—pena le dan en el alma.
«Buen conde Fernan Gonzalez—el rey Almanzor te aguarda.
Déjate de montear,—vete á darle la batalla
que será muy bien ferida—mucha sangre derramada:
ciento trae para uno,—¡Dios sea, conde, en tu guarda!
Lo que en ella te viniere—sonará por toda España.
Sólo te sabré decir—que es mucha tu buena andanza:
una señal verás, conde,—que te temblará la barba,
sabe que tus caballeros—desmayarán en mirarla.
Dos veces has de ser preso;—tu mujer llamarse ha Sancha;
vete, buen conde, á los tuyos—que por tí lloran en Lara.
Si bien vinieron tus hechos,—acuérdate desta casa.»

El conde que al monje escucha,—no le responde palabra;
mas despidiéndose dél—á los suyos se tornaba.
Recíbenlo alegremente;—mételos en ordenanza.
Ya llega el rey Almanzor—para darle la batalla.
El conde cuenta su gente,—muy poco número halla.
Poniéndola en un tropel,—á los moros esperaba:
cuando un caballero suyo—delante todos pasaba,
arremetiendo el caballo—en ristre pone la lanza;
corriendo va por el campo;—ambas huestes le miraban:
la tierra se abrió con él—y dentro de sí lo traga;
luego se tornó á juntar,—como si nada pasara.
Desque esto el buen conde vido—sus caballeros miraba;
todos los vió desmayados,—el más fuerte flaco estaba.
El conde que los vió así,—desta manera les habla:
«Caballeros castellanos,—¿cómo el corazón os falta
por un agüero como este?—Vergüenza es ver que os desmaya;
pues la tierra no nos sufre,—¿quién nos sufrirá en batalla?
Á ellos, amigos míos,—ninguno no se os vaya.»
Da de espuelas al caballo;—entre los moros se lanza.
Tanto hizo con los suyos,—que vencedores quedaban.
En el despojo del campo—muchos tesoros hallaban.
Su parte dió el conde al monje—por que una iglesia hagan:
la cual se hizo despues,—que fue Sant Pedro de Arlanza.

(Segunda parte de la *Silva* de Zaragoza, 1550) (1).

(1) Wolf, en el apéndice á su tratado *Ueber eine Sammlung spanischer Romanzen in fliegenden Blättern*, reimprimió este romance, pero le excluyó de la *Primavera* por calificarle de erudito. Por igual regla hubiera debido suprimir los dos que comienzan «Preso está Fernan Gonzalez», que son del mismo tono y estilo, y están sacados igualmente de la prosa de las crónicas. Tanto por esta razón, como por contener un motivo épico que no se halla tratado en los otros romances genuinamente populares, se pone aquí para completar el ciclo de Fernán González. No se halla en el *Romancero* de Durán.

6.

(Del conde Fernan Gonzales.—III.)

Castellanos y leoneses—arman muy grande cuistiones
sobre el partir de los reinos—y el poner de los mojones.
El conde Fernan Gonzalez—con el rey don Sancho Ordoñez
trátanse de hi de putas,—hijos de padres traidores.
No les pueden poner treguas—caballeros ni señores,
si no son dos frailecicos—unos muy benditos monjes.
El uno es primo del rey,—el otro hermano del conde,
que se vayan á juntar—al campo de Carrión.
El uno se va por Burgos—y el otro vá por León.
Si mucho madrugó el rey—el conde más madrugó;
á la pasada de un río—los dos ajuntados son:
el rey iba en una mula,—el conde en un buen trotón.
Sobre el pasar de los vados—muy mal arrevueltos son:
los del rey que pasarían,—los del buen conde que non.
El conde con lozanía—su caballo revolvió;
con el agua y el arena—al rey mal ensalpicó.
Allí hablara el rey—con semblante denodado:
«¿Cómo sois tan loco, el conde?—¿Cómo sois desmesurado?
Si no fuera por las treguas—de vos me hubiera vengado,
con vuestra sangre, el conde—hubiera yo vuelto el vado.»
«Pues para eso (dijo el conde)—mal lo teníades librado.
Si quereis uno á uno—sinó sean cuatro á cuatro;
y con las armas parejas—salgamos luego al campo.
Vos traeis muy gruesa mula,—yo muy ligero caballo;
vos traeis sayo de seda,—yo traigo un arnés tranzado.
Si vos, rey, teneis espada,—yo venablo en la mi mano.
Vos traeis treinta de mula,—yo quinientos de á caballo.»
Esto que oyera el rey—á León se hubo tornado;
mandó luego llamar cortes,—por los grandes ha enviado.
Todos ellos son venidos,—solo el conde ha faltado (1).

(*Maldiciones de Salaya*... con un romance del conde Fernan Gonzalez y otro del Cid. Pliego suelto de la Biblioteca de Bölh de Faber.—Gallardo, *Ensayo*, IV. 315.)

(1) Es variante muy abreviada del número 16 de la *Primavera*.

7.

ROMANCES DE LOS INFANTES DE LARA.—I

Sacóme de la prisión—el rey Almanzor un día,
convidándome en su mesa (1)—fízome gran cortesía.
Los manjares adobados—mucho fueron á su guisa (2)
y despues de haber yantado—díjome sobre comida:
«Sábese, Gonzalo Gustios—que entre tu gente y la mía
en campos de Arabiana—murió gran caballería.
Hanme traido un presente—enseñártelo quería (3),
estas son siete cabezas (4)—por ver si las conocias.»
Presentólas á mis ojos—descubriendo una cortina,
conocí mis siete hijos—y el ayo que los regía (5).
Traspaséme de dolor—pero viendo que tenían (6)
de ver mi pecho los moros (7)—me esforzaba y no podía.
Dióme luego libertad—juré á Arlaja en mi partida
que me vengaría rabiando—ó llorando cegaría (8).
Lo primero no cumplí—por ser corta la mi dicha;
medio (9) estoy de llorar ciego—cumplí la palabra mía.
Non, pues, Rodrigo el traidor—se contenta ni se olvida (10)
de darme á manojos penas—faced, mi buen Dios, justicia (11):

(1) «Sentárame á la mesa.» Ms. B. R.

(2) Falta este verso en el ms. de Palacio.

(3) «Un presente me han traido
enseñártele quería.» B. R.

(4) «Son estas *ocho* cabezas.»
B. R.

(5) «Y el ayo que los traia.»
B. R.

(6) «*Temian*» dice el ms. de Barcelona. *Tenian* corrigió Milá. El ms. de Palacio dice: «Pero viendo que *atendia*».

(7) «Ver mi pecho entre los moros.» B. R.

(8) «De que moriría rabiando
y de llorar cegaría.» B. R.

(9) *Medio* es corrección indicada por Milá. El ms. de Barcelona dice *muerto*, el de Palacio *vuelto*.

(10) «Non por Rodrigo el traidor
se acabaron mis fatigas.»
B. R.

(11) Falta este verso en el ms. de Palacio.

que porque mis hijos cuente—y los plaña cada día (1)
sus homes á mis ventanas—las siete piedras me tiran (2).

(Romancero inédito de la Biblioteca Provincial y Universitaria de Barcelona, descrito por Milá en el *Jahrbuch für romanische literatur,* III, 163.—Romances manuscritos de la Biblioteca del Real Palacio en Madrid (2 — H — 4), apud Menéndez Pidal (R.) *Los Infantes de Lara,* 99. Más adelante indicaremos otras versiones de este romance que se encuentran en comedias.)

8.

(De los Infantes de Lara.—II.)

En un monte junto á Burgos—á las sombras de una haya
echado está Rui Velázquez—cansado de andar á caza,
la verde hiedra (3) por lecho.—y el brazo por almohada,
y el caballo atado á un roble,—del arzón cuelga el adarga,
la lanza hincada en tierra,—la mano sobre la espada;
y entre sí está pensando—de la más cruel hazaña
que hizo jamás christiano—despues que España fué España.
—«Sobrinos, los mis sobrinos—los siete infantes de Lara,
si me tratárades bien—á mi muger doña Alambra,
no muriérades, sobrinos,—en campos de Araviana,
ni os quitaran las cabezas—al infante ni á Liarda (4),
y agora un medio morillo—que vuestro hermano se llama
dice que me ha de matar—y de mí tomar venganza:
nunca lobo á mi ganado—que mayor daño me haga.»—

(1) «Ni porque mis fijos cuente—y los plaña cada día.» B. R.
(2) Aquí añade el ms. de Palacio un verso:
«Y dando amenazas tantas,—santos, facedme justicia».
(3) Así en el ms.; pero parece que debe de ser *hierba,* y no *hiedra.*
(4) Así está en el ms., pero la lección es evidentemente errada, como notó el Sr. Foulché Delbosc. En las palabras alteradas debían de contenerse los nombres de los moros *Viara* y *Galve* citados por la *Crónica General,* ó del *moro Alicante,* de quien habla la Crónica de 1344. Acaso el traductor del romance mezcló ambos textos. Propongo esta restitución conjetural:
«Ni os quitaran las cabezas—Alicante ni Viara.

Y estando en estas razones—un caballero asomara:
tocado va á la morisma—aunque es la señal christiana,
y en medio del pendon trae—una gran cruz colorada.
Ruy Velazquez que lo vió—bien pensó que era Mudarra,
mas desque le conoció—quísole volver la cara.
Dijo: «Caballero, espera»—dícele: «Espera, aguarda,
que segun las señas traigo—tú eres quien yo buscaba,
el que mató á traición—los siete infantes de Lara.»
—«Mientes, mientes, vil bastardo,—hijo de una renegada;
yo no maté á mis sobrinos—nin en ellos non pensaba,
nin á un *parsiento* como tí (1)—non les negaré la cara.»
Jugando van los caballos,—blandeando van las lanzas;
vase el uno para el otro—recios encuentros se daban,
y á los primeros encuentros—Ruy Velazque en tierra daba.
Esto que vió Gonzalvillo—del caballo se apeara,
hincara la lanza en tierra,—la cabeza le quitara,
y en la punta de su lanza—él la poniera hincada.
Fuérase para Almudévar—para Almudévar la llana;
por las calles de Almudévar—á grandes voces llamaba:
—«Salid, damas é doncellas,—las del linaje de Lara,
verédes aquí un traidor—en la punta de mi lanza,
el que mató á traición—los siete infantes de Lara.

(Poesías de varios autores del siglo XVI, recogidas y copiadas por D. Gregorio Mayans. Ms. autógrafo de 45 hojas, que perteneció á la Biblioteca Salvá—R. Foulché Delbosc, *Revue Hispanique*, 1898, 252—54. La copia es muy incorrecta: el Sr. Foulché Delbosc hace algunas enmiendas que en general acepto, fuera de las tres que advertiré en las notas.)

(1) Creo que puede conservarse la lección del códice, leyendo en una sola palabra *parsiento*, que tiene trazas de ser voz despectiva á estilo de *harapiento*.

9.

(De los infantes de Lara.—III.)

Anda Córdoba y su tierra—el pueblo todo alterado,
no por mal ni por revuelta—sino de regucijado.
Hacen todos algazara—y se tocan con las manos,
abrázanse unos á otros—á Mahoma gracias dando,
y el comun y principal—sale con gran grita al campo,
los menores van á pié—los mayores á caballos,
los hombres con ricas lanzas—y los niños griteando,
á recibir á Alexante—que de Castilla ha tornado,
con la más brava victoria—que jamás volvió pagano.
No la guanó bueno á bueno—que un traidor se la ha entre-
y por esta causa el moro—viene muy reguecijado, [guado»
delante todos los suyos—en un gran caballo bayo,
enjaezado á la morisca—con un jaez encarnado.
La marlota traia blanca—y el albornoz colorado,
el brazo blanco y velloso—hasta el cobdo aremanguado,
y en él una rica lanza—y en ella un pendón labrado,
por las manos de una mora—de quien era aficionado.
Ocho cabezas traía—en el arzón del caballo,
colgadas de los cabellos—que se vienen desangrando,
las siete son de mancebos—la otra de un viejo anciano.
Y en llegando que llegó—á donde se hubo apeado,
al viejo Gonzalo Bustos—las tristes nuevas le han dado.
El viejo que aquesto oyera—el corazón le dió un salto,
no porque sabe lo que es—sino que imagina el caso.
Mandóle llamar ante él,—las cabezas le ha mostrado;
dícele con aguonía:—«¿Conoces algun christiano?»
Míralas por todas partes—y límpialas con un paño,
y ansí vino á conocer—que eran los que había engendrado.
«Santo Dios, grande es mi culpa»—decía el viejo cuitado,

muy grande pena merezco—pues tanto apretais la mano,»
y diciendo estas razones—un parajismo le ha dado.

(Cancionero ms. de la Biblioteca Nacional, J. 225, fol. 14 v. letra de principios del siglo XVII.—Menéndez Pidal, *Los Infantes de Lara,* 114.)

10.

(De los Infantes de Lara.—IV.)

Despues que *Guonzalo* Bustos—del gran llanto ha descan-
que por sus hijos ha hecho—y por el ayo cuitado, [sado
triste, ansioso y pensativo—se recostó en un estrado.
Mira las ocho cabezas—que Almanzor le ha presentado,
y dice, hablando entre sí,—ya del todo trasportado:
«Oh tirano don Rodriguo!—¿Qué intolerable peccado
que te hicieron tus sobrinos—que tan mal los has tratado?
Huélguate, perro alevoso—pues sin razón te has venguado.
Alaxa, hermana del reí—de quien anda aficionado,
viendo el triste lamento—se le alleguó por un lado,
y dice: «Guonzalo mío—Bustos, bien de mi cuidado,
¿qué es del animoso pecho—y aquel esfuerzo sobrado
con que al mundo resistís—á pesar del duro hado?
Agora, mi bien, te veo—tan herido y desmayado.»
Alzó los ojos arriba—y á Alaxa ansí ha hablado:
«Señora de mi contento—razón es que esté penado,
pues me han muerto siete hijos—y al que los había criado;
y haberlos muerto sin culpa—es lo que más me ha pesado.
Mas pues esta adversidad—y el verme yo aprisionado
fué causa que os conociese,—dóilo por bien empleado.

(Ms. J. 225 de la Biblioteca Nacional, fol. 12.—Menéndez Pidal, *Los Infantes de Lara,* 116.)

11.

(De los Infantes de Lara.—V.)

El hijo del castellano—habido en la mora Arlaja,
sale á conocer su padre—de Córdoba donde estaba,
El buen Mudarra.
Con la mitad de un anillo—que de su madre llevaba,
porque por él le conozca—el que la otra guardaba,
Á el buen Mudarra.
La sangre real de Bustos—arde en la mezclada masa,
que aunque el cuerpo á la morisca — lleva el alma á la cris-
[tiana,
El buen Mudarra.
Aspira á el paterno orígen—del jóven la fatal fama,
cuidosa de su descuido—que de ser quien es le aparta,
Á el buen Mudarra.
Juzga, segun su deseo—que el veloz corredor tarda;
que aunque en Córdoba los ojos — lleva el pensamiento en
[Sálas,
El buen Mudarra.
Pasado el soberbio puente—que el ancho corriente abarca
la partida seña mira—y entre sí confuso habla
El buen Mudarra (1).

(M. J. 225 de la Biblioteca Nacional, fol. 38 vuelto.—Menéndez Pidal, *Los Infantes de Lara*.)

(1) Ni este romance, ni los dos anteriores (que quizá sean de un mismo poeta) pueden calificarse de populares, pero se insertan aquí por completar un ciclo épico, siguiendo el ejemplo de Wolf, que admitió los dos que comienzan:

«¿Quién es aquel caballero—que tan gran traición hacía...»
«Cansados de pelear—los seis hermanos yacian...»

á pesar de tener autor conocido, que es el Caballero Cesáreo, amigo de Lorenzo de Sepúlveda (n. 21 y 22).

12.

Romance del conde Vélez.

Alabose el conde Vélez—en las cortes de León,
que no hay dueña ni doncella—que le negasse su amor,
sino fuera el de la infanta—que no se le demandó,
que si se le demandara—no le dijera de nó.
Mucho pesó á los hidalgos—cuantos en la corte son,
mucho más pesó á don Bueso—que adamaba nuevo amor.
«Una amiga tengo el conde—de quince años que mas non,
que si me la engañasses—sacasses me el corazón,
y si no me la engañasses—quedarías por traidor.»—
Todos fían á don Bueso—y al conde ninguno non,
sino fuera un infante—que es hijo de un gran traidor;»
éste fió al conde Vélez—en los cuentos, que más no.

(Tercera parte de la *Silva*, fol. 45 vuelto.)

13.

Romance del rey don Alonso (el Sabio).

El triste rey don Alonso—viviendo á más andar,
su hijo el rey don Sancho—desheredado lo ha;
con lágrimas de sus ojos—estas trobas fué á trobar:
«Santa María señora,—no me querais olvidar,
caballeros de Castilla—desamparado me han,
que por miedo de don Sancho—no me osan ayudar;
ha hecho darme sentencia,—no seré para reynar,
véome viejo y cano,—flaco para pelear,
haré una galera negra—que denote mi pesar,
é sin gobierno ninguno—me porné por la alta mar,

navegando de contino – por las venturas buscar,
que ya así hiciera otro rey—para haber de gobernar,
Apolino fuera aqueste—yo fuera otro que tal.»—
Y acabadas las sus trobas—un criado fué á llamar,
diérale la su corona—y que la fuese á empeñar,
que don Sancho el deseado—no le había dejado más,
y la llevase allende—al rey moro Abenaraf;
viendo el moro la corona—hubo mucha piadad,
llamara sus caballeros,—allí les fué á hablar :
«Sabed, los mis caballeros—una grande novedad,
que don Sancho á don Alonso – desposeido lo há,
enviame su corona,—que le dé con qué pasar,
¿qué os paresce, los mis moros?—En esto me aconsejad.»
Allí habló un moro viejo,—viejo y de mucha edad :
«Á tal hombre como Alonso—bien le debeis de ayudar,
que muy caro se te vende—quien se te vá á encomendar.»
Él tomó el buen consejo,—mandó al cristiano llamar,
dióle sesenta mil doblas—sin la corona tomar,
díjole: «Dirás Alonso—mucho se quiera esforzar,
cincuenta mil de caballo—le pasarán ayudar,
y si estos no son parte—yo enviaré muchos más.»

(Tercera parte de la *Silva*, fol. 81 vuelto.—Mucho más antiguo y mejor texto que el de Sepúlveda reimpreso en la *Primavera*, n.º 63.)

14.

Romances del rey don Pedro de Castilla llamado el Cruel.

(De la muerte del señor de Vizcaya.—I.)

Yo me fui para Vizcaya—donde estaban los hidalgos,
que mandado me lo había—don Pedro mi primo hermano,
por virtud de aquel derecho—que tenía por ser casado

con doña Isabel de Lara—señora de lo asturiano;
el rey hizo hacer la junta—y él en ella se ha hallado,
mandara á los vizcaínos—que fuese por rey jurado,
y con este tal concierto—yo me partiera á Bilbao,
y el rey me invió á llamar—que viniese á su palacio,
yo infante sin ventura—cumplí luego su mandado;
llegado á la *primera* puerta—cubierto me ha negro hado,
entrara yo triste solo,—luego tropezó el caballo;
cuando entré por la segunda—falléme sin nadie al lado,
cuando llegué ante el rey—hallélo muy demudado.
Dixe:—Dios os guarde, rey,—respuesta no me ha tornado,
un buen puñal que traía—quitaron me lo burlando,
y el ballestero Juan Diente—con la su maza le ha dado,
y el infante á Juan Fernández—se llegó desatinado;
Juan Fernandez que le vido—sacó su espada y dió un salto:
—«Allá, allá, dixo, infante,—que allá fallareys recaudo.»
Allegó Gonzalo Recio—y muy gran golpe le ha dado
que los sesos del infante—en la cara al rey han dado,
el rey don Pedro al infante—por las ventanas ha echado,
diciendo á los vizcaínos:—Ved vuestro señor honrado.

(Tercera parte de la *Silva*, fol. 43 vuelto.)

14.

Romances del rey don Pedro.—II.

Teniendo el rey don Pedro—su real fortalescido
en esa tierra de Nájera—en campo que Azofra es dicho,
contra el conde don Henrrique—por mal querencia que ha [habido
un dia estando en su tierra—un clérigo allí ha venido,
dice le quiere hablar—en puridad y escondido.
El rey don Pedro con él—en una pieza se ha metido,

[illegible]—[illegible] lo ha dicho:
«Rey don Pedro, rey don Pedro,—[illegible] lo que sabido si
[illegible]—[illegible] olvido.
dice que por revelación—del señor Santo Domingo
te envía que sepas tú—un grandísimo peligro,
porque ese conde tu hermano—gran traición te ha urdido
y si no te vengas de él—no podrás escapar vivo,
porque él mesmo con sus manos—te dará cruel martirio:
mira bien lo que te digo—y no lo eches en olvido,
porque muerte te verná—si no haces lo que digo,
y es que con muy gran presteza—ordenes sea prendido
y puesto en tus prisiones—hasta que haga paz contigo:
mira bien que no le sueltes,—que no hagas con él partido,
no pienses hacer paces—[illegible] habelle destruido;
mira que te verná mal—si no haces lo que dicho (*sic*);
ten en mucho este consejo,—ten en mucho este aviso,
que no es menos que librarte—tornarte de muerto vivo,
ya vees en el gran peligro—en que tú estabas metido,
no podías escapar—si no fueses socorrido,
no desprecies el aviso—que del cielo te ha venido.»
Don Pedro desque lo oyó—algo se hobo estremecido,
mas con dissimulación—en muy poco lo ha tenido,
piensa el clérigo lo dice—por haber algun roido.
Despues que un rato ha pensado—en lo que el clérigo ha dicho
llama á sus altos hombres (*sic*)—los que allí han venido (*sic*);
despues de todos juntados—estas palabras les dijo:
«¿Qué os paresce, caballeros,—deste caso acontescido?
Gran traición me estaba armada,—Dios vivo me ha socorrido;
oid lo que dice el clérigo,—oiréis un gran peligro,
mas yo creo ciertamente—que es ello todo fingido
y que el clérigo lo dice—por armar algun roido;»
manda luego sin tardar—que cuente lo que ha sabido
por la revelación (*sic*)—del señor Santo Domingo.
Despues que lo hubo contado—lo mandó llevar asido,
pensando mucho en el caso—por burla lo ha tenido;
mandó que sin dilación—el clérigo sea metido

en una grande hoguera—lo ha mandado quemar vivo,
porque el rey siempre creyó—que todo era fingido.

(Tercera parte de la *Silva*, fol. 28 vuelto.)

15.

Romance de la muerte del rey don Pedro.—III.

Encima del duro suelo—tendido de largo á largo
muerto yace el rey don Pedro—que le matara su hermano;
nadie lo osa alzar del suelo,—nadie quiere sepultallo,
antes la gente plebeya—querían despedazallo,
por ser hombre tan cruel—y tan mal complesionado;
ninguno llora por él—nadie le haze por el llanto,
todos lo tienen por bien,—huelgan de velle finado,
bendicen á don Enrique,—que es el que lo había matado,
todos decían á una:—«Oh buen rey Henrique honrado,
Dios te dará galardón—por el bien que has causado
en apartar deste mundo—á un tal cruel tirano.

(Tercera parte de la *Silva*, fol. 79 vuelto.)

16.

Romance del conde de Luna.

El rey don Juan el segundo—dijo un día andando á caza
al infante don Fadrique—que conde de Luna se llama,
que á don García Fernández—le fuesse á ver á la cama;
no le plugo desto al conde—que él ya se lo sospechaba,
el conde de Castañeda—á su casa lo llevaba;

desque fueron dentro en ella—hiciéronle mala habla:
«Sed preso, conde de Luna,—que el rey por mí os lo manda,
porque os alzais con Sevilla,—con Sevilla y con Triana,
y robais los mercaderes—que por esta tierra pasan,
y forzais vos las doncellas,—esas que mas os agradan.»
—«El rey bien puede prenderme,—mas de mí mal se infor-
[mara;
que no he revuelto á Sevilla—ni nunca dueña forzara»;
mas el rey dende á dos días—Alfonso Gonzalez manda
que lo lleven luego á Olmedo—hasta ver que dél se haga
y le pongan en Braezne (*sic*)—que el castillo así se llama;
hízolo Alfonso Gonzalez—como el rey se lo mandara,
y la hacienda que él tenía—luego se la secrestaban,
á Ixara y Millarán—el conde lo enagenara;
esa condesa de Nieva—vino al rey que era su hermana,
á suplicar perdone al conde (*sic*)—mas el rey no hizo nada,
acabó el conde de Luna—en la prisión donde estaba.

(Tercera parte de la *Silva*, fol. 80 vuelto.)

17.

Romance de los Infantes de Aragón.

Alburquerque, Alburquerque,—bien mereces ser honrado;
en tí están los tres infantes—hijos del rey don Fernando.
Desterrélos de mis reinos,—desterrélos por un año;
Alburquerque era muy fuerte,—con él se me habían alzado.
¡Oh don Álvaro de Luna,—cuán mal que me habías burlado!
Dixísteme que Alburquerque—estaba puesto en un llano,
véole yo cavas hondas—y de torres bien cercado;
dentro mucha artillería,—gente de pié y de caballo,
y en aquella torre mocha—tres pendones han alzado,

el uno por don Enrique,—otro por don Juan su hermano,
el otro era por don Pedro,—infante desheredado.
Álcese luego el Real—que excusado era tomallo.

(Barbieri, *Cancionero Musical de los siglos* XV y XVI (Madrid, 1890), n.° 321. El *Cancionero de Palacio* que sirve de texto al de Barbieri no trae más que los cuatro primeros versos del romance: los restantes se han tomado de otro manuscrito de la Biblioteca Nacional (F—18). El hecho histórico á que se refiere pertenece al año 1430. (Véase la *Crónica* de D. Juan II.)

18.

ROMANCES FRONTERIZOS.

Del cerco de Baeza.

(Romance fronterizo.—I.)

Cercada tiene á Baeza—ese arráez Andalla Mir
con ochenta mil peones—caballeros cinco mil.
Con él va esse traidor—el traidor de Pero Gil.
Por la puerta de Bedmar—la empieza de combatir;
ponen escalas al muro;—comienzan le á conquerir;
ganada tiene una torre—non le pueden resistir,
cuando de la de Calonge—escuderos vi salir.
Ruy Fernandez va delante—aquese caudillo ardil;
arremete con Andalla,—comienza de le ferir,
cortado le ha la cabeza;—los demás dan á fuir (1).

(Argote de Molina, *Nobleza de Andalucía*, fol. 287 vuelto.)

19.

Romance de Maymón, alcaide de Ronda.

(Romance fronterizo.—II.)

De Ronda sale el alcayde—Maymon por nombre llamado,
caballero en una yegua—de fuertes armas armado.

(1) D. Aureliano Fernández-Guerra, en el discurso académico de contestación al de su hermano D. Luis (1873), dice que «este romance se escribió el año 1368, al infestar la superior márgen derecha del Guadalquivir Mahomad V, rey de Granada, contando con la traición estéril de un mal caballero cristiano.» Pero como no consta que entonces fuese cercada Baeza, aunque sí saqueados Úbeda y Jaén, acaso pueda referirse con más probabilidad al memorable y glorioso cerco que aquella ciudad sostuvo en 1407.

Una marlota vestida—de terriopelo encarnado,
de alto abajo guarnecida—de espineta y gandujado,
y el capellar que traía—de damasco bandeado
con mil piedras cristalinas—por todo el campo sembrado;
fluecos de oro y plata fina—por guarnición lleva echado,
dos lagartos de oro fino—con que lo lleva abrochado;
las asiones son de ante—y el estribo era dorado,
las espuelas son de plata—y el borceguí deribado
de cordobán de Turquía—por los cantos argentado,
las rodillas descubiertas—mostrando ser esforzado;
la barba lleva cortada,—todo el rostro demudado;
en su mano gruesa lanza—todo el brazo arremangado;
una toca en su cabeza,—todo el cabello encrespado;
en el adarga traía—un Mahoma figurado
de bordadura de plata,—los escuros de morado;
en sus manos una luna—con un sañudo mirado;
los ojos vueltos al cielo—con semblante apasionado
y la silla de la yegua—era de fino brocado
con alcarchofas bordadas—de oro fino martillado.
Diez moros lleva consigo—por ir á mayor recado,
naturales de Moclin—moros diestros de á caballo.
Camino va de Alburquerque—ese castillo nombrado,
en busca de don Rodrigo—de Sotomayor llamado,
á demandalle la muerte—de Celin su padre amado
que lo mató en Antequera—siendo dél desafiado.
Caminando juntamente—Alburquerque han allegado,
dó mandó á sus caballeros—de quien iba acompañado,
que pongan su rica tienda—en un deleytoso prado,
que junto á la villa estaba—de puertas acompañado,
do pidió papel y tinta—antes de haberse apeado.
Lo que Maymón escribía—diré si no estoy olvidado:
«Don Rodrigo, don Rodrigo—serás por esta avisado,
que tendrás campo conmigo—que te soy aficionado;
porque tu gran valentía—y tu cuerpo apersonado
es notorio por el mundo—y en África eres nombrado;
mas *oltra* de todo aquesto—soy á matarte obligado,

pues te atreviste á matar—aquel que me hubo engendrado.
Vista mi letra, saldrás—apercibido y armado:
de treinta te doy licencia—que salgas bien rodeado,
todos con armas debidas—con que cada uno es armado;
que yo haré conocerte—mi grandeza y alto estado,
sacándote el corazón—por quedar mejor vengado;
el cual llevaré á Antequera,—como dejo concertado,
donde mis moros le vean—de quien es bien deseado.»
La carta dió al mensajero—y del moro se ha apartado
y en cantidad de una hora—dentro en Alburquerque ha entrado,
y á grandes voces el moro—por palacio ha preguntado.
Don Rodrigo que lo vido—al mensajero ha llamado;
el moro le dió la carta,—esta respuesta le ha dado:
«Dile á Maymón tu señor—que está mal aconsejado,
que con sola mi persona—daré fin á su cuidado;
que para solo once moros—basta un cristiano avisado
con las armas de la fé—de Cristo crucificado,
llevando cruz por escudo—con la misma fé abrazado,
con espada de justicia—en caridad enflamado,
con lanza de fortaleza—y caballo regalado
que se llama temperanza;—y el espaldar pavonado
será el corazón de Cristo—por mí roto y lastimado;
digo por mi redempción—rompido y ensangrentado;
y la sagrada María—de quien yo soy abogado
será la celada fuerte—con que tengo de ir tocado.»
Con estas armas su gente—en un punto lo han armado
y con un veloz correr—salió todo encarnizado.
El moro quando lo vido—de la yegua se ha apeado
y en lugar de señorío—á don Rodrigo ha abrazado;
y asi haziendo lo mismo—don Rodrigo se ha apartado.
El moro sube en la yegua,—don Rodrigo en su caballo;
el moro llama á Mahoma—en su esfuerzo confiado
y don Rodrigo en su pecho—á Dios que el mundo ha criado.
Vanse el uno para el otro,—recios encuentros se han dado:
el moro con gallardía—su lanza le había arrojado

pensando de aqueste encuentro—acabar lo comenzado;
mas fué vana la esperanza—y Rodrigo libertado,
que cayó la lanza en tierra—terciándose en el costado.
Don Rodrigo es animoso—y en la lanza muy usado,
que le dió un encuentro al moro—con el cual mal de su grado
le hizo perder la rienda—en un muslo lastimado.
Los diez moros que esto vieron—prestamente han cabalgado
y el alcayde con sus moros—mal herido y afrentado
por el campo van huyendo—y en un soto se han entrado.
Don Rodrigo que lo vido—grandes voces les ha dado:
«Venid, alcaide, por lana—y volvereis trasquilado.»
y ansí se volvió á Alburquerque—con la honra que ha ganado.

(Pliego suelto de la Biblioteca de Cracovia. Impreso en Granada por Hugo de Mena.—Noticia del doctor Eduardo Porebowicz, Cracovia, 1891, págs. 29-33.)

20.

Romance de Hernandarias.

(Romance fronterizo.—III.)

«Buen alcaide de *Canete,*—mal consejo habeis tomado
en correr á Setenil,—*hecho se había* voluntario;
harto hace el caballero—que guarda lo encomendado;
pensásteis correr seguro—y celada os han armado.
Hernandarias Sayavedra,—vuestro padre os ha vengado,
cá acuerda correr á Ronda—y á los suyos vá hablando
el mi hijo Hernandarias—muy mala cuenta me ha dado,
encomendéle á Cañete—él muerto fuera en el campo,
nunca quiso mi consejo,—siempre fué mozo liviano,
que por alancear un moro—perdiera cualquier estado,
siempre esperé su muerte—en velle tan voluntario,
mas hoy los moros de Ronda—conoscerán que le amo.»

A Gonzalo de Aguilar—en celada le han dexado;
viniendo á vista de Ronda—los moros salen al campo,
Hernandarias dió una vuelta—con ardid muy concertado
y Gonzalo d'Aguilár—sale á ellos denodado,
blandeando la su lanza—iba dixendo: «Santiago
á ellos, que no son nada;—hoy venguémos á Fernando.»
Murió allí Juán Delgadillo—con hartos buenos cristianos,
mas por las puertas de Ronda—los moros ibán entrando,
veinticinco traía presos,—trescientos moros mataron,
mas el buen viejo Hernandarias—no se tuvo por vengado.

(Tercera parte de la *Silva,* fol. 82 vuelto. Es una variante de los números 73 y 74 de la *Primavera.*)

21.

Romance de la pérdida de Antequera.

En Granada está el rey moro,—que no osa salir della:
de las torres del Alhambra—mirando estaba la vega,
miraba los sus moricos—cómo corrían la tierra;
el semblante tiene triste,—pensando está en Antequera;
de los sus ojos llorando—estas palabras dijera:
—«¡Antequera, villa mía,—oh quién nunca te perdiera!
Ganóte el rey don Fernando,—de quien cobrar no se espera:
¡Si le pluguiese al buen rey—hacer conmigo una trueca,
que le diese yo á Granada,—y me volviese Antequera!
No lo hé yo por la villa,—que Granada mejor era,
sino por una morica—que estaba de dentro della,
que en los días de mi vida—yo no vi cosa más bella:
blanca es y colorada,—hermosa como una estrella,
sus cabellos son más que oro,—que el oro dellos naciera,
las cejas arcos de amor—de condición placentera,
y los ojos, dos saetas—que en mi corazón pusiera,

sus manos Deytebo (*sic*) son—no fué tan graciosa Elena.
¡Ay, morica, que mi alma—presa tienes en cadena! (1).

(Timoneda, *Rosa de Amores*, fol. 63 vuelto.—Wolf, *Rosa de Romances*, pág. 82.—Durán, *Romancero General*, núm. 114.)

22.

Romance de la entrega de Ronda.

(Fragmento.)

Pascua d'Espíritu Santo,—domingo, primero día,
á las cinco de la tarde—cabalgó como solía
ese buen rey don Fernando—con su gran caballería:
fué á mirar á Ronda—cómo sola combatía;
á poca pieza de rato—un mensajero venía,
como los moros de Ronda—se daban con pleitesía.
Allí respondió el rey........................ (2)

(Barbieri, *Cancionero Musical de los siglos* XV *y* XVI, número 331.)

(1) Aunque Durán calificó este romance de *morisco*, dándole además el caprichoso título de *Boabdil y Vindaraja*, no cabe duda que pertenece al género de los fronterizos, y que está fundado en el hecho histórico de la toma de Antequera por el infante D. Fernando. Los cinco últimos versos son artísticos, y malos: pero lo restante del romance parece del buen tiempo. Acaso le refundiría Timoneda, añadiéndole un tan desdichado final. El mismo Timoneda hizo de él una mala imitación que empieza:

Suspira por Antequera—el rey moro de Granada...

Wolf le incluyó con el núm. 76 en la *Primavera*, aunque lo merecía bastante menos que éste.

(2). Aquí queda interrumpido en el *Cancionero de Palacio*, que sirvió de texto al de Barbieri, este romance, cuya música es de F. de la Torre. La rendición de Ronda corresponde al año 1485. En el mismo *Cancionero* (núm. 332) se halla otro romance relativo al cerco de Setenil en 1484; pero tanto por estar incompleto al principio, como por ser extraordinariamente prosaico y desmañado, en estilo como de gaceta, no merece figurar aquí. Con el núm. 335 hay este principio de otro romance fronterizo, con música de F. de la Torre:

Por los campos de los moros
el rey don Fernando iba,
sus batallas ordenadas:
¡oh cuán bien que parecía!...

23.

Romance del cerco de Baza.

Sobre Baza estaba el rey,—lunes, despues de yantar;
miraba las ricas tiendas—qu'estaban en su Real;
miraba las huertas grandes—y miraba el arrabal,
miraba el adarve fuerte—que tenía la ciudad;
miraba las torres espesas—que no las puede contar.
Un moro tras una almena—comenzóle de fablar:
—«Vete, el rey don Fernando,—non querrás aquí envernar,
que los fríos desta tierra—no los podrás comportar;
pan tenemos por diez años,—mil vacas para salar;
veinte mil moros hay dentro—todos de armas tomar,
ochocientos de caballo—para el escaramuzar;
siete caudillos tenemos,—tan buenos como Roldán,
y juramento tienen fecho—antes morir que se dar» (1).

(Barbieri, *Cancionero Musical de los siglos* XV *y* XVI, número 330.)

(1) La ciudad de Baza se entregó á los Reyes Católicos en 4 de Diciembre de 1489.

En el mismo *Cancionero* de Barbieri (núm. 318) se conserva la primera copla de otro romance fronterizo, acompañada de su música:

Caballeros de Alcalá
entrastes á facer presa
et fallastes un morillo
entre Estepona y Marbella.

«Parece estar en muy inmediata relación con el que empieza *Caballeros de Moclin* (núm. 77 de la *Primavera*), porque ambos son del mismo asonante, y en ambos se trata de los *Caballeros de Alcalá*.» (Nota de Barbieri.)

24.

Romance del rey Chico que perdió á Granada.

(Romance fronterizo.—IV.)

El año de cuatrocientos—que noventa y dos corría
el rey Chico de Granada—perdió el reino que tenía.
Salióse de la ciudad—un lunes á medio dia,
cercado de caballeros—la flor de la Morería.
Su madre lleva consigo—que le tiene compañía.
Por ese Genil abajo—el rey Chico se salía,
pasó por medio del agua—lo que hacer no solía,
los estribos se han mojado—que eran de grande valía.
Por mostrar mas su dolor—que en el corazón tenía,
ya que esa áspera Alpujarra—era su jornada y vía,
desde una cuesta muy alta—Granada se parecía.
Volvió á mirar á Granada,—desta manera decía:
«Oh Granada la famosa—mi consuelo y alegría,
oh mi alto Albayzin—y mi rica Alcaycería,
oh mi Alhambra y Alijares—y mezquita de valía,
mis baños, huertas y ríos—donde holgar me solía;
¿quién os ha de mí apartado—que jamás yo vos vería?
Ahora te estoy mirando—desde lejos, ciudad mía;
mas presto no te veré—pues ya de tí me partía.
¡Oh rueda de la fortuna,—loco es quien en tí fía:
que ayer era rey famoso—y hoy no tengo cosa mía.»
Siempre el triste corazón—lloraba su cobardía,
y estas palabras diciendo—de desmayo se caía.
Iba su madre delante—con otra caballería;
viendo la gente parada—la reyna se detenía,
y la causa preguntaba—porque ella no lo sabía.
Respondióle un moro viejo—con honesta cortesía:
«Tu hijo mira á Granada—y la pena le afiigía.»

Respondido había la madre,—desta manera dezía:
«Bien es que como mujer—llore con grande agonía
el que como caballero—su estado no defendía.»

(Pliego suelto de la Biblioteca Universitaria de Cracovia. Forma parte de una colección de 26 piezas del mismo género, salidos todos ellos de las prensas de Hugo de Mena en Granada de 1566 á 1573.—Noticia sobre estos romances (en polaco) por el doctor Eduardo Porebowicz, Cracovia, 1891, págs. 27-29.)

25.

Romance de la muerte del príncipe de Portugal.

Ay, ay, ay! qué fuertes penas!
Ay, ay, ay! qué fuerte mal!
Hablando estaba la reina—en su palacio real
con la infanta de Castilla,—princesa de Portugal.
Ay, ay, qué fuertes penas!
Ay, ay, qué fuerte mal!
Allí vino un caballero—con grandes lloros llorar:
«Nuevas te traigo, señora,—dolorosas de contar.
Ay, ay, qué fuertes penas!
Ay, ay, qué fuerte mal!
Ay! no son de reino extraño—de aquí son, de Portugal:
vuestro príncipe, señora,—vuestro príncipe real...
Ay, ay, qué fuertes penas!
Ay, ay, qué fuerte mal!
Es caido de un caballo—y l' alma quiere dar;
si lo queredes ver vivo—non querades detardar.
Ay, ay, qué fuertes penas!
Ay, ay, qué fuerte mal!
Allí está el rey su padre—que quiere desesperar.

Lloran todas las mujeres—casadas y por casar.
Ay, ay, qué fuertes penas!
Ay, ay, qué fuerte mal (1)!

(Manuscrito francés de fines del siglo XV. P. por Gastón París, *Romania*, n.° 3, pág. 373 y siguientes.)

26.

Romance del duque de Gandía.

Á veinte y siete de julio,—un lúnes en fuerte día,
allá en Roma la sancta—gran llanto se hacía:
lloran duques, lloran condes,—llora la caballería,
lloran obispos, arzobispos—con toda la clerecía,
llora la corte Romana:—todos en comun decían:
«Tres días há con sus noches—que el duque no parecía.»
Mandó pregonar por Roma,—por toda la clerecía,
cualquier que al duque fallare—mil ducados le darían
de buen oro y de buen peso—luego se los pagarían.
Desque vieron los españoles—qué diligencia ponían,
búscanlo de casa en casa—al buen duque de Gandía.
Por ahí viniera un barquero—que viniera rio arriba;
besó las manos al Sancto Padre—é los pies con grande estima.
Allí fabló el Sancto Padre:—bien oiréis lo que decía:
«En hora buena vengas, hombre;—buena sea tu venida.

(1) En 1491 el infante D. Alfonso, príncipe heredero de Portugal, y yerno de los Reyes Católicos, murió á los diez y seis años de una caída de caballo que dió cerca del Castillo de Almeirín. ¿Esta canción, seguramente popular, sirvió de base al romance artístico que sobre el mismo asunto compuso Fray Ambrosio Montesino, y se halla en su *Cancionero Espiritual*; ó al revés, la composición del poeta culto, que por una feliz inspiración se había asimilado el tono de los romances heroicos, fué luego adaptada, abreviada y cantada por el pueblo, añadiendo los juglares el estribillo? Gastón París sostiene la primera de estas opiniones, y Milá y Fontanals la segunda.

Díme ¿traes nuevas del duque—de mi hijo, de Gandía?»
—«Yo no traigo nueva cierta,—ni de cierto lo sabia;
mas fuí estando esta noche,—señor, por ganar mi vida,
oí un gran golpe en el río—que todo el río sumía.
Quizá por el su pecado—será el duque de Gandía.»
Toman barcos y bateles—cuantos en Roma había.
Rio arriba, rio abajo—buscan al duque de Gandía.
Mas aquel mesmo barquero—que las nuevas traido había,
echó los hierros en el agua,—con el duque topado había.
Desque le hobieron sacado,—señores, era mancilla:
tenía siete puñaladas—todas de mala herida;
degollado por la garganta,—que él tal mal no merecía;
una gran piedra al pescuezo—todo el cuerpo le sumía;
un sayo arcarchofado—que un cuento y más valía,
un jubón de cetí negro—que se vistió aquel día.
Un cinto de cadenas de oro—que tres mil ducados valía;
otros tantos en la bolsa—y dende arriba sería.
Por ende mirad, señores—y poneldo en mal estima
que los que al duque mataron—por dineros no lo habían.
Habíanlo por el malogrado—del buen duque de Gandía.
Volvamos al Sancto Padre—de las cosas que hacía:
hincó las rodillas en tierra—á Dios su oración hacía;
llorando de los sus ojos—de la su boca decía:
«¿Quién te mató, mi hijo,—y matárteme quería?
¡Malditos sean de Dios,—tambien de Sancta María!
¡Lo que yo maldigo en la tierra—en el cielo se maldecía!»
Allí fabló un arzobispo—que de la traición sabía:
«No los maldiga tu Sanctidad—ni los quiera maldecir,
que los que al duque mataron—llevan atan gran pecado,
bien contado no sería..............................
Allí fabló el Sancto Padre:—bien oiréis lo que decía:
ambas rodillas hincó—como antes hecho había:
«¡Benditos sean de Dios—tambien de Sancta María
los que á mi hijo mataron,—perdónolos por mi vida!»
Mandó traer las cruces,—cuantas en Roma tenía,
con toda la clerecía—traen al duque de Gandía,

llévanlo á Sancta María—del Pópulo que ende había,
......................y ahí lo entierran aquel día
y un rétulo le pusieron—en su sepultura encima:
«Aquí yace el malogrado—del buen duque de Gandía,
del cual Dios haya merced—perdonando sus pecados
y de todos los culpados. Amen.

(«Comienza un razonamiento por coplas en que se contrahace la Germania... con otras dos maneras de romance... fechas por Rodrigo de Reinosa.» Pliego suelto gótico de la Biblioteca de Campo-Alange, hoy de la Nacional. Gallardo, *Ensayo*, IV, 1410.—Durán, *Romancero*, número 1.252, con muchas enmiendas, segun su costumbre.)

27.

Romance de la dolorosa muerte del duque de Gandía.

Á veinte y siete de julio,—un lunes en fuerte día
allá en Roma la sancta—grande llanto se hacía,
por la muerte del buen duque—que se llama de Gandía:
lloran duques, lloran condes,—lloraba la clerecía,
por tres días, con sus noches—que el duque no parecía.
Mandan pregonar por Roma,—y el pregón así decía:
que cualquier que al duque hallase—mil ducados llevaría.
Visto por los españoles - que tal pregón se hacía,
buscaban de casa en casa—al gran duque de Gandía.
Al papa vino un barquero—que en Tíber pescar solía,
las rodillas por el suelo,—de esta suerte proponía:
«Óigame tu Santidad,—gran señor, si te placía.»
—«Di, barquero, tu embajada,—que oida te sería.
¿Traes nuevas por ventura—de ese duque de Gandía?»
—«Yo no traigo nueva cierta—aunque traerla quería:
y es que estándo aquí esta noche,—casi la una sería,
ví tres hombres abrazados—que lidiaban á porfía,
todos tres en una puente—y despues ví que caía

uno dellos en el agua;—esto es lo que yo sabía.»
En oir aquesto el papa—muy turbado se sentía:
mandó juntar los barqueros—y á todos les prometía,
que á cualquier que lo hallase—grandes dones le daría.
Toman barcos y bateles—cuantos en el río había,
rio arriba, rio abajo,—búscale quien más podía.
Mas aquel mesmo barquero—que la relación hacía,
echó los garfios en el agua,—con ellos al duque asía.
Desque lo hubo sacado—muy gran mancilla ponía:
siete puñaladas tiene,—todas de mortal herida,
por el cuello degollado,—aunque no lo merecía;
una piedra á la garganta—con que el cuerpo le sumía,
un alcarchofado sayo—su lindo cuerpo vestia,
un jubon de raso negro—que se vistiera aquel día,
una gran cadena al cuello—que mil ducados valía,
otros tantos en la bolsa—y otras joyas de valía.
Entonces de verlo así—toda la gente decía:
«Aquel que al duque mató—por dineros no lo había,
sino por el mal logrado—del buen duque de Gandía.»
Visto por el Padre Santo—á Dios oración hacía:
«¡Malditos sean de Dios,—tambien de Santa María
los que á mi hijo mataron,—todo mi bien y alegría.»
Ahí estaba un arzobispo—que de la traición sabía,
respondiendo al Padre Santo—de esta suerte respondía:
«No los maldigais, señor,—que no es cosa que cumplía,
que los que al duque mataron—ya pasan de Lombardía.»
Oyendo esto el Padre Santo—á su oración se volvía:
las rodillas por el suelo—de esta suerte proseguía:
—«Benditos sean de Dios—tambien de Santa María
los que á mi hijo mataron—con tan grande alevosía:
absuélvolos desde aquí,—pues Dios así lo quería.»

(Timoneda, *Rosa Gentil*, fol. 62 vuelto.—Wolf, *Rosa de Romances*, 60.—Durán, *Romancero*, n.º 1251) (1).

(1) Es refundición, hecha probablemente por el editor Timoneda, del romance anterior.

28.

Romance de La Serrana de la Vera.

Allá en Garganta la Olla,—en la Vera de Plasencia,
salteóme una serrana,—blanca, rubia, ojimorena.
Trae el cabello trenzado—debajo de una montera,
y porque no la estorbara—muy corta la faldamenta.
Entre los montes andaba—de una en otra ribera,
con una honda en sus manos—y en sus hombros una flecha.
Tomárame por la mano—y me llevara á su cueva:
por el camino que iba—tantas de las cruces viera.
Atrevíme y preguntéle—qué cruces eran aquellas,
y me respondió diciendo—que de hombres que muerto hubie-
Esto me responde y dice—como entre medio risueña: [ra.
—«Y así haré de tí, cuitado,—cuando mi voluntad sea.»
Dióme yesca y pedernal—para que lumbre encendiera,
y mientras que la encendía—aliña una grande cena.
De perdices y conejos—su pretina saca llena,
y despues de haber cenado—me dice: «Cierra la puerta.»
Hago como que la cierro,—y la dejé entreabierta:
desnudóse y desnudéme—y me hace acostar con ella.
Cansada de sus deleites—muy bien dormida se queda,
y en sintiéndola dormida—sálgome la puerta afuera.
Los zapatos en la mano—llevo porque no me sienta,
y poco á poco me salgo—y camino á la ligera.
Mas de una legua había andado—sin revolver la cabeza,
y cuando mal me pensé—yo la cabeza volviera.
Y en esto la ví venir—bramando como una fiera,
saltando de canto en canto,—brincando de peña en peña.
—«Aguarda (me dice), aguarda,—espera, mancebo, espera,
me llevarás una carta—escrita para mi tierra.

Toma, llévala á mi padre,—dirásle que quedo buena.»
—«Enviadla vos con otro—ó sed vos la mensajera.»

(*Amenidades, florestas y recreos de la provincia de la Vera Alta y Baja en la Extremadura... compuesto por D. Gabriel Azedo de la Berrueza*. Madrid, 1677.—Barrantes, *Narraciones Extremeñas*, s. a. I, 15—18) (1)

(1) En este romance se fundan una comedia de Lope de Vega y otra de Luis Vélez de Guevara, ambas con el título de *La Serrana de la Vera*, y lo que es más extraordinario, un auto sacramental del maestro José de Valdivielso *La Serrana de Plasencia*. En todas estas obras dramáticas se intercalan versos del romance. Así Lope:

«Salteóme la serrana
junto al pié de la cabaña.
La serrana de la Vera
ojigarza, rubia y branca,
que un robre á brazos arranca,
tan hermosa como fiera,
viniendo de Talavera
ma salteó en la montaña
junto al pié de la cabaña.
Yendo desapercibido
me dijo desde un otero:
«Dios os guarde, caballero»;
yo dije: «Bien seais venida.»
Luchando á brazo partido
rendíme á su fuerza extraña,
junto al pié de la cabaña.»

Todavía es más clara la derivación en Luis Vélez, que conserva la forma de romance:

«Allá en Garganta la Olla
en la Vera de Plasencia,
salteóme una serrana,
blanca, rubia, ojimorena.
Botin argentado calza,
media pajiza de seda,
alta basquiña de grana,
que descubre media pierna.
Sobre cuerpos de palmilla
suelto airosamente lleva
un capote de dos faldas
hecho de la misma mezcla.
El cabello sobre el hombro
lleva, partido en dos crenchas,
y una montera redonda,
de plumas blancas y negras.
De una pretina dorada
dorados frascos le cuelgan,
al lado izquierdo un cuchillo,
y en el hombro una escopeta.
Si saltea con las armas,
tambien con ojos saltea...»

Y finalmente, Valdivielso, que trovó á lo divino un asunto tan profano:

«Allá en Garganta-la-Olla,
en la Vera de Plasencia,
salteóme una serrana,
pelirrubia, ojimorena,
recogidos los cabellos
debajo de una montera,
una ballesta en el hombro
y su espada en la correa,
á saltear caminantes
se sale por la ladera.
Quiso Dios y mi ventura
que me encontrase con ella...»

Azedo trae una variante de poca importancia, y parece que otras más

29.

Romance de Moriscote.

Á las armas, Moriscote—si las has en voluntad:
los franceses son entrados—los que en romería van;
entran por Fuenterrabía—salen por San Sebastián...

(*Libro de música para vihuela, intitulado «Orphenica Lyra...» compuesto por Miguel de Fuenllana...* Sevilla, 1564) (1).

Aquí comiēça un romace con su glosa trobado por el de Moriscote aplicado a otro mejor sentido: cō un villancico de "llama Dios al pecador„ nuevamēte compuesto.

Á las armas, rey del cielo,—pues las has de voluntad,
los traidores son entrados,—los que engañaron á Adam,
entraron por su pecado—y por (la) tu muerte saldrán,
no se esconden los tiranos—que muy descubiertos van,
del reino se apoderaron—y en él seguros están,
las leyes que en él han puesto—son como los que las dán,
que unos á otros se maten—y ellos les ayudarán,
que aborrezcan á su rey—y su Dios y capitan,

degeneradas se conservan todavía en la tradición oral de Extremadura. El romance de *La Serrana* puede considerarse como de transición entre los populares y los vulgares, y tiene la curiosidad de ser una de las más antiguas canciones de bandidos y facinerosos, género que abundó luego lastimosamente en la poesía vulgar así de Castilla como de Cataluña.

(1) Sólo los primeros versos de este romance, sin duda de asunto histórico, nos conservó Fuenllana en las notas musicales de su libro. En la imposibilidad de restablecerle hoy, recurrimos á una glosa á lo divino, que se encuentra en un pliego suelto de la Biblioteca del duque de T'Serclaes (Sevilla), y que deja entrever algo de lo que pudo ser el romance original.

el premio que les ofrecen—que por siempre durarán
en los eternos tormentos—que nunca se acabarán;
bravos son los enemigos—y muy poderosos ván,
no hay poder sobre la tierra—que se les pueda igualar.
Señor, si no nos visitas,—no se puede hombre salvar.
Cuando lo oyó el verbo eterno—determina de encarnar
en el vientre de María—la Virgen pura sin par.
Nasció en pobre portalejo—por las pompas despreciar,
pobres paños le han vestido—por mejor disimular,
en pesebre reclinado,—un asno y un buey á par;
en señal del gran rescate—quiso en naciendo llorar,
lo que su corazón dice—bien es de considerar:
«Treinta y tres años cumplidos—tengo de peregrinar,
porque la natura humana—se pueda recuperar
de la gracia y la justicia—que perdió por el manjar;
para darle nueva vida—la mía tengo de dar,
las armas son mis arreos,—mi descanso es pelear (1),
mi cama el duro pesebre,—mi dormir siempre es velar,
lágrimas es mi beber,—desconsuelo es mi manjar,
mi aposento es en la cruz—donde tengo de expirar,
de mis ropas despojado—en suertes las han de echar:
por amores de mi amada,—esto y más he de pasar.»

30.

Romance de asunto desconocido.

Triste está la reina, triste,—triste está que no reyendo,
asentada en su estrado—frangas de oro está texendo.
Las manos tiene en la obra—y el corazón comidiendo,
los pechos l'están con rabia—ansiosamente batiendo.

(1) Este y los cinco versos siguientes deben cotejarse con el fragmento del romance primitivo que tiene en *La Primavera* el núm. 125.

Lágrimas de los sus ojos—hilo á hilo van corriendo,
palabras muy lastimeras—por su boca está diciendo.

(Barbieri, *Cancionero Musical de los siglos* XV *y* XVI, núm. 334. Con música de Contreras) (1).

(1) Parece fragmento de algún romance histórico. En el mismo *Cancionero* se halla, bajo el núm. 324, este principio de otro romance que puede aludir á la reina D.ª Isabel (madre de la Reina Católica), que pasó los años de su triste viudez retirada en Arévalo, donde murió en 15 de Agosto de 1496:

Yo me soy la reina viuda,
reina que fué de Castilla;
en placer me vi, ¡cuitada!
Agora con triste vida.

No puede aludir á D.ª Juana la Loca, á quien nadie llamaba *Reina viuda*, puesto que era reina propietaria.

ROMANCES

NOVELESCOS Y CABALLERESCOS SUELTOS

31.

Romance de la Reina de las Amazonas.

Por los montes de Carasco—que están en el medio día,
ví asomar una bandera—de incomparable valía,
de raso verde y morado—trenada de argentería,
con unas franjas de oro—tambien la cordonería,
el asta era de marfil—á donde puesta venía
con un mote rodeada—que desta suerte decía:
«Donde falta la ventura—no aprovecha la valentía.»
Trecientas damas de guarda—esta bandera traía
con sus flechas y carcaxes—tocadas de gallardía,
con unas escofias de oro—á guisa de Lombardía,
las sayas de tela eran—poco más de la rodilla,
en trecientos unicornios—cabalgando á la su guisa,
tras estas vienen sus damas—siguiendo aquesta devisa
de altibajo ataviadas,—ansí como convenía
encima de dromedarios—con muy grande flechería,
y en mitad de las mil damas—Pantasilea venía,
reina de las Amazonas,—la cual iba en la conquista
de los griegos y troyanos,—la cual á Héctor seguía
con un arco y un escudo,—más que el sol cuando salía
y una guirnalda de aljófar—trenzada con pedrería;
la cual como llegó á Troya,—Troya con mucha alegría,
á ella y á todas sus damas—con Páris la rescebía,
la cual hizo tantas cosas—que apenas las contaría
aquel gran poeta Homero—que desta guerra escrebía,

aunque nada aprovechara—su ardid y valentía,
pues do la fortuna falta—el esfuerzo fallescía.

(Tercera parte de la *Silva*, fol. 69 vuelto) (1).

32.

Romance que trata sobre la muerte que dió Pirro, hijo de Aquiles, á la muy linda Policena.

«¡Oh cruel hijo de Aquiles!—Nunca mal te merecí;
que si tu padre fué muerto,—ni lo supe ni lo ví;
no me des así la muerte—ni tomes venganza en mí;
que el favor de las mujeres—en los hombres yo le ví;
no fenezcan los mis días—ni se pierdan ahora por tí.
Baste, baste contentarte—con me ver ya destruir
y la muerte de mi padre—y su muy triste vivir,
la muerte de mis hermanos—con Héctor el varonil,
la amazona que mataste—tan esforzada y viril,
la ciudad toda abrasada—para mas la consumir.
Sea contenta tu venganza—con que poco he de vivir,
pues que por tierras extrañas—por esclava he de servir.
—«Policena, Policena,—se escusa tu morir:
pues por tus tristes amores—el mi padre murió aquí,

(1) Conformándonos con la clasificación de Wolf, ponemos estos cuatro romances entre los novelescos y caballerescos sueltos, aunque por su asunto son mitológicos, si bien la mitología está tratada en ellos de un modo romántico. Los tres primeros proceden de la *Crónica Troyana*.

muy bien es que tú padezcas—lo que él padeció por tí;
que la muerte se ha de dar—á quien hace á otro morir» (1).

(*Romance que trata sobre la muerte que dió Pirro, hijo de Aquiles, á la muy linda Policena.* Pliego suelto gótico de la Biblioteca de Campo-Alange, hoy de la Nacional. Hay otra edición, muy posterior, en que el romance se dice compuesto *por Francisco Sánchez de Guevar, vecino do la villa de Ocaña. Impreso con licencia en Alcalá de Henáres. Año de 1604.*—Gallardo, *Ensayo*, IV, 471 y 1062.)

33.

Romance de Policena.

Triste estaba y muy penosa—aquesa reina troyana,
desque así se vido sola—viuda y desamparada,
por ver á sus hijos muertos—y su ciudad asolada,
y la linda Policena—en el templo degollada,
sobre el sepulcro de Aquiles—por Pirro sacrificada.
«¿Dí, traidor, cómo podistes—en mujer vengar tu saña?
¿No bastó su hermosura—contra tu cruel espada?
¿Qu'es de Páris y de Héctor?—¿Qué es de la su enamorada?
¿Qu'es del hermoso Deifebo—el hijo que más amaba?
¿Qu'es de mi hijo Troillo—el que consejos me daba?»

(*Glosa de la reina troyana, y un romance de Amadis, hecho por Alonso de Salaya.* Pliego suelto gótico.—Gallardo, *Ensayo*, IV, 318 319.)

(1) Este romance va acompañado, en ambos pliegos sueltos, de una glosa, á estilo trovadoresco, hecha por Villatoro, de quien hay otras poesías análogas.

34.

Romance de Leandro y Ero, y cómo murió.

El cielo estaba ñublado,—la luna su luz perdia,
los vientos eran tan recios—que el mar espanto ponía,
cuando la hermosa Ero—muy penada se sentía;
aguardando está Leandro—á quien mas que á sí quería,
asomóse á la ventana—de la torre do vivía.
Los ojós levanta al cielo—por ver qué tiempo hacía,
ñocturna y muy tenebrosa—la noche le parecía,
los truenos con sus dislates—mucho miedo le ponían,
su corazón se desmaya—con el temor que sentía,
la seña que era la lumbre—l'ayre no la consintía,
púsola dos ó tres veces,—tantas en tierra caía,
viendo tan triste señal—por agurio (*sic*) la tenía,
con una voz delicada—desta manera decía:
«¡Oh dioses! ¿y qué es aquesto?—¿Por qué robais mi alegría?
¡Oh mis hados, y en tal punto—mostrais vuestra tiranía!»
Con estas lamentaciones—la media noche venía;
cansada se siente Ero,—mas por eso no dormía,
con temor está aguardando—hasta que viniesse el día,
mirando al pié de la torre—por ver si algo vería.
Un bulto vido en la arena—pero no lo conocía,
el corazon se lo dice—mas ella no lo creía,
mirando de hito en él—muy claro lo conocia:
conoció que era Leandro—por quien pena padecía;
el corazon se le aprieta,—el alma se le salía,
la color del fresco gesto—pura tierra parecía,
sus manos muy delicadas—de rato en rato torcía,
con este tormento fuerte—mil veces se amortescía:
desque ya en sí tornada,—¡oh qué llanto que hacía!
Maldize su desventura—y la vida en que vivía;
hablando está con el cuerpo—como si tuviera vida:

«Díme, cuerpo, ¿qué es del alma—do partiste compañía?
¿Qué es de la fé que me diste?—¿Cómo dejaste la mía?
Ó mi leal amador,—do la lealtad vivía,
no quiero vivir sin tí,—que el vivir muerte sería,
recíbeme allá contigo,—y ansina descansaría.»
Estas palabras diciendo—de la torre se caía.

(Tercera parte de la *Silva*, fol. 122 vuelto.)

35.

Romance de Alixandre.

Morirse quiere Alixandre—del dolor del corazón:
envió por los maestros—cuantos en el mundo son.
Envió por Aristótil,—el ayo que lo crió.
El ayo desque lo supo—cabalgó, y no se tardó:
jornadas de quince días—en cinco las caminó;
descabalgó de la mula,—cerca del rey se asentó,
y tomóle por la mano,—luego el pulso le cató.
—¿Qué vos parece, maestro,—deste mal que tengo yo?
—Á mí parece, señor,—ques gran mal de corazón:
faced vuestro testamento,—poned vuestra alma con Dios (1).

(Barbieri, *Cancionero Musical de los siglos* XV *y* XVI... número 322.)

(1) Este romance, que sin duda alguna no está completo, era ya muy popular en 1492. Cita los dos primeros versos el Maestro Antonio de Nebrija en su *Gramática Castellana* (capítulo VII):

Morir se quiere Alexandre
de dolor del corazón.
Envió por *sus* maestros
cuantos en el mundo son.

«Los que lo cantan, porque hallan corto e escasso aquel último esponȝdeo, suplen é rehazen lo que falta; por aquella figura que los gramáticos »llaman paragoge: la qual, como dirémos en otro lugar, es añadidura de »sílaba en fin de la palabra, é por *corazón* é *son* dicen *corazone* é *sone*.»

36.

Romance de Landarico.

Para ir el rey á caza—de mañana ha madrugado,
entró dondo está la reina—sin la haber avisado;
por holgarse iba con ella—que no iba sobre pensado.
Hallóla lavando el rostro—que ya se había levantado,
mirándose está á un espejo—el cabello destranzado.
El rey con una varilla—por detrás la había picado;
la reina que lo sintiera—pensó que era su querido (*sic*).
«Está quedo, Landarico»—le dijo muy requebrado.
El buen rey cuando lo oyera—malamente sa ha turbado.
La reina volvió el rostro—la sangre se ha cuajado.
Salido se ha el rey—que palabra no ha fablado,
á su caza se ha ido—aunque en ál tiene cuidado.
La reina á Landarico—dijo lo que ha pasado:
«Mira lo que hacer conviene—que hoy es nuestro fin llegado.»
Landarico que esto oyera—mucho se (ha) acuitado.
«¡En mal punto y en mal hora—mis ojos te han mirado!
¡Nunca yo te conociera—pues tan cara me has costado!
Que ni á tí hallo remedio—ni para mí le he hallado.»
Allí hablara la reina—desque lo vió tan penado:
«Calla, calla, Landarico—calla, hombre apocado;
déjame tú hacer á mí—que yo lo habré remediado.»
Llama á un criado suyo—hombre de muy bajo estado,
que mate al rey, le dice—en habiéndose apeado,
que sería á boca de noche—cuando oviese tornado.
Hácele grandes promesas—y ellos lo han aceptado.
En volviendo el rey decía—de aquello muy descuidado;
al punto que se apeaba—de estocadas le han dado.
«¡Traición!» Dice el buen rey—y luego ha expirado.
Luego los traidores mesmos—muy grandes voces han dado:
criados de su sobrino—que habían al rey matado.

La reina hizo gran duelo,—y muy gran llanto han tomado;
aunque en su corazón dentro—otra cosa le ha quedado.

(Pliego suelto de la Biblioteca de Praga. Apud Wolf, *Ueber eine sammlung spanischer Romanzen in fliegenden Blättern.*)

37.

Romance de amor.

En el tiempo que me ví—más alegre y placentero
encontré con un palmero - que me habló y, dijo así:
«¿Dónde vas el caballero?—¿Dónde vas, triste de tí?
Muerta es tu linda amiga,—muerta es que yo la ví;
las andas en que ella iba—de luto las ví cubrir,
duques, condes la lloraban,—todos por amor de tí;
dueñas, damas y doncellas—llorando dicen así:
«¡Oh triste del caballero—que tal dama pierde aquí!»

(Pliego suelto de la Biblioteca de Praga. Apud Wolf, *Ueber eine Sammlung spanischer romanzen in fliegenden Blättern,* 277.)

38.

Romance de amor.

Triste está la gentil dama,—triste está que no riendo,
Asentada en un estrado—franjas de oro tejiendo,
las manos tiene en la obra,—y el corazón comidiendo,
llorando de los sus ojos,—de la su boca diciendo:
«¡Ay por vos, niño chiquito—vivo yo triste muriendo,
que vas á tierras ajenas—lueñes tierras conociendo!
Por tí mis rotas entrañas—del todo se van rompiendo.
Dios te deje crecer, hijo,—y á su madre t'en comiendo:

que te haga más dichoso—que con ventura naciendo;
que el pecado que otro hizo—tu niñez lo va sintiendo» (1).

(Pliego suelto de la Biblioteca de Praga, donde el romance va acompañado de una glosa. Wolf, *Sammlung*, 273.)

39.

Romance que hizo un galán alabando á su amiga.

De la luna tengo queja—y del sol mayor pesar;
siempre lo hubieron por uso—de no dejarme holgar.
¡Maldita sea la fortuna—que así me quiere tratar!:
Nunca me da bien cumplido—ni menos mal sin afan,
por una hora de placer—cien mil años de pesar.
Yo me amaba una señora—que en el mundo no hay su par.
Las facciones que ella tiene—yo vos las quiero contar:
tal tenía la su cara—como rosa en el rosal,
las cejas puestas con arco—color de un fino contray,
los sus ojos tenía garzos—parecen de un gavilán,
la nariz afiladica—como hecha de metal,
los labios de la su boca—como un finó coral,
los dientes tiene muy blancos,—menudos como la sal,
parece la su garganta—cuello de garza real,
los pechos tenía tales—que es maravilla mirar,
y contemplando su cuerpo—el dia viera asomar.

(Pliego suelto de la Biblioteca de Praga. Apud Wolf *Ueber eine Sammlung spanischer Romanzen in fliegenden Blättern*, 276) (2).

(1) Tienen los primeros versos de este romance estrecho parentesco con otros del núm. 30, que colocamos con alguna duda entre los históricos.

(2) Este romance pertenece en rigor á la poesía artística, pero contiene rasgos populares, por lo cual se le da hospitalidad aquí.

40.

Romance caballeresco.

(Fragmento.)

Airado va el escudero—de la ira de su padre;
los piés levaba descalzos,—las uñas corriendo sangre.
El caballo lieva de diestro—por amor que no le canse;
las armas lieva cubiertas—porque no le relumbrasen;
la lanza lieva tendida,—como home pavorable;
el podenco de trailla,—porque caza no levante.

(Barbieri, *Cancionero Musical,* núm. 325) (1).

41.

Romance nuevamente trobado del infante Turián y de la infanta Floreta.

Turbado estaba el infante (2),—el infante Turian
en una linda recuesta—que mercaderes le traen
de la hermosa Floreta,—hija del rey natural.
Ya se sale muy de priesa (3)—de su palacio real,
y vase á pedir licencia—al buen rey, sin dilatar,
y á la reina Leonela—que era su madre carnal;
fincó rodillas en tierra—las manos le fué á besar,

(1) El mismo Barbieri trae con el núm. 326 el principio de otro romance, al parecer del mismo género:

Dormiendo está el caballero
que vino muy quebrantado;
mensagero le despierta
del sueño muy pesado.

(2) L'infante.

(3) Muy apriesa.

las palabras que les dice—al rey le hacen llorar (1):
«Alto rey muy poderoso,—magnífico, singular (2),
yo suplico á vuestra Alteza—y á la corona real,
que me deis licencia luego,—y luego sin mas tardar,
que es mi voluntad, señor,—de me ir á aventurar» (3).
El rey que aquesto le oyera (4),—bien oiréis lo que dirá:
—«Calledes vos, el infante,—no querais lo tal hablar,
que sois vos pequeño y niño (5)—para las armas tomar.»
El infante respondiera—con gracia muy singular:
«Si no me la dais el rey,—yo me la iría á tomar (6),
porque el amor es tan grande—que á mí face penar (7),
que amores de Floreta—me quieren á mí matar (8):
que de noche yo no duermo,—ni de día puedo estar (9),
todas horas y momentos—es en ella mi pensar.
Nuevas me trajeron ciertas (10)—de su fermoso mirar (11),
de su gracia y atavío,—y (12) su tan lindo hablar.
Para salvar yo mi vida—me conviene irla á buscar,
porque si no la fallase (13)—mi vida sería (14) penar.»
El rey que aquesto le oyera—váselo luego abrazar (15),
tambien la reina, su madre,—se lo va (16) luego á besar;
con lágrimas de sus ojos—le empezaron de hablar:
«¡Vades con Dios, nuestro hijo,—y él vos haya de guiar! (17):
Vais con nuestra bendicion—que os haya de aprovechar.
Llevad de mis caballeros—que vos (18) hayan de acompañar,
llevad con vos (19) al conde Dirlos—que os haya de aconse-
llevad armas y caballo—para haber de cabalgar.» (20) [jar,
Desque esto oyera el infante—las manos le fué á besar.

(1) Al buen rey hacen llorar.
(2) Magnífico y singular.
(3) Venturar.
(4) Que aquesto oyera.
(5) Que aun sois pequeño y niño.
(6) Yo me la quiero tomar.
(7) Qué á mí me hace penar.
(8) No me dejan reposar.
(9) Puedo holgar.
(10) Nuevas ciertas me trujeron.
(11) De su hermosura y beldad.
(12) De.
(13) Porque si yo no la hallo.
(14) Será.
(15) Á abrazar.
(16) Se lo fué.
(17) Y él vos quiera encaminar.
(18) Os.
(19) Llevareis.
(20) Para vuestro cabalgar.

Ya se partía el infante—apriesa y no de vagar
con treinta de sus donceles,—que no quiso mas llevar.
Manda aparejar sus naos—y el aparato real.
El viento les hace bueno—para haber de navegar.
Domingo por la mañana—que quería alborear,
aportado han á un puerto—costa era de la mar,
reino era de Floreta—la que (1) andaban á buscar.
Presto se sale el infante,—muy alegre y sin pesar,
el un pié tiene en la tierra,—y el otro tiene en la mar;
mirando estaba un castillo (2)—que bien era de mirar,
era tan fuerte y fermoso—que en el mundo no hay su par.
Mandara sacar su arnés,—y sus caballeros armar;
los quince lleva consigo,—para el castillo se van,
ándanle al derredor (3),—no le fallan por donde entrar (4),
manda poner una escala (5)—para habello (6) de escalar:
subiéndose va por ella (7)—que parece un gavilan,
con él sube el buen conde—por habello de guardar,
que era su ayo y su tío,—de su sangre natural.
Descienden por el castillo—muy presto sin retardar,
íbanse (8) por una huerta,—y por un rico parral,
por do la infanta Floreta—se salía á deleitar (9).
Plugo á Dios y á su ventura—que allí la fuera fallar,
ricamente ataviada—que era cosa (10) de mirar,
muy lindas damas con ella—que la van á acompañar (11),
de ricos paños vestidas,—que se salen á folgar.
La infanta se apartó (12) dellas,—por la huerta se dió an- [dar (13).
Con la gran siesta que face—dormido se ha so un rosal.
El infante cuando la vido (14)—á ella se fué acercar (15)

(1) La cual.
(2) Cuando miraba un castillo.
(3) Cercánlo al derrodor.
(4) Por dó entrar.
(5) Manda poner las escalas.
(6) Para haberlo.
(7) Subiéndose va por ellas.
(8) Y vanse.
(9) Se solía deleitar.
(10) Que era gloria.
(11) Que la van acompañar.
(12) Se aparta.
(13) Que sola se quería andar.
(14) El infante que la vido.
(15) Á ella llegado se ha.

con alegre corazón,—presto se fuera á turbar (1).
Mirándola está mirando—que bien era de mirar:
blanca es como la nieve—y como el claro cristal,
colorada como la rosa (2)—y como rosa de rosal (3).
—«Consejo os pido, mi tío (4)—y vos me lo querais dar (5),
que tal señora como esta—no es razón de la dejar.»
El conde que aquesto oyera—le fablara en poridad:
—«Tomalda luego, el infante (6),—y no os querais detardar,
porque si el rey nos sintiese (7)—mandarnos hía matar (8),
muerte nos dará de traidores (9)—por mas deshonra nos dar:
todas las gentes del mundo—de nosotros contarán.»
Tomóla (10) luego en sus (11) brazos,—sin mas nada le fablar,
con denuedo y corazón,—con esfuerzo singular,
y vase (12) para el escala (13)—por donde él fuera á entrar,
y desciende muy de quedo (14)—con el buen conde á la par.
La infanta á la descendida—muy grandes gritos fué á dar: (15)
«¡Socorred, mis caballeros,—apriesa y no de vagar,
que me llevan (16) furtada—para me echar (17) en la mar!»
El infante que esto oyera,—tal respuesta le fué á dar:
«Calledes, la mi señora,—no queráis fablar lo tal (18);
que la vuestra hermosura—esta causa quiso dar,
que saliese de mis tierras—para haberos de buscar.»
Metido la había en la nao—do sus caballeros están.
Las doncellas de la infanta—por la huerta gritos dan:
oído las había el rey—en su palacio real: [tar?»
«¿Qué es aquesto, las doncellas,—aquesto qué podía (19) es-
«Óiganos, la vuestra Alteza—muy presto sin detardar,

(1) Luego se fué á turbar.
(2) Como rosa.
(3) Suprímese el *y*, como pide el metro.
(4) Consejo os demando, tío.
(5) Vos me querais consejar.
(6) Falta *el*.
(7) No sintiese.
(8) Mandarnos ha.
(9) Con muerte de traidores.
(10) Tómala luego.
(11) En los.
(12) Íbanse.
(13) Para la escala.
(14) Muy quedito.
(15) Falta el *muy*.
(16) Que me llevaban.
(17) Para echarme.
(18) No queráis ansí hablar.
(19) Qué puede.

que la infanta vuestra hija,—la han llevado por la mar.»
«Armas, armas, caballeros,—empezáos luego de armar;
que me han robado mi fija,—á mi fija natural.»
Muy presto fueron armados—mas de tres mil á la par,
vanse presto á la ribera—á la ribera de la mar (1),
mirando estaban la fusta—do Floreta podía estar,
empiezan á tirar tiros,—cosa era de mirar.
Los marineros del infante—priesa se dan á remar,
el rey ni sus (2) caballeros—no los pueden alcanzar:
vuélvense desconsolados,—muy tristes y con pesar.
El rey juró por su corona—que lo tiene de vengar.
El infante con los suyos,—parado han en la mar,
mandó luego (3) echar las áncoras—no quisiesen navegar,
para fablar á la infanta (4)—y habella de consolar (5).
Todos se (6) iban muy alegres,—contentos y con solaz,
sino era la infanta—que desconsolada está.
Tómala luego en sus (7) brazos—el infante Turián,
echa sus manos encima,—muy dulces besos se dan (8).
Metiéndose en una cámara (9)—adonde él (10) solía estar,
el infante con la infanta—cumplido han su voluntad.
Y desque esto así pasado (11)—empezaran de hablar (12).
Desta manera decía—el infante sin tardar:
«Cesen ya vuestros sospiros,—y vuestro tanto llorar,
pues sois mi vida y mi alma (13)—y vos amo sin dudar,
y (14) Dios tanto bien me fizo—en haberos de hallar.
Mi gloria (15) y mi corazón,—no querades sospirar (16)
por el buen rey, vuestro padre,—ni menos por su reinar:
que yo vos terné servida—á todo vuestro mandar;

(1) Del mar.
(2) Ni los.
(3) Falta el *luego*.
(4) Por hablar con la infanta.
(5) Y haberla de aconsolar.
(6) Falta el *se*.
(7) En los.
(8) Falta este verso en Gallardo.
(9) Metióla en una cámara.
(10) Falta *él*.
(11) Y desque esto ovieron pasado.
(12) El infante Turián.
(13) Pues vos sois todo mi bien.
(14) Pues.
(15) Mi alma.
(16) No queráis ansí llorar.

de todas las mis tierras (1)—vos podréis señorear.»
La infanta respondiera—con alegre voluntad :
—«Vuestra soy, señor infante,—y á todo vuestro mandar;
una merced os suplico—que me queráis otorgar.»
El infante que esto oyera,—bien oiréis lo que dirá :
«Mándame (2), señora mía,—pues que estoy á tu mandar» (3).
«Decidme, señor infante,—que Dios vos quiera guardar,
si vos sois fijo de rey—ó de infante natural.»
«Fijo soy del rey Canamór,—á mí llaman Turián (4),
y la reina Leonela—es mi madre natural.»
La infanta con gran placer (5)—fuéselo luego á abrazar.
Otro día de mañana—comienzan de caminar (6),
el viento les face malo,—y gran tormenta en la mar.
Allí fabló un marinero—que rabia debiera matar (7) :
«Esta tormenta, señores,—que veis por la mar andar,
es á causa de Floreta (8)—y tambien de Turián (9),
porque conviene, señores,—á la infanta matar,
para salvar nuestra vida—de todos en general (10):
que (11) si viva la dejamos—no podrémos navegar.»
Estas palabras decía—á excusas (12) de Turián;
que si él allí estuviera—luego lo mandara matar.
Entrado han en consulta—para Floreta matar.
Apartado había el conde—al infante en poridad,
con lágrimas de sus ojos—le empezara (13) de hablar :
«Fijo mío muy amado,—fijo mío Turián,
á tu querida Floreta—ordenamos de matar
por esta tormenta fuerte—que veis andar en la mar,
que vuestro pecado y suyo (14)—á Dios le hace pesar.»
El infante que esto oyera—empezó de desmayar (15);

(1) Y que todas las mis tierras.
(2) Mandadme.
(3) Á vuestro mandar.
(4) Y á mi me llaman Turián.
(5) Falta el *gran*.
(6) Á caminar.
(7) Debía.
(8) Es causa dello Floreta.
(9) Y el infante Turián.
(10) Y la de todos en general.
(11) Y.
(12) En ausencia.
(13) Empezaba.
(14) Y el suyo.
(15) Mortecido en tierra cae.

mas despues que en sí tornó,—bien oiréis lo que dirá:
—«No lo quiera Dios del cielo—que tal haya de pasar,
que aunque la matéis, el conde,—por eso no ha de cesar;
antes me matad á mí,—pues lo fuí yo á causar.»
Allí respondiera el conde,—tal respuesta le fué á dar:
«Ninguna excusa (1), el infante—vos viene (2) de aprovechar;
que no andamos en vuestra muerte (3),—sino por á vos salvar (4),
que el buen rey, vuestro padre, — me fué en vos encomendar (5):
que vos allegase al bien—y vos apartase del mal (6),
procurase por vuestra honra—procurase de vos honrar (7);
y agora que veo el daño—yo vos entiendo de apartar» (8).
Estas palabras diciendo—de allí se va Turián,
triste vá sin alegría—muy lloroso con pesar.
Á decillo va á Floreta—en la cámara do está (9):
«Nuevas os traigo, señora,—que no las puedo contar,
que lastiman mi corazón (10)—y me facen desesperar (11);
que el conde y mis caballeros—vos ordenan de matar.»
La infanta que esto oyera—en el suelo muerta está (12);
mas despues que en sí tornó,—bien oiréis lo que dirá:
—«Bien parece, mi señor,—mi querido Turián,
que en ser yo de tierra extraña—mi pecado es desigual,
para haberos de perder—y hacer tormenta en la mar;
mas yo ruego á Dios del cielo (13)—que me haya de salvar (14),
pues me sacaste, el infante (15)—de mi reino natural,
de mi huerta y mi castillo,—y de mi rico (16) parral.»

(1) Ninguna cosa.
(2) Os tiene.
(3) Que no buscamos vuestra muerte.
(4) Si no cómo os salvar.
(5) Á mi vos fué á encomendar.
(6) Que del mal os desviase
y al bien os hiciese allegar.
(7) Por la tierra y por la mar.
(8) Yo vos querría librar.
(9) Á la estancia adonde está.
(10) Que lastiman la mi alma.
(11) Y me causan gran pesar.
(12) Muerta cae.
(13) Falta el *yo*.
(14) Que me quiera salvar.
(15) Pues me sacastes, infante.
(16) Fresco.

Con lágrimas de sus ojos—su gesto se fué á turbar,
que no parece Floreta,—amiga (1) de Turián.
Con estas palabras tales—al infante face llorar.
Ellos en aquesto estando—el conde llegado ha,
con todos los caballeros—para Floreta tomar;
entrado han muy apriesa—tomado han á Turián,
átanle los pies y manos—por el miedo que le han.
El infante que le viera (2),—bien oiréis lo que dirá:
—«Dejadme, el conde mi tío,—y no me trateis tan mal (3),
dejadme fablar (4) agora,—y dejadme consolar (5):
que los yerros por amores—dignos son de perdonar (6).
¡Ay, mi señora Floreta,—ay, mandadme perdonar! (7)
que no vos puedo valer, señora,—no vos puedo remediar;
y si vos morís agora—quieráseos (8) acordar
de aquel que murió en la cruz—por todo el mundo salvar.»
Estas palabras diciendo—por el suelo se va echar (9),
llorando de los sus ojos—que quería reventar.
Desque esto oyera (10) Floreta,—tal respuesta le fué á dar:
«¡Oh Turián, mi señor,—no vos querades (11) lastimar,
que esta muerte está ordenada—que yo había de pasar!» (12)
Allí hablara el infante—muy presto sin detardar:
«Pídoos por merced, el conde,—y querádesme escuchar (13),
que no mateis á la infanta (14)—ni la querades matar (15),
mas llévenla á aquella roca (16)—que estaba en medio la [mar» (17).
«Pláceme, dijo el buen (18) conde,—pláceme de voluntad.»

(1) Ser amiga.
(2) Que esto viera.
(3) Dexadme, el conde mi tio, no me querais maltratar.
(4) Dexádmela hablar.
(5) Dexádmela aconsolar.
(6) Verso del romance del *conde Cláros.*
(7) Falta este verso en Gallardo.
(8) Quiérase vos.
(9) Á echar.
(10) Oyó.
(11) No vos querais.
(12) Que por mi haya de pasar.
(13) Que me querais.
(14) Falta el *á*.
(15) Ni la querades hacer mal.
(16) Peña.
(17) Que está en medio de la mar.
(18) Falta el *buen*.

Ya se parten con Floreta,—ya se parten, ya se van (1);
déjanla en aquesta roca (2)—que en medio la mar está.
De su historia por agora—no se puede más contar;
quien la quisiera (3) saber,—procure de la buscar:
que este romance se fizo,—se fizo para cantar (4);
el cual fué hecho y trobado,—por Fernando de Villareal (5).

(Pliego suelto de la Biblioteca de Praga, *Romance nuevamente trobado del infante Turián y de la infanta Floreta*. Apud Wolf, *Sammlung*, 251.—*Romance nuevamente imprimido del infante Turián y de la infanta Floreta*. Apud Gallardo, *Ensayo de una Biblioteca española de libros raros y curiosos*, I, 1215-1219. Seguimos el texto de Wolf que parece más antiguo: las variantes son del de Gallardo.

(1) Para dejalla en la mar.
(2) En aquella peña.
(3) Quisiere.
(4) No mas de para cantar.
(5) Este verso en que consta el nombre del juglar que hizo ó remendó este romance falta en el pliego suelto que vió Gallardo, pero está en el de Praga. Por esta razón de tener autor conocido (si es autor realmente) le omitió Wolf en la *Primavera*, aunque la misma regla hubiera podido aplicar á *El conde Alárcos*, que lleva en varias ediciones el nombre de Pedro de Riaño. Por lo demás, es evidente que los largos romances juglarescos, que abundan tanto en el ciclo carolingio, carecen, conste ó no su autor, del carácter objetivo é impersonal propio de la primitiva poesía épica, y son elaboraciones de un versificador más ó menos hábil, que utiliza siempre elementos preexistentes, ó combina fragmentos épicos de diversas canciones.

El que escribió el romance del *infante Turián* se inspiró en un libro de caballerías en prosa que lleva por título *La historia del rey Canamór y del infante Turián su hijo y de las grandes aventuras que ovieron... Sevilla, por Jacobo Cromberger, alemán, 1528. á 18 días de Julio*. Hay otras ediciones, todas de Sevilla, 1546, 1550, 1558, 1567, rarísimas todas.

42.

Romance nuevamente hecho por Andrés Ortiz, en que se tratan los amores de Floriseo y de la reina de Bohemia.

¡Quién oviese tal ventura—en haberse de casar
como ovo Floriseo—cuando se fué á desposar,
que de grande alegría—no podía reposar!
Y la causa fuera esta:—que se lo envió á llamar
esa linda noble reina,—de Bohemia natural.
Él no era perezoso,—allá la fuera á hablar,
las rodillas por el suelo—la empezó de interrogar:
«¿Qué hacéis vos, mi señora,—flor de toda la beldad,
que desde el día que os ví—yo no puedo sosegar?
Socorrédme, mi señora,—no perezca deste mal.
(Y con grande acatamiento—él se la fuera á besar.)
Perdonádme, mi señora,—pues que sois de tal bondad:
que los yerros por amores—dinos son de perdonar.»
Ella con grande mesura,—así le fuera á hablar:
«Floriseo, Floriseo,—yo estoy presta á tu mandar,
que el amor que yo te tengo—me hace desesperar;
dóime del todo por tuya—para contigo casar.»—
«Beso las manos, señora,—ella me las quiera dar
por tan grande benificio—que ella me quiso otorgar;
yo estoy presto para hacerlo,—y por tal me quiero dar.»
Y con grande alegría—allí se van abrazar:
á una cama muy hermosa—allí fueron á holgar,
y con besos amorosos—empiezan de retozar.
Allí estuvieron holgando—fasta hora de yantar.
Cartas les fueron venidas—que era dolor de escuchar,
y lo que en ellas venía—á ellos parecía mal:
que ese infante don Etón—con el reino alzado se ha.
Floriseo con enojo—muchas naves mandó armar,

dándoles muy grande priesa—por haber de navegar.
Ya las gentes están juntas—que querían caminar,
cuando se iba Floriseo—para la reina hablar,
y con grande sentimiento—della despedido se ha:
«Abrazádme, mi señora,—vos me queráis abrazar,
que muy presto seré vuelto;—no vos querais enojar.»
Ella con grande dolor—no le podía hablar:
«¡Ah, mi señor Floriseo,—amador de la bondad,
y qué triste es la partida—para mí de gran pesar:
yo rogaré al rey divino—que os deje de allá tornar!»
«Y á vos, la mi señora,—tambien os quiera guardar.»
Ya se parte Floriseo,—ya empieza de navegar,
y andando por sus jornadas—al reino llegado ha.
En medio año que allí estuvo—el reino ganado ha.
Ya se parte Floriseo,—ya se parte, ya se va
á esa ínsula encantada—se decía, allá se va,
porque era deleitosa,—allí quiere reposar.
Andando por sus jornadas—allá fuera aportar,
y todos los de la isla—á recibírselo van
con tan grande alegría—que no lo puedo contar:
Los suyos le hacen fiesta—por haberle de alegrar,
y muy grandes monterías—en un bosque armado han.
Desque lo ovieron corrido—riberas de mar se van.
Allí estando en alegría—en pesar tornado se ha,
porque á deshora vino—en un barco por la mar;
lo que en el barco venía—era cosa de mirar:
que venía entretejido—con ramas verdes de arrayán,
y de aquel barco salía—una música de amar.
Él estándolo mirando—del barco vieron saltar
una doncella hermosa—que cantando iba un cantar:
las aves que van volando—al suelo hace abajar,
los peces que están nadando—todos juntos hace estar;
las naves que van remando—no podían navegar,
y con este dulce canto—que era gloria de escuchar,
caballera en un pez—al suelo fuera á saltar,
fuérase para las tiendas—y empieza así de hablar:

«¿Quién es aquí Floriseo—que le vengo á buscar
de parte de mi señora—que dél he necesidad?»—
Floriseo que allí estaba—la empezara de hablar:
«Yo soy ese, la doncella—que vos andáis á buscar.»
Ella desque lo vido—empezóle de hablar:
«Caballero Floriseo,—pues que sois de tal bondad,
mi señora á vos me envía—que la querais mamparar
de una muy grande injuria—que allá levantado le han;
porque sabiendo que sois acorro—y de viudas mamparar,
á vos me envía, señor,—que le queráis ayudar.
Yo os llevaré con placer—en aquel barco á descansar,
porque quien en aquel va—no recibe mal pesar;
por eso, señor amado,—vámonos allá á holgar.»
Floriseo desque la oyó—tal respuesta le fué á dar:
«¡Ay, doncella muy amada,—no me queráis vos llevar!
Porque yo estoy de partida,—no podría allá llegar,
porque (he) de ir á Constantinopla—con el emperador hablar
de un negocio que me dió—que me quiso encargar,
yo de dalle allí la cuenta—no puedo dello faltar.»
La doncella que esto vido—muy triste tornado se ha,
porque él no iba con ella—ni ella le podía llevar;
mas como era mañosa—tal remedio fué á tomar:
y era que tocó un laud—y empezara de cantar.
La canción que ella decía—era gloria de escuchar:
á todos los que la oían—adormecido los ha.
Así hizo á Floriseo—que en el suelo vido estar;
desque lo vido dormido—en un barco lanzado le ha,
y tañendo con su música—á un castillo llegado ha.
Su señora que lo supo—muy alegre tornado se ha,
y echándole en una cama—pensando allí de matalle,
con ungüento que le puso—sin acuerdo lo ha tornado.
Desque lo vido despierto—dél se había enamorado,
y con grande acatamiento—por amigo lo ha tomado.
Allí estuvo Floriseo—placentero, muy amado,
por amor de los hechizos—que le habían encantado.
Muy gran honra le hacía—la reina lasciva á su amado.

En un vergel muy hermoso—con él se anda deleitando,
y con muy grande vergüenza—á la cama lo ha llevado.
Allí estuvieron los dos—hasta que el sol fué rayado.
Así quedó Floriseo—en la menor India encantado.
Y tornando á sus criados,—desque hubieron despertado,
llorando de los sus ojos—por un bosque lo han buscado.
Muy penosos con gemidos—á la reina se han tornado:
«Nuevas os traemos, señora,—de que habréis gran quebranto.»
La reina que esto oyera,—un salto el corazón le ha dado,
y con muy grande agonía—les había preguntado.
Allí hablara Gesipo,—bien oiréis lo que ha hablado:
«Señora, no os enojéis—que Floriseo es encantado.
Llevάralo una doncella,—no sabemos á qué cabo.»
La reina que esto oyera—la color se le ha mudado,
y con muy grandes sospiros—caido había de su estado.
«¡Ay de mí triste, cuitada,—que he perdido á mi amado!
¡Oh fortuna desdichada,—que muy mal me has tratado!
Sin yo te lo merecer—me has quitado mi descanso.»
Su doncella Piromencia—se la iba á consolar:
«No vos enojéis, señora,—ni toméis tal pesar,
que Floriseo es vivo—no le queráis vos llorar.»
Y la reina que esto oyera—algo consolado se ha.
Y ellas estando en aquesto—nuevas llegado les han:
que ese duque Perineo—con doce llegado ha
caballeros esforzados—que la venían á buscar.
La reina que esto oyera—á recibírselo va.
Allí estuvieron los dos—con tristeza y con pesar,
el uno por su hijo,—y el otro por su amor.
Un concierto han tomado—que le fuesen á buscar.
Una dueña Perimencia—dél nuevas dado les ha:
que Floriseo está encantado,—que en la menor India está.
Perineo que esto oyera—muchas gracias dado le ha,
porque ya lleva esperanza—que lo había de hallar.
Y con este buen concierto—se empiezan de aparejar,
y se ponen en camino—para haber de irlo á buscar.
Y tornando á Floriseo—dél vos quiero contar,

que como estaba encantado—no siente donde se está,
salvo que tiene su esfuerzo—que no le podía faltar,
que venció grandes batallas,—que es muy grave de contar.
Así estuvo muy gozoso—con la reina á voluntad;
alli hubieron un hijo—que fuera de gran bondad.
Ellos estando en esto—allí lo vino á buscar
ese noble de Filoto—que le amaba con verdad.
Con una voz amorosa—le empezó de pescudar:
«¿Dónde está, Floriseo,—que le vengo yo á buscar,
que me dicen que está aquí—y que aquí suele posar?»—
Allí habló una doncella,—y empezara de hablar:
«Entres tú acá, caballero,—que acá dentro le verás.»
Filoto, no se guardando—en el castillo entrado ha,
y entrando que él entró—en el caballo vuelto se ha,
y así estuvo en esta pena—hasta Perineo llegar
que andando por sus jornadas—no cesa de caminar,
hasta que por su ventura—allí fuera aportar
á ese puerto de la India,—y al castillo fué á llegar.
Armado de todas armas—empezara de hablar:
«¿Qué es de aquese caballero,—que con él me he de matar
por las grandes sinrazones—que en este reino hecho ha?»
Un portero que esto oyera—á la reina dicho lo ha.
La reina desque lo supo—tomó tristeza y pesar,
lo uno por que (á) Floriseo—tan presto se lo han de llevar,
lo otro, porque entendía—que no había dél gozar;
y con gran ira crecida—á Floriseo fué á enviar
para haber de hacer armas—y aquel caballero matar.
Ya se arma Floriseo—para su padre matar
con muy relucientes armas—que era gloria de mirar.
Las puertas le han abierto—para salir á lidiar.
Su padre que así le vido—le empezara de mirar,
los ojos llenos de agua—empezara así á hablar:
«Aquel es mi Floriseo—en su cuerpo y menear.
¡Oh sin ventura de viejo,—cómo tengo gran pesar,
que tengo delante mi hijo,—y he con él de lidiar!»
Y tomando una lanza—para habello de encontrar,

danse tán grandes encuentros—que era dolor de mirar.
Y andando en su batalla—el duque empieza á hablar:
«Esperáos, el caballero—que os quiero un poco hablar,
y es que os pido de mesura—que el yelmo os queráis quitar.»
Floriseo que esto oyera—tal respuesta le fué á dar:
«Pláceme el caballero,—pláceme de voluntad.»
Y el duque desque lo vido—así le fuera á hablar:
«¡Oh mi hijo muy amado—no me queráis maltratar,
que yo soy el vuestro padre,—por vos pasé tanto mal!»
Floriseo no lo oía,—ni quería le escuchar
por amor que está encantado,—ni sentía bien ni mal.
Desque esto vido el duque—por su preso dado se ha,
y así fueron al castillo—adonde la reina está.
Ella con grande alegría—á recibírselo va;
grande honra le hacía—á Perineo sin dudar,
y desencantó á Floriseo—por á él más agradar.
Y estuvieron muy alegres—de lo que vieron pasar:
que miran hecho al enano—mona con muy gran corax.
Allí estuvieron viciosos—que era gloria de mirar,
y con grande acatamiento—della despedido se ha.
La reina recibió pena—por velle de sí apartar;
mas con lágrimas secretas—se lo fuera ella (á) abrazar,
y así se fué Floriseo,—y empieza de caminar.
Andando por sus jornadas—á Constantinopla llegado ha.
Saliendo de un monasterio—un caballero vía asomar,
llorando venía, llorando—que era dolor de mirar.
Floriseo que lo vido—empezóle de hablar:
«¿Qué habeis, el caballero?—No me lo queráis negar.»
—«Señor, es mi dolor tan grande—que no os lo puedo contar:
que ese duque de Macedonia—muy mal parado me ha,
que está puesto aquí en un paso—para habello de guardar,
por amor de una doncella—de Bohemia natural;
háse de casar con ella—esta noche sin dudar.»—
Floriseo que esto oyó—tomó tristeza y pesar,
y con muy grande enojo—con él fuera á pelear,
el cual por su grande esfuerzo—le venció y quiso matar.

El emperador con gran fiesta—consigo llevado le ha,
y muy grandes alegrías—en el palacio hecho se han;
si muy más las sentía—esa reina con su amar.
Allí estuvieron un tiempo—por él mas se aconsolar.
Y despues para su reino—muy presto vuelto se han,
en el cual estuvieron—con gran gozo y descansar.
Así acaba este romance—dando fin á mi hablar.
Y á vosotros, los lectores,—vos me queráis perdonar (1).

(Pliego suelto de la Biblioteca de Praga, en Wolf, *Sammlung*, 259-263.—Pliego suelto de la Biblioteca de Campo Alange, hoy de la Nacional, en Gallardo, *Ensayo*, III, 222-227).—Durán, *Romancero General*, número 257. Este último hizo algunas correcciones atinadas, con objeto de regularizar el lenguaje y la versificación, pero aquí prescindimos de ellas, según el sistema adoptado en nuestra publicación.)

43.

Romance del infante vengador.

Helo, helo por do viene—el infante vengador,
caballero á la gineta—en caballo corredor;
su manto revuelto al brazo,—demudada la color,
en la su mano derecha—un venablo cortador,
el hierro fecho en Vizcaya—y el hasta en Aragón.
Siete veces fué templado—en la sangre de un dragón,
otras tantas se ha amolado—porque cortase mejor:

(1) Inclúyese aquí este romance juglaresco por las mismas razones que el anterior. Su argumento está tomado de un libro de caballerías cuyo título es *Floriseo que por otro nombre es llamado el Caballero del Desierto, el qual por su gran esfuerzo y mucho saber alcanzó á ser rey de Bohemia. Compuesto por Fernando Bernal. Valencia, por Diego Gumiel á 10 de Mayo de 1516.*

Como todos los romances de su clase, el presente contiene muchas reminiscencias de las genuinas canciones populares. Copia versos del *conde Claros* y del *conde Arnaldos*.

con la punta del venablo—sacaría un arador.
Buscando iba á don Guádios,—á don Guádios el traidor.
Allá le fuera á hallar—á piés del emperador,
con una vara en la mano—que era su alguacil mayor.
Siete veces lo pensaba—si le tiraría ó nó,
y muy cerca de las ocho—el venablo le arrojó,
y por dar á don Guádios—acertó al emperador.
Pasóle el manto y la camisa,—en la carne no le entró :
por la gracia de Dios padre—al emperador no mató;
por un patin ensollado—palmo y medio le metió :
cuanto una misa rezada—el venablo retembló (1).

(*Nueve romances... compuestos por Juan de Ribera, y con licencia impresos, año de 1605.*—Gallardo, *Ensayo*, IV, 98.)

44.

Romance de las señas del esposo.

«Caballero de lejas tierras—llegaos acá y *veréis :*
hinquédes la lanza en tierra,—vuestro caballo arrendéis :
preguntaros he por nuevas,—si mi *marido* conoceis.»—
—«Vuestro marido, señora,—decid de qué señas es.»—
—«Mi marido es blanco y mozo,—gentil-hombre y bien cortés,
muy gran jugador de tablas—y *aun* tambien del ajedrez.
En el pomo de su espada—armas trae de un marqués,
y un ropon de brocado,—y de carmesí *el corvés :*
cabo el fierro de la lanza—trae un pendón portugués,
que lo ganó *á las tablas—á un buen conde* francés.»

(1) Es una variante del núm. 150 de la *Primavera*. El final difiere del todo. Parece remendado por alguien que no rocordaba íntegro el romance, y le acabó de cualquier modo. La comparación de la *misa rezada*, que aquí es absurda, está tomada del segundo romance de D. Tristán (146, a), donde es graciosa, aunque irreverente.

—«Por esas señas, señora,—su marido muerto es:
en Valencia le mataron—en casa de un ginovés;
sobre el juego de las tablas—lo matara un milanés;
muchas damas lo lloraban,—caballeros y un marqués.
Sobre todos lo lloraba—la hija del ginovés:
todos dicen á una voz—que su enamorada es.
Si habeis de tomar amores,—por otro á mí no dejeis.»
—«No me lo mandeis, señor,—señor, no me lo mandeis;
que antes que eso hiciese—señor, monja me veréis.»
—«No os metais monja, señora,—pues que hacello no podeis;
que vuestro marido amado—delante de vos lo teneis» (1).

(*Nueve romances... compuestos por Juan de Ribera, y con licencia impresos, año de 1605.*—Gallardo, *Ensayo*, IV, 98-99.)

45.

Romance de don Tristán.

Mal se queja don Tristán,—que la muerte le aquejaba.
Preguntando por Iséo—de los sus ojos lloraba:
«¿Qué es de tí, la mi señora?—Mala sea tu tardanza;
que si mis ojos te viesen,—sanaría esta mi llaga.»
Él este llanto haciendo,—y la reyna que llegaba:
«Quien os hirió, mi señor,—herida tenga de rabia.»
«Hirióme el rey mi tío—de aquesta cruel lanzada,
hirióme desde una torre—que de cerca no osaba.»
Juntóse boca con boca—allí se salía el alma.

(*Nueve romances... compuestos por Juan de Ribera, y con licencia impresos, año de 1605.*—Gallardo, *Ensayo*, IV, 99.)

(1) Está ya en la *Primavera* con el núm. 153, pero no habiendo podido ver Wolf el pliego suelto de Juan de Ribera donde este romance se contiene, tuvo que fiarse del *Romancero* de Durán, que enmendó el texto, según su costumbre. Aquí le reproducimos conforme á la copia de Gallardo. Las principales variantes van marcadas con letra bastardilla.

46.

Romance de Gerineldo.

«Quando vos nascistes, hijo,—triste no dormía yo,
quando murió vuestro padre—á mí vos encomendó
que mirase por vuestra honra—y os pusiese con señor.
Pusiera os yo con el rey—no hallando otro mejor.
Vos, hijo de mal mirado—hecistes la traición,
que dormistes ccn la infanta—hija de vuestro señor:
sentenciado estais á muerte—por ello con gran razón,
que cualquiera que tal haze—meresce por galardón
que le corten la cabeza—sin ninguna dilación:
ya pues lo habeis hecho, amigo,—encomienda os á Dios
que perdone vuestras culpas—y perdone vuestro error.»—
—«No hayáis lástima, señora,—no hayáis lástima, nó:
que en morir por tal infanta—con muy grande gozo vó,
antes vive que no muere—quien por tal caso murió.»
La infanta que lo ha sabido—á su padre se volvió,
las rodillas por el suelo—desta suerte le habló:
«Merced os pido, el rey,—mercedes os pido yo,
que me dedes por marido—al que matais por traydor,
si no quereis que yo muera—antes que el que es mi señor.»
El rey que aquello oyera—muy bueno le paresció,
despósanlos luego á entrambos—con muy gran plazer y ho-
[nor.

(Tercera parte de la *Silva*, fol. 18 vuelto. Es el primero de los *Romances de hystorias*. No lleva título en la *Silva*, pero le he puesto el de *Gerineldo*, por su patente analogía con los romances en que éste figura como protagonista.)

47.

Romance de Galiarda.

Misa se dize en Roma—en el altar de Santiago,
por la puerta del Perdón—gran caballería ha entrado,
entran duques, entran condes,—señores de grande estado;
entraba el conde de Lemos—con un doncel de la mano;
desque lo vió Galiarda—con los guantes le ha llamado,
de rodillas por el suelo—presto iba á su mandado.
—«¿Qué me queréis, mi señora,—¿para qué me habeis llamado?»
—«Que me llevases, Florencios,—que me lleves de la mano.»
—«Pláceme, dixo, señora,—pláceme, dixo, de grado;
que en llevaros yo, señora,—yo soy el que en ello gano;
ternéme por muy dichoso—y por bienaventurado.»
Andando por el camino—en amores van hablando.

(Tercera parte de la *Silva*, fol. 55 recto. Antecede á los otros dos romances de *Galiarda*, que tienen en la *Primavera* los núms. 138 y 139.)

48.

Romance de doña Ginebra.

Cabalga doña Ginebra—y de Cordoba la rica
con trecientos caballeros—que van en su compañía;
el tiempo hace tempestuoso,—el cielo se escurecía,
con la niebla que hace escura—á todos perdido había,
sino fuera á su sobrino—que de riendas la traía;
como no viera á ninguno,—desta suerte le decía:
—«Toquedes vos, mi sobrino,—vuestra dorada bocina
porque lo oyesen los míos—que estaban en la montiña»
—«De tocalla, mi señora,—de tocar sí tocaría,
mas el frío hace grande,—las manos se me helarían,

y ellos están tan lejos—que nada aprovecharía.
—«Meteldas vos, mi sobrino,—so faldas de mi camisa,»
—«Eso tal no haré, señora,—que haría descortesía,
porque vengo yo muy frío—y á vuestra merced helaría.»
—«Deso no cureis, señor,—que yo me lo sufriría,
quien callentar tales manos—cualquier cosa se zufría» (¿su-
Él desque vió el aparejo—las sus manos le metía, [friría?)
pellizcárale en el muslo—y ella reido se había:
Apearonse en un valle—que allí cerca parescía,
solos estaban los dos,—no tienen más compañía,
como veen el aparejo—mucho holgado se habían.

(Tercera parte de la *Silva*, fol. 20 recto.)

49.

Romance de la reina de Irlanda.

Cartas van por todo el mundo—dolorosas de contar,
por la reina de Irlanda—que la quieren degollar;
su marido el rey lo manda,—que le fueran á informar
de una mala sospecha—que le osaran levantar,
y es que habló con un infante—en sospechoso lugar;
dos años le dan de plazo,—quién la quiera defensar;
el uno ya es pasado—y el otro para acabar;
ruegan por ella los grandes—cuantos en la corte están,
y ruegan santas personas,—nada puede aprovechar,
porque es dada la sentencia,—no se puede revocar;
ya hacen el cadahalso—donde la han de degollar,
cubierto de paños negros,—que es dolor de lo mirar;
ya sacan la triste reina—toda llena de pesar,
y con ella treinta damas—que no cesan de llorar;
volvióse la triste reina—para las aconsolar:
«No lloréis hijas, y hermanas,—no queráis tanto llorar,
que la culpa es de dolerse—y el pecado es de llorar.

No me pesa de mi muerte—como sea natural,
mas pésame que sin culpa—el rey me manda matar.
Oh mundo desventurado,—nadie en tí debe fiar,
que el que más subido tienes—gran caida le haces dar.»
En decir éstas palabras—toda se fué á desmayar
porque vió el cadahalso—do habían de degollar;
las rodillas por el suelo—empezó de gritos dar,
palabras está diciendo,—que á todos pone pesar:
«Oh Santa María señora,—no me queráis olvidar,
en este paso de muerte—esfuerzo me querais dar,
y ruega por mis pecados—á tu hijo singular,
pues que yo muero sin culpa—milagro querais mostrar.»
Y diciendo estas palabras—una voz oyó gritar,
y es de un fraile francisco—que viene sin mas tardar
diciendo: «No muera, tate,—que la quiero confesar.»
En oyendo el rey aquesto—á todos manda apartar,
hizo que se confesase,—absolución le fuera á dar,
hace como quien se vuelve—á priesa y á mas andar,
quitóse los sus vestidos,—d'un arnés se fué armar,
cabalgó en un caballo,—rucio era y no alazán,
tomó gruesa lanza en mano—para haber de pelear,
dió de espuelas al caballo,—corriendo sin más parar;
llegó do estaba la reina—y la fué mucho á esforzar,
diciéndole que no tema,—que la viene á defensar,
porque ha oído decir—que aquesto es gran maldad;
fuése á do estaba el rey,—campo le fué á demandar,
que saliesen los falsarios—para con él pelear;
el rey mandó hacer un pregón—para haber de asegurar
las personas y las vidas,—pues la han de defensar;
vase el uno contra el otro—para haber de pelear;
á los primeros encuentros—el uno en tierra está
y el otro le dió á huir,—y á merced le fué á tomar.
Diólos en poder del rey—que lós mande castigar,
y el rey que aquesto viera—todo espantado se ha,
diciendo que el caballero—en fuerzas no tiene par.
Demandóle de merced—se quiera manifestar;

respondióle el caballero :—«Yo compliré vuestro mandar.»
Y ansí vido el señor rey—ser hombre muy principal
y que era hombre de salva—y de nación catalán.

(Tercera parte de la *Silva*, fol. 120 recto) (1).

(1) El asunto de este romance es muy análogo al de la libertad de la emperatriz de Alemania por el conde de Barcelona, núm. 162 de la *Primavera*.

ROMANCES DEL CICLO CAROLINGIO.

50.

Romance del rey Marsin.

Ya comienzan los franceses—con los moros pelear,
y los moros eran tantos—no los dexan resollar.
Allí habló Baldovinos,—bien oiréis lo que dirá:
—«Ay compadre don Beltran—mal nos va en esta batalla;
mas de sed que no de hambre—á Dios quiero yo dar el al-
cansado traigo el caballo—más el brazo del espada; [ma,
roguemos á don Roldan—que una vez el cuerno taña,
oir lo ha el emperador—qu' está en los puertos d' España,
que más vale su socorro—que toda nuestra sonada.»
Oido lo ha don Roldan—en las batallas do estaba:
—«No me lo rogueis, mis primos—que ya rogado m' estava,
mas rogaldo á don Renaldos—que á mí no me lo retraiga,
ni me lo retraiga en villa—ni me lo retraiga en Francia,
ni en cortes del emperador—estando comiendo á la tabla,
que más querría ser muerto—que sufrir tal sobarbada.»
Oido lo ha don Renaldo—que en las batallas andaba,
comenzara á decir—estas palabras hablaba:
—«Oh mal oviesen franceses—de Francia la natural,
que á tan pocos moros como estos—el cuerno mandan tocar,
que si me toman los corajes—que me solian tomar,
por estos y otros tantos—no me daré solo un pan.»
Ya le toman los corajes—que le solian tomar;
asi se entra por los moros—como segador por pan,
asi derriba cabezas—como peras de un peral;
por Roncesvalles arriba—los moros huyendo van;
alli salió un perro moro—que mala hora lo parió su madre:
—«Alcaria (*sic*), moros, alcaria—si mala rabia vos mate,
que sois ciento para uno—irles fuyendo delante;
¡oh mal haya el rey Marsin—que soldada os manda dare;

mal haya la reina mora—que vos la manda pagare;
mal hayais vosotros, moros—que la venís á ganare.»
De que esto oyeron los moros—aun ellos volvido han,
y vueltas y revueltas—los franceses fuyendo van:
Á tan bien se los esfuerza—ese arzobispo Turpin:
—«Vuelta, vuelta, los franceses—con corazon á la lid;
mas vale morir con honra—que con deshonra vivir.»
Ya volvian los franceses—con corazon á la lid,
tantos matan de los moros—que no se puede decir;
por Ronces Valles arriba—fuyendo va el rey Marsin,
caballero en una cebra—no por mengua de rocin;
la sangre que dél salía—las yerbas hace teñir,
las voces que él iba dando—al cielo quieren subir:
—«Reniego de ti, Mahoma,—y aun de cuanto hice en ti;
hícete el cuerpo de plata,—pies y manos de marfil,
y por más te honrar, Mahoma,—la cabeza de oro te hiz;
sesenta mil caballeros—ofrecilos yo á ti,
mi mujer Abrayma mora—ofrecióte treinta mil,
mi hija Mataleona—ofrecióte quince mil,
de todos estos, Mahoma—tan solo me veo aquí,
y aun mi brazo derecho,—Mahoma, no lo trayo aquí,
cortómelo el encantado—ese Roldan paladin,
que si encantado no fuera—no se me fuera él así;
mas yo me iré para Roma—que cristiano quiero morir,
ese será mi padrino—ese Roldan paladin,
ese me baptizará,—ese arzobispo Turpin;
mas perdóname, Mahoma—que con cuita te lo dixe,
que ir no quiero á Roma—curar quiero yo de mi» (1).

(Aquí comienzan dos maneras de glosas. Y esta primera es de las lamentaciones que dicen «Salgan las palabras mias.» E otra glosa á un villancico que dicen «Las tristes lágrimos mias»: hecho por Pedro de Tirante. E otras coplas que dizen: «Si en las sierras do naci.» E otras que dizen: «No me sirvais, ¡caballero.» E otras de la Madalena. E un romance del rey Marsin. Pliego suelto gótico de la Biblioteca Nacional.)

(1) De este importantísimo romance, desconocido hasta hoy, segun creemos, sólo figuraba en las colecciones el fragmento que tiene en la *Primavera* el núm. 183.

51.

Romance de Valdovinos.

Por los caños de Carmona,—por do va el agua á Sevilla,
por ahí iba Valdovinos—y con él su linda amiga.
Los pies lleva por el agua—y la mano en la loriga,
con el temor de los moros—no le tuviesen espía.
Júntanse boca con boca,—nadie no los (?) impedía.
Valdovinos con angustia—un suspiro dado había:
—«¿Por qué suspirais, señor,—corazón y vida mía?
Ó tenéis miedo á los moros—ó en Francia teneis amiga.»
—«No tengo miedo á los moros—ni en Francia tengo amiga:
mas vos, mora, y yo cristiano—hacemos muy mala vida:
comemos la carne en viernes,—lo que mi ley defendía.
Siete años había, siete—que yo misa no la oía.
Si el emperador lo sabe—la vida me costaría.»
—«Por tus amores, Valdovinos,—cristiana me tornaría.»
—«Yo, señora, por los vuestros—moro de la morería» (1).

(*Nueve romances... compuestos por Juan de Ribera, y con licencia impresos, año de 1605.*—Gallardo, *Ensayo*, IV, 98.)

(1) Es una variante curiosísima del 169 de la *Primavera*:

Tan claro hace la luna—como el sol á mediodía.

En el texto del *Cancionero de Romances* seguido por Wolf y Hofmann, no se encuentra rastro del último verso, y acaba el romance con la promesa que hace la mora de volverse cristiana.

Hubo otra versión de esto romance, de la cual quedan algunos versos en el *Libro de música de vihuela de mano* de Luis Milán (Valencia, 1535):

«¿Sospirastes, Valdovinos
la cosa que más quería?
Ó teneis miedo á los moros
ó en Francia teneis amiga.»
—«No tengo miedo á los moros
ni en Francia tengo amiga,
mas tú mora y yo cristiano
hacemos muy mala vida.
Si te vas conmigo en Francia
todo nos será alegría,
haré justas y torneos
por servirte cada día,
y serás la flor del mundo
de mejor caballería;
yo seré tu caballero,
tú serás mi linda amiga.»

52.

Romances de Durandarte.—I.

Muerto queda Durandarte—al pié de una gran montaña (1),
un canto por cabecera—debajo una verde haya;
todas las aves del monte—alrededor le acompañan;
llorábale Montesinos—que á su muerte se hallara,
hecha le tiene la fuesa—en una peñosa cava;
quitándole estaba el yelmo,—desciñéndole la espada,
desarmábale los pechos,—el corazón le sacaba,
para enviarlo (2) á Belerma—como él se lo rogara,
y desque le hubo sacado—su rostro al suyo juntaba,
tan agramente llorando—mil veces se desmayaba (3),
y desque volvió en sí—estas palabras hablaba:
«Durandarte, Durandarte,—Dios perdone la tu alma,
y á mí saque deste mundo—para que contigo vaya.»

(Tercera parte de la *Silva*, fol. 117 vuelto. —*Cancioneiro d'Evora publié... par Victor Eugène Hardung*, Lisboa, 1875, pág. 71.)

53.

Romances de Durandarte.—II.

Muerto queda Durandarte—al pié de una gran montaña:
en sus brazos le tenía—Montesinos que lloraba.
Con lágrimas de sus ojos—las heridas le bañaba;
con la daga de su cinta—el corazón le sacaba,
para llevar á Belerma—como él se lo mandara.
Con sospiros rompe el cielo,—con sollozos reventaba,

(1) Una *alta* montaña. *(Cancionero de Évora.)*
(2) Para enviárselo.
(3) Estos dos versos difieren enteramente en el manuscrito de Évora:

Y estando se lo sacando
mil veces se desmayaba,
y despues de vuelto en si
desta manera le habla.

las palabras que decía—á las piedras ablandaba.
«La muerte que os llevó, primo,—¿por qué á mí vivo dejara?
Pues fuimos uno viviendo,—¿cómo el morir nos aparta?
¿Cómo pudo el hierro entrar—donde error nunca entrara?
¿Cómo cuerpo tan leal—el fierro matar le basta?
Corazón que nunca erró,—¿cómo con fierro se saca?
Mandástelo vos, mi primo,—que fué la postrera manda,
mas yo en pensallo hacer—el corazón me desmaya;
mas tengo de obedecer—aunque mi esfuerzo no basta.»
Estas palabras diciendo—el corazón se desmaya.
Allegara un escudero—que Durandarte criara;
como le vido Montesinos—desta manera hablara:
«Por Dios te ruego, escudero,—por la fe que en tí se guarda,
con este que te crió—que en mis brazos muerto estaba,
en la postrimera hora—una manda me mandara,
tú la ayudes á cumplir,—porque mi esfuerzo no basta.
De la sangre que he perdido—toda la fuerza me falta.
Sácale su corazón—y llévale á quien amaba;
pues tú sabes sus secretos,—de tí solo se fiaba:
díle que en su testamento—restituir se lo manda,
pues que siempre fuera suyo—mientras el triste tuvo alma.»
El escudero llorando—su mandado efectuara.
Ya desmaya Montesinos—y á Dios quiere dar el alma;
mas el dolor de su primo—aquel que sus llagas causaba:
«Á Dios, dice el escudero:—dí á Belerma que aquí estaba
Durandarte y Montesinos,—que en servilla no cansaba,
Durandarte por ser suyo,—yo por saber que la amaba» (1).

(*Nueve romances... compuestos por Juan de Ribera, y con licencia impresos, año de 1605.*—Gallardo, *Ensayo*, IV, 95.)

(1) Es una refundición semi-artística del *Muerto yace Durandarte* (núm. 182 de la *Primavera*).
Hubo alguna otra versión del mismo tema.
En un pliego suelto de Argüello se cita, entre otros romances y villancicos viejos, uno que empezaba:

Muerto queda Durandarte
al pié de aquella montaña,
tan malas lanzadas tiene
que le atraviesan el alma.

54.

Romance de don Belardos.

El cielo estaba nubloso,—el sol eclipse tenía,
cuando el conde don Belárdos—de la batalla salía,
treinta caballos de diestro—que en ella ganado había,
el quinto da al emperador—que de derecho le venía,
de los otros el mejor—para sí se lo escogía.
El emperador muy triste—de esta suerte le dezía:
«Trocaríamos mi sobrino—ganancia por la pérdida,
si viniese Baldovinos:—por aquí no parescía,
volveldo vos á buscar—por la parte que os cabía.»
—«¿Cómo volveré, señor,—que hablar no me quería
por un neblí muy preciado—que me dió la infanta Sevilla?
Mas si á mi me dió el neblí—á ella le dió una sortija.
La propiedad del neblí—es que caza no se le iba,
la gracia de la sortija—es de muy mayor valía,
que á ferida que tocase—luego se restañaría.
Mas en todo esto, mi tío,—quiero hacer lo que debía.»
Ya cabalga don Belárdos,—á buscar se lo volvía;
por el camino que ía—vee venir caballería.
En hombros de caballeros—todos de espada guarnida,
viene herido Baldovinos—de una muy mala herida,
cubiertas vienen las andas—de la hoja de la oliva,
encima de un paño negro—y una letra genovisca.
Baldovinos con pasión—de aquesta suerte dezía:
—«Apéadme, caballeros,—en este trébol florida,
descansarédes vosotros—pacerán vuestros rocinos,
menearme me hían los vientos—de Francia do fuí nascido.
¿Si se acordará mi madre—de un hijo que había parido?
¿Si se acordará Sevilla—de Baldovinos su amigo?»
Diziendo estas palabras—delante se le ha venido:
—«Baldovinos, Baldovinos,—corazon y alma mía,

nunca holgastes conmigo—sino una noche y un día;
sépalo el emperador,—que de vos quedo yo en cinta.»

(Tercera parte de la *Silva*, fol. 21 recto.)

55.

Romance del conde Cláros.

—Pésame de vos, el conde—porque vos mandan matar;
pues el yerro que hecistes—no fué mucho de culpar,
que los yerros por amores—dignos son de perdonar.
Yo rogué por vos al rey—que vos mandase soltar,
mas el rey con gran enojo—no me lo quiso escuchar:
díjome que no rogase,—que no se puede escusar;
la sentencia es ya dada,—no se puede revocar,
que dormistes con la infanta—que habíades de guardar.
El cadahalso está hecho—donde os han de degollar:
mas os valiera, sobrino,—de las damas no curar;
que quien mas las damas sirve,—tal merced debe esperar,
que de muerto ó perdido—ninguno puede escapar.
—Tales palabras, mi tio,—no las puedo soportar;
mas quiero morir por ellas—que vevir sin las mirar.
Quien á mí bien me quisiere,—no cure de me llorar,
que no muero por traidor—nin por los dados jugar;
muero yo por mi señora,—que no me puede penar,
pues el yerro que yo fice—no fué mucho de culpar (1).

(Barbieri, *Cancionero Musical de los siglos* XV *y* XVI, núm. 329.)

(1) Es el más antiguo texto conocido de un fragmento del *Conde Cláros*. Fué puesto en música por Juan del Enzina.

56.

Romance del conde Claròs.

Dormiendo está el conde Cláros—la siesta por descansar,
porque la noche pasada—no la pudo reposar,
dando vueltas en la cama—del secreto desear,
sospiros no le dejaban—congoja no le da lugar,
por amores de la infanta—su señora natural.
Da voces al camarero—que se quiera levantar:
vístese un jubon chapado—que no se puede estimar,
y de oro de martillo—un mote muy de notar
en el brazo, que decía:—«¡Gran dolor es desear!»
Unas calzas bigarradas—con perlas ricas sin par,
el mote dellas decía:—«No tiene precio mi mal.»
Unos zapatos franceses—de un carmesí singular,
con unas letras de oro—relumbran como cristal.
El mote dellas decía:—«Estas arden sin quemar.»
Una ropa rozagante,—encima un rico collar,
con un mote que decía:—«¡Es mi dolor sin igual!»
Una gorra en la cabeza—que bien vale una ciudad;
con tres *íes* coronadas—dice el mote á mi pensar:
«¡Es tan alto mi deseo—que no hay mas que desear!»
Y doce mozos d'espuelas—para le acompañar,
vestidos de los colores—d'aquella dama real.
Los jubones de morado,—sayos de desesperar,
todas las mangas derechas—las hizo el conde broslar
con unas matas de ruda,—que querían ya granar;
el mote d'ellas decía:—«¡Mas amarga el esperar!»
Cabalga en una hacanea—la cual hizo ataviar
de una guarnición muy rica,—y las riendas, y el petral
lleno de unas campanillas—de oro y no de metal,
y unas lágrimas sembradas—y el mote para notar:
«Sin doleros vos, señora,—nada se puede acabar.»
Vase para los palacios—donde la infanta está.

La infanta estaba sola—en su cámara real,
deseando ver al conde—para poderle avisar.
Con un brial de oro tirado,—que no lo podía llevar,
bordado de claras boyas—y de delfines del mar,
y un mote de letras de oro—que decía en el brial:
«Anuncian claras señales—mi gloria poco durar.»
Un carbunco en la cabeza—de precio sin tener par,
con un mote que decía:—«¿Qu'es el precio en tal lugar?»
Y un mote de diamantes—que decía en un collar:
«Ante vos, piedras preciosas—son arenas de la mar.»
Llamara el conde á la puerta;—abriérala sin tardar:
dió consigo de rodillas—por las manos le besar.
Díjole:—Levantáos, conde,—que n'os las tengo de dar;
pues amor os dió ventura,—sabedla vos bien gozar.
Yo he sabido de la reina,—qu'el rey vos manda matar,
pues tovistes osadía—de amar en tal lugar.—
Respondió el conde: «Señora,—¿quién á mi osará llegar,
siendo yo favorecido—de vuestra alteza real?
¡Mirad qué desdicha de conde—no tener quien le avisar!
Qu'entrara el rey tan á paso—que le pudo saltear.
Dijo el rey con grande enojo:—«Conde, conde, este lugar
llámase *noli me tangere,*—el cual la vida suele costar:
mas por vuestro atrevimiento—y'os haré tal pena dar
cual se da á aquellos que ofenden—á nuestra corona real.» —
Y respondió el conde: «Señor,—vine por vos suplicar,
me diésedes mis condados—que me querían casar.»
—«Esas excusas, el conde,—no son para os desculpar,
que si algo tenía vuestro—n'os lo había de tomar.»—
Volvióse para su hija - dijo: «Hija, ¿este pesar
me teníades guardado—para me desconsolar?»
Mandara secretamente—al conde en hierros echar.
Mandó llamar á su consejo—en su cámara real:
como con rey y con reina—hácenle mal sentenciar:
dieron por sentencia al conde—que le hayan de degollar.
En el patio del palacio—un cadahalso mandó armar,
todo cubierto de negro—y hachas del mismo metal.

Otro dia en la mañana—sácanlo á degollar
al conde, entre dos obispos—y su tío el cardenal.
Tras él iban sus parientes—llenos de luto y pesar:
delante iban los galanes—dando voces á la par.
—«Más envidia os hemos, conde,—que mancilla ni pesar,
porque tal muerte como esta—por vida se ha de contar.»
Tras ellos iban las damas—diciendo: «Galanes, llorad,
que su muerte es la disculpa—con que os hemos de pagar.»
En llegando al cadahalso—adonde el buen rey está,
las trompetas bastardas—comenzaron á sonar
un triste son dolorido—que á todos hace llorar.
Luego los reyes de armas—comienzan de pregonar:
«Caballeros y galanes,—que de amor quereis tratar,
de las hijas de los reyes—os debeis mucho apartar,
que la muerte del conde Claros—os debe de escarmentar.»
Así hablara el conde:—«Tambien habeis de publicar
que lo mucho con lo poco—mal se puede galardonar.»
Tómanlo los dos verdugos,—y hiciéronlo arrodillar:
con cuchillo de crueza—lo fueron á degollar.
Mandó el rey muy crudamente—el su corazón sacar,
y entre dos platos de oro—á la infanta empresentar.
Llevara el paje los platos—no cesando de llorar:
tomaráselos la infanta,—hízolos descobijar.
Desque vido el corazón—empezóse de alterar.
Díjole: «Mi corazón,—¿quién os pudo así parar?
Si supiera vuestra muerte—triste, yo vos fuera ayudar.»
Allí viniera la reina—por podella consolar.
—«Calledes, hija, calledes,—no querades mas llorar,
que aunque al buen conde perdiste,—mejor os entiendo casar,
hombres hay en las mis cortes—que con vos pueden casar.»
Díjole: «Madre y señora,—no me querais consolar,
qu'el marido que tenía—vos lo habeis hecho matar.»
Tantas daba de las voces,—maravilla es de mirar.
Trastornósele el sentido—y el corazón de pesar.
—¿Qu'es de tí, el mi conde Claros?—¿Adónde te iré á buscar?
¿Qué son de tus atavios?—¿Qué se hizo tu triunfar?

¿Qué fué de las invenciones—qué fué del dulce trovar?
¿Qué fueron de los torneos—y justas que ibas á armar?»
Tantas lágrimas vertía,—que hobo de reventar.
El rey á los dos amantes—juntos los mandó enterrar
en una rica sepultura—y de oro esmaltar,
con un mote que decía:—«Ventura no dió lugar» (1).

(*Romance del conde Cláros, nuevamente trobado por otra manera. Fecho por Antón Pansac, andaluz.* Pliego suelto de la Biblioteca de Campo-Alange, hoy de la Nacional.—Gallardo, *Ensayo*, III, 1078-1082.—Durán, *Romancero*, núm. 363. Este último hizo bastantes enmiendas, y modernizó el texto, según su costumbre. Salvá (núm. 85 de su Catálogo) poseyó otra edición más antigua que la que lleva el nombre de Pansac: *Romance del conde Claros nuevamente trobado por otra manera, fecho por Juán de Búrgos.*)

57.

Romance de Gayferos.

Si d' amor pena sentís,—por mesura y por bondat,
caballero, si á Francia is,—por Gayferos preguntad,
y decilde que su amiga—se le envia á encomendar.
Que sus justas y torneos—bien lo supimos acá,
qu' él salió más gentilhombre—para á las damas loar.
Decilde por nueva cierta—como me quieren casar;
mañana hago mis bodas—con uno d' allende el mar (2).

(Barbieri, *Cancionero Musical de los siglos* XV *y* XVI, núm. 323.)

(1) Es romance juglaresco, que quizá excluyó Wolf por tener nombre de autor, puesto que en un pliego suelto se atribuye á Antonio de Pansac y en otro á Juán de Búrgos, los cuales probablemente serían meros refundidores. El romance, por otra parte, como casi todos los de su clase, es una taracea de otros anteriores, y aun puede considerarse como una refundición del 192 de la *Primavera*, pero ofrece la importante novedad de introducir una catástrofe semejante á las leyendas de Cabestanh y de la dama de Fayel. Los últimos versos del romance parecen reminiscencia de un paso muy sabido de las coplas de Jorje Manrique.

(2) Es un fragmento, con variantes, de *Asentado está Gayferos.*

ROMANCES DE ASUNTO BÍBLICO

58.

Romance viejo de como Matatías llora la destruición de Jerusalén.

«¡Ay de mí! dice el buen padre,—á cinco hijos que tenía:
¿Por qué viví tanto tiempo—que alcanzase aqueste día?
Que viera la ciudad santa,—con dolor del alma mía,
en poder del enemigo—que piedad no tenía,
de matar vieios y mozos—y robar cuanto podía;
compeliendo á sacrificio—á la su idolatría.
Por su mal se levantó—el que adorarle quería,
que por su mano murió—sobre el ara do yacía.»

(*Libro de música de vihuela intitulado Silva de Sirenas... compuesto por Enríquez de Valderrábano... Valladolid, 1547.*)

59.

Otro romance viejo, de como el profeta Elías huyó por el desierto, porque le quería matar Jezabél.

Adormido se ha el buen vieio—del cansancio que traía,
á la sombra de un enebro—que otro árbol no le había,
rogando á Dios que le mate—y le saque desta vida,
pues llevó á tantos buenos—que le hacían compañía.
Él, que estaba ya dormido,—oyó una voz que decía:
«Levántate y come luego—deste pan que te traía.»
Apenas hobo comido—que otra vez se adormescía,
y luego le dispertó—el ángel que era su guía.

(Valderrábano, *Silva de Sirenas*)

57.

Otro romance viejo ó historia de Judich, cuando siendo viuda degolló á Holofernes.

En la ciudad de Betulia,—Judich quiso dejar
el luto que había guardado,—del contino sospirar.
Vestida muy ricamente,—que era gloria de mirar,
pártese para la hueste—para á Holofernes hablar:
«Si te pluguiese, Holofernes—me quisieses escuchar.»
—«Mas suplícote, señora—conmigo quieras cenar.»
Holofernes fué tan ciego,—que se quiso embrïagar.
Grande esfuerzo fué á Judich,—pues le pudo degollar,
á aquel que puesto tenía—el ejército sin par;
y fué causa la su muerte—se hobiese de retirar.

(Valderrábano, *Silva de Sirenas.*) (1)

(1) Sólo por estar calificados de *viejos* en un libro que lo es bastante, puesto que data de 1547, se ponen aquí estos tres romances, á pesar de haber excluído Wolf de su colección todos los de asunto bíblico.

Además de los romances viejos que en esta colección van recogidos, y de los que han dejado vestigios en las comedias, y de los que persisten todavía, más ó menos degenerados, en la tradición oral, hubo otros muchos, de algunos de los cuales quedan rastros en varias partes, y que quizá parezcan el día menos pensado. Anotaremos algunas referencias.

Antonio de Nebrija, en su *Arte de la lengua Castellana* (1492, cap. V), cita tres versos de un romance de Lanzarote, idénticos por el sentido á otros del núm. 147 de la *Primavera,* pero que corresponden á una variante distinta, por ser diverso el asonante: «Nuestros mayores (dice Nebrija) no eran tan ambiciosos en tassar los consonantes, é harto les parecía que bastaba la semejanza de las vocales aunque no se consiguiese la de las consonantes. E assí fazían consonar «santa, morada, alva.» Como en aquel romance:

Digas tú buen hermitaño
que hazes la vida santa,
aquel ciervo del pié blanco
donde haze su morada?
—Por aquí pasó esta noche
una hora antes del alva.

En el cap. VIII cita el romance actual, calificándole de *antiguo:*

«Digas tú buen hermitaño
que hazes la santa vida,
¿aquel ciervo del pié blanco
dónde hace su manida?»

En la famosa obra de Francisco de Salinas (*De Musica libri septem*, Salamanca, 1577), he notado los siguientes principios de romances (acompañados de su notación), y quizá se me hayan pasado algunos:

Á caballo va Bernardo... (P. 307).

En la ciudad de Toledo
donde los hidalgos son (P. 309).
¿Dónde son estas serranas?
del pinar de Ávila son (333).
Yo me iba mi madre
á Villareale (397).

De romances conocidos he encontrado estas menciones:

Los brazos traigo cansados
de los muertos rodear (384)
Conde Claros con amores
no podía reposar (346).
Retrayda esta la infanta
bien así como solía (346).

Llama *antiquissimus et simplicissimus* al tono de los romances.

En el *Libro de música de vihuela de mano, intitulado El Maestro* de Luis Milán (Valencia, 1535), hay un fragmento que completa y modifica el núm. 125 de la *Primavera*:

Con pavor recordó el moro
y empezó de gritos dar:
mis arreos son las armas
mi descanso es pelear,
mi cama las duras peñas
mi dormir siempre velar,
mis vestidos son pesares
que no se pueden rasgar.

En Fuenllana, *Libro de música para vihuela, intitulado Orphenica lyra* (Sevilla, 1554) se lee este comienzo de romance, que es variante del 74 de la *Primavera*:

De Antequera sale el moro,
de Antequera se salía,
cartas llevaba en su mano,
cartas de mensajería.

En la colección de pliegos sueltos de la Biblioteca de Praga, que dió á conocer Wolf, hay una *Ensalada de muchos romances viejos y cantarcillos*, entre los cuales figuran los siguientes, no conocidos hasta ahora (aunque sí, á veces, otros análogos), debiendo advertirse que no siempre se designaban los romances por el primer verso, sino también á veces por el más conocido:

En Troya entran los griegos
tres y tres y cuatro á cuatro...
¿Qué me distes, Moriana?
¿Qué me distes en el vino?...
Cuando el conde don Julian
pasó de la Berbería...
Yo me estando en un vergel
cogiendo rosas y flores...
En Castilla no había rey,
ni menos gobernador...
Á caza va el rey don Bueso
por los montes á cazar...
Por el juego de los dados
siempre se revuelve mal...
Moricos de Colomera
con los moros de Granada ..
Pregonadas son las cortes
en los reinos comarcanos...
Alégrate, gran Sevilla
flor de todas las ciudades...
La mujer de Arnaldos
cuando en misa entró...
Ya se sale Melisendra
de los baños de bañar...
Dígasme tú, el ruiseñor
que haces la triste vida...
En Valencia está el buen Cid
en esa iglesia mayor...

APÉNDICE II

Romances que se han conservado por medio del teatro.

El teatro español, heredero de las tradiciones de nuestra poesía heroica, no sólo les dió nueva forma, sino que contribuyó á su conservación y difusión intercalando en el diálogo de las comedias largos fragmentos y aun romances enteros de origen popular. La mayor parte de estos romances son los mismos que se hallan en las colecciones impresas, pero ofrecen gran número de variantes que, si á veces deben atribuirse al capricho de los poetas que refundían la antigua materia épica, en otros casos pueden proceder de un texto diverso ó de las vacilaciones que la tradición oral tiene siempre. En tal concepto creemos que sería útil suplemento á nuestros romanceros el que se formase entresacando los romances viejos y tradicionales que, más ó menos alterados, se encuentran en el texto de innumerables dramas nuestros. Las indicaciones que vamos á hacer servirán sólo para mostrar la riqueza de esta vena poco atendida hasta ahora por los colectores, pero no pretenden de ningún modo agotar la materia, que exigiría un libro especial para su completo desarrollo.

El primero que hizo resonar en la escena española la cadencia siempre grata de los romances viejos fué el

sevillano Juan de la Cueva en su *Comedia de la muerte del rey don Sancho y reto de Zamora por don Diego Ordóñez*, representada en 1579. Los versos que toma del romance son estos :

Rey don Sancho, rey don Sancho,—no dirás que no te aviso
que del cerco de Zamora—un traidor había salido.
Bellido Dolfos se llama—hijo de Dolfos Bellido,
cuatro traiciones ha hecho—y con esta serán cinco.

Imitó á Cueva, muy pocos años después, un poeta anónimo autor de cierta *Comedia de los famosos hechos de Mudarra* (1583), de la cual ha publicado amplios extractos el Sr. Menéndez Pidal en su hermoso estudio sobre aquella leyenda. El ignorado dramaturgo utilizó, seguramente, para la escena de la muerte de Ruy Velázquez una refundición, hoy perdida, del romance *A cazar va don Rodrigo*, pero el romance está como diluído en la forma dramática, y apenas puede entresacarse alguno que otro verso.

El gran Lope de Vega, cuyo genio era enteramente popular y épico, usó más que ningún otro poeta de este ingenioso artificio, especialmente en las innumerables crónicas dramáticas que compuso, y en los dramas legendarios y novelescos.

En la comedia de *El rey Bamba* conserva muchos rasgos y el principio íntegro de un romance semi-erudito (tomado del *Valerio de las Historias*) que se halla en la *Rosa Gentil* de Timoneda (1573).

En el tiempo de los godos—que no había rey en Castilla,
cada cual quiere ser rey—aunque le cueste la vida..

En *El Casamiento en la muerte* (cuyo héroe es Bernardo del Carpio) hallamos una preciosa variante de los dos romances carolingios que en la *Primavera* llevan los números 185 y 186. Conviene entresacar el texto de Lope:

Con la grande polvareda—perdimos á don Beltrane;
siete veces echan suertes—si habrá quien irá á buscalle;
todas siete le cupieron—al buen viejo de su padre;
las tres le caben por suerte,—las cuatro por maldad grande;
Mas aunque no le cupieran,—él no podía quedarse.
«¡Volved á Francia, franceses,—los que habeis la vida infame,
que yo, por sólo mi hijo—voy á morir ó vengalle.»
Por la matanza va el viejo,—por la matanza adelante;
los brazos lleva cansados—de tanto los rodeare;
vido á todos los franceses—y no vido á don Beltrane;
vuelve riendas al caballo,—y vuelve solo á buscalle,
de noche por los caminos,—de día por los jarales;
y á la entrada de unos prados,—saliendo á unos arenales,
vido estar un moro perro—que velaba en un adarve;
háblale en algarabía,—como aquel que bien la sabe:
«Caballero de armas blancas,—¿vístele pasar, alarbe?
Si le tienes preso, moro—á oro es poco pesalle;
y si tú le tienes muerto,—dámele para enterralle,
porque el cuerpo sin el alma,—muy pocos dineros vale.»
—Ese caballero, amigo,—¿qué señas tiene ó qué talle?
— «Armas blancas son las suyas,—y el caballo es alazane;
en el carrillo derecho—tiene juntas dos señales,
que cuando niño pequeño—se las hizo un gavilane.»
—«Ese caballero, amigo,—muerto está en aquellos valles,
dentro del agua los pies,—y el cuerpo en los arenales.
Siete lanzadas tenía;—pásanle de parte á parte.»
Apenas le escucha el viejo—cuando como rayo sale,
y metiéndose en los moros—quiere morir ó vengalle,
y murió al fin peleando—el buen viejo don Beltrane.

Entre los elementos poéticos acumulados por Lope en este drama, se encuentra (y por cierto con notabilísimas variantes, que no sabemos si atribuir á refundición del dramaturgo ó á que tuviera presente un texto distinto de los que hoy conocemos), aquel grandioso romance, no popular, ciertamente, ni viejo (aunque á tan buenos jueces como Gastón París se lo haya parecido), en que Roldán sucumbe de dolor viendo herido y fugitivo en Roncesvalles á Carlomagno. Pero como esta catástrofe era incompatible con la muerte de Roldán á manos de Bernardo, Lope transpone la situación, y atribuye á Carlomagno lo que el romance dice de Roldán, y la lamentación que pone en su boca:

Por muchas partes herido—sale el viejo Carlomagno,
huyendo de los de España—que le han desbaratado.
Al pié estaba de una cruz,—por el suelo arrodillado,
diciendo palabras tiernas—envueltas en duro llanto.
«Oh Carlos triste—decía—¿qué es de tu esfuerzo pasado?
¿Qué es de tus doce famosos—que dieron al mundo espanto?
¿Adónde está don Roldán?—¿Dónde el paladin Reinaldos,
Danés Urgel, Brandimarte—Sonsoneto, Alfonso insano (?),
Montesinos, Oliveros—y Durandarte el gallardo,
el almirante Guarinos,—Gaiferos y el conde Naymo?
¡Ay, don Beltrán valeroso,—viejo noble, honrado y sabio,
por no tomar tu consejo—en Roncesvalles acabo!
¡Vendido me ha Galalón;—Dios le dé por ello el pago!»
Diciendo aquestas razones—cayó en tierra desmayado.

En *El conde Fernán González* aprovecha é intercala Lope dos romances, uno popular y otro artístico: el que comienza *Buen conde Fernán González*, y el de *Juramento llevan hecho;* uno y otro con grandes variantes que no

corresponden á ninguno de los textos conocidos, y deben de ser modificaciones arbitrarias del poeta, aunque no todas lo parecen:

Buen conde Fernán González—el rey envía por vos
para que vais á las Cortes—que celebran en León.
. . . .
De Asturias y de Galicia—desde el Miño hasta Arlanzón,
y desde el Duero hasta el Tajo,—de Segovia á Badajoz,
no ha quedado de castillo,—de villa ó ciudad, señor,
que no venga á su mandado—humildemente y vos no.
Buen conde, si vais á ellas—daros han buen galardón,
daros ha el rey á Paredes—á Dueñas y á Villalón,
á la Torre, á Palenzuela,—y á Palencia la mayor;
si no vais, conde, á las Cortes—daros ha el rey por traidor,
y quedaréis por retado—como los villanos son.
—Mensajero eres, amigo,—no mereces culpa, no;
y es justa ley que te valgan—las leyes de embajador.

El romance primitivo no menciona á Villalón ni á Dueñas, y en cambio habla de Carrión, de Torquemada, de Tordesillas y Torrelobatón, que faltan en Lope. Por supuesto, el final del romance está refundido conforme á la ortodoxia monárquica del siglo XVII:

Nunca ha sido inobediente—el conde al rey mi señor:
ni en las guerras le ha faltado—ni en el campo le dejó;
si ha días como tú dices—que á su mandado no voy,
es porque no me ha dejado—el cordobés Almanzor;
dí que parto á obedecelle,—y que de camino estoy,
aguardando á que me dén—un caballo y un azór.

El otro romance, que es artístico sin duda, pero bastante sencillo y no infiel al espíritu de los tiempos heroicos ni al tono de la canción popular, conserva los mis-

mos méritos en la refundición de Lope, aunque su letra difiere mucho de la que leemos en el *Romancero General* de 1604. Sólo hay conformidad en los seis primeros versos:

Juramento llevan hecho—todos juntos á una voz,
de no volver á Castilla—sin el conde su señor.
La su imágen llevar quieren—subida en un carretón,
dando obediencia á una piedra—para más señal de amor.
Convocar quieren la gente—y mover á compasión
los niños entre los pechos,—las hembras en la labor,
los hidalgos en la plaza,—los monjes en religión,
los viejos en los gobiernos,—los mozos en su afición,
en la tienda el oficial,—en el campo el labrador.
. . . .

Como este romance no pertenece á los viejos y tradicionales, omito los restantes versos, que tendrán en otra parte lugar más adecuado.

En *El Bastardo Mudarra* «Lope tomó de las Crónicas »todos los rasgos poéticos en ellas conservados, al par »que la rapidez y fuerza narrativa de la antigua prosa »historial; y de los romances adoptó el metro, imitó su »corte y sus giros en muchas escenas, y aun insertó al»gunos íntegros ó copió de otros bastante número de ver»sos» (1).

Uno de los romances aprovechados por Lope es el de *Convidárame á comer*, que no se conoce en su forma original y primitiva, sino en refundiciones semi-artísticas (que ya hemos dado á conocer) y en dos variantes dra-

(1) R. Menéndez Pidal, *La Leyenda de los siete infantes de Lara*, 129.

máticas, ésta de Lope y otra de Hurtado de Velarde, que citaremos después. La de Lope dice así:

En campos de Arabiana—murió gran caballería,
por traición de Rui Velázquez—y de doña Alambra envidia.
Murieron los siete infantes—que era la flor de Castilla,
sus cabezas lleva el moro—en polvo y sangre teñidas.
Convidárame á comer—el rey Almanzór un día,
despues que hobimos comido—dióme la sobrecomida,
conocí los hijos míos—y el ayo que los rexía.
Dexé con mi tierno llanto—las piedras enternecidas,
dióme libertad el rey—luego á Castilla me envía,
mas no me la dió la muerte—pues no me quitó la vida.
Vine á Búrgos donde estoy—ciego de llorar desdichas,
pidiendo justicia al cielo,—que en el suelo no hay justicia.
Cada día que amanece—doña Alambra, mi enemiga,
hace que mi mal me acuerden—siete piedras que me tira.

Lo que el texto del romancero manuscrito de Barcelona (dado á conocer por Milá y Fontanals) y también el que siguió Hurtado de Velarde achacan á Ruy Velázquez, Lope lo atribuye á D.ª Lambra, y probablemente estaría así en la versión del romance que él conoció acaso por tradición oral.

Contiene además esta comedia restos de una variante perdida del célebre romance *A cazar va D. Rodrigo:*

En un monte junto á Búrgos—al pié de una verde haya,
echado está Ruy Veláquez—cansado de andar á caza.
....

El título de otra comedia de Lope *Las Almenas de Toro*, y una de sus más bellas escenas, proceden de un romance que en la *Primavera* tiene el núm. 54, tomado de la *Rosa Española* de Juan de Timoneda. No creo que el tex-

to que tuvo á la vista Lope ó que citaba de memoria, fuese el mismo de la *Rosa Española.* Pocos versos concuerdan, y en los añadidos por nuestro poeta hay algunos rasgos que, aun revestidos de afiligranada forma artística, parecen más tradicionales que los del romance. Lope, no obstante, era muy capaz de lograr por sí mismo tal género de bellezas; cuando se inspiraba en la poesía nacional acertaba casi siempre, y á veces logró que lo inventado por él se incorporase con el fondo de la tradición y no disonase de ella. He aquí este nuevo texto del romance, tal como puede entresacarse del diálogo de la comedia:

Rey don Sancho.

Por las almenas de Toro—se pasea una doncella,
pero dijera mejor—que el mismo sol se pasea...
....
Blanca es y colorada—que es de los amores reina...
....
Si es hija de duque ó conde—yo me casaré con ella
de buena gana, vasallos,—y haréla en Castilla reina.
Carroza le haré de plata,—de blanco marfil las ruedas,
estribos y asientos de oro—y las cubiertas de tela.
Los caballos que la lleven,—las crines ricas que peinan,
cubrirán lazos de nácar—y ellos besarán la tierra.
Haréle el más rico estrado—que moro ó cristiano tenga,
donde no se echen de ver—con los diamantes las telas.
Haré que Elvira y Urraca—juntas de rodillas vengan
á Sevilla, y que el cojín—le lleve Alfonso á la iglesia.
Mas si por dicha, si ya—que esto puede ser que sea,
es hija de labrador,—tendréla por mi manceba.
Haré que por celosías—mire las públicas fiestas,
juegos de cañas y toros,—torneos, justas, libreas.
Irémos los dos á caza—por los montes y florestas;

gavilán que lleve en mano,—de oro tendrá las pihuelas.
Si de ella tuviere hijos,—haré que el mayor posea
como juro de heredad—á Carrión y á Palencia.
Los demás no irán quejosos,—que yo casaré las hembras,
y haré obispos los varones—de Búrgos y Compostela.

CID.

Dejad, el buen rey don Sancho,—de hablar palabras como [esas;
que es vuestra hermana, señor,—la que veis en las almenas...

REY DON SANCHO.

Pues si ella, Cid, es mi hermana,—¡mal fuego se encienda [en ella!
¡No tenga jamás ventura—pues no la tendrá por fea!
Case mal, con hombre indigno—cuyo nacimiento venga
desde el primero villano—que puso arado en la tierra.
No haya subido á caballo,—calzado bota ni espuela,
puesto camisa de holanda,—vestido sayo de seda.
¡Hola, ballesteros, hola!—Apercibid las ballestas...
¡Tiralde, los mis monteros!

CID.

Todo hidalgo se detenga;
que al hombre que la tirare,—antes que ponga la cuerda
le volaré de los hombros,—y de un revés, la cabeza...

Lope de Vega atestigua que en su tiempo era muy popular este romance, y que con él se arrullaba á los niños:

Ya se canta por ahí,
y hasta en la cama se duerme
el niño con las canciones
que se han hecho á las almenas
de Toro......................

No faltan en esta pieza alusiones á los romances más conocidos del cerco de Zamora:

¿Deben de cantar en vano
desde el hidalgo al que el trigo
siembra, aquello de «Rodrigo,
el soberbio castellano?»

Pero no se transcribe casi ninguno á la letra, sin duda porque ya los había aprovechado Guillén de Castro. Hay una sola excepción, y es el relato de la muerte de don Sancho, en que se intercalan algunos versos de los más populares, precisamente los mismos de que había hecho uso Juan de la Cueva:

¡Rey don Sancho, rey don Sancho,
no digas que no te aviso!...

En *El Sol Parado* hay una linda escena fundada en un romancillo villanesco, que debió de ser muy popular, pero que no conocemos ya en su primitiva forma, sino á través de las *glosas á lo divino* que de él hicieron varios ingenios del siglo XVI, por ejemplo, Juan López de Úbeda en su *Cancionero y Vergel de plantas divinas* (Alcalá, 1588):

Yo me iba, ¡ay, Dios mío!
á Ciudad Reale;
errara el camino
en fuerte lugare...

El mismo Lope le glosó otras dos veces en su auto sacramental *La Venta de la Zarzuela*. De estas glosas procuraré entresacar los versos que parecen primitivos:

Yo me iba, serrana,—á Villa Reale...
errara el camino—en fuerte lugare...
cogióme la noche—y su obscuridad...
siete dias anduve—que nó comí pan...
No estaba muy lejos—un negro jaral
donde el sexto dia—hube de pasar...
donde sale el sol—comencé á mirar...
junto á la Zarzuela—y Darazután,
donde en vez de rosas—tales zarzas hay;
vi de una cabaña—salir humo tal,
que cegó mis ojos—¡ay Dios! si verán...
de ella una serrana—me salió á buscar,
fingida de rostro,—de alma mucho más...
«Apeaos, caballero,—vergüenza no hayáis,»
me dijo engañosa: —«¡qué facilidad!»

En la comedia genealógica *Los Ramírez de Arellano* se intercalan hábilmente algunos versos de un romance relativo á la catástrofe de Montiel:

Muerto yace el rey don Pedro—en su sangre revolcado:
más enemigos que amigos—tienen su cuerpo cercado;
unos dicen que le entierren—otros que no sea enterrado...

En *El Primer Fajardo* pone en acción nuestro poeta la partida de ajedrez entre el rey moro y Fajardo, dándola mayor realce con hacer que dos músicos canten al mismo tiempo los versos del romance, que seguramente todos los espectadores acompañarían en coro:

Jugando estaba el rey moro—en rico ajedrez un día,
con áquese gran Fajardo,—por amor que le tenía.
Fajardo jugaba á Lorca—y el rey jugaba á Almería;
que Fajardo, aunque no es rey,—jugaba cuatro ó seis villas...

De este modo lo épico se enlaza con lo dramático, y consigue el poeta que la ilusión realista no se destruya, á pesar del brusco tránsito del diálogo al canto. No en boca de los músicos, sino del rey mismo, están puestos los famosos versos :

Perdiste, amigo Fajardo,—la villa de Lorca es mía...

La admirable tragicomedia de *Peribáñez y el Comendador de Ocaña* parece estar fundada en algún romance popular. Así lo indican estos versos :

Canta, Llorente, el cantar
de la mujer de nuesamo.

LLORENTE.

La mujer de Peribáñez,—hermosa es á maravilla;
el comendador de Ocaña—de amores la requería...
. . . .
«Más quiero yo á Peribáñez—con su capa la pardilla,
que no á vos, Comendador,—con la vuesa guarnecida.»

Otra admirable creación dramática de Lope, análoga á la anterior; *Fuente Ovejuna,* nos conserva el principio de otro romance:

Al val de Fuente Ovejuna—la niña en cabellos baja;
el caballero la sigue—de la cruz de Calatrava.

Prescindo de *Los Comendadores de Córdoba*, porque están basados, no en un romance propiamente dicho, sino en un cantarcillo de versos de cinco sílabas, que por lo demás es de índole profundamente popular, y más narrativo que lírico. Cosa análoga puede decirse de *El Caballero de Olmedo,* de *El Galán de la Membrilla* y otras mu-

chas producciones, de las mejores del riquísimo repertorio de Lope, en que aparecen incorporadas todas las formas y maneras del lirismo tradicional, juntamente con las de la tradición épica, transmitida por los romances y las crónicas.

La comedia *El más galán portugués duque de Berganza* se funda en el romance núm. 107 de la *Primavera*, pero el texto que Lope presenta está remendado para acomodarle á las profundas alteraciones que él hizo en su fábula dramática:

Mediodía era por filo—eclipsado el sol salía,
cuando el duque de Berganza—con la duquesa reñía;
comiendo una vez estaba,—cuando arrojando una silla
el duque se levantó—con la cara denegrida.
Dejan la mesa los dos,—capa y espada pedía:
«Traidora me sois, duquesa,—falsa, aleve y fementida.»
A quien con valor responde—ella que su sangre imita:
«Yo no soy traidora, duque,—ni en mi linaje lo había...»
Cuando aquesto oyera el duque—fuego echando por la vista,
empuñando la su espada—desenvaina la cuchilla,
y como si fuera un moro—para la duquesa se iba;
la duquesa con las manos—parece se defendía...
y viendo que la mataba—á grandes voces decía:
—«Valedme, mis escuderos,—los que truje de Castilla.»
Todos eran portugueses—ninguno el habla entendía;
no porque no la entendiesen,—sino porque no querían;
si no fuera un pajezuelo—que llamaban Mendocica,
que porque á doña Mayor—con mucha lealtad servía,
de ver el duque con ella—celos el duque tenía;
pero conmovido el paje—entra con lengua atrevida,
diciendo, sin tener miedo—ni á su muerte ni á su vida:
—«Suelta, duque, á la duquesa,—que ella nada te debía.»

El duque fué contra el paje,—por los corredores iba;
el paje, como es ligero,—por la escalera corría,
pidiendo justicia al cielo,—pero el duque le seguía.
Estando en aqueste punto—llegué yo con osadía
donde la duquesa estaba,—y entre los brazos asida
la saqué por una puerta—que por el jardin salía,
y hácia un pedazo de monte—entre unas verdes encinas,
y á las ancas de un caballo—que volaba y no corría,
la puse á los pies del rey,—donde le pide justicia.

En *La Envidia de la Nobleza* se intercalan trozos muy alterados de un romance fronterizo, que ya Ginés Pérez de Hita calificaba de antiguo (núm. 72 de la *Primavera*):

«Redüán, bien se te acuerda—que me diste la palabra
de darme á Jaén la fuerte—en una noche ganada.
. . . .
Reduán, si no lo cumples,—desterrarte hé de Granada,
quitándote el alcaidía—de las torres de la Alhambra.
Daré al mayor enemigo—los amores que más amas,
tus oficios y tus rentas—á criados de mi casa.
. . . .

Se alude también al famoso romance *Moro alcaide* (núm. 84 a), y se imitan otros así fronterizos como moriscos. Parecidas reminiscencias se observan en otras comedias de asunto histórico granadino; por ejemplo, en *El Cerco de Santa Fe,* fundado principalmente en el romance núm. 93, cuyos primeros versos se recuerdan:

Cercada está Santa Fé—de mucho lienzo encerado,
y al rededor muchas tiendas—de terciopelo y damasco...

Pasemos á las comedias del ciclo carolingio. En *Las Mocedades de Reinaldos* hay un romance que acaso sea

composición del mismo Lope, pero en el cual parecen notarse algunos rasgos tradicionales que hacen sospechar la existencia de un original perdido, por lo cual nos parece curioso reproducirle, á pesar de su forma artística y moderna :

Labrando estaba Claricia—una sobreveste blanca
para Reynaldos, su esposo—que andaba en el monte á caza,
y como se la ponia—sobre las doradas armas,
las batallas que ha vencido—bordaba de sedas varias;
echó ménos á su hijo,—que entre tanto que ella labra,
le devanaba la seda—sobre unas dobladas cartas.
Saltos le da el corazon—y sospechas le da el alma.
Picóla el dedo la aguja,—cubrió de sangre la holanda :
dióle voces, no responde : —dejó la laboı turbada;
al salir al corredor—pisó la falda á la saya.
Cuando entre este mal agüero—oye que tocan al arma :
el niño estaba en el muro—Galalón en la campaña,
Por la empresa le conoce—y desta suerte le habla :
—«Mal hubiese el caballero—de la casa de Maganza
que puso mal con el rey—á quien le honraba su casa :
Reynaldos de Montalván—venció cuarenta batallas,
ayudó al conde Godofre—á ganar la casa santa;
Galalón cobarde siempre,—cuando Cárlos fué á Bretaña,
se escondió en una arboleda—en escuchando las cajas.
....
Un dia de San Dionis—que á la mesa se sentaban
de Cárlos, su emperador—todos los grandes de Francia,
díjoles que el que más moros—hubiese muerto en batalla,
tomase á su lado silla : —fué Galalón á tomalla.
Reynaldos le desvió—diciéndole : «¡Infame, aparta!
que Roldan, Dudon y Urgel—pudiendo tomalla, callan,
tras ellos Reynaldos solo —merece silla tan alta.»
Replicóle que mentía,—puso la mano en su cara,
enojóse Carlos de esto,—desterróle de su casa.
Crecieron los testimonios,—retiróse á la montaña.

La comedia de *El Marqués de Mantua* está fundada enteramente en los romances, y conserva sus principales pasajes, pero Lope los moderniza, volviéndolos á escribir en su estilo, por lo cual es inútil reproducirlos aquí, mucho más siendo tan fácil hacer la comparación de ambos textos en el curioso estudio que acaba de publicar Alberto Ludwig (*Lope de Vega's Dramen aus Karolingischen Sagenkreise,* Berlín, 1898).

Prescindo de otras piezas caballerescas y novelescas en que Lope dramatizó asuntos de los romances, empapándose en su espíritu, pero sin reproducir su letra; por ejemplo, *La Fuerza lastimosa,* en que trató, con más fortuna que otros poetas, el patético asunto de *El Conde Alarcos*. Pero conviene observar que hasta en piezas de pura invención, ó que no tienen fondo tradicional, se encuentran á veces preciosísimas reliquias de cantos populares. Hay, por ejemplo, en *El Villano en su rincón* dos lindos romances, enlazados por un cantarcillo, que parecen primitivos, y que tienen algún parentesco con el de la *Infantina.* Lope pudo retocarlos algo, pero seguramente los dejó intactos en lo substancial:

A caza va el caballero—por los montes de París,
la rienda en la mano izquierda—y en la derecha el neblí.
Pensando va en su señora,—que no la ha visto al partir,
porque como era casada,—estaba su esposo allí.
Como va pensando en ella,—olvidado se ha de sí:
los perros siguen las sendas—entre hayas y peñas mil.
El caballo va á su gusto,—que no le quiere regir.
Cuando vuelve el caballero—hallóse de un monte al fin;
volvió la cabeza al valle,—y vió una dama venir,
en el vestido serrana,—y en el rostro serafín.

Por el montecico sola,
¿Cómo iré?
¡Ay Dios! ¿Si me perderé?
¿Cómo iré, triste, cuitada,
de aquel ingrato dejada?
Sola, triste, enamorada,
¿Dónde iré?
¡Ay Dios! ¿Si me perderé?
—¿Dónde vais, serrana bella,—por este verde pinar?
Si soy hombre y voy perdido—mayor peligro llevais.
—Aquí cerca, caballero,—me ha dejado mi galán,
por ir á matar un oso—que ese valle abajo está.
—¡Oh mal haya el caballero—en el monte Allubricán,
que á solas deja su dama—por matar un animal!
Si os place, señora mía,—volved conmigo al lugar,
y porque llueve, podréis—cubriros con mi gabán.—
Perdido se han en el monte—con la mucha obscuridad.
Al pié de una parda peña—el alba aguardando están;
la ocasion y la ventura—siempre quieren soledad.

No todos los dramaturgos contemporáneos y discípulos de Lope de Vega le imitaron en cuanto á esta manera de aprovechar y transformar los romances. No recuerdo ejemplos en Tirso ni en Alarcón, poetas de genio más dramático que épico; pero abundan mucho en otros autores de menos nombre. Falsamente atribuida á Lope se imprimió en 1603 (Lisboa) una *Comedia de la libertad de Castilla,* que por buenas conjeturas pudiera atribuirse á Pedro Liñán de Riaza ó al poeta de Guadalajara Hurtado de Velarde. Esta comedia presenta una nueva variante ó refundición del romance *Buen Conde Fernán González,* más fiel al original que otra que hemos visto en Lope:

Buen conde Fernán González—el rey envía por vos,
que vayades á las cortes—que se facen en Leon.

Buen conde, si allá no ides—dárvos hían por traidor,
y os quitarán vuestras tierras—darlas han á otro señor;
buen conde, si allá ides—darvos han buen galardon:
darvos han las siete villas—que dentro en Aguilar son,
darvos han á Torquemada—la Torre de Marmojón,
y otras villas y castillos—que los he olvidado yo.
—Mensajero sois, amigo,—non mereceis culpa, non,
porque si la mereciérades—bien vos castigara yo.
Decid de mi boca al rey—que non quiero ir allá non,
que endose sus aguinaldos—á quien mejor le ayudó,
á quien le ayudó, vos digo,—mientras yo yacía en prisión,
á correr las tierras mias—por su grado y mi baldón.
Villas y castillos tengo,—todos á mi mandar son,
dellos me dexó mi padre,—dellos me ganara yo;
los que me dexó mi padre—poblélos de ricos homes
y los que yo me ganara—poblélos de labradores;
á quien algo non tenía—mi mano se lo endonó,
y al que tenía solo un boi—dábale otro, y eran dos;
cada dia que amanece—por mí facen oración,
non la facen por el rey—que non la merece, non;
que si las sus tierras quiere—que le fagan buena pro,
que me pague las calonas—del caballo y del azor.

En las famosas crónicas dramáticas de Guillén de Castro y otros poetas menores prevaleció el sistema de Lope. Notorio es que *Las Mocedades del Cid* (primera y segunda parte) son una continua y hábil dramatización de los romances del Campeador, así de los populares como de los artísticos. Sólo en la primera parte pasan de veinte los que Guillén de Castro fué zurciendo á retazos en la tela de su diálogo. Pero alguna vez también se presentan aislados, como en estas quejas de Jimena, que corresponden al romance *En Burgos está el buen rey* (30 a de la *Primavera*), derivado de la *Crónica Rimada:*

Cada dia que amanece—veo quién mató á mi padre,
caballero en un caballo,—y en su mano un gavilán.
. . . .
Y por hacerme despecho—dispara á mi palomar,
flechas que á los vientos tira—y en el corazon me dan.
Mátame mis palomicas—criadas y por criar;
la sangre que sale dellas—me ha salpicado el brial...
. . . .
Rey que no hace justicia—no debria de reynar,
ni pasear en caballo,—ni con la reina folgar...

Y en la segunda parte el famosísimo que comienza *Afuera, afuera, Rodrigo* (37 de la *Primavera*):

Afuera, afuera, Rodrigo,—el soberbio castellano,
acordársete debiera—de aquel buen tiempo pasado
que te armaron caballero—en el altar de Santiago;
mi padre te dió las armas,—mi madre te dió el caballo,
yo te calcé espuelas de oro—porque fueras más honrado,
pensando casar contigo: —no lo quisieron mis hados (1);
casástete con Jimena,—hija del conde Lozano.
Con ella hubiste dineros,—conmigo fueras honrado.
Muy bien casaste, Rodrigo—mejor hubieras casado,
dejaste hija de un rey—por tomar la de un vasallo.

Idéntico rumbo siguió, en sus piezas históricas, Luis Vélez de Guevara, uno de los discípulos de Lope que mejor llegaron á asimilarse algunas cualidades del maestro. Ya hemos hablado de *La Serrana de la Vera.* No citaremos la comedia *Si el caballo vos han muerto*, porque el romance en que está fundada, y que íntegramente se transcribe en ella, aunque calificado por Durán de «an-

(1) *Mi pecado* dice el romance primitivo.

tiguo y popular», fué excluído por Wolf de la *Primavera,* y á mi ver con razón, pues su mismo lenguaje contrahecho, que quiere parecer anticuado, y su carácter genealógico le traen á época bastante cercana, es decir, á los últimos años del siglo XVI. Pero en la más famosa de sus piezas, *Reinar después de morir,* puso en boca de doña Inés de Castro versos tomados ó imitados de uno de los romances de doña Isabel de Liar (104 de la *Primavera*):

Por los campos de Mondego—caballeros veo asomar,
armada gente les sigue—¡válgame Dios, qué será!

Y en la situación más culminante del drama sacó gran partido de estos otros, que oye cantar el infante don Pedro, y que proceden de un romance novelesco suelto, vivo aún en la memoria de nuestro pueblo:

¿Dónde vas, el caballero?—¿dónde vas, triste de tí?
que la tu querida esposa—muerta es que yo la ví.
Las señas que ella tenía—yo te las sabré decir:
su garganta es de alabastro—y su cuello de marfil...

En *Los Hijos de la Barbuda* se cantan fragmentos del *Conde Cláros* y de *Fonte Frida*:

Conde Claros, con amores—non pudiera reposare,
apriesa pide el vestido,—apriesa pide el calzare;
presto está su camarero—para habérselo de dare;
que quien adama non duerme,—y mas cuando celos haye,
salto diera de la cama,—que parece un gavilane;
que es con amores el lecho—mármol duro y lid campale.
. . . .
Las calzas se pone el Conde—apriesa y non de vagare;
que amores de Blanca Niña—llamándole apriesa estane.
. . . .

Fonte frida, fonte frida,—fonte fridà con amor,
dó todas las avecillas—cantan cuando nace el sol.
Allí canta la calandria,—allí canta el ruiseñor,
allí canta el silguerillo—y el chamariz parlador.
Si non fué la tortolilla—que nunca cantara, non,
nin reposa en rama verde—nin pisa yerbà ni flor.

Los poetas de la segunda mitad del siglo XVII, de la que podemos llamar escuela de Calderón, muy pocas veces acuden á los romances antiguos, pero suelen citar y glosar los artísticos que estaban más en boga. Así lo hizo Calderón en *El Príncipe constante* con el romance morisco de Góngora *Entre los sueltos caballos.*

Estos brevísimos apuntes demuestran, á lo que creo, que tanto para completar y acrisolar el texto de nuestros romances, como para apreciar su difusión literaria, puede sacarse algún provecho de nuestras antiguas comedias, todavía muy poco estudiadas bajo este aspecto.

APÉNDICE III

Bibliografía y variantes de los primitivos romanceros.

Damos á continuación el índice bibliográfico de las principales ediciones del *Cancionero de Romances* y de la *Silva de varios romances,* que son los dos libros en que se ha conservado la mayor parte del tesoro de nuestra genuina poesía nacional. Á excepción del rarísimo *Cancionero* de Amberes *sin año* (del cual no sé que existan más que tres ejemplares, el de nuestra Biblioteca Nacional, el de la del Arsenal en París, y el de la biblioteca ducal de Wolfembüttel), y de algún otro de menor importancia, ha llegado á reunir todas estas ediciones el Marqués de Jerez de los Caballeros, en la sin par librería de poetas y novelistas españoles que tiene en su casa de Sevilla. Debo á mi excelente amigo no sólo la comunicación de tan preciosos ejemplares, sino también el delicado obsequio de las adjuntas cédulas bibliográficas redactadas con todo el primor y atildamiento propios de tan experto aficionado. Se notará que varias de estas ediciones fueron desconocidas para Durán y para Wolf. Por lo tocante á la *Tercera Parte de la Silva,* cuyo único ejemplar conocido es el del Marqués, no sólo daremos los primeros versos de cada romance, como ya hizo Volmöller (*Spanische*

Funde, Erlangen, 1890), sino que apuntaremos todas las variantes de alguna consideración.

a) Cancionero de | Romances | en que estan | recopilados la mayor par- | te de los romances caste- | llanos que fasta ago- | ra sean com- | puesto. (E. del I.) En Enveres. | En casa de Martin Nucio.

12.º 276 hojas; 275 foliadas, inclusas las 5 de prelim. y una hoja en blanco al fin.—Signs. A-Z, todas de doce hojas.

Portada.—V.ª en blanco.—Prólogo del impresor.—Tabla de los Romances.—Texto.—Errata.—Hoja en blanco.

Contiene 155 romances.

El prólogo del impresor merece transcribirse:

«EL IMPRESOR

»He querido tomar el trabajo de juntar en este cancionero todos los romances que an venido á mi noticia: pareciendome que cualquiera persona para su recreación y pasatiempo holgaría de lo tener porque la diversidad de historias que ay en él dichas en metro y con mucha brevedad será á todos agradable.

»Puede ser que falten aquí algunos (aunque muy pocos) de los romances viejos; los quales yo no puse, ó porque no an venido á mi noticia, ó porque no los hallé tan cumplidos y perfectos como quisiera, y no niego que en los que aquí van impresos avra alguna falta, pero esta se deve imputar á los exemplares de adonde los saqué, que estavan muy corruptos: y á la flaqueza de la memoria de algunos que me los dictaron que no se podían acordar dellos perfectamente. Yo hize toda diligencia porque uviese las menos faltas que fuesse posible y no me ha sido poco trabajo juntarlos y enmendar y añadir algunos que estarán imperfectos. Tambien quise que tuviesen alguna orden y puse primero los que hablan de las cosas de Francia y de los doze pares, despues los que cuentan

historias castellanas y despues los de Troya, y ultimamente los que tratan cosas de amores, pero esto no se pudo hazer tanto á punto (por ser la primera vez) que al fin no quedasse alguna mezcla de unos còn otros. Querría que todos se contentassen y llevassen en cuenta mi buena voluntad y diligencia. El que assi no lo hiziere aya paciencia y perdóneme que yo no pude más.»

b) Cancionero de | Romances | en que estan re- | copilados la mayor parte de los | Romances Castellanos que | fasta agora seàn com- | puesto. | ¶ Nuevamente corregido emen- | dado y añadido en muchas partes. (E. del I.) En Envers. | En casa de Martin Nucio. | M.-D.L.

12.º 300 hojas foliadas, inclusas las 5 de prels.—Signaturas A-Z, Aa-Bb, todas de doce hojas.—Las letras y-z, son góticas.

Portada.—Vuelta : (Prólogo de) «El Impresor».—Tabla.—Texto.—Escudo igual al de la portada.

Contiene 184 Romances, según la Tabla.

Primero, empieza : *Estábase el Conde Dirlos.*

Ultimo, empieza : *Con rabia está el Rey David.*

c) Cancione- ‖ ro de Romances ‖ en que estan recopilados la mayor par- ‖ te de los Romances Castella- ‖ nos, que hasta agòra se ‖ han compuesto. ‖ Nueuamente corregido, emenda- ‖ do, y añadido en muchas partes. (E. del I.) En Anvers. ‖ En casa de Martin Nucio, a la enseña de las dos Cigüeñas. ‖ M. D. LV.

12.º 300 hojas foliadas, inclusas las 5 de prels.—Signaturas A-Z, Aa-Bb, todas de doce hojas.—Las letras y-z, son góticas.

Portada.—Vuelta : (Prólogo de) «El Impresor».—Tabla.—Texto.—Pág. en blanco.

Contiene 184 Romances, según la Tabla.

Primero; empieza : *Estábase el Conde Dirlos.*

Ultimo; empieza : *Con rabia está el Rey David.*

d) Cancionero | de Romances en | que estan recopilados la mayor | parte de los Romances Ca- | stellanos, que hasta ago- | ra se han com- | puesto. | Nueuamente corregido, emendado, y añadido en muchas partes. (E. del I.) En Anvers. | En casa de Philippo Nucio. | M.D.LXVIII.

12.º 300 hojas foliadas, inclusas las 5 de prels.—Signaturas A-Z, Aa-Bb, todas de doce hojas.—Las letras y-z, son góticas.

Portada.—Vuelta: (Prólogo de) «El Impresor».—Tabla.—Texto.—Pág. en blanco.

Contiene 184 romances, según la Tabla.

Primero, empieza: *Estábase el Conde Dirlos.*

Ultimo, empieza: *Con rabia está el Rey David* (1).

a) Primera parte de la Silva de varios romances, en que están recopilados la mayor parte de los romances castellanos que hasta agora se han compuesto. Hay algunas canciones y glosas graciosas y sentidas. (Escudo del impresor.) Impreso en Zaragoza por Esteban G. de Najera en este año de 1550.

12.º let. m. gót. 222 pp. dobles (sin los principios y tabla).

El escudo representa un halcón destruyendo con el pico un alacrán, con esta leyenda: *Justa Ultio.*

Portada en rojo y negro.

Hoja 2.ª

El impresor.—«He querido tomar el trabajo...»

Al fin del libro:

«Al lector.—Algunos amigos míos, como supieron...»

Anónimo.

b) ¶ Segunda par- | te de la Silua de va- | rios Roman- | ces. | ¶ Lleua la misma orden que la | Primera. (Escudo del

(1) Hay otras reimpresiones del *Cancionero de Romances* enteramente idénticas á la de 1550 (Amberes, 1554, existente en la Biblioteca Imperial de Viena, según Wolf; Amberes, 1573 y 1576, Lisboa, por Manuel de Lyra, 1581; Barcelona, 1587 y 1626, todas en 12.º).

impresor.) ¶ Impresa en Çaragoça por | Steuan. G. de Nagera. | En este año de. | M.D.L.

12.º Letra gótica menuda; grabados en mad. 216 hojas : Una de portada, 203 foliadas y 12 sin numerar.—Signs. A-S, todas de doce hojas.

Portada con filete.—Vuelta: Grab. en madera: la Santísima Trinidad coronando á la Virgen.—Texto.—Tabla.—(Nota de) El Impresor.—Pág. en blanco. Primera edición.

Contiene 67 composiciones incluídas en la tabla, y 10 «Chistes» que no constan en ella.

Anónimo.

c) ¶ Segũda par- | te de la Silua de va- | rios romances. Agora nueua- | mente añadidos al cabo | ciertos chistes nue- | uos. (Escudo del impresor.) Impresso en çaragoça. | M.D.Lii.

12.º Letra gótica menuda; muchas figs. grabs. en madera, y todas las págs. con filetes. 216 hojas: 12 de prels. y cciiii (204) foliadas.—Signs. AA, A-R, todas de 12 hojas.

Portada con orla.—V.ª en blanco.—Tabla.—Cuatro romances que no constan en la Tabla.—Texto.—E. del I.—Página en blanco. Segunda edición.

Contiene 59 romances y los 4 no incluídos en la Tabla, que van en los preliminares.

Como se ve, hay dos variantes de la segunda parte de la Silva. La menos conocida (que es la de 1552) tiene los siguientes romances no incluidos en la otra :

I. — **Romance del rey Dário.**

El poderoso rey Dário—una gran fiesta facia
donde la principal gente—de todo el reino venia,
y haciéndose la fiesta—á caso sucedió un dia
que en su palacio real—en tanto que el rey dormia
tres donceles muy preciados—que en su cámara tenia...

(Es de Alonso de Fuentes. Canto 9.º de la 1.ª parte.)

II. — Romance de Antiocho.

Fatigado está de amores—Antiocho y maltratado,
por su hermosa madrastra—está y vive lastimado...

(Es de Alonso de Fuentes, Canto 6.º de la 3.ª parte.)

III. — Romance del rey Adúrramen de Córdoba.

En Córdoba está Adurramen—próspero y con ufanía,
esperando está las parias—que los cristianos le envia...

(Es el Canto 1.º de la 4.ª parte de Alonso de Fuentes.)

IV. — Romance de Scipión.

Scipión está en Cartago,—muy gran guerra le hacia...

(Es el Canto 6.º de la 2.ª parte de Alonso de Fuentes.)

d) ¶ Tercera par- | te de la Silua de va- | rios Romances | ¶ Lleua la misma orden que | las otras. (Escudo del impresor.) ¶ Impressa en Çaragoça por | Steuan G. de Nagera. | M.D.L.I.

12.º Letra gótica menuda. Grabs. en madera. 156 hojas: cliiii (154) foliadas y 2 sin numerar.—Signs. aa-nn, todas de doce hojas.

Portada con orla.—Vuelta: Texto.—Tabla.—Pág. perdida en la que va impreso un trozo de romance.

Contiene 68 romances, según la tabla.

(Véase más adelante el índice y extracto de este precioso libro.)

e) Silva de | Varios Romances | recopilados, y con diligencia esco- | gidos los mejores Roman- | ces de los tres libros | de la Silua. | Y agora nueuamente añadidos cin- | co

Romãces de la armada de la Liga | y quatro de la sentencia de don Al- | baro de Luna, vno del cerco de Mal | ta, otro de la mañana de sant Juan, | otro mira Nero de Tarpeya, | y otros muchos. (Emblema del impresor.) Vēdense en Barcelona en casa de | Joan Cortey mercader de | libros. Año, 1578.

(Al fin:) Fue impressa la Silua | de Romances en la muy in- | signe, y leal ciudad de Bar | celona, en casa de Jay | me Sendrat. Año. | 1578.

12.º 192 hojas foliadas, inclusas las 3 de preliminares.—Signs. A-Q, todas de doce hojas.

Portada.—V.ª en blanco.—Tabla.—Texto.—Nota final.

Contiene 54 romances, segun la tabla.

(No citada por Durán.)

f) Silva de | Varios Ro- | mances Recopi- | lados, y con diligencia escogidos | los mejores Romãces de | los tres libros dela | Silua. | Y agora nueuamente añadidos cinco Ro- | mances de la armada dela Liga, y quatro | dela sentēcia de Don Albaro de Luna, uno | del cerco de Malta, otro dela mañana | de sant Juan, otro mira Nero | de Tarpeya y otros | muchos. (Dos figs. grab. en madera: Dama y caballero.) Impressa en Barcelona | en casa de Hubert Gotard. | Año. 1587.

(Al fin:) Fue impressa la Silua de | Romances enla muy insigne, | y leal ciudad de Barcelo- | na, en casa de Hubert | Gotard. Año. | 1587.

12.º 174 hojas foliadas, inclusas las 2 de prels. Las 166 y 167 estan duplicadas y por esto dice la últ. 172. | Signs. A-P, de doce hojas, menos la P que tiene seis.

Portada.—Vuelta: Tabla.—Texto.—Nota final.

Contiene 55 romances segun la tabla (1).

(No citada por Durán ni por Wolf.)

(1) Á ésta precedió otra edición de Barcelona «en casa de Jayme Sendrat», 1582, que cita Wolf como existente en la Biblioteca Imperial de Viena.

g) Silva | de Varios | Romances. | Agora de Nvevo | recopilados, los mejores Romances | de los tres libros de la Sylua, y | añadidos los de la Liga, | Y en esta vltima impression van aña | didos, el de la muerte del Rey, y el | despedimiento y embarcacion dela | Infanta Doña Isabel de la Paz | Archiduquessa de | Austria. (Grab. en mad. Un caballero á galope espada en mano.) Con Licencia. | Impressa en Barcelona, en la Emprenta | de Gabriel Graells, y Giraldo | Dotil, Año 1602. | A costa de Geronymo Aleu Librero.

12.º 168 hojas : 166 foliadas, inclusa la portada, y 2 mas sin numerar.—Signs. A-O, todas de doce hojas.

Portada.—Vuelta : Texto.—Tabla.

Contiene 58 romances, segun la Tabla, y dos canciones no incluidas en ella (1).

(No citada por Durán.)

h) Sylva | de Varios | Romances. | Agora de nueuo recopilados los me- | jores Romãces de los tres libros de la | Sylua, y añadidos los de la Liga. | Y en esta vltima impression van aña | didos, el de la muerte del Rey D. Feli- | pe II. y el despedimiento y embarcaciõ | de la Infanta Doña Isabel de la Paz | Archiduquessa de Austria, y los quatro | de Don Aluaro de Luna. | Con tres Romances dela enfermedad y | muerte del Rey Don Felipe IIII. (así). (Grab. en mad. Un caballero con todas sus armas y una bandera desplegada en la mano.) Con Licencia. | Impressa en Barcelona, por Lorenço | Déu, y a su costa, Año 1622.

12.º 168 hojas : 167 foliadas, inclusa la portada, y una para acabar la Tabla.—Signs. A-O, todas de doce hojas.

Portada. | Vuelta : Texto. | Tabla. | Pág. en blanco.

Contiene 72 romances, segun la Tabla, y 2 canciones, al fin, no incluidas en ella.

(No citada por Durán ni por Wolf.)

(1) Á ésta siguieron otras tres de Barcelona, 1611, por Sebastián Cornellas. *(Tiene añadidos los romances de la muerte del Rey y el desembarcamiento de la infanta Doña Isabel de la Paz, compuesto por Juan Tiarte).*

i) Sylva | de Varios | Romances. | Agora de nueuo recopilados, los me- | jores Romãces de los tres libros de la | Sylua, y añadidos los de la Liga. | Y en esta vltima impression van aña- | didos, el de la muerte del Rey D. Feli- | pe II. y el despedimiento y embarca- | cion de la Infanta Doña Isabel de la | Paz, Archiduquessa de Austria, y los | quatro de Don Aluaro de Luna. Y | tres Romances de la enfermedad | y muerte del Rey Don | Felipe III. | (E. de A.) Con Licencia, | Impressa en Barcelona, por Pedro | Lacaualleria en la Libreria. | Año 1635.

12.º 168 hojas: 167 foliadas, inclusa la portada, y una para acabar la Tabla.—Signs. A-O, todas de doce hojas.

Portada.—Vuelta: Texto.—Tabla.—Pág. en blanco.

Igual contenido que la de Barcelona de 1622.

(No citada por Durán ni por Wolf.)

j) Sylva | de Varios | Romances. | Agora de nueuo recopilados los me- | jores Romances de los tres libros de la | Sylua, y añadidos los de la Liga. | Y en esta vltima impression van añadi- | dos, el de la muerte del Rey D. Felipe II. | y el despedimiento, y embarcacion de la | infanta Doña Isabel de la Paz Archidu | quessa de Austria, y los quatro de D. Al- | uaro de Luna. Y tres Romances de | la enfermedad y muerte del Rey | Don Felipe Tercero. (Grab. en madera: un caballero, á galope, espada en mano.) A costa de la compañia dels Llibreters. | Con licencia en Barcelona en casa de | Sebast. y Jayme Matevad. 1636.

12.º 168 hojas: 167 foliadas, inclusa la de portada, y una para acabar la Tabla.—Signs. A-O, todas de doce hojas.

Portada.—Vuelta: Texto.—Tabla de los Romances.—Pág. en blanco.

Contiene 69 romances, segun la Tabla, y dos canciones no incluidas en ella.

l) Sylva | de Varios | Romances. | Agora de nueuo recopilados los me- | jores Romances de los tres libros | de la Sylua,

y añadidos los | de la Liga. | Y en esta vltima impression van añadi- | dos, el de la muerte del Rey D. Felipe II. | y el despedimiento y embarcacion de la | Infanta Doña Isabel de la Paz Archidu | quessa de Austria, y los quatro de D. Al- | uaro de Luna. Y tres Romances de la | enfermedad y muerte del Rey | D. Felipe III. (E. del I.) En Barcelona. | En la Emprenta administrada por Se- | bastian de Cormellas Mercader. | Año 1645.

12.º 168 hojas: 167 foliadas, inclusa la portada, y una para acabar la Tabla.—Signs. A-O, todas de doce hojas.

Portada.—Vuelta : Texto.—Tabla.—Pág. en blanco.

Igual contenido que la de Barcelona de 1622 (1).

m) Sylva de | Varios Ro- | mances. | Agora nueuamēte recopila | dos los mejores Romāces de | los tres libros de la Sylua, | con ciertas canciones, | y chistes nueuos. (Grab. en mad. Un caballero á galope.) Con Licencia. | En Zaragoça, Por Diego | Dormer, año 1658.

12.º 144 hojas: 2 de prels., 141 foliadas y una para la Tabla.—Signs. A-M, todas de doce hojas.

Portada.—Vuelta: Licencia: Zaragoza 29 Marzo 1604.—Otra, del Dr. Domingo Urban de Iriarte: Huesca 10 Diciembre 1623.—Licencia (Privilegio) á Cárlos de Labayén y á Juan de Larumbe: Zaragoza 10 Mayo 1604.—Texto.—Tabla.

Contiene 43 romances, segun la Tabla, y 7 Canciones y 2 villancicos no incluídos en ella.

(No citada por Durán ni por Wolf.)

Sylva | de Varios | Romances. | Agora de nueuo recopilados los me- | jores Romāces de los tres libros de la | Sylua, y añadidos los de la Liga. | Y en esta vltima impressión van

(1) Wolf menciona, como existente en Viena, otra de Barcelona, 1654, por Antonio La Cavallería.

aña- | didos, el de la muerte del Rey D. Feli- | pe II y el despedimiẽto, y embarcaciõ | de la Infanta Doña Isabel de la Paz, | Archiduquessa de Austria, y los qua- | tro de Don Aluaro de Luna. Y tres | Romances de la enfermedad y muer- | te del Rey D. Felipe III. (Guerrero á caballo, con una bandera desplegada en la mano, grab. en mad.) En Barcelona: Por Josef Forcadá, | delante èl Palacio del Rey, 1671. | A costa de Joan Payssa, Librero.

12.º 168 hojas: 167 fols., inclusa la portada, y una sin numerar.—Signs. A-O, de doce hojas.

Portada.—Vuelta: Texto.—Tabla de los Romances.—Página en blanco.

Contiene lo mismo que la de 1622.

(No citada por Wolf ni por Durán.)

n) Silva | de Varios | Romances. | Aora nuevamente recopila- | dos por graves Autores, de | los tres libros de la Silva, | con ciertas canciones, | y chistes nuevos. (Grab. en madera.) Con Licencia. | En Zaragoça, Por los herederos | de Pedro Lanaja, Impressores | del Reyno de Aragon, y de la | Vniversidad. Año 1673.

12.º 144 hojas: 2 de prels., 141 foliadas y una de Tabla.—Signs. A-M, todas de doce hojas.

Portada.—Vuelta: Licencia: Zaragoza 29 Marzo 1604.—Imprímase: Huesca 10 Diciembre 1623. El Dr. Domingo Urban de Iriarte.—Licencia á Carlos de Labayén y Juan de Larumbe: Zaragoza 10 Mayo 1604.—Texto.—Tabla.

Contiene 43 romances, segun la tabla, y 7 Canciones y 2 Villancicos no incluidos en ella.

p) Sylva | de Varios | Romances. | Agora de nueuo recopilados los me- | jores Romãces de los tres libros de la | Sylua, y añadidos los de la Liga. | Y en esta vltima impression van aña- | didos, el de la muerte del Rey D. Feli- | pe II. y el despedimiẽto, y embarcaciõ | de la Infanta Doña Isabel de

la Paz | Archiduquessa de Austria, y los qua- | tro de Don Aluaro de Luna. Y tres | Romances de la enfermedad y muer- | te del Rey D. Felipe III. (Grab. en mad. Un caballero con todas sus armas, y una bandera desplegada en la mano.) En Barcelona: Por Josef Forcada, | delante el Palacio del Rey. 1674. | A costa de Joan Payssa Librero.

12.º 168 hojas: 167 foliadas, inclusa la portada, y una para acabar la Tabla.—Signs. A-O, todas de doce hojas.

Portada.—Vuelta: Texto.—Tabla.—Pág. en blanco.

Igual contenido que la de Barcelona de 1622, y hecha á plana y renglón por ella.

(No citada por Durán ni por Wolf.)

Silva | de Varios | Romances. | Agora de nueuo recopilados los me- | jores Romãces de los tres libros de la | Sylua, y añadidos los de la Liga. | Y en esta vltima impressión van aña- | didos, el de la muerte del Rey D. Feli- | pe II y el despedimiẽto, y embarcaciõ | de la Infanta Doña Isabel de la Paz, | Archiduquessa de Austria, y los qua- | tro de Don Aluaro de Luna. Y tres | Romances de la enfermedad y muer- | te del Rey D. Felipe III. (Grab. que representa un guerrero á caballo con una bandera desplegada en la mano.) En Barcelona: Por Josef Forcada, | delante de èl Palacio del Rey. 1675. | A costa de Joã Terre Sãchez, Librero.

12.º 168 hojas: 167 foliadas, inclusa la portada, y una sin numerar.—Signs. A-O, de doce hojas.

Port.—V.ª: Texto.—Tabla.—Pág. en blanco.

Contiene lo mismo que la de 1622.

(No citada por Durán ni por Wolf.)

Sylva | de Varios | Romances. | Agora de nuevo recopilados los | mejores Romances de los tres | libros de la Sylva, y añadi- | dos los de la Liga. | Y en esta última impresión van añadi- | dos el de la muerte del Rey D. Felipe II | y el despedimento, y embarcación de la | Infanta Doña Isabel de la

Paz, Ar- | chiduquesa de Austria, y los quatro de | D. Alvaro de Luna. Y tres Roman- | ces de la enfermedad, y muert (sic) | del Rey D. Felipe III. (Escudo del impresor.) Con licencia. | En Barcelona, por Antonio Laca- | vallería, en la Librería. 1684.

12.º 168 hojas: 167 foliadas, inclusa la portada, y una sin numerar.—Signs A-O, de doce hojas.

Portada.—Vuelta: Texto.—Tabla.—Pág. en blanco.

Contiene lo mismo que la anterior.

(No citada por Wolf ni por Durán.)

q) Sylva | de Varios | Romances. | Agora de nvevo reco- | pilados los mejores Romances de | los tres libros de Sylva, y aña- | didos los de la | Liga. | En esta vltima impression | van añadidos, el de la muerte del | Rey D. Felipe II. y el despedimiento, y | embarcacion de la Infanta Doña Isabel | de la Paz, Archiduquesa de Austria, | y los quatro de D. Alvaro de Luna. Y | tres Romances de la enfermedad, | y muerte del Rey Don | Felipe II. (E. de la C.ª de Jesus.) Con Licencia. | En Barcelona, por Josef Casa- | rachs delante de la Rectoria | del Pino año 1696.

12.º 168 hojas: 167 foliadas, inclusa la de portada, y una hoja para acabar la Tabla.—Signs. A-O, todas de doce hojas.

Portada.—Vuelta: Texto.—Tabla.—Pág. en blanco.

Contiene 70 romances (1).

Con el mismo título de *Silva de varios romances* existe otra colección rarísima, y enteramente diversa, formada por Juan de Mendaño. Van á continuación descritas las dos ediciones que de ella posee el Marqués de Jerez:

(1) Wolf cita además las siguientes ediciones de la *Silva:* Zaragoza 1617, por Juan de Larumbe, con licencia de 1604, 166 hojas y 2 de *tabla* en 12.º; Huesca, 1623: Jaén, 1636.

Mendaño (Juan de).

✠ Primera parte | de la Sylua de varios Roman-| ces, en el qual se contienen | muchos y diuersos Ro | mances de hysto- | rias nueuas. (✠) Recopilado por Juan de Men- | daño estudiante natural | de Salamanca. (Grab. en madera.) ✠ Impressa en Granada en | casa de Hugo de Mena. | Año de 1588.

(Al fin): ✠ Impresso en Granada en | casa de Hugo de Mena. | Año de 1588.

72 hojas sin foliar.—Signs. A-F, todas de doce hojas. Portada.—Vuelta: Texto.—Tabla.—Nota final.

✠ Segunda parte | de la Sylua de varios Roman- | ces, en el qual se contienen | muchos y diuersos Ro- | mances de hysto- | rias nueuas. (✠) Recopilado por Juan de Men- | daño estudiante natural | de Salamanca. (Grab. en Mad.) ✠ Impressa en Granada en | casa de Hugo de Mena. | Año de 1588.

(Al fin): ✠ Impresa en Granada en ca- | sa de Hugo de Mena, con li- | cencia, Año de 1588.

72 hojas: una de portada, 70 foliadas (con numeración equivocadísima) y una de tabla.—Signs. A-F, todas de doce hojas.

Portada.—V.ª en blanco.—Texto.—Tabla.—Nota final.

Las dos partes en un vol. en 12.°

Romances de la primera parte:

De Silicia con poder.....
Yo el gran Sultan Selymo.....
A ti Selymio Sultan.....
Cuando ya el carro de Febo.....
Quejoso esta el rey frances.....
En el templo estaba el turco.....
Año de mil y quinientos.....
Revuelta esta toda Francia. ...
Triste estaba el Padre Santo.....

A caza sale el gran Turco.....
Por las riberas de Arlanza.....
Ricas bodas, ricas danzas.....
Fenecidas ya las bodas.....
Llorando está Doña Lambra.....
Ruy Velazquez muy contento.....
Siete cabezas los moros.....
En un monte junto á Burgos.....
Viniendo el gran capitan.....
Cuando la fertil Italia .....
Por muchas partes herido.....
Mirando está un moro viejo.....
Ciego de polvo los ojos.....
Citado estaba Cipion.....
Nero Emperador de Roma.....
Herida estaba Lucrecia.....
Siendo Emperador Magencio.....
Porsena Rey poderoso.....

Romances de la segunda parte:

Sentados á un Ajedrez.....
Enojada estaba Roma.....
Hipomenes un varón.....
En esa ciudad de Roma.....
A formar quejas á Roma.....
Entran en Troya los Griegos.....
Ya son rompidas las treguas.....
De Troya sale Anthenor.....
En las obsequias de Hector.....
Por la mar navega Eneas.....
Siendo Conde de Castilla.....
Alterada está Castilla.....
Sevilla está en una torre.....
Esten atentos los hombres.....
Ese Conde don Manuel.....

En el tiempo de los Godos.....
Estando el Rey don Fernando.....
Angustiada está la Reyna.....
A veinte y siete de Julio.....
En el tiempo que reinaba.....
Con soberbia y gran orgullo.....
Riberas de Duero arriba.....
Rey don Sancho, rey don Sancho.....
Ya se sale Diego Ordoñez.....
Tristes van los Zamoranos.....
En sancta Gadea de Burgos.....
Ese buen Diego Laynez.....
En Burgos está el buen Rey.....
Cabalga Diego Laynez.....
Afuera, afuera Rodrigo.....
A Concilio dentro en Roma.....
Helo, helo por do viene.....
Los vientos eran contrarios.....
Despues que el Rey don Rodrigo.....
Junto al vado del Genil.....
Ya se salen de Jaen.....

Mendaño (Juan de).

Primera | Parte | de la Silva de | varios Romãces, en la qual | se contienen muchos, y di- | versos Romances de | historias nuevas, | Recopilados por Juan de | Mendaño Estudiante, | natural de Sala- | manca. (Adorno.) Impresso en Cadiz, Por Frã- | cisco Juan de Velasco. | En la plaza entre | los Escriba- | nos, Año. | 1646.

12.° 156 hojas sin foliar.- Signs. A-N, todas de doce hojas.

Portada.—Vuelta: Texto (de la 1.ª parte).—Adorno.—Portada de la

Segvnda | Parte | de la Silva de | varios Romances, en la qual | se contienen muchos y di- | versos Romances de | historias nueuas. (Adorno.) Recopilados por Juan de | Mendaño Estudiante, na- | tural de Salaman- | ca.

Vuelta: Texto.—Tablas de las dos partes.—Adorno.—Oración.

Romances que contiene la primera parte:

De Sicilia con poder.....
Gallardo entra un caballero.....
Yo el gran Sultan Celimo.....
A ti Celemo Sultan.....
Cuando ya el carro de Febo.....
Quejoso está el Rey frances.....
En el templo estaba el turco.....
Año de mil y quinientos.....
Revuelta está toda Francia.....
Triste estaba el Padre Santo.....
A caza sale el Gran Turco.....
Por las riberas de Arlanza.....
Ricas bodas, ricas danzas.....
Fenecidas ya las bodas.....
Llorando está Doña Lambra.....
Ruy Velazquez muy contento.....
Siete cabezas los moros.....
En un monte junto á Burgos.....
Viniendo el Gran Capitan.....
Cuando la fértil Italia.....
Por muchas partes herido.....
Mirando está un moro viejo.....
Ciego de polvo los ojos.....
Citado está Cipion.....
Nero Emperador de Roma.....
Herida estaba Lucrecia.....
Siendo Emperador Magencio.....
Porcena Rey poderoso.....
Pendiente del seco gancho.....
Sobre unos tajados riscos.....
Enfrénense los deseos.....

El ladron que imaginarse.....
Murmuraban los rocines.....

Romances de la segunda parte:

Sentados al ajedrez.....
Enojada estaba Roma.....
Ipomenes gran varon.....
En esa ciudad de Roma.....
A formar quejas á Roma.....
Entran en Troya los Griegos.....
Ya son rompidas las treguas.....
De Troya sale Antenor.....
En las obsequias de Hector.....
Por la mar nevega Eneas.....
Siendo Conde de Castilla.....
Alterada está Castilla.....
Sevilla está en una torre.....
Esten atentos los hombres.....
Ese Conde don Manuel ....
En el tiempo de los Godos.....
Estando el Rey D. Fernando.....
Angustiada está la Reina.....
A veinte y siete de Julio.....
En el tiempo que reinaba.....
Con soberbia y gran orgullo.....
Riberas de Duero arriba.....
Rey D. Sancho, Rey D. Sancho.....
Ya se sale Diego Ordoñez.....
Tristes van los Zamoranos.....
En Santa Gadea de Burgos.....
Ese buen Diego Lainez.....
Cabalga Diego Lainez.....
Afuera, afuera Rodrigo.....
A Concilio dentro en Roma .....
Helo, helo por do viene.....

Los vientos eran contrarios.....
Despues que el Rey D. Rodrigo.....
Junto al vado de Genil.....

Cumpliendo lo prometido, vamos á describir ahora minuciosamente el contenido de la *Tercera parte* de la Silva de Zaragoza, 1550.

I.—Romance del santissimo nascimiento de nuestro señor Jesuchristo.

La sacra y divina noche,
noche mas clara que el dia
en las cortes de Belen
sonaba grande armonía:
toda la tierra floresce
y el cielo resplandecía,
las aves cantan canciones,
con muy nueva melodía,
las estrellas dizen paz
y el norte dize alegría
y cada qual resplandesce
mas que el sol quando salía;
todos los cuatro elementos
festejaban á porfía
y el que menos se festeja
dos mil canciones decía...

(Ni éste ni los demás romances religiosos son de carácter popular, y por eso no los hemos incluído en esta colección.)

II.—Romance del ecclipse quel sol hizo contra natura en la muerte de nuestro señor Jesu Christo.

Por lo mas alto del polo
encumbrado el sol corría

á veinte y cinco de Marzo
muy cerca de medio día,
su carro esparcido en sangre
que al mundo espanto ponía...

III. — **Otro romance.**

Miraba desde la cruz
el rey de Israel un día
el monte Calvario lleno
de gente que le seguía,
unos por darle la muerte,
otros por ver qué dezía...

Hay una imitación de este romance hecha por Juan López de Ubeda, y reimpresa en el *Cancionero y Romancero sagrados* de D. Justo de Sancha, número 252. Conserva bastantes versos del primitivo.

IV. — **Romance de la destruyción de Hierusalem.**

Veo tu famoso templo,
Jerusalém, derribado,
tus muros, torres y casas
ceniza y carbón tornados,
tus cavas anchas y hondas
nada te han aprovechado...

V. — **Romance sobre las tres tentaciones que el enemigo de naturaleza humana hizo á nuestro Redemptor.**

Helo, helo por do viene
con muestra dissimulada,

Satanás hecho hermitaño,
su persona disfrazada,
de grueso sayal, vestido,
la camisa le faltaba,
áspera cinta ceñida...

(Como se ve, imita el principio de varios romances viejos.)

VI.—Romance de la Resurrección.

Venid, venid, oh christianos,
venid todos muy de grado,
vereys al rey de los reyes
nuestro Dios resucitado...

VII.—Romance de como Nuestro Señor apareció á sus apóstoles.

Llorando estaba San Pedro
su pecado sin cesar
quando Christo nuestro Dios
se le quiso demostrar
alegre y resucitado
para bien lo consolar...

VIII.—Romance del comendador Avila.

Durmiendo iba el Señor
en una nave en la mar,
sus discípulos con él
que no le osan recordar...

(Está en el *Cancionero general* de Hernando del Castillo.)

IX. — **Otro romance para la Natividad de Nuestro Señor.**

En el tiempo que Otaviano
en el imperio regía
un edito publicó
por toda su monarchía,
que fuesen escriptos todos
los vasallos que tenía...

ROMANCES DE HISTORIAS

I. — **Sin título.**

Quando vos nascistes, hijo....

(Inserto en nuestra colècción.)

II. — **Romance de Lanzarote.**

Variantes respecto de la lección de la *Primavera*, número 148.

Nunca *se vió* caballero
de damas tan bien servido,
como fuera Lanzarote
quando de Bretaña vino.
Donzellas curaban dél
y dueñas de su rocino...

....

Y *estando* al mejor sabor
que sueño no *habían* dormido,
la reyna *á Lanzarote*
un pleyto *le había* movido.

....

Si antes *fueras venido*

no *dixera* el orgulloso
las palabras que hovo *dicho*,
que á pesar *de Lanzarote*...
Lanzarote que lo oyó
gran pesar ha recibido,
armóse de todas armas,
de la reyna es despedido,
vá buscar el orgulloso,
hallólo debaxo un pino...

III.—Otro romance.

Cavalga doña Ginebra
y de Cordoua la rica...

(Va en nuestra colección.)

IV.—Romance de don Belardo.

El cielo estaua nubloso,
el sol eclipse tenía...

(Inserto en nuestra colección.)

V.—Romance de César.

Junto á Lérida está César
que viene con gran poder
á sojuzgar las Españas,
que las quiere poseer:
trae tanta gente de guerra
como en Roma pudo haber...

(Romance erudito.)

VI.—Romance de Scipión.

África estaba llorosa,
el pueblo muy alterado

por Hanibal su caudillo
que dizen que es ya finado...

(Romance erudito.)

VII. — Romance sobre el saco de Roma.

(Variantes que tiene respecto del de Durán, núm. 1.153.)

Triste estaba el padre santo
lleno de angustia *y pena*
en Santangel su castillo
de pechos sobre un almena...
su cabeza sin tiara...
viendo *la* reyna del mundo...
y el pie de la Madalena...
hallado por Santa Elena...
las hijas en mala estrena;...
por la culpa del pastor
el ganado se condena...
agora España la enfrena,
agora pagan los triunfos
de Fenicia y Cartagena,
agora resucita el Cid
en Valencia y en Requena,
viendo que los suyos ganan
gloria tanta y tan amena.
¡Oh papa que en los Clementes
tienes la silla setena...
tú mismo fuiste el cuchillo
para *te cortar* la vena!
¡Oh fundador de los cielos
danos paz pues que es tan buena,
qué si falta *en* los christianos
en el gana gente amena
que crece en sustentalla
como abejas en colmena,

la justicia es ya perdida,
virtud duerme á la serena,
quien mas puede come al otro
como en *la mar* la ballena!

VIII. — Romance de la presa de África en Berbería en el año 1551.

Nuevas han venido al César
Carlos rey de España un día
que un cossario valeroso,
Dragut arraez se dezía...

(Romance prosaico en estilo de gaceta. Está en varias colecciones.)

IX.—Romance de Garci Pérez.

Estando sobre Sevilla
el rey Fernando tercero,
esse honrado Garciperez
iba con un caballero...

(Es el núm. 935 de Durán.)

X.—Romance (sin título).

Yo me fuy para Vizcaya
donde estaban los hidalgos...

(Va en nuestra colección.)

XI.—Romance del conde Velez.

Alabo se el conde Velez
en las cortes de León...

(Inserto en nuestra colección.)

XII.—**Romance de Ascanio.**

(Variantes respecto de la *Primavera*, núm. 112.)

En el tiempo que Mercurio
en *el Oriente* reynaba,
hubo en Venus su mujer
un hijo que *mucho* amaba...
púsole por nombre *Ascanio*...
criábanselo las Diosas...
era tal *su parescer*
que á todos embelesaba,
su lindeza y hermosura
las damas enamoraba...
fuérase de tierra en tierra
por ver lo que desseaba,
y passando por un valle
cuando ya el sol declinaba,
hallóse en un verde prado
de verdura muy lozana,
donde vido una laguna
de arrayanes muy cercada,
acompañada de flores
que allí la humedad criaba:
posada era de una diosa
que *Salmacis* se llamaba,
la qual dallí no salía,
mas su tiempo allí gastaba,
ni iba cou sus compañeras
las otras diosas á caza,
ni tomaba el arco corvo
ni los goldres ni la aljaba,
ni al sabuesso de trailla,
ni al sueltc ciervo tiraba,

ni era codiciosa dello,
ni se passaba de nada,
todo su ejercicio era
reposar en su morada,
peynar sus lindos cabellos,
componer su linda cara,
y meterse entre las rosas
y hazer dellas guirnaldas
para poner con sus manos
en su cabeza dorada.
Ella ocupada en aquesto,
Troco que sobrella daba
con su parescer tan bello
quel sentir enagenaba:
como Salmacis lo vido,
luego fué de amor llagada,
que no pudo *resistirle*
ni quiso verse librada
desseando verle preso
en el amor que ella estaba,
ni quiso salir á verlo
hasta ponerse galana.
Despues de haberse compuesto
saltó é hízole ésta fabla:
—Tan gentil eres mancebo
y tu gentileza es tanta
que no sé determinarme
si eres Dios ó cosa humana.
Si eres Dios eres Cupido
el que de amores *me* llaga,
ó si eres hombre dichoso
ó lo fué el que te engendrara,
con todo de tí quería
alcanzar sólo una gracia,
y es que me digas verdad,
si sufres pena por dama,

porque si de amor no sabes
yo seré tu enamorada.

XIII.—Romance de Horacio.

El gran fundador de Roma
que Rómulo se decía
poco tiempo la gozó
que llegó al fin de su vida...

(Romance erudito.)

XIV.—Otro romance de la misma historia.

Cuando Horacio en Roma entró,
como el pueblo le seguía,
una su hermana carnal
que desposada tenía
con uno de los vencidos,
vio la ropa que traía...

(Es continuación del anterior.)

XV.—Romance de la reyna Dido y Enéas.

(Son muchísimas las variantes que tiene, comparado con el número 110 de la *Primavera*, por lo cual hay que ponerle casi íntegro.)

Por los bosques de Cartago
se salen á montería,
la reyna Dido y Eneas
con muy gran caballería:
Ana hermana de la reyna
y Julio Ascanio los guía,
á la dehesa de Juno
donde *la* caza *se cría;*
preguntando iba la Reina

al niño qué tal venía,
si se le acuerda de Troya...
su padre toma la mano,
desta manera dezía :
pues mandais reina *y señora*
. . . .
ya os conté *que* á Troya *ví*
. . . .
la triste *reina* troyana
que nadie la socorría,
los sus hijos todos muertos,
Priamo no parescía,
á la triste Policena
muerta cabe sí tenía,
á Helena *que quedó viva...*
Ellos en esto hablando
un ciervo que parescía,
metió la mano á *la* aljaba,
. . . .
el golpe le dió en soslayo,
el ciervo *mucho* corría,
espárcense los monteros,
síguele quien más podía,
Eneas y Elisa Dido
quedaron sin compañía...
con sospiros le dezía...
los tristes campos de *Troya...*
con Páris Troilo y *Éctor*
fuera la mi compañía...
la reina le dixo *entonces:*
Conortáos por cortesía,
que los muertos sobre tierra
resuscitar no podían:
ya es perdida la ciudad,
llorar, pró no vos ternía...
Que me escapé de los griegos

y en las tus manos moría,
que tu gracia y hermosura
es de mi muerte la guía.
—Pago es de tu atrevimiento,
la reina le respondía,
Enéas, véte á tus naves,
pues sigues esta porfía,
la fé que debo á Sicheo
yo no la quebrantaría,...
el cielo se revolvía...
gran escuridad hacía,
el granizo es muy crecido,
con gran fuerza descendía,
los relámpagos y truenos
grande espanto les ponía,
la reina con el temor...
Eneas bajó tras ella,
con su su manto la cubría,
mirando *por* todas partes,
tomándola entre sus brazos
dentro della la metía,
el aposento es estrecho,
que muy justo, los tenía;
mientras la reina en sí torna
cuán bien se desenvolvía;
apártale paños de oro,
los de lino le encogía,
cuando ella en sí tornó,
hallóse d' amor florida :
ya no tiene que le dar
que él tomado se lo había;
echó los brazos á Eneas,
desta suerte le decía :
—¡Oh traidor, cuál has tratado
la fama y honra mía;
ya has hecho tu voluntad,

y olvidarme has otro día:
si tal ha de ser Eneas,
yo misma me mataría!
Eneas que tal le oyó
aquesto le respondía:
No permitan tal los dioses,
ni os venga tal fantesía
que antes que yo tal hiziesse
mil muertes recibiría:
salido se han de la cueva
con soberana alegría:
si Eneas va glorioso,
ella mas leda yazía;
y allí se van mano á mano
á buscar su compañía:
desque la hubieron hallado
á Cartago se volvían...

XVI.—Romance de Galiarda.

Missa se dize en Roma
en el altar de Santiago,...

(Inserto en nuestra colección.)

XVII.—Otro romance de Galiarda.

Galiarda, Galiarda...

Está en la *Primavera,* núm. 138, pero tiene aquí estas variantes:

¡Oh quien contigo folgase...
con los cien moros peleasse...
si de tal me *alabo* yo!

XVIII.—Otro romance de Galiarda.

Esta noche, caballeros,
dormí con una doncella...

Variantes: núm, 189 de la *Primavera*.

que te casasses con ella...
grande enojo recibiera...

XIX.—Romance del rey Abarca.

Por los más espesos montes
y lugares de Navarra
éste rey don García Íñiguez
con su ejército pasaba...

(Romance histórico que no está en la *Primavera*, por no ser popular, pero sí en Durán, número 1.212.)

XX.—Romance de cómo un hijo del rey don Sancho acusó de alevosía á la Reyna su Madre.

Un hijo del rey don Sancho
que se llama don García,
pidió á su madre un caballo
que el rey en mucho tenía...

(Romance histórico erudito, núm. 1.217 de Durán.)

XXI.—Romance del conde don Pero Velez.

Alterada está Castilla
por un caso desastrado,
que el conde don Pero Velez
en palacio fué hallado
con una prima carnal
del rey Sancho el desseado;
las calzas á la rodilla,
y el jubón desabrochado;
la Infanta estaba en camisa
echada sobre un estrado,

casi medio destocada,
con el rostro desmayado;
de modo que estaba el rey
suspenso y muy alterado;
en fin, por darle castigo
á muerte le han condenado.
Los grandes dicen que cese
el juicio acelerado;
el caso pide castigo,
no lo permite el estado,
porque era el conde en Castilla
gran señor y emparentado;
de suerte que por el rey
fué el juicio conmutado
de darle perpetua cárcel,
para lo cual fué llevado
en el castillo de Ureña,
adonde fuera entregado
á Peranzules Osorio,
merino mayor llamado:
y con gran solemnidad
juramento le han tomado
que no le muestre á persona
sino al rey y á su mandado;
no le den cosa ninguna
donde pueda estar echado,
y de cuatro en cuatro meses
le sea un miembro quitado,
hasta que con el dolor
su vivir fuese acabado.

Este romance se halla también en la *Rosa gentil* de Timoneda, folio 52 vuelto, de donde le tomó Wolf para su *Rosa de Romances*, excluyéndole luego de la *Primavera* por no ser popular, sino erudito y harto prosaico. Así es, en efecto, pero hemos creído oportuno transcribirle aquí, porque es el único romance de su clase que habla del Conde Vélez, héroe de otro romance popular, «Ala-

bóse el conde Vélez», que hemos reimpreso en estas adiciones, tal como se halla en la *Tercera Parte de la Silva.*

XXII.—Romance del Sophí.

El gran Sophí y el gran Can
y el gran Caliphe en un día...

(Núm. 1.148 de Durán.)

XXIII.—Romance del Turco.

Á caza salió el gran Turco
de Constantinopla la llana
con treynta mil caballeros,
todos de espuela dorada,...

(Núm. 1.149 de Durán.)

XXIV.—Romance de la muerte de Hércules.

Ardiendo se estaba vivo
Hércules el esforzado,
dentro de aquella camisa
que Licán había llevado...

(Romance erudito.)

XXV.—Romance de la Reina de las Amazonas.

Por los montes de Carasco
que están en el mediodía...

(Va en nuestra colección.)

XXVI.—Romance de la reyna de Saba.

La gran reina de Saba
de las princesas dechado,

monarcha de las nascidas,
que el mismo Dios ha loado,
estando en su monarchía
con un reyno prosperado,
assentaba muy gloriosa
en un muy glorioso estrado
lleno de piedras preciosas
de oro y plata labrado
con perlas sobre marfil
de taraceà entallado
y sobre cuatro leones
muy ricamente assentado,
con un dossel muy precioso
con tres altos al brocado,
debaxo de una cortina
de carmesí alcarchofado,
sobre dos cojines de oro,
que acá llamamos tirado,
con su basquiña de tela,
só un muy rico verdugado
y un brial de plata fina,
todo de aljófar bordado
y con puntas de diamantes
todo el follaje trenado,
encima una saboyana
y un nunca visto tocado,
á manera de gitana
revuelto con su tranzado
lleno de muchos joyeles
por el contorno rodeado
con carbuncos y esmeraldas
y una pluma en el lado
y un moscador muy precioso
de un topazión labrado,
cercada de caballeros,
todos de mucho primado,

cuando entró por la sala
un galán muy bien hablado,
el cual puesto de rodillas,
pecho por tierra postrado,
le dió nuevas del gran rey
Salomón el desseado,
diciéndole que su sciencia
el mismo Dios se la ha dado
con más pujantes riquezas
que nunca rey ha alcanzado,
y que tiene de su guarda
cincuenta mil de caballo,
con doze mil caballeros
que andan á cazar el campo
y cuatro millones de oro
que le renta su reinado,
aquesto sin los tributos,
que es tesoro no pensado...

XXVII.—Romance del Moro Santón de Granada.

En las sierras de Granada
un moro Santón vivía,
en una pobre mosquea
que nos llamamos mezquita...

(Es una profecía de la ruina de Granada. Romance ni viejo ni popular.)

XXVIII.—Romance de Hanibal.

Cartago floresce en armas,
África muy rica estaba...

(Romance erudito, núm. 533 de Durán.)

XXIX.—Romance del rey don Pedro.

Teniendo el rey don Pedro
su real fortalescido...

(Inserto en nuestra colección.)

XXX.—Romance de la muerte del rey don Pedro.

Encima del duro suelo
tendido de largo á largo...

(Va en nuestra colección.)

XXXI.—Romance del conde de Luna.

El rey don Juan el segundo
dixo un dia andando á caza...

(En nuestra colección.)

XXXII.—Romance del rey don Alonso.

El triste rey don Alonso
viniendo á mas andar...

(En nuestra colección.)

XXXIII.—Romance de Hernandarias.

Buen alcayde de Cañete
mal consejo aveys tomado...

(En nuestra colección.)

XXXIV.—Romance del rey don Alonso.

Andades los años treinta
que reinaba Alfonso el Casto

en la era de ochocientos
y mas cuarenta y siete años...

(Es el núm. 638 de Durán. Histórico, pero no viejo.)

XXXV. — Romance de Bernaldo del Carpio.

Hueste saca el rey Ores
rey de Mérida llamado,
con la gran gente que lleva
vá muy soberbio el pagano...

(Este romance corresponde, auque con muchas variantes, á los núms. 628 y 629 de Durán, tomados de Timoneda. No tiene razón Durán al atribuir á éste la segunda parte. Vid. también Gallardo, y la *Sammlung* de Wolf, S. 27.)

XXXVI.—Romance de Girineldos.

(Es, con muchas variantes, el núm. 161 de la *Primavera*.)

Levantóse *Girineldos*,
el rey dejaba dormido,
fuérase para la infanta
á dó estaba en el castillo,
los zapatos en la mano,
porque no fuese sentido:
—«Ábrasme, dijo, señora,
ábrasme, cuerpo garrido;
. . . .
Girineldos soy, señora...
á un palacio lo ha metido,
besándolo y abrazando...
recordado había el rey,
recordó muy pavorido,...
«Girineldos, Girineldos,
diésseme tú del vestido.»
Tres veces lo ha llamado...

y *nunca* ha respondido...
háceslo como enemigo,
que dormías con la infanta...
toma la espada en la mano,
fuérase para el castillo,
las puertas halló cerradas,
no hallaba como abrillo,
por una ventana pequeña
entrado había en el castillo,
fuérase para la cama
donde *á* Girineldos vido,
él *lo quisiera* matar...
y entre entramos ha *metido (sic)*...
la espada había conoscido,
«Girineldos, Girineldos...
¿qué será de tí, Girineldos,
qué serán de tus servicios?»
«Lo que ha de ser señora,
que nos casemos yo y tigo.»

XXXVII.—Sin título.

Olorosa clavellina,
nueva flor, rosa temprana,
jazmines por la mañana,
cogidos con gran frescura...

(Son versos aconsonantados, núm. 1.884 de Durán.)

XXXVIII.—Síguese otro romance.

Es el de doña Beatriz, núm. 157 de la *Primavera*, con las siguientes variantes:

Bodas *se hazen* en Francia
allá dentro en París,
cuán bien que *trae* la danza

esa doña Beatriz,
mas tambien se la miraba
ese conde don Martín...
si mirades vos la danza
—ó si *mirades* á mí...
que hace pensar á mí...
si bien *vos* parezco, conde...
y no puede *ir trás mí.*

XXXIX.—Romance de la presa de Túnez.

Estando en una fiesta
en los baños de Cartago...

(Durán, 1.153.)

XL.—Romance del conde Grimaltos.

(Núm. 175 de la *Primavera*. Tiene muy pocas variantes.)

Muchas veces loí *(sic)* decir
y á los antiguos contar...
que el conde don Grimáltos
que en Francia suelen llamar,
que llegó en cortes del Rey
pequeño *de* poca edad...
su secretario real...
y despues le dió un condado.

(Texto conforme en general al de la *Silva* de 1582 que siguió Wolf; por lo cual omito citar las diferencias insignificantes que ofrece.)

XLI.—Otro romance.

Cata Francia Montesinos,
y París essa ciudad...

(Texto reproducido en la *Silva* de 1582, y en la *Primavera*, núm. 176, con leves diferencias casi todas ortográficas.)

XLII.—**Sin título.**

Es el núm. 179 de la *Primavera*. Variantes.

En Castilla está un castillo,
al cual dicen Rocha frida,
al castillo llaman rocha
y á la fuente llaman frida,
las almenas tiene de oro,
paredes de plata fina...
como el sol *desque salía*...
Allá á la media noche...
Oido lo había Landino,
El ayo que la tenía:
—¿Qué habedes la infanta,
qué habedes, Rosa florida?
Ó tenéis mal de amores
ó estáis loca perdida.
—Que ni tengo mal de amores
ni estoy loca perdida,
mas llevédesme *unas* cartas...
Darlas heis á Montesinos,
que venga á la Pascua Florida;
darle he yo mil marcos de oro
y dos mil de plata fina,
daréle treinta castillos
todos riberas de Hungría,
y si muchos más quisiese,
muchos más yo le daría;
darle hía este mi cuerpo
siete años, á su guisa;
si otra más linda hallase
que me dejase escarnida;
que en todos estos reinos
no la hay otra más linda,

sino es una mi hermana
que de mal fuego sea ardida,
si ella me lleva en cuerpo
yo á ella en lozanía».
Mal lo usara Montesinos
para habérme por amiga;
que á cabo de siete años
fuera á buscar otra amiga
y así yo por buen amor
quedé burlada y prendida.

XLIII.—Romance de Galferos.

Estábase la condesa
en su estrado asentada...

(No tiene variantes de consideración respecto del núm. 171 de la *Primavera*.)

XLIV.—Síguese el segundo Romance.

Vámonos, dijo mi tío,
en París esa ciudad...

(Id. id. Es el núm. 172, continuación del anterior.)

XLV.—Romance de Renaldos de Montalbán.

Cuando aquel claro lucero
sus rayos quiere enviar,
esparcidos por la tierra
por cada parte y lugar.

(Completamente artístico: está en Durán, número 368, tomado de la *Floresta* de Tortajada, donde se lee con variantes meramente ortográficas.)

XLVI.—Romance de Durandarte.

Durandarte, Durandarte,
buen caballero probado....

(No tiene variante alguna y está también en la 1.ª parte de la *Silva*, de donde pasó á la *Primavera*, núm. 180.)

XLVII.—Romance de Durandarte.

Oh Belerma, Belerma,
por mi mal fuiste engendrada,
que siete años te serví...
Sin de ti alcanzar nada ..

Comparado con el núm. 181 de la *Primavera*, ofrece estas variantes:

Montesinos, Montesinos
una cosa os demandaba,
que cuando yo fuese muerto
y mi ánima arrancada,
vos llevéis mi corazón
adonde Belerma estaba,
y dalde todas mis tierras...
Que pues yo á ella pierdo,
todo el bien con ella vaya
y servilda en mi lugar
como de vos se esperaba,
que tenga de mí memoria.
una vez en la semana,
y decilde que se acuerde
que tan cara me costaba;
socorredme, Montesinos,
que el corazón me desmaya,
que el brazo traigo cansado

y la mano del espada,
la vista tengo perdida,
mucha sangre derramada,
los extremos tengo fríos
y quitáseme la habla.
Ojos que me vieron ir
nunca me verán en Francia,
pues que quiso la ventura
que nuestro deudo se parta.
Abrazadme, Montesinos,
que á mí saléseme el alma...

XLVIII.—**Romance de Montesinos.**

Muerto queda Durandarte
al pié d' una gran montaña...

(Va en nuestra colección.)

XLIX.—**Romance de Marquillos.**

Cuán traidor eres, Marquillos,
cuán traidor de corazón...

(Texto casi idéntico al de la *Rosa de amores*, de Timoneda, y por tanto, al núm. 120 de la *Primavera*.)

L. — **Romance de Melisenda.**

Todas las gentes dormían
en los que Dios tiene parte...

Variantes respecto del núm. 198 de Wolf:

No duerme la Melisenda...
Si dormides, mis doncellas,
si dormides, recordad...
Si esperáis á la vejez,

no vos querrá un rapaz,
que otro tanto hice yo
cuando era de vuestra edad
al tiempo que fuí criado
en casa de vuestro padre...
Iba á buscar al conde
en los palacios do está...
Topara con Fernandillo,
un alguacil de su padre,
«¿Qué es aquesto, Melisenda?
¿Ésto que podría estar?
El rey piensa que dormís,
en su cámara real,
vos, andáis os por las calles
á picos pardos buscar.»
Tomárala por la mano,
á casa la fué á tornar.

(Todo lo demás que hay en la *Primavera* falta en la *Silva*.

LI. — Romance de un caballero enamorado.

Si se está mi corazón
en una silla asentado...

Romance lírico sin importancia excepto estos versos:

«Y si yo muero, señora,
no me entierren en sagrado;
háganme la sepultura
en un verdecico prado..»

LII.—Romance de la reina de Irlanda.

Cartas van por todo el mundo
dolorosas de contar...

(Va en nuestra colección.)

LIII.—Romance de Leandro y Ero, y cómo murió.

El cielo estaba ñublado,
la luna su luz perdía...

(Va en nuestra colección.)

LIV.—Romance del rey Marsín.

Domingo era de Ramos,
la passión quieren dezir,
cuando moros y cristianos
todos entran en la lid.

Es el núm. 183 de la *Primavera*. Sólo tiene una variante digna de notarse:

Mi mujer *Abrayma* mora.

LV.—Romance de D. Roldán.

En Francia la noblescida
en esse tiempo passado...

(Es el núm. 367 de Durán, con variantes de poca monta.)

LVI.—Romance de Gaiferos.

Media noche era por filo,
los gallos quieren cantar...

Es el núm. 174 de la *Primavera*, tomado por Wolf de un pliego suelto de la Biblioteca de Praga. Notaré las variantes de la *Silva:*

Los gallos *quieren* cantar...
Halló las puertas cerradas..,
Cartas llevas de mensaje...
Esperases tú á ellalva (*sic*)...
Con los otros *salirás*...

que aquí no *trujo* más...
Vido lo había una *mora*...
Derribado se la *hae*...
Muerto *cayó* el morico.

LVII.—**Romance del moro Calaynos.**

Ya cabalga Calaynos
á la sombra de una oliva...

(Es el conocido, con muy leves variantes. El texto de la *Floresta de varios romances* es el que más se parece á éste, entre los que se tuvieron presentes para la *Primavera*, número 193.)

LVIII.—**Romance del engaño que usó la reina Doña María de Aragón: para que el rey Don Pedro, su marido, durmiese con ella y de lo que sucedió.**

Angustiada está la reina
y no sin mucha razón,
porque el noble rey Don Pedro
su marido y su señor...

(Es, con variantes, el núm. 1.224 de Durán, tomado de la *La Rosa Gentil*, de Timoneda. No es viejo.)

LIX.—**Romance de cómo el rey Don Jaime de Aragón ganó á Mallorca, con las otras islas circunvecinas, y después á Valencia.**

Ese buen rey d' Aragón
que Don Jaime se decía,
como siempre fué esforzado
y valiente á maravilla,
noche y día estaba pensando
en cómo acrecentaría

la fe de la cristiandad
y los moros destruiría,
mandó llamar á los grandes...

(Romance moderno y prosaico.)

LX. — Romance del rey Don Rodrigo.

(Es el núm. 3 a. de la *Primavera* con grandes variantes.)

Amores trata Rodrigo,
descubierto ha su cuidado,
á la Cava se lo dice
de quien anda enamorado.
—Mira, *Cava,* mira, Cava,
mira, *Cava,* que te fablo:
Darte he yo mi corazón,
y estaría á tu mandado; —
la Cava como es discreta
en burlas *la avía echado,*
respondió muy mesurada
y el gesto muy bajado (sic):
—*como lo dice tu alteza*
debe estar de mí burlando,
no me lo mande *tu alteza*
que *perdería* gran ditado—
don Rodrigo le responde
que conceda en lo rogado,
que deste reyno de España
puedes hacer tu mandado.
Ella hincada de rodillas,
él la está enamorando,
Sacándole está aradores
de sus *xarifas manos;*
fué el rey á dormir la siesta,
por la Cava había enviado,
cumplió el rey su voluntad

más por fuerza que por grado,
por lo cual se perdió España
por aquel tan gran pecado.
La malvada de la Cava
á su padre lo ha contado,
Don Julián que es traidor
con los moros se ha concertado (*sic*)
que destruyesen á España
por lo haber así *injuriado*.

LXI.—Romance de la Cava.

Cartas escribe la Cava,
la Cava las escribía...

(Es, con leves variantes, el mismo que hay en la *Rosa Española*, de Timoneda, y por consiguiente, no puede ser obra de éste, como creía Durán, que le puso en su *Romancero* con el núm. 591.)

LXII. — Romance del conde Don Julián.

Ya se sale de Toledo
el conde Don Julián...

(Inserto en nuestra colección.)

LXIII.— Romance de cómo el conde Don Julián vendió á España.

En Cepta está Julián
en Cepta la bien nombrada,
para las partes de *allende*
quiere enviar embajada...

Núm. 4 de la *Primavera*, siguiendo el texto del *Cancionero de Romances*, con variantes de la *Rosa Española*, de Timoneda, y de un pliego suelto del siglo XVI. El texto de la *Silva* arroja las siguientes variantes nuevas:

Y él la carta notaba,...
después de *habellas* escripto...
Era para toda España...
de las tres *partes del mundo*
la mejor y más *galana*...
Con su gente *muy lozana*
las señorean los moros...
El triste rey Don Rodrigo
sale á la campal batalla,
que *vencido han* la batalla,...

(Falta desde «Maldito D. Opas» hasta «Oh dolor sobremanera».)

Y cosa nunca pensada
que por causa de un traidor
España fué subjetada
al gran poder de Mahoma:
cosa fué jamás pensada.

(Final idéntico al del pliego suelto.)

LXIV.—**Romance de la destruyción de España.**

Quan triste queda Castilla
sin ventura, desdichada...

(Va en nuestra colección.)

LXV.—**Romance de la Cava**

Gran llanto hace la Cava
con gran dolor y amargura...

(En nuestra colección.)

LXVI.—Romance del Infante Don Enrique.

Este Infante Don Enrique
con el temor que tenía
á su hermano el rey Alfonso,
pasárase á Berbería...

Para complemento de este apéndice bibliográfico, creo oportuno dar razón de las variantes contenidas en algunos pliegos sueltos rarísimos que no constan en los catálogos de Durán, Salvá y Wolf.

Pliegos sueltos.

I.—Romance de Don Reynaldos de Montalván.

Estábase Don Reynaldos...

Colección del duque de T'Serclaes Tilly (1) en Sevilla.

Variantes tomando por tipo el texto de la *Primavera*, núm. 188.

Con su *tío Malagise*...
tío mío, *tío* mío
tío mío natural...
pláceme, dijo, *sobrino*...
luego sin más detardar...
que fuese con ella *su par*
en tierras apartadas...
él se la *fuera* luego á dar
no por fuerza ni por grado...
que *lo sabía bien* acompañar...
soy de Francia natural...
de el tanto caminar...

(1) Hermano gemelo del marqués de Jerez, y gemelo también en estudios y aficiones, poseedor de una magnífica biblioteca de libros de historia de España.

que bien se holgaba de lo escuchar...
desque lo *vido* tan gracioso...
en ellos hubo de aposentar...
passé yo allende la mar...
he dejado mi natural...

Añade estos dos versos:

Por eso, mi señora,
estoy á vuestro mandar...
que *yo* os lo estaba bien pagar...
porque allí se los *entramos*
placeres nos podamos dar...
que yo tocase *á* la hora...
Envió *cartas* á Aliarde
cartas para le avisar...
el rey *vista la presente*...
y lo hayan de tomar
tomólo *mucha* gente d' armas...
que era de grande escuridad...
aconsejóse *de* los suyos...
y que *se* la *oviesen* de dar...
á nadie *no quería* hablar...
por envidia *que tiene dél*
porque en vuestra *corte quiere* estar...
pláceme, *dijera* el rey...
le mandó desterrar...
de priesa y no de vagar...
vergüenza es *tanta* gente...
que Galalón le *fuera* enviar...
ni yo lo *quiero* mal...
mas *venimos* al campo
que el rey *mandara* pregonar...
de *tales razones* escuchar...
que *fuesen al campo* á pelear...
comiénzanse todos *á derezar*...
que no hacían sino matar...

por si los podría hablar...
rompiendo entre la gente...
tómala don Reynaldos...

Tiene al fin este pliego dos composiciones líricas:

Juan del Enzina despidiendo el amor:

Anda, vete, burlador...

Respuesta del amor por los mismos consonantes:

¿Qué dices, buen amador,
con quién hablas, dónde estás...

II.—La glosa del romance que dize: "Rosa fresca, Rosa fresca,, y la glosa de la "Reyna Troyana,, y la glosa de "mora moráyma,, y la glosa de "la mia gran pena forte,, y unas coplas á una serrana.

(Colección del duque de T'Serclaes. Variantes de *Rosa fresca* que es el núm. 115 de la *Primavera.*)

Cuando *te* tuve en mis brazos...
no vos puedo *yo* haber, nó...
y en lugar de *recabar,*
dijérame otra razón...
Quien *vos* lo dijo, señora...
si yo nunca entré en Castilla
ni *aun* en tierras de León...

Romance de la Reyna Troyana.

(Núm. 482 de Durán.)

Triste *ésta* y muy pensosa
aquesa reyna troyana...

No llega más que hasta el verso:

¿Qué es de mi hijo Troylo,
qué es del bien que en mí moraba...

Es romance artístico, aunque se encuentra ya en el *Cancionero de Romances*. En *Mora Morayma* núm. 132 de Wolf hay esta sola variante.

Que yo soy moro mazote

III.—Romance de don Trista nuevamente glosado por Alonso de Salaya cõ otras obras suyas.

Ferido está don Tristan...

b) Romance.

En mis pasiones pensando
de mil congojas cercado...

c) Villancico.

No quiero sino serviros,
siempre yo vuestro seré...

d) Derreniego á una dama:

Son mis penas tan crecidas
en la mar donde navego...

e) Coplas en loor de una dama:

Muchos, dama, de loaros
han tenido atrevimiento...

f) **Juan del Enzina despidiendo el amor.**

Anda vete burlador,
—no pienses burlarme más...

(Colección del duque de T'Serclaes.)

IV.—**Romāce nuevamēte glosado por Pedro de Palma natural deçija: en el qual se tratā la triste y lamentable nueva q̄ le dierō al rey moro passeādo se por Granada de como los christianos le habían ganado Alhama: y de todo lo q̄ los moros hizieron por cobralla de los christianos: en lo qual perdieron mucha gente y q̄daron vencidos: y assi se volvieron el rey y los que quedaron á Granada; con un romance de Juán del Enzina.**

Passeábase el rey moro
por la ciudad de Granada.

Variantes.

¿*Para* qué nos *quiere* rey...
para que sepais, *mis moros*
nuestra pérdida de Alhama...
habló el alatar *(sic)* de Loja:
buen rey bien se te empleaba...

Faltan los dos versos:

y para Alhama cobrar
menester es grande armada...
otro es Martín Galindo.

b) **Canción del mismo por despecho contra los infieles:**

Todas setas de Mahoma
moros y los luteranos...

c) Lamentación de amor del mismo entre un amador y Macías:

Sal ya doloroso canto,
que razón es que publiques...

d) Romance de Juán del Enzina:

Yo me estaba reposando,
dormiendo como solía...

(Colección del duque de T'Serclaes.)

V.—Pliego suelto gótico de mi biblioteca. En folio.

Romance de don Gayferos que trata de cómo sacó á su esposa que estaua en tierra de moros.

(Variantes respecto de la *Primavera*, núm. 173.)

Los dados tiene en la mano
que los *quería* arrojar...
si *tan bien fuesses,* Gayferos...
preguntando vá, preguntando
por *su primo* don Roldán...
sabeis que *estó* sin caballo
é armas otro que tal...
pues sin armas *é sin* caballo...
por esto vos ruego, tío,
las vuestras me querais *prestar*...
allá *á* Sant Juan de Letrán...
que no me las hagan cobardes...
mi caballo *tengo* bien vezado...
entre los dos *puestos* se han...
fablado le ha *Roldán,*

empezado le ha á fablar...
Bien *pareceys,* don Gayferos...
que soys *de poca* hedad...
no dixera esto tal...
y le *ayudó* para armar...
de que solo le veen andar...
de que ya el se salía...
del palacio real...
le llamara don Roldán...
esperédes acá sobrino;
solo quereis vos andar...
y toma la de don Roldán...
que siempre me tovistes por padre...
tan *enojoso* hablar...
en ocho la *fuera* andar...
si enemigos *ge* lo matan...
que *quiere cabalgar* sin paje...
no tiene quien *ge* la calce...
viernes era *aquel* día...
con todos sus caballeros,
con todos sus capitanes...
en Sansueña essa cibdad ..
si *hay alguna* christiana...
y de noche en honda *cinia*...
en especialmente una...
y el rey Almanzor la trata...
del palacio real...
derecho se *iba* á la playa...
por ver los palacios reales...
darvos he unas encomiendas...
que no lo dexe por miedo
con los moros pelear...
ligeros son de *perdonar*...
mora *me quiero* tornar...
no los *puedo olvidar*...
Gayferos que esto oyó...

dexóse de la ventana...
esforzáos, don Gayferos...
si *desto* escapais, Gayferos,
harto *tenéis de* contar...
ya quisiese Dios del cielo...
de moros *muchas vegadas...*
al caballo aprieta *la rienda*
y *afloxóle* el petral...
el caballo *esforzado*
saltó de la otra parte...
Gayferos *que esto* oyó
presto se *fué apear...*
Melisenda á las ancas
presto fué á cabalgar...
porque le *puede bien* abrazar...
cuando fué cerca los moros,
la rienda le fué á soltar...
no *os enojéis,* mi señora...
podréis, señora, aguardar...
no cesando de *llorar...*
las rodillas *puestas* en tierra,
como la parió su madre... (!)
de la sangre que dellos salía
todo vá vuelto en sangre...
este debe ser el encantado...
este debe ser el esforzado
Reynaldos de Montalbán,
este es Ogel de las Marchas
el esforzado singular...
calles, no digas *atal...*
mas yo *te* me quiero nombrar...
señor de París *essa cibdad...*
con esfuerzo assí hablar...
encerróse en la cibdad...
Melisendra que venir lo vido...
de que le vido las armas blancas...

empezóle de preguntar...
por Dios *vos* ruego, Gayferos...
con las mangas de mi camisa
apretar vos he la sangre...
yo *os* la entiendo de sanar...
infanta, no digáis *atal*...
caballero que las trae
ninguno le puede hazer mal...
antes que los moros *nos tomen*...
de amores que no *en* al...
ni de los moros han miedo
ni dellos sentía parte...
con el placer de *los* (¿dos?) juntos,
el descanso es muy grande...
fasta entrar por Francia
en tierra de christiandad...
Si fasta allí alegres *vinieron*...
de lexos *vieran* asomar...
vuelto se le ha la sangre,
diciendo á su señora:
Este es *mayor pesar*...
y aquel es Montesinos...
andando por sus jornadas...
á París van *allegar*
tiénenle por esforzado...
de gran captividad...

VI.—Pliego suelto gótico de mi biblioteca.

Romance nuevamente hecho de Calisto y Melibea que trata de todos sus amores y de las desastradas muertes suyas y de la muerte de sus criados Sempronio y Parmeno: y de la muerte de aquella desastrada muger Celestina intercesora en sus amores.

Este romance, que viene á ser un compendio en verso

de la *Celestina*, no pertenece al número de los populares y tradicionales, pero es tan viejo y tiene tanta curiosidad literaria, que no ha de pesar al lector verle impreso á continuación:

Un caso muy señalado—quiero, señores, contar,
como se iba Calisto—para la caza cazar,
en huertas de Melibea—una garza vido estar,
echado le había el falcón—que la oviese de tomar,
el falcón con gran codicia—no se cura de tornar:
saltó dentro el buen Calisto—para habello de buscar,
vido estar á Melibea—en medio de un rosal,
ella está cogiendo rosas—y su donzella arrayan.
Calisto desque la vido—empezole de hablar:
—Gran maravilla es aquesta—que Dios me quiso mostrar.
—En qué? dijo Melibea,—vos digades la verdad.
Allí respondió Calisto,—tal respuesta le fué á dar:
—Hazer en natura humana—tal hermosura y beldad
y hazer á mí inmérito—que la hobiese de mirar,
y mi secreto dolor—haber de manifestar,
en este mundo tal gloria—no la espero yo alcanzar.»
Respondióle Melibea—prestamente sin tardar:
—«Por gran gloria tienes esta—que me hobieses de fablar?»
—«Yo lo tengo así por tanto—que no la puedo estimar.»
—«Pues yo te lo cumpliría—si quieres perseverar.»
—«¡Oh orejas que tal oyen—que tal puedo alcanzar,
mucho bienaventuradas—se podrán ellas llamar.»
Allí habló Melibea—bien oyreis lo que dirá:
—«Mas muy malaventuradas—se podrán ellas llamar
despues que hayan oido—lo que les he de fablar:
Vete delante mis ojos,—no me quieras enojar,
que ya no basta paciencia—para haberte de escuchar,
si nó las palabras dichas—yo te las haré pagar.»
Calisto de que esto oyera—comenzóse de apartar,
demandando por Sempronio—con dolor é sospirar,
las palabras que le dize—eran para lastimar:

—«Cierra bien esas ventanas—que la luz no pueda entrar,
venga la tristeza al triste,—mis llantos, dalde lugar;
¡oh si viniesse la muerte—por mis males acabar,
si viniesse Galieno—físico muy singular,
que supiese dar remedio—á pasion de tal penar!»
Allí respondió Sempronio:—«¿Este mal qué puede estar?»
—«Vete de ahí, no me hables—déxame desesperar,
si nó antes de mi muerte—la tuya podrás causar,
dexarte quiero, cuytado—pues solo quieres quedar.»
Sempronio como discreto—comenzara de pensar:
«Qué mal pudo ser aqueste—que asi te pudo trocar?
ó estás endïablado—ó quieres loco tornar:
si entro á dalle consejo—nunca lo querrá tomar,
si lo dexo quedar solo—la muerte querrá tomar.»
Estando todo turbado—Calisto le fué á llamar:
—«Dame, Sempronio, el laud,—que quiero un poco sonar.»
Luego se lo da Sempronio—y allí le fuera hablar:
—«Destemplado está, señor,—que el son no puede acordar.»
—«¡Oh triste de mí cuytado—que en el mundo no hay mi [par,
pues mi sentido y memoria—solos me fueron dexar,
mas tómalo tú, Sempronio,—y cantasses un cantar
el mas triste de sonido—que se pudiese hablar» (?).
Tomó Sempronio el laud—y empezara de cantar:
—«Mira Nero de Tarpeya—á Roma la gran cibdad,
mírala cómo se ardía—sin ninguna piedad,
él le manda echar el fuego—con su mucha crueldad.»
Allí respondió Calisto,—y mira qué fué á fablar:
—«Mayor es el triste fuego—y menor la piedad,
que me quema mis entrañas—que no me dexa reposar.»
—«No digas eso, señor,—no quieras desesperar.
Escucha un poco, Sempronio,—yo te lo quiero contar;
fuego que cien años dura—mayor se puede llamar,
que lo que un dia passa—aunque queme una cibdad;
como de vivo á pintado—como de sombra á real,
aquesta es la differencia—que entre ese y mí hay,
porque el fuego del infierno—no puede tanto quemar.»

—«Por cierto, dixo Sempronio,—no debías tal hablar,
que aunque fuesses un moro—no debías creer tal.»
—«No soy moro ni cristiano—ni tal me quiero llamar,
mas llámesme Melibeo—que assi me quiero nombrar;
que yo en Melibea creo—y á ella quiero adorar.»
Sempronio desque lo oyera—comenzóle de hablar:
—«Ya conozco tus pasiones—las que te hazen penar:
pues yo te curaré dellas—y aun te entiendo de sanar.
—Digas tú, hermano Sempronio—tú me digas la verdad,
¿cómo has pensado agora—de hazer esta piedad?»
—«Yo vos lo diré, señor,—sed atento en escuchar:
muchos dias son pasados—que aquí en esta cibdad
conozco una puta vieja—que en el mundo no hay su par,
las artes que ella sabe—¿quién te las podrá contar?
Hechicera y alcahueta,—muy astuta en su fablar.
¿Qué te contaría della,—de lo que sabe ordenar,
hazer y deshazer virgos—en esta nuestra ciudad,
en las pasiones de amor—sabe mil remedios dar?»
Calisto desque esto oyera—empezara de hablar:
—«Ponga en mis males remedio,—yo la quiero bien pagar
y veme luego por ella—que la quiero yo hablar,
y tu trabajo, Sempronio,—mucho bien galardonar.»
—«Que me plaze, mi señor,—de illa luego á buscar,
y entre tanto que allá voy—piensa bien qué le has de dar.»
Ya se partía Sempronio—para habella de buscar.
En llegando á la su puerta—empezara de llamar;
Celestina que lo oyera—comenzó de preguntar:
—«¿Qué buena venida es esta?—Vos queráismela contar.»
—«Bien sabes, señora madre,—la nuestra grande amistad,
y tienes bien conoscida—la mi buena voluntad,
y de cualquiera ganancia—tu parte querríate dar.
Aquí está mi amo Calisto—que muere sin lo matar,
de amores de Melibea—loco se quiere tornar,
de tí y tambien de mí—tiene gran necesidad:
pues toma luego tu manto—ven que te envía á llamar.»
Celestina que esto oyera—luego se fué á cobijar;

—«No me digas más, mi fijo,no me quieras mas fablar,
yo lo sanaré del cuerpo,—de la bolsa bien sangrar,
yo le alargaré la cura—porque pueda mas gastar.»
Estas palabras hablando—á la puerta van llegar.
Entrando está *(sic)* Calisto—para con él negociar.
Calisto desque la vido—comenzó la de mirar,
las rodillas por el suelo—fuera tal su razonar:
—«¡Oh reverenda persona,—cosa digna de loar,
ya te habrá dicho Sempronio—la causa de mi penar:
de amores de Melibea—loco me quiero tornar.»
Allí fabló Celestina,—tal respuesta le fué á dar:
—«No te mates, caballero,—ni quieras tomar pesar,
no pierdas el esperanza—pues yo te he de remediar,
yo iré presto á Melibea—para tu mal le contar,
yo le ordiré una tela—la qual yo bien sé tramar:
por eso mientra que vó—á remedio te buscar,
desta vieja pecadora—te quisieses acordar,
que su menester es grande—que no lo podrás pensar.»
Ya se parte Celestina—de Calisto á mas andar,
iba Sempronio con ella—para mas la acompñar,
iban los dos razonando—cómo á Calisto pelar.
Á casa de Celestina—ambos fueron á llegar,
á tomar sus aparejos—para Melibea engañar:
el aceyte serpentino—con los que suele tomar
las madexas del hilado—que es la causa para entrar.
Vase á casa de Pleberio—con Melibea hablar,
á la entrada de la puerta—con Lucrecia fué á topar.
Celestina luego entrando—la comenzó á saludar:
—«¿Quién te trae acá, mi madre,—y qué andas á buscar?»
—Amor grande y deseado—y por tu vista mirar,
vender un poco de hilado—con muy gran necesidad,
pues mi señora la vieja—creo lo querrá comprar.»
Allí fablara Alisa,—bien oireis lo que dirá:
—«¿Con quién fablas tú, Lucrecia?,—¿de qué es tu razonar?»
—«Con aquella buena vieja—que moró en la vezindad.
Que tiene la cuchillada,—yo te la quiero mostrar.

Va la vieja Celestina—con Alisa á razonar:
—«Mi venida fué, señora,—por mi hilado *(te)* mostrar,
que es el mejor que yo ví—en todo nuestro lugar,
por mis miserias complir (?)—tú me lo quieras comprar.»
Dixo Alisa á Melibea:—«Hija, voy á visitar
á mi amiga hermana,—tú lo puedes bien comprar,
trata bien á la vezina—y hazla luego pagar.»
Celestina queda sola—con Melibea hablar,
con lisonjas y mentiras—comienza su razonar:
—«Oh señora é hija mía—no hay en el mundo tu par,
nadie con tu hermosura—no se piense de igualar.
Mi venida á tu posada—yo te la quiero contar,
si me das licencia agora—sin conmigo te enojar.»
Respondióle Melibea:—«Si yo te puedo remediar,
con mucha gana y placer—yo te entiendo escuchar.»
Celestina muy astuta—comenzóle de hablar:
—«Un enfermo dexo malo—tú le puedes bien sanar.
Con una palabra sola—que de tí pueda llevar,
con la mucha fe que tiene—en tu lindeza sin par.»
Respondióle Melibea,—bien oireis lo que dirá:
—«Háblame mas descubierto—tú lo quieres aclarar,
de una parte me alteras,—de otra me haces penar.
Díme quién es el enfermo—por Dios sin más dilatar.
—«Bien conoces tú, señora,—en esta nuestra cibdad,
un gentil hombre de sangre—que Calisto es su nombrar.
—«No digas mas, buena vieja,—ya entiendo tu hablar,
ese es un loco aborrido—y tú lo quieres sanar,
vete delante mis ojos,—no te haga aqui matar.»
Esto que oyó Celestina—comenzó de se espantar,
conjura sus valedores—que la vengan ayudar,
otras he visto mas fuertes—y despues las ví amansar:
con desculpas y halagos—la hizo luego callar.
Ya consiente los loores,—ya la hace alegre estar,
luego torna Celestina—á su razón acabar,
y demándale un cordón—para Calisto sanar,
las fuerzas de Melibea—todas son á su mandar,

en los lazos del amor—dentro la fuera á enlazar,
la sábia de Celestina—así la fuera dexar.
Con su cordón en la mano—á Calisto fué á buscar
con alegría muy grande—por las albricias ganar.
En entrando en su posada—con él se fuera topar:
—«¿Qué traes, señora mía—para sanar mi gran mal?»
Ella encarece el trabajo—por hacerse bien pagar:
—«Cómo vuelvo viva y sana—quiéraste maravillar.»
Calisto estaba penando—hasta vella ya acabar:
—«Acaba, señora mía,—no quieras más dilatar,
ó abrevia tu razón,—ó tú me quieras matar.»
—«No te mataré, señor,—que vida te quiero dar,
con que puedas muchas veces—de Melibea gozar.
Mira el cordón que te traygo—por traer la á tu mandar.»
Calisto desque lo vido—comenzara lo de besar.
Las palabras que le dize—no hay quien las sepa contar:
y á la vieja Celestina—ya la comienza abrazar:
—«Oh mi madre tan bendita,—¿con qué te puedo pagar?
Cuenta me de qué manera—la comenzaste á hablar;
que me deleito en oyllo—y entiendo de sanar.»
—«Dixe que mal de quixares—nunca te quiere dexar,
que ella sabía una oracion—para tu mal aplacar.»
—«¡Oh maravillosa astucia—oh mujer muy singular,
vé, Parmeno, trae un sastre,—manto y saya le he de dar
d'aquel contray que tú sabes—que saqué para frisar,
y entre tanto que se hace,—madre, no te has de enojar,
vé en buen hora á tu posada,—entiende en mi remediar.»
Ya se despide la vieja,—Parmeno con ella va,
desde allí á su posada—no hacen sino hablar,
prometiéndole Areusa—de traer la á su mandar.
Estas palabras diciendo—á su casa van llegar,
con las razones que sabe—á los dos fizo ayuntar.
Desque los dexa ayuntados,—á su casa vá tornar,
el cordón de Melibea—comienza de enhechizar
de tal suerte y tal manera—que luego la fué á trocar
que de áspera y cruel—blanda la hizo tornar,

la yerba de ballestero—ya la prende y vá tomar:
las palabras que decía—es maldecir su negar.
—«Ven acá, hija Lucrecia,—la vieja me ve á llamar,
que de muy terrible fuego—toda me siento quemar.»
Y vá Lucrecia muy presto—á Celestina buscar,
ya la trae de la halda—por su señora curar:
—«Oh bien vengas, vieja honrada—Dios te quiera guardar,
á tus manos soy venida,—tú me has de remediar.»
—«¿Qué es esto, señora mía?—Yo estó presta á tu mandar.»
Melibea muy penada—tal respuesta le fue á dar:
—«Tú sabrás por mi ventura,—segun te quiero contar,
que en aquella tal moneda—tú me tienes de pagar
que te dí para Calisto,—que ya soy á tu mandar,
dá forma, señora madre—cómo le pueda hablar.»
—«Que me place, mi señora,—y luego sin dilatar
esta noche á media noche—yo te la haré mirar,
y d'allí dareis concierto—para más poder gozar:
á Dios te queda, señora,—yo voy á lo concertar.»
Vase la vieja barbuda—para Calisto buscar,
allá fué á la Madalena—donde suele en misa estar.
Desque la vido Calisto—de placer quiere llorar,
echa le brazos al cuello,—comienza le de rogar
que dixese su embaxada—si vida le quería dar.»
Allí fablara la vieja—de priesa y no de vagar:
—«Las albricias, mi señor—tú me las puedes bien dar,
que Melibea es ya tuya—toda presta á tu mandar,
esta noche á media noche—tú la podrás bien hablar.»
Lo que dixera Calisto—ya lo podréis bien pensar:
—«¡Oh maravilla tan grande—qué tal cosa he de gozar!
No puede pasar aquesto,—yo lo debo de soñar.
Mas el concierto que traes—ya lo querría probar:
mi paga puede ser poca—para tu obra pagar,
toma esta chica cadena,—haz tú della á tu mandar.»
Entre Parmeno y Sempronio—comienzan á murmurar:
—«Mira, hermano, qué le ha dado:—¿á nosotros qué ha de [dar?»
Ya se parte Celestina—para su casa alegrar,

vase Calisto á su cama—á dormir y reposar;
desque fue la media noche—él se fuera levantar,
hace venir á los mozos—que le oviesen de armar.
Iba se por su camino—por Melibea hablar,
en llegando á la su puerta,—comienza luego á escuchar
si sentiera á su señora—junto á la puerta estar.
Comienza desta manera—Calisto de razonar:
—«¿Es mi señora y mi vida—la que siento pasear?»
Melibea que esto oyera—quiso se certificar:
—«¿Cómo es tu nombre, señor?—No me lo quieras negar,
¿quién te hizo aquí venir—aquesta puerta mirar?»
—«La del gran merecimiento,—la que el mundo ha de man-
la que no me hallo digno—de podella yo alcanzar; [dar,
no temas, señora mía—tu voluntad declarar
á este cativo tuyo—al que te viene adorar.»
Ahí fabló Melibea,—bien oireis lo que dirá:
—«Yo soy tuya, señor mío,—mucho siento tu penar,
yo maldigo aquestas puertas—que no nos dexan mirar,
una hora me es un año—hasta mañana esperar:
ten paciencia, señor mío—pues está cerca el gozar,
que mañana aquestas horas—te podrás acá tornar,
por las paredes del huerto—te podrás, señor, entrar.»
Ya se despide Calisto—con dolor y sospirar,
en llegando á su posada—va se á la cama acostar:
Parmeno tambien Sempronio—á la vieja van buscar,
porque su parte les diese—de la cadena ó collar.
La vieja que aquesto oyera—tal respuesta les fue á dar:
—«Mucho estó maravillada—de vosotros tal pensar,
que lo que yo he trabajado—vosotros quereis gozar,
quitáos del pensamiento—que nada hayais de llevar.»
Los mozos que aquesto oyeron—comienzan de renegar,
hacen fieros de rufianes—queriendo la mal tratar,
ponen mano á las espadas,—van se para la matar,
dan le tantas cuchilladas—que la fueron acabar,
saltan por una ventana—para se poder salvar,
si la justicia viniese—para habellos de tomar:

como la ventana es alta—las piernas se van quebrar,
de suerte que la justicia—allí los vino á fallar,
ponen los en sendos asnos,—llevan los á degollar.
Sosia que era en la plaza—todo lo vido pasar,
viene corriendo á su casa—las tristes nuevas llevar,
topóse con Tristanico,—comenzó le de contar:
—«Oh desventura tan grande—oh deshonra y gran pesar,
cuenta me lo tú, Sosia—y digasme la verdad.»
—«Á Parmeno y á Sempronio—los llevan á degollar,
vamos muy presto á Calisto—sepa su deshonra y mal.»
Íbase para la cama—á Calisto recordar:
—«No duermas, señor, ya tanto,—oye tu desonrra y mal,
que á los tus leales criados—ya los llevan á enterrar.»
—«Oh mis leales sirvientes—tú me lo quieras contar,
¿á quién mataron tan presto?—¿Dó hizieron tanto mal?
Que aquesta noche pasada—comigo fueron á estar.»
Allí fablara Sosia,—bien oyreis lo que dirá:
—«Á la vieja Celestina—ellos la fueron matar.»
—«Pues mata me tú á mí—y te entiendo perdonar,
que más mal hay en su muerte—que tú no puedes pensar.»
Dice lástimas Calisto—que quiere desesperar:
tiénese por deshonrado—pues no los puede vengar,
y tambien que sus amores—no se podrán acabar,
ni por mucho mal y daño—él lo entiende de probar,
el concierto concertado—ordena de lo tomar,
con las revueltas pasadas—un poco se va á tardar,
la señora que lo espera—empezara de hablar:
—«Ya se tarda el caballero—Lucrecia, ¿qué puede estar?»
—«Esta tardanza que veo—me hace penada estar.»
Ella en aquesto estando—Calisto fuera llegar:
—«Escucha, hermana Lucrecia,—que pasos oigo sonar.»
Calisto que fué llegado—hizo la escala posar,
entrara dentro del huerto—con Melibea folgar,
Melibea que lo vido—va se lo luego abrazar,
y van se mano por mano—para su placer tomar.
La doncella Melibea—dueña la hizo quedar,

holgaron toda la noche—hasta la luz asomar,
torna se luego Calisto—á su casa á reposar,
otra noche y otras muchas—él la fuera á visitar.
La fortuna que no dexa—el bien mucho reposar,
causó que estos dos amantes—en mal fuesen acabar.
Como Calisto una noche—que salía de su holgar
descendía por el escala—de priesa y no de vagar,
desvarándole los piés—al suelo fuera parar;
como la pared es alta—fuera se á despedazar
la cabeza hecha quartos,—los sesos fueron saltar.
Á los gritos de los mozos—Melibea oyó su mal,
hace llantos muy secretos—por su mal no publicar,
ordenó cómo matar se—por podello acompañar,
sube á la torre más alta—de la casa á más andar,
hace á su padre que mire—desde abaxo la escuchar,
cuenta le todo lo hecho—y lo que entiende obrar.
Las lástimas que decía—¿quién que las sepa contar?
Acabadas de decir—dexa se desesperar,
da consigo en tierra muerta—por sus males acabar.
Tales fines da el amor—al que sigue su mandar.

A este romance sigue un *Villancico*:

Amor, quien de tus placeres
y deleites se enamora,
á la fin cuytado llora...

Y un *Romance que fizo un galán alabando á su amiga.* Es el mismo que con el núm. 39 hemos puesto en nuestro apéndice, siguiendo la lección de Wolf (*Sammlung,* 276) tomada de un pliego suelto de la biblioteca de Praga; pero por tener algunas variantes en este otro pliego no utilizado hasta ahora, parece conveniente reproducirle aquí:

De la luna tengo quexa
y del sol mayor pesar,

siempre lo ovieron por uso
de no dexarme folgar,
maldita sea la fortuna
que asi me fuera á tratar,
nunca me da bien complido
ni menos mal sin afan,
por un hora de plazer
cien mil años de pesar:
yo me amaba una señora
que en el mundo no hay su par,
las faiciones que ella tiene
yo vos las quiero contar,
tal tenía la su cara
como rosa del rosal,
las cejas puestas en arco
color de un fino contray,
los ojos tenía garzos
parecen de un gavilán,
la nariz afiladica
como hecha de metal,
los labios de la su boca
como un fino coral,
los dientes tenía blancos
menudos como la sal,
parece la su garganta
cuello de garza real,
los pechos tenía tales
que es maravilla mirar,
y contemplando su cuerpo
el dia fuera asomar.

VII.—*Espejo de Enamorados* (cuatro figuras en madera), *Guirnalda esmaltada de galanes y eloquētes d' zires de diversos autores: en el q̃l se hallarán muchas obras: y romāces: y glosas: y cāciones: y villancicos: todo muy gracioso y muy apazible*. Fol. let. gót. 16 hojas sin foliar, á dos columnas. La portada,

de letra roja. (Biblioteca Nacional de Lisboa, tomo de *varios*, reservados, núm. 177.)

A la vuelta de la portada dice:

«Aquí comienzan muchas maneras de romances con sus glosas y canciones y villancicos y motes y lamentaciones y otras obras muy apazibles para mancebos enamorados. Nuevamente recopiladas y corregidas.»

La descripción bibliográfica detallada de este cancionerillo puede verse en las *últimas adiciones* que puse al *Ensayo* de Gallardo.

Contiene los siguientes romances:

1.º ¡Oh cruel hijo de Archiles...
2.º Bodas se *hacen* en Francia...

(Núm. 157 de Wolf). Tiene, además de la variante del primer verso, estas otras:

Essa doña Beatriz...
ó si *mirais* vos á mí...
Que no miro yo *la* danza...

Sigue una glosa que consta de nueve grupos ó estancias de á dos quintillas de á diez versos, que principian así:

Quando mas el alegría...
3.º Olorosa clavellina...

Sigue otra glosa como la anterior, en 16 quintillas dobles, que principian así:

Entrando por una huerta.
4.º En los días caniculares...

(Romance trovadoresco con glosa.)

5.º Mira Nero de Tarpeya...

(No tiene variante particular.)

6.º **Glosa de Tapia sobre el romance de «Fonte-Frida.»**

(El texto del romance no ofrece variante notable.)

7.º Decidme vos pensamiento...

(Romance trovadoresco.)

8.º **Romance de don Juan Manuel:**

Gritando vá el caballero...

(Está en el *Cancionero general* de Castillo.)

9.º **Romance de Juan de Leyva á la muerte de don Jorje Manrique de Lara:**

Á veynte y siete de Marzo...

(Está en el *Cancionero* de Castillo.)

10.º **Otro romance de Soria:**

Triste está el rey Menelao...

(Está en el *Cancionero* de Castillo.)

11.º **Glosa de Soria sobre el romance «Durandarte, Durandarte.»**

(Texto idéntico al del *Cancionero* de Castillo.)

12.º **Romance mudado por Diego de Zamora por otro que dize: «Ya desmayan los franceses.» Principia:**

Ya desmayan mis servicios...

(Está en el *Cancionero general.*)

13.º Romance de Garci Sanchez de Badajoz:

Caminando por mis males...

(Está en el *Cancionero general.*)

14.º Glosa famosísima al romance de «Triste estaba el padre Santo.» Principia:

Por la clemencia ninguna...

En una rarísima edición de la *Cuestión de Amor* y *Cárcel de Amor* (París, en casa de Hernaldo Caldera y de Claudio Caldera su hijo, 1548, 12.º), que ha sido recientemente adquirida por el Marqués de Jeréz, se hallan al fin tres romances viejos, que por ser de edición anterior á todas las conocidas, y por ofrecer algunas variantes útiles, sobre todo el primero, creo necesario reproducir aquí.

Aqvi co- | miençan tres ro- | mances nueuamente cõpues- | tos, con vn villancico al ca- | bo: como se tor- | no a ganar | España.

Vn dia de Santanton,
esse dia señalado,
se salian de sant juan
quatro cientos hijos dalgo,
las señas que ellos lleuauan
es pendon rabo de gallo,
por capitan se lo lleuan
al obispo don gonçalo,
armado de todas armas
encima de vn buen cauallo,

yva se para la guarda,
esse castillo nombrado,
sale lo a recibir
don rodrigo esse hidalgo ;
—por dios os ruego el obispo
que no passedes el vado,
porque los moros son muchos
que a la guarda avian llegado,
muerto me han tres caualleros
de que mucho me ha pesado,
el vno era mi primo,
y el otro era mi hermano,
y el otro era vn paje mio
que en mi casa se ha criado,
demos la buelta, señores,
demos la buelta a enterrallos,
haremos a dios seruicio
y honrraremos los christianos.—
ellos estando en aquesto
llegó don diego de haro :
—adelante caualleros,
que me lleuan el ganado,
si de algun uillano fuera
ya lo ouierades quitado,
empero alguno esta aquí
a quien plaze de mi daño.
no cabe dezir quien es
que es el del roquete blanco.
El obispo que lo oyera
dio de espuelas al cauallo,
el cauallo era ligero
y saltado auia vn vallado,
mas al salir de vna cuesta
a la assomada de vn llano
vido mucha adarga blancha,
mucho albornoz colorado,

y muchos yerros de lanças
que relucen en el campo,
metido se auia por ellos
como leon denodado,
de tres batallas de moros
las dos ha desbaratado,
mediante la buena ayuda
que en los suyos ha hallado,
aunque algunos dellos mueren
eterna fama han ganado.
Todos passan adelante,
ninguno atras se ha quedado,
siguiendo á su capitan
el couarde es esforçado,
honrra ganan los christianos,
los moros pierden el campo,
diez moros pierden la vida
por la muerte de vn christiano,
si alguno dellos escapa
es por vña de cauallo,
por su mucha valentía
toda la prez ha cobrado;
assi con esta vitoria
como señores del campo
se bueluen para jaen
con la honrra (que) han ganado

Otro romance.

Caualga diego laynez
al buen rey besar la mano,
consigo se los lleuaua
los trezientos hijos dalgo,
entrellos yua rodrigo
el soberuio castellano,

todos caualgan a mula,
solo rodrigo a cauallo,
todos visten oro y seda,
rodrigo va bien armado ,
todos guantes olorosos,
rodrigo guante mallado,
todos sombreros muy ricos,
rodrigo casco afilado,
y encima del casco lleua
vn bonete colorado.
Andando por su camino
vnos con otros hablando
allegados son a burgos,
con el rey se han encontrado,
los que vienen con el rey
entre si van razonando :
—aqui viene entre esta gente
quien mató al conde loçano.—
Como lo oyera rodrigo
en hito los ha mirado,
con alta y soberuia voz
desta manera ha hablado :
—si ay alguno que lo pida
salga luego a demandallo.—
todos responden a vna :
—demande lo su pecado.
todos se apearon juntos
para al rey besar la mano,
rodrigo se quedó solo
encima de su cauallo,
entonces hablo su padre,
bien oireis lo que ha hablado :
—apeaos vos mi hijo,
besareis al rey la mano
porque es vuestro señor,
vos hijo sois su vasallo.—

Desque rodrigo esto oyó
sintió se mas agrauiado,
las palabras que responde
son de hombre muy enojado:
—si otro me lo dixera
ya me lo ouiera pagado,
mas por mandar lo vos padre
yo lo haré de buen grado.—
ya se apeaua rodrigo
para al rey besar la mano.
al hincar de la rodilla
el estoque se ha arrancado.
espantose desto el rey
y dixo como turbado:
quita te rodrigo allá,
quita te me allá diablo,
que tienes el gesto de hombre
y hechos de leon brauo.
como rodrigo esto oyó,
apriessa pide el cauallo,
con vna boz alterada
contra el rey assí ha hablado:
—por besar mano de rey
no me tengo por honrrado,
porque la besó mi padre
me tengo por afrentado.—
en diziendo estas palabras
salido se ha del palacio,
consigo se los tornaua
los trezientos hijos dalgo,
si bien vinieron vestidos
boluieron mejor armados,
y si vinieron en mulas
todos bueluen en cauallos.

Romance de los cinco marauedis que el rey don alonso octauo pedia alos hijosdalgo.

En essa ciudad de burgos
en cortes se auian juntado
el rey que venció las nauas
con todos los hijos dalgo,
habló con don diego el rey,
con el se auia consejado,
que era señor de bizcaya,
de todos el mas priuado:
—aconsejedes me don diego,
que estoy muy necessitado,
que con las guerras que (he) hecho
gran dinero me ha faltado,
querria llegar me a cuenca,
no tengo lo necessario,
si os pareciesse, don diego,
por mi fuesse demandado
que cinco marauedis
me peche cada hidalgo:—
graue cosa me parece,
le respondiera el de haro,
que querades vos señor
al libre her tributario,
mas por lo mucho que os quiero
de mi sereys ayudado,
porque yo soy principal,
de mi os será pagado.—
siendo juntos en las cortes
el rey se lo auia hablado.
leuantado está don diego
como ya estaua acordado,
—justo es lo quel rey pide
por nadie le sea negado,

mis cinco marauedis
he los aquí de buen grado,—
don nuño conde de lara
mucho mal se auia enojado,
pospuesto todo temor,
desta manera ha hablado:
—aquellos donde venimos
nunca tal pecho han pagado,
nos menos lo pagaremos,
ni al rey tal sera dado,
el que quisiere pagar le
quede aquí como villano:
vaya se luego tras mi
el que fuere hijo dalgo.—
todos se salen tras el,
de tres mil tres han quedado,
en el campo de la glera
todos allí se han juntado,
el pecho quel rey demanda
en las lanças lo han atado,
y embian le a dezir
quel tributo está llegado,
que embie sus cogedores
que luego sera pagado,
mas que si él va en persona
no sera dél acatado,
pero que embiasse aquellos
de quien fue aconsejado.
quando aquesto oyera el rey
y que solo se ha quedado,
boluio se para don diego,
consejo le ha demandado.
don diego como sagaz
este consejo le ha dado:
—desterredes me, señor,
como que yo lo he causado,

y así cobrareys la gracia
de los vuestros hijos dalgo.—
otorgó el rey consejo,
a decir les ha embiado,
que quien le dio tal consejo
será muy bien castigado,
que hidalgos de castilla
no son para auer pechado.
muy alegres fueron todos,
todo se ouo apaziguado,
desterraron a don diego
por lo que no auia pecado,
mas dende a pocos dias
a castilla fue tornado,
el bien de la libertad
por ningun precio es comprado.

ADVERTENCIA FINAL

No habiendo cabido en este segundo volumen de la *Primavera* los romances procedentes de la tradición oral, hemos resuelto formar con ellos un tercer tomo que será nuevo y curioso apéndice á la colección de Wolf. Habrá además un cuarto tomo en que el Sr. Menéndez y Pelayo hará un minucioso estudio crítico de los romances castellanos. Estos dos volúmenes se publicarán inmediatamente.

Tomos

PLUTARCO.—*Las vidas paralelas,* traducción de D. Antonio Ranz Romanillos. (21, 22, 23, 24 y 28)........ 5

ARISTÓFANES.— *Teatro completo,* traducción de D. Federico Baráibar, precedida de un estudio sobre el teatro griego y sus traductores castellanos, por D. Marcelino Menéndez y Pelayo, y seguida de notas críticas (27, 34 y 42)................................ 3

POETAS BUCÓLICOS GRIEGOS.—*(Teócrito, Bión y Mosco.)* Traducción en verso de D. Ignacio Montes de Oca, obispo de Linares (Méjico). La preceden un prólogo del Sr. Menéndez y Pelayo y un estudio crítico de D. Miguel Antonio Caro. (29)................ 1

PÍNDARO.—*Odas,* traducción en verso del Sr. Montes de Oca, precedida de la Vida de Píndaro. (57)........ 1

ESQUILO.—*Teatro completo,* traducido y anotado por don Fernando Brieva, catedrático de la Universidad de Madrid. Precede á la traducción un extenso estudio crítico del teatro griego. (32)................ 1

TUCYDIDES.—*Historia de la guerra del Peloponeso,* traducción de Gracián, nuevamente corregida. (120 y 123). 2

XENOFONTE.—*Las Helénicas ó historia griega,* continuación de la *Historia de la guerra del Peloponeso* de Tucydides. Traducción de D. Enrique Soms, catedrático de la Universidad de Madrid. (119)....... 1

— *La Cyropedia ó Historia de Cyro el Mayor,* traducción de Gracián, corregida por Flórez Canseco. (48). 1

— *Historia de la entrada de Cyro el Menor en Asia y de la retirada de los diez mil Griegos que fueron con él,* traducción de Gracián, corregida por Canseco. (46). 1

LUCIANO.—*Obras completas,* traducción de D. Cristóbal Vidal, y de D. Federico Baráibar. (55, 128, 132 y 138). 4

ARRIANO.—*Expediciones de Alejandro,* versión de Baráibar. (58).................................... 1

POETAS LÍRICOS GRIEGOS.—*(Anacreonte, Safo, Tirteo, Simónides, Arquílogo, Meleagro, Aristóteles,* etc.). Traducción en verso de los Sres. Menéndez y Pelayo, Baráibar, Conde, Canga-Argüelles y Castillo y Ayensa, con un estudio biográfico y bibliográfico de Anacreonte y de sus obras, escrito por Baráibar. (69).................................... 1

POLIBIO.—*Historia Universal durante la República romana*, traducción de D. Ambrosio Rui Bamba. (71, 72 y 74).................................. 3

PLATÓN.—*La República,* versión de D. José Tomás y García. (93 y 94) 2
DIÓGENES LAERCIO.—*Vidas y opiniones de los filósofos más ilustres,* traducción de D. José Ortiz y Sanz. (97 y 98).......... 2
MORALISTAS GRIEGOS.—*(Marco Aurelio, Teofrasto, Epicteto, Cebes.)* Traducción de Díaz de Miranda, Pedro Simón Abril, Luciano Blum y López de Ayala. (117). 1
JOSEFO.—*Historia de las guerras de los Judíos y de la destrucción del templo y ciudad de Jerusalén,* traducción de D. Juan Martín Cordero. (145 y 146)...... 2
ISÓCRATES.—*Oraciones políticas y forenses y cartas,* traducción de D. Antonio Ranz Romanillos, precedida de juicios críticos por Dionisio de Halicarnaso y de Otfried Müller. (152 y 153).......... 2

Clásicos latinos.

VIRGILIO.—*La Eneida,* traducción en verso de D. Miguel Antonio Caro. La acompañan dos estudios críticos: uno de D. José María Gutiérrez, titulado *Virgilio en América,* y otro del Sr. Menéndez y Pelayo sobre los *traductores españoles de la Eneida.* (9 y 10). 2
— *Églogas y Geórgicas,* traducidas en verso y anotadas por D. Félix García Hidalgo y D. Miguel Antonio Caro. (20).......... 1
CICERÓN.—*Obras completas,* traducción de los Sres. Menéndez y Pelayo, Valbuena, Navarro, Fernández Llera, Díaz Tendero y Calvo. (14, 26, 59, 60, 73, 75, 77, 79, 83, 86, 202, 203, 204, 206, 207 y 210.)
Se han publicados 16 tomos, que comprenden las *Obras didácticas,* tomos 1.° y 2.°; las *filosóficas,* 3.°, 4.°, 5.° y 6.°; las *Cartas familiares,* 7.° y 8.°; las *Cartas políticas,* 9.° y 10.°; los *Discursos ú oraciones,* 11, 12, 13, 14, 15 y 16. En breve verá la luz el tomo 17 y último de los discursos y de las obras completas del célebre orador latino.......... 16
TÁCITO.—*Los anales.—Vida de Agrícola y Diálogo de los oradores,* traducción de D. Carlos Coloma, precedida de un estudio crítico del Sr. Menéndez y Pelayo. (17 y 18).......... 2
— *Las Historias y las costumbres de los Germanos,* traducción de Coloma. (40).......... 1

Tomos

verso de Jáuregui, Argensola, Iriarte (D. Juan), Salinas, el P. Morell y D. Víctor Suárez Capalleja. (140, 141 y 144)............................ 3

TERENCIO.—*Teatro completo,* traducción de Pedro Simón Abril, refundida y anotada por D. Víctor Fernández Llera, catedrático del Instituto de Murcia. (142). 1

APULEYO.—*El asno de oro*, traducción de Diego López de Cortegana, arcediano que fué de Sevilla. (143).... 1

PLINIO EL JOVEN.—*Panegírico de Trajano y cartas*, traducción de Barreda y de Navarro................ }
CORNELIO NEPOTE.—*Vidas de varones ilustres,* traducción de D. Rodrigo de Oviedo. (154 y 155)............ } 2

JUVENAL Y PERSIO.—*Sátiras,* traducidas en verso, las de Juvenal por D. Francisco Díaz Carmona, y las de Persio por D. José María Vigil, precedidas ambas traducciones de sendos estudios críticos y acompañadas de numerosas notas. (158)................ 1

AULO GELIO.—*Las noches áticas,* traducción de D. Francisco Navarro. (169 y 170)........................ 2

SAN AGUSTÍN.—*La ciudad de Dios,* traducción de don José Cayetano Díaz de Bayral. (172, 173, 174 y 175). 4

AMMIANO MARCELINO.—*Historia del Imperio romano,* traducción de D. Norberto Castilla. (193 y 194)...... 2

LUCRECIO.—*De la naturaleza de las cosas,* poema traducido en verso por D. José Marchena. (200).......... 1

Clásicos españoles.

CERVANTES.—*Novelas ejemplares y viaje del Parnaso.* (4 y 5).. 2

— *D. Quijote de la Mancha,* con el comentario de Clemencín y un estudio preliminar de D. Alberto Lista. (180, 181, 182, 183, 184, 185, 186 y 187)........ 8

— *Teatro completo.* (197, 198 y 199)................ 3

CALDERÓN DE LA BARCA.—*Teatro selecto,* ordenado por D. Marcelino Menéndez y Pelayo. Comprende el tomo 1.° un estudio crítico del teatro de Calderón, escrito por el Sr. Menéndez y Pelayo, y los dramas religiosos y filosóficos *La vida es sueño, La devoción de la cruz, El mágico prodigioso* y *El Príncipe constante.* El 2.° los dramas trágicos *El médico de su honra, A secreto agravio, secreta venganza, El alcal-*

Tomos

de de Zalamea, El mayor monstruo los celos y *Amar después de la muerte*. El 3.° las comedias de capa y espada *Casa con dos puertas mala es de guardar, La dama duende, No hay burlas con el amor* y *Mañanas de Abril y Mayo*. El 4.°, que se titula *Obras varias*, las comedias *No siempre lo peor es cierto* y *Guárdate del agua mansa;* las zarzuelas *El laurel de Apolo* y *La púrpura de la rosa*, y los autos sacramentales *La cena de Baltasar, La vida es sueño* y *A Dios por razón de Estado*. (36, 37, 38 y 39)...... 4

HURTADO DE MENDOZA.—*Obras en prosa*. Comprende este tomo las tituladas *Historia de la guerra de Granada, La vida de Lazarillo de Tormes, Diálogo entre Caronte y Farnesio*, y *Carta al capitán Salazar*. (41). 1

QUEVEDO.—*Obras satíricas y festivas*. Contiene este tomo las tituladas *Historia de la vida del buscón, Los sueños, El entremetido, la dueña y el soplón, La honra de todos y la fortuna con seso, Pragmáticas y Aranceles generales, Invectivas contra los necios, Cosas que se cuentan de la Corte, Desenfados y juguetes*. (33).................................. 1

— *Obras políticas, históricas y críticas*. Comprenden el tomo 1.° las tituladas *Marco Bruto, Carta del rey D. Fernando el Católico, Mundo caduco y desvaríos de la edad, Grandes anales de quince días, Lince de Italia ó zahorí español* y *El chitón de las tarabillas*. El tomo 2.° *El Rómulo, Carta al rey Luis XIII de Francia, Descifrase el alevoso manifiesto, etc ; La rebelión de Barcelona, Memorial por el patronato de Santiago, Cuento de cuentos, La Culta latiniparla, Perinola, Servicios del señor duque de Lerma, Panegírico del rey D. Felipe IV*. (176 y 177)...................................... 2

— *Política de Dios y gobierno de Cristo*. (189)........ 1

QUINTANA.—*Vidas de españoles célebres*. Forman esta obra las vidas de El Cid, Guzmán el Bueno, Roger de Lauria, El príncipe de Viana, El Gran Capitán, Vasco Núñez de Balboa y Francisco Pizarro, y los apéndices á todas ellas. (12 y 13)................ 2

DUQUE DE RIVAS.—*Historia de la sublevación de Nápoles, capitaneada por Masaniello*. (35)................ 1

ALCALÁ GALIANO.—*Recuerdos de un anciano*. Memorias de los sucesos políticos y sociales, hábitos y cos-

tumbres, durante el primer tercio del siglo actual en España. (8)........ 1

Manuel de Melo.—*Historia de la guerra de Cataluña*, y los avisos titulados *Política militar.* (65) 1

Antología de poetas líricos castellanos, desde la formación del idioma hasta nuestros días, ordenada por D. Marcelino Menéndez y Pelayo. Se han publicado nueve tomos con extensos estudios críticos del Sr. Menéndez y Pelayo. (136, 149, 160, 171, 188, 196, 205, 208 y 209)............... 9

Cristóbal Colón.—*Relaciones de sus viajes de descubrimiento del Nuevo Mundo y cartas escritas por él mismo.* Están coleccionados en este tomo los escritos de Colón que han llegado á nuestros días. (164). 1

Clásicos ingleses.

Lord Macaulay.—*Estudios literarios,* traducción de don Mariano Juderías. (11)......................... 1

— *Estudios históricos,* traducción del mismo. (16)..... 1

— *Estudios políticos,* traducción del mismo. (19)..... 1

— *Estudios biográficos,* traducción del mismo. (25)... 1

— *Estudios críticos,* traducción del mismo. (30)...... 1

— *Estudios de política y literatura,* traducción del mismo. (99).......... 1

— *Vidas de políticos ingleses,* traducción del mismo. (82)........ 1

— *Historia de la revolución inglesa,* traducción de don Mariano Juderías Bender y de D. Daniel López. (47, 56, 63 y 68)......... 4

— *Historia del reinado de Guillermo III,* continuación de la *Historia de la revolución inglesa,* traducción de D. Daniel López. (87, 88, 89, 90, 91 y 92)...... 6

— *Discursos parlamentarios,* traducción del mismo. (78)........... 1

Milton.—*El paraíso perdido,* traducción en verso de don Juan Escóiquiz, precedida de un estudio biográfico y crítico de Milton y de su poema. (50 y 51)...... 2

Shakespeare.—*Teatro selecto,* traducción de D. Guillermo Macpherson, precedida de un extenso estudio biográfico y crítico de Shakespeare y su teatro, escrito por D. Eduardo Benot. Contiene el tomo 1.º el

citado estudio y los dramas *El Rey Lear* y *El sueño de una noche de verbena.* El 2.º los titulados *Ricardo III, Macbeth* y *Julio César*. El 3.º *Otelo, Romeo y Julieta,* y *Hamlet.* El 4.º *Coriolano, La Tempestad* y *El mercader de Venecia.* El 5.º *Antonio y Cleopatra, Timón de Atenas* y *El cuento de invierno.* El 6.º *Cimbelino, Las alegres comadres de Winsor* y *La fiera domada.* El 7.º *Troilo y Crésida, El rey Juan,* y *Medida por medida.* El 8.º *Como os gusta, Enrique IV.* 1.ª y 2.ª parte. (80, 81, 85, 102 y 166, 190, 195 y 201).. 8

Clásicos italianos.

MANZONI.—*Los novios,* historia milanesa del siglo XVI. Traducción de D. Juan Nicasio Gallego. (31)...... 1

— *La Moral Católica,* traducción de Navarro y Calvo. (52).. 1

— *Tragedias, poesías y obras varias,* traducción de don Federico Baráibar. Contienen estos dos tomos la biografía de Manzoni; las tragedias tituladas *Adelchi* y *El Conde de Carmagnola,* todas las poesías líricas, los estudios sobre *La unidad de tiempo y lugar en la tragedia* y sobre *La novela histórica,* y el diálogo *De la invención.* (150 y 151)........ 2

GUICCIARDINI.—*Historia de Italia,* desde 1494 hasta 1532. Traducida por D. Felipe IV, rey de España, publicada ahora por primera vez. (127, 130, 133, 135, 137 y 139).. 6

MAQUIAVELO.—*Obras históricas,* traducidas por D. Luis Navarro y Calvo. Comprenden estos dos tomos la *Historia de Florencia,* la *Vida de Castracani,* la *Narración de los asesinatos en Sinigaglia* y el *Dictamen al Papa León X* sobre la reforma de la Constitución de Florencia. (156 y 157)........................ 2

— *Obras políticas,* traducidas por el mismo. Comprenden los dos tomos los *Discursos sobre Tito Livio, El Príncipe, El arte de la guerra,* la *Descripción de Alemania* y la *Descripción de Francia.* (191 y 192)..... 2

BENVENUTO CELLINI.—*Su vida,* escrita por él mismo; seguida de las *Rimas,* puestas en versos castellanos. Traducción del Dr. Luis Marco. (159 y 161)....... 2

TASSO.—*La Jerusalem libertada.* Traducida en verso por D. Francisco Gómez del Palacio y precedida de un extenso estudio biográfico y crítico de Tasso y su poema, por doña Emilia Pardo Bazán. (167 y 168). . 2

Clásicos alemanes.

SCHILLER.—*Teatro completo,* traducción de D. Eduardo Mier. El tomo 1.° comprende los dramas titulados *Los ladrones* y *Wallenstein,* precedidos de un estudio biográfico y crítico de Schiller y sus obras. El 2.° *La conjuración de Fiesco, Intriga y amor* y *Don Carlos.* El 3.° *La desposada de Mesina, La doncella de Orleans, Guillermo Tell* y *María Stuardo.* (43, 49 y 62).. 3

HEINE.—*Poemas y fantasías,* traducción en verso de don José María Herrero. Forman este tomo *L'Intermezzo, El mar del Norte, El regreso, Nueva primavera* y *Hojas caídas.* (61)........................ 1

— *Cuadros de viaje,* traducción de D. Lorenzo G. Agejas. (124 y 126)................................ 2

GOETHE.—*Viaje á Italia,* traducción de doña Fanny Garrido. (147 y 148).................. 2

— *Teatro selecto,* traducción de doña Fanny Garrido. Contiene el tomo I un estudio del teatro de Goethe por la traductora y las tragedias *Ifigenia en Taurida, Prometheó, Pandora* y *Torcuato Tasso,* y el tomo II los dramas *Goetz de Berlichingen, Clavijo, Egmont* y la comedia *Una apuesta* (178 y 179)..... 2

HUMBOLDT.—*Cristóbal Colón y el descubrimiento de América,* traducción de D. Luis Navarro y Calvo. Es la historia más científica del descubrimiento del Nuevo Mundo. (163 y 165)......................... 2

Clásicos franceses.

LAMARTINE.—*Civilizadores y conquistadores,* traducción de D. Norberto Castilla y D. Mariano Juderías. Comprende el tomo 1.° los estudios biográficos de Cristóbal Colón, Gutenberg, Jacquard, Benvenuto Cellini, Miguel Angel y Bernardo de Palissy. El

